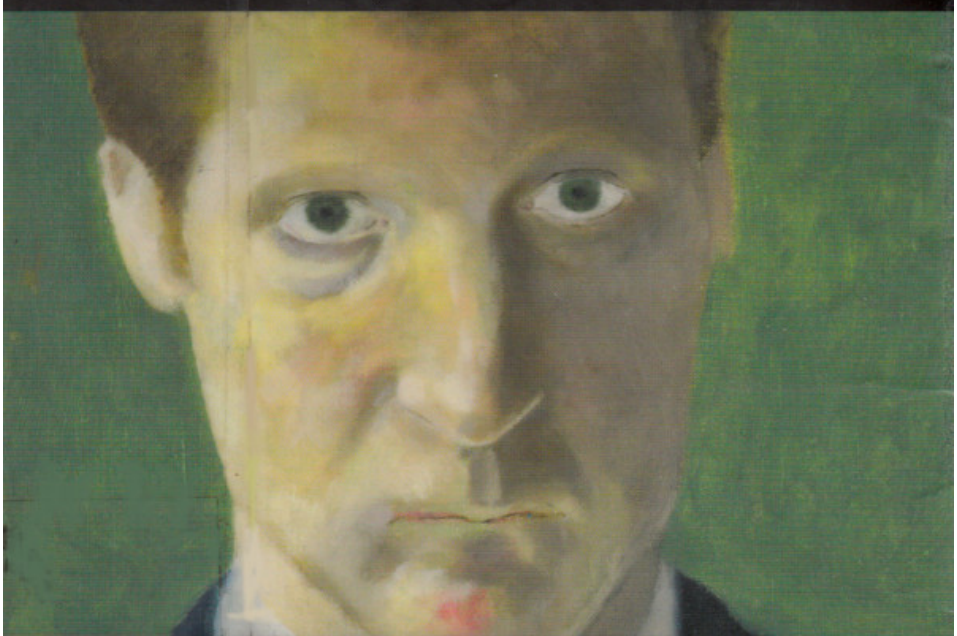
Dezső Kosztolányi

# Kornél Esti. Un héroe de su tiempo



Un autor consagrado, completamente integrado al medio burgués que tanto criticó en sus años estudiantiles, busca el perdido trato con Kornél Esti, su gran amigo de juventud. Al contrario de lo que le ha sucedido a nuestro escritor, Kornél Esti no ha triunfado, sigue siendo un bohemio, un iconoclasta y un rebelde. Y, también al contrario de lo que le ocurre a nuestro narrador, prefiere vivir a escribir; prefiere la experiencia a la escritura. Tales diferencias son la base del trato que se establece entre ambos amigos: uno vivirá y el otro escribirá lo que el primero le cuente.

Las vivencias de Kornél Esti, que procuran al protagonista el conocimiento de la belleza y de la crueldad, de lo terrible y de lo banal, de la grandeza del hombre y de sus la miserias, están narradas en un tono grotesco, no exento en ocasiones de comicidad, que acentúa la profundidad de la visión que Dezsö Kosztolányi tenía del alma humana, y, a la vez, nos muestra la modernidad de la obra de este gran clásico de las letras húngaras del siglo XX.

Dezsö Kosztolányi

# Kornél Esti, un héroe de su tiempo

**ePub r1.0**
**German25** 11.4.15

Título original: *Esti Kornél*
Dezsö Kosztolányi, 1936
Traducción: María Szijj

Editor digital: German25
ePub base r1.2

# El canto de Kornél Esti

*Que empiece mi canto,*
*mi atrevido canto,*
*que pálido te mire mientras vuelas*
*el que escupe sobre tus huellas:*
*el dolor.*

*Vueltas hay que dar*
*por la vida, por la luz,*
*se como el todo, tú, la nada.*

*No digas una cosa,*
*ni otra, ni la verdad, ni la mentira,*
*no digas lo que te apena,*
*no pidas consuelo siquiera.*
*Vive como la hierba y el árbol,*
*milagrosos y admirados,*
*que su secreto ocultan,*
*vuela y no pares nunca.*

*Has de ser la envoltura*
*del sabio placer, de la fruta,*
*la fascinante piel, el verdor*
*del árbol, de la mar el rumor:*
*la imagen de lo profundo.*

*Corre con el viento juguetón,*
*dispérsate sin freno,*
*llega y parte, día y noche,*
*alcanza todo lo que existe*
*y cuanto vislumbras.*

*Negocia con locos caprichos,*
*charla con mortales peligros,*
*y ríete del que se esmera en buscar*
*lo profundo.*

*¿Qué te trae el buzo*
*que emerge de lo profundo?*
*En la mano, triste barro,*
*lo único que brinda aquel mundo.*
*Nada disfruta de la magia*
*de los destellos del agua,*
*abajo gime, trastabilla encadenado,*
*le pesan los guantes,*
*los grandes ojos de vidrio*
*contemplan serios y fríos.*
*El buzo en su traje hinchado.*

*Ay, cuán escasa es la profundidad*
*y cuán profunda la escasez,*
*que poco espesa es la densidad*
*y que triste la alegría.*
*Sabemos hace tiempo cuán liviano*
*es lo que llaman pesado,*
*y cuán pesado es lo liviano,*
*que los fuertes desdeñan.*
*Oh, sagrado vacío de payaso,*
*corazón trivialmente pintado,*
*para burlarse del herido,*
*del héroe al que sangra la llaga,*
*y que se oculta de la muerte*
*con una máscara alegre,*
*oh, música de cascabel*
*llamada a esconder*
*el rostro de la muerte,*
*que tranquiliza mareando,*
*imita burlando,*
*remata los gritos de dolor*
*con la rima más hermosa.*

*Pinta la vida ramera,*
*aparenta lo que eres,*
*con tus regios instintos.*
*¿Conoces a alguien que te mande?*
*Aparta riendo el peso rígido e inerte*
*de la materia que te aburre*
*y olvida los pecados del cuerpo*
*despreciado e impotente*
*con ejercicios de la mente.*

*Has de ser vacío y liviano,*
*liviano y siempre juguetón,*
*vidente, pero visible de lejos,*
*con la seda de un centenar de palabras*
*ardientes, como la bandera,*
*o la pompa de jabón, arriba*
*entre los vientos, en el cielo,*
*y vivir mientras lo haga el alma,*
*la belleza, o los caprichos,*
*porque yo también —lo juro por Dios—*
*sólo viviré hasta entonces.*

*Ve a flotar sobre lo profundo*
*envuelto en colores sutiles;*
*se como la nada, tú*
*el todo.*

# 1

*Donde el escritor nos presenta y descubre a Kornél Esti, el único héroe del presente libro.*

Con la mitad de la vida ya a mis espaldas, un día muy ventoso de primavera, me acorde de Kornél Esti. Decidí visitarlo y retomar el hilo de nuestra vieja amistad.

Ya llevábamos diez años sin tratarnos. ¿Qué había sucedido entre nosotros? Sólo Dios lo sabe. Propiamente hablando, no estábamos enfadados. Al menos, no en la forma en que el resto de la gente concibe el enfado.

No obstante, cuando cumplimos los treinta empezó a incomodarme. Me irritaba su frivolidad. Me aburrían sus cuellos de camisa altos y abiertos, pasados de moda, sus corbatas estrechas y amarillas y sus juegos de palabras burdos e inmaduros. Me hastiaba su excentricidad. Me implicaba constantemente en asuntos más o menos embarazosos.

En una ocasión caminábamos por una plaza, el uno al lado del otro, cuando de repente, sin explicación alguna, extrajo del bolsillo interior del abrigo un cuchillo de cocina y se agachó a afilarlo en los adoquines del bordillo, causando gran desconcierto entre los transeúntes. En cierta ocasión se dirigió con absoluta cortesía a un pobre ciego para rogarle que le quitara la motita de polvo que le había entrado en el ojo. Otro día, yo esperaba a unas personas distinguidas para cenar, directores de periódicos y políticos, hombres de quienes dependía mi destino y mi carrera, todos ellos caballeros respetables e ilustres. Él, que figuraba también entre los invitados, mandó alevosamente a mis criados a encender el calentador del agua en el baño y, conforme llegaban las visitas, se las llevaba aparte para confiarles que en mi casa, en virtud de una

antigua y misteriosa tradición o superstición familiar —sobre la que lamentablemente no estaba en condiciones de facilitar detalles— se exigía a los comensales que se bañaran antes de cenar. Defendía este requerimiento inverosímil con un tacto, una astucia y una elocuencia tales que las víctimas, personas de buena fe que por primera y última vez me honraban con su presencia, cónyuges incluidas, se bañaron sin mi conocimiento, para luego sentarse a la mesa como si nada hubiera ocurrido, poniendo buena cara a la insolente diablura.

Antaño, estas bromas pueriles me divertían. Pero más tarde, en el umbral de la madurez, más bien me exasperaban. Temía que pusieran en peligro mi reputación. Nunca se lo comente. Sin embargo —debo reconocerlo—, me provocaron más de un sonrojo.

A él le habrá sucedido lo mismo conmigo. En el fondo de su alma seguramente me desdeñaba porque yo no apreciaba sus ideas en lo que valían. Tal vez incluso llegó a despreciarme. Me consideraba un burgués por haberme comprado una agenda, por trabajar a diario y por haberme acomodado a las convenciones sociales. En una ocasión me echó en cara que me había olvidado de mi juventud. En eso, seguramente, llevaba algo de razón. Pero así es la vida. Todos caemos en lo mismo.

Nos distanciamos poco a poco, sin apenas percibirlo. Yo, pese a todo, lo comprendía. Él también me comprendía a mí. No obstante, nos criticábamos en ausencia del otro. A los dos nos irritaba que, por más que insistiéramos en lo contrario, en realidad no nos comprendiéramos. Cada uno tomó su propio camino. Él a la izquierda, yo a la derecha.

Pasamos diez años así, sin saber el uno del otro. Con frecuencia me acordaba de él, desde luego. Apenas hubo un día en que no intentase imaginar qué opinaría o cómo obraría ante determinada situación. He de suponer que él también pensaba en mí, ya que nuestro pasado estaba conformado por una red de recuerdos tan viva y palpitante que apenas se había desvanecido con el tiempo.

Resultaría laborioso detallar lo que él era y significaba para mí. Prefiero no emprender esta tarea. Mi memoria abarca un período más breve que nuestra amistad, cuyo inicio se remonta al nebuloso pasado prehistórico de mi infancia. Desde que poseo uso de razón, él siempre estuvo cerca de mí: delante o detrás, a mi lado o pegado

a mí. Yo lo adoraba o lo detestaba. Nunca me dejaba indiferente.

Una noche de invierno, después de cenar, yo estaba construyendo una torre con bloques de colores sobre la alfombra. Mi madre quería que fuese a acostarme. Mandó a la niñera a buscarme, ya que en aquel entonces yo aún llevaba faldones. Me disponía a seguirla, cuando a mis espaldas oí una voz, su inolvidable voz:

—No vayas.

Me volví y, con una mezcla de alborozo y temor, posé la vista en él, por primera vez. Me sonreía maliciosamente, como incitándome a la rebelión. Me agarré a su brazo para que me ayudara, pero la niñera nos separó de un brusco tirón y, por más que patalee histérico, me metió en la cama.

Desde entonces nos encontramos a diario.

Por la mañana, él se colocó de un salto junto a la palangana.

—No te laves, es mejor estar sucio —dijo. ¡Viva la mugre!

Cuando, durante la comida, en atención a los ruegos y súplicas de mis padres y contra mis principios más firmes, empezaba a comerme el potaje de lentejas «nutritivo y saludable», él me susurraba al oído:

—Escúpelo, vomítalo sobre el plato y cómete mejor el asado y el postre.

No sólo me hacía compañía en casa, a la mesa o junto a la cama. También caminaba conmigo por la calle.

Cierto día topamos con el señor Lojzi, viejo amigo de mi padre, un corpulento juez que pesaba cien kilos y a quien yo hasta entonces apreciaba y respetaba. Lo saludé con educación, quitándome el sombrero. Entonces Kornél me gritó:

—Sácale la lengua. —Y él mismo, a modo de ejemplo, la sacó; le llegaba hasta la punta de la barbilla.

Era un tipo descarado, pero interesante y para nada aburrido.

Una vez me tendió una vela encendida.

—Vamos, prende fuego a las cortinas —me incitó. Prende fuego a la casa. Prende fuego al mundo entero.

En otra ocasión, me puso un cuchillo en la mano.

—Clávatelo en el pecho —rugió. La sangre es roja. La sangre es caliente. La sangre es hermosa.

Me faltaba valor para obedecerlo, pero me gustaba que

expresara en voz alta lo que yo pensaba. Con una sonrisa helada en los labios, yo callaba. Le temía y, al mismo tiempo, me atraía su personalidad.

Tras un chubasco estival, encontré bajo una retama un polluelo de gorrión empapado. Tal como me habían enseñado en clase de catecismo, llevé a cabo un acto de misericordia física y espiritual: lo tomé en mis manos y lo llevé a la cocina para que se secara al calor de la lumbre. Le eché miguitas de pan. Lo envolví en trapos. Lo mecí en mis brazos.

—Arráncale las alas —me susurró Kornél—, sácale los ojos, tíralo al fuego, mátalo.

—¡Estás loco! —chillé con todas mis fuerzas.

—¡Eres un cobarde! —chilló con todas sus fuerzas. Nos miramos el uno al otro, pálidos y trémulos: yo por la indignación y la compasión, él por la curiosidad y la sed de sangre. Le arrojé el polluelo, para que hiciera con él lo que le viniese en gana. Al observarlo y advertir que tiritaba, Kornél se apiado de él. Yo le dediqué una mueca de desprecio. Mientras permanecíamos así encarados, el gorrioncillo se escabulló, cruzó el jardín y desapareció de nuestra vista.

De manera que Kornél tampoco se atrevía a todo. Le gustaba fanfarronear, hablar por hablar.

Recuerdo que un atardecer de otoño, a eso de las seis, me mandó llamar a la puerta de casa, y allí, enigmáticamente y con aires de suficiencia, me comunicó que también poseía poderes mágicos. Me enseñó cierto objeto brillante que llevaba en la mano. Se trataba, aseguro, de un silbato mágico, y bastaba con soplar para que cualquier casa se elevase hasta la luna. Anunció que aquella noche, a las diez en punto, levantaría la nuestra. Me indicó que no me asustara, que sólo estuviese atento a lo que sucediese.

Por entonces yo ya era mayorcito, de modo que sólo le creí a medias. Aun así, regresé corriendo a casa, turbado. Una vez allí, me puse a contemplar el avance de las manecillas del reloj. Pese a mi escepticismo, repasé mi vida, me arrepentí de mis pecados y me arrodillé ante la Virgen María para rezar. Alrededor de las diez oí un silbido acompañado de música. Despacio y a un ritmo regular, nuestra casa se remonto hacia lo alto, se mantuvo en el aire por un momento y luego, bamboleándose pero con la misma lentitud y

parsimonia con que había ascendido, se posó de nuevo en el suelo. Una copa se tambaleaba en la mesa con un tintineo, y la lámpara del techo se balanceaba. Todo duro unos breves instantes. Los demás ni se percataron de ello. Sólo mi madre palideció al fijarse en mí.

—Estás mareado —señaló, y me mandó a la cama.

Mi amistad con Kornél se hizo más estrecha cuando aparecieron en nuestra frente los primeros granos, brotes purpúreos de la primavera de la adolescencia. Éramos uña y carne. Leíamos y discutíamos. Yo le plantaba cara, refutaba con vehemencia sus ideas de ateo. A decir verdad, fue él quien me inició en todos los vicios. Fue él quien me reveló como nacen los niños, el primero en describirme a los adultos como unos tiranos abotagados y amarillentos que hieden a tabaco y no merecen respeto alguno, por feos y porque mueren antes que nosotros. Me animaba a no estudiar, a remolonear en la cama por las mañanas aunque llegara tarde a clase; me incitaba a hurgar en los cajones de mi padre, a abrir sus cartas; me traía libros eróticos y postales que había que colocar a contraluz, frente a la llama de una vela; me enseñaba a cantar, a mentir y a escribir poemas; me instigaba a proferir palabras soeces, una tras otra, a espiar en verano por las rendijas de las casetas de baño a las chicas que se desvestían, a acosarlas en las clases de baile con requerimientos indecentes; me indujo a fumar el primer cigarrillo, a beber la primera copa de aguardiente. Fue él quien me aficionó a los placeres carnales, a la gula, a la lujuria; gracias a quien descubrí que el dolor encierra también un placer secreto: me enseñó a arrancar la costra de las heridas que me escocían, me mostró que todo es relativo, y que es posible que un sapo esté dotado de alma, al igual que un director general; por influencia suya, cobré afecto a los animales mudos y a la soledad muda; él me consoló en una ocasión, cuando, en la capilla ardiente, me ahogaba en llanto: me hizo cosquillas en el costado, y yo me reí de lo tontamente incomprensible que es la muerte. El introdujo subrepticiamente en mis sentimientos la ironía, en mi desesperación la rebeldía; me aconsejó que me pusiera del lado de aquéllos a quienes la mayoría desprecia, encarcela y ahorca; me reveló que la muerte es eterna y se empeñó en inculcarme la mentira sacrílega, que me negaba rotundamente a creer, de que Dios no existe. Mi

naturaleza íntegra e incorruptible nunca aceptó tales enseñanzas, y me impulsaba a librarme de su influencia y romper con él de una vez por todas. No obstante, yo era demasiado débil para ello. Al parecer, él seguía cautivando mi atención. Le debía mucho. Era mi maestro y yo estaba en deuda, como quien le ha vendido su alma al diablo.

Mi padre no lo soportaba.

—¿Dónde está ese descarado? —inquirió una noche tras irrumpir en mi cuarto de estudio. ¿Dónde se oculta? ¿Dónde lo has escondido?

Me encogí de hombros y le indiqué que me encontraba solo.

—Siempre está aquí —tronó. Se pasa el día aquí, perdiendo el tiempo. Nunca se separa de ti. Coméis del mismo plato, bebéis del mismo vaso. Sois como Castor y Polux. Los grandes amigos —añadió con ironía.

Buscó a Kornél detrás de la puerta, detrás de la estufa, hasta en el armario. Incluso echó un vistazo debajo de la cama.

—Escúchame, hijo —vociferó, congestionado de ira. Si cruza una vez, una sola vez más, el umbral de esta casa, lo apalearé, lo correré a latigazos, como a un perro, y a ti también, para que te largues a donde te de la gana. Te desconoceré. No quiero que ese sujeto vuelva a poner un pie en esta casa. ¿Entendido?

Echó a andar de un lado para otro con las manos a la espalda, conteniendo la furia que lo dominaba. Le crujían los zapatos.

—Ese sinvergüenza. Ese canalla. ¿No podías conseguirte un amigo mejor? Te llena la cabeza de pájaros. Te pervierte. ¿O es que tú también quieres convertirte en un tipo así de depravado? Él no es nada, no es nadie. Nunca llegará a nada.

A partir de entonces, Kornél tuvo que mantenerse alejado de nuestra casa. Incluso evitaba nuestra calle.

Nos encontrábamos en secreto, a las afueras de la ciudad: bien en la plaza de la feria de ganado, donde cada verano montaba su carpa un circo ambulante, bien en el cementerio, entre las sepulturas.

Caminábamos tomados del hombro. Durante uno de aquellos paseos, nuestra vehemente conversación nos llevó a descubrir que los dos habíamos nacido el mismo año, el mismo día, incluso a la misma hora y en el mismo minuto: el 29 de marzo de 1885,

Domingo de Ramos, a las seis en punto de la mañana. Esta misteriosa coincidencia nos causó una profunda impresión. Decidimos que, al igual que habíamos venido al mundo el mismo día y a la misma hora, moriríamos el mismo día y a la misma hora. Ninguno de los dos sobreviviría al otro ni un segundo.

Pletóricos de entusiasmo juvenil, estábamos convencidos de que cumpliríamos gustosos nuestra promesa sin que ésta supusiera un sacrificio para ninguno de los dos.

—No lo echas mucho de menos, ¿verdad? —me preguntaba mi madre con cariño cuando yo cabeceaba ante mi quinqué, pensando en Kornél. Mejor así, hijo. No te convenía. Búscate otros amigos, chicos buenos y honrados, como el pequeño Merey, Endriske Horvath o Ilosvay. Ellos te quieren. Ése ni siquiera te quería. Sólo te corrompía, te asustaba, te crispaba los nervios. ¿Cuántas veces despertaste gritando de una pesadilla, en noviembre? No era digno de ti. Carecía de sustancia. Estaba vacío. Era un desalmado. Tú, hijo mío, eres muy diferente. Tú eres bueno, noble, de sentimientos profundos. Me besó. —Hijo mío, tú eres completamente distinto.

Y no se equivocaba. No existían dos personas tan distintas en el mundo como Kornél y yo.

Por eso me desconcertó tanto más un incidente que se produjo unos días después de esa conversación.

Bajo el luminoso sol del mediodía me dirigía a toda prisa a casa tras salir de la escuela, con los libros al hombro, sujetos con una correa.

—¡Kornél! —me gritó alguien.

Al volverme, me encontré frente a un hombre de abrigo verde, que me sonreía.

—Mira, Kornél, hijo mio —comenzó y, acto seguido, me pidió que cuando llegara a casa entregara un paquete a los vecinos.

—Pero… —tartamudeé.

—¿Qué pasa, hijo? —preguntó el del abrigo verde. Me da la impresión de que no me has entendido.

—Sí, sí —repliqué. Pero se equivoca usted. Yo no soy Kornél Esti.

—¿Cómo dices? —inquirió el del abrigo verde con asombro. No bromees, muchacho. Vivís en la calle Gombkoto, ¿no es así?

—No, nosotros vivimos en la calle Damjanich.

—¿Eres hermano de Kornél?

—No, no señor. Somos compañeros de clase. Kornél se sienta a mi lado, en el segundo pupitre. Pero el semestre pasado suspendió dos asignaturas; sus trabajos tienen un aspecto descuidado, y su comportamiento deja mucho que desear. En cambio, yo soy el mejor alumno de la clase, sólo saco sobresalientes, mis exámenes son impecables, y mi conducta, ejemplar. Además, tomo clases de francés y de piano.

—Habría jurado que… —murmuró el del abrigo verde. Qué curioso —comentó, enarcando las cejas.

También sucedió en más de una ocasión que cuando vagábamos más allá del bosque, por donde se alzan los terraplenes del ferrocarril, vagabundos y forasteros nos abordaban para preguntarnos si eramos hermanos gemelos.

—Fijaos en aquellos dos —decían, señalándonos. Sí, sí, miradlos. Y se echaban a reír.

Nos colocaban el uno al lado del otro, de espaldas, con las cabezas juntas, y nos medían posando la palma de la mano recta sobre nuestras coronillas.

—Pero si son iguales —se maravillaban, sacudiendo la cabeza con incredulidad. Como dos gotas de agua ¿Lo entiendes tú, Bodi? ¿Lo entiendes?

Años después, cuando, ya adultos, los dos nos dedicábamos a escribir, uno aquí y el otro allá, yo continuaba sin entender muchas cosas.

De vez en cuando recibia cartas remitidas por desconocidos que me pedían que les devolviera la pequeña suma que me habían prestado en Kassa[1], Viena o Kolozsvar[2], en la estación, antes de salir el tren, porque yo les había explicado que había perdido la cartera y les había dado mi palabra de honor de que les devolvería el préstamo en un plazo de veinticuatro horas. Se me acusaba de la autoría de bromas telefónicas de mal gusto y de enviar anónimos infamantes. Mis amigos más íntimos aseguraban haberme visto deambular durante horas por sinuosas callejuelas de mala reputación bajo lluvias torrenciales o roncar sobre el mantel rojo de varias tascas de mala muerte, sumido en la embriaguez más profunda. El camarero de un tugurio llamado Vitriolo me mandó una cuenta de cuyo pago, al parecer, me había librado

escapándome por la puerta lateral. Según muchos testigos fidedignos, pronuncié ante una amplia concurrencia unas declaraciones del todo irrespetuosas sobre altos dignatarios y escritores laureados de fama nacional. Llamaban a mi puerta padrinos de duelo con altivos monóculos, mozos de carga con mi tarjeta de visita, jovencitas con el lirio de su inocencia marchito, y me echaban en cara mis supuestas promesas y proposiciones matrimoniales. Un día se presentó una señora de provincias, entrada en años y en carnes, que con su acento pueblerino me tuteaba y me amenazaba furiosa con interponer una demanda de paternidad contra mí.

Yo contemplaba con asombro estas figuras fantasmagóricas que quizás antaño habían existido, respirado y ardido en alguna imaginación, en alguna vida, pero que ahora estaban negras, muertas y frías, como brasas rojas después de enfriarse, apagarse y quedar reducidas a ceniza. No los conocía. No obstante, ellos sí me conocían y me reconocían a mí. A todos les indicaba que fueran en busca de Kornél Esti. Reaccionaban con una sonrisa al oírlo nombrar. Me pedían que lo describiera, y después me apuntaban con el dedo burlonamente. También me preguntaban por su dirección. Sin embargo, me resultaba imposible facilitársela. Mi amigo, la mayor parte del tiempo, vagabundeaba por el extranjero, dormía a bordo de aviones o se alojaba en un sitio u otro durante unos cuantos días. Que yo supiera, nunca había establecido su residencia oficial en sitio alguno. Kornél Esti, aunque era una persona real, carecía de personalidad jurídica. Así pues, por muy inocente que me considerase de los horribles pecados que se me achacaban, un eventual juicio no me habría deparado nada positivo. No estaba dispuesto a exponerme al desagradable trance de un careo, ni por mí mismo ni por Kornél. Por consiguiente, hube de asumir todas sus deudas, todas sus travesuras e infamias, como si las hubiera cometido yo.

Pagué por él y pagué mucho, no sólo con dinero, sino también con mi honor. Por doquier las personas me miraban con recelo. No sabían a que atenerse conmigo, si simpatizaba con la derecha o con la izquierda, si era un ciudadano contribuyente o un subversivo peligroso, un padre de familia honrado o un libertino perverso, un ser humano o un sueño, un mojigato ebrio, un espantapájaros

lunático que deja ondear al viento la vieja capa heredada del patrón. Nuestra amistad me costó muy cara.

A pesar de todo, olvidé aquellos agravios y se los perdoné una tarde ventosa en que tomé la decisión de visitarlo.

Hacía un día de locos. No era el primero de abril[3], pero casi. Un día de locos e inquietante. Por la mañana heló; en la calle, en las rejas de hierro que rodeaban los árboles crujían espejos de hielo, y el cielo estaba despejado. Luego subió la temperatura. De las cornisas chorreaba agua. Los montes se cubrieron de niebla. Caía una llovizna tibia. El suelo exhalaba un vaho como de caballo sudoroso, extenuado, que obligaba a los viandantes a despojarse de las prendas de abrigo. El arco iris formaba un semicírculo multicolor que abrazaba el Danubio. Por la tarde, el aguanieve esparció azúcar glas sobre la copa de los árboles. Al andar, el lodo se adhería a la suela de los zapatos como una pasta medio congelada. El viento ululaba. El viento ululaba con un sonido agudo y prolongado. El viento ululaba en lo alto, alrededor de las chimeneas, sobre los tejados, entre los cables del telégrafo. Todo se movía. Las casas chirriaban, los desvanes crujían, las vigas chascaban, como deseando echar brotes, porque seguían creyéndose árboles. En medio de este renacer, de esta revolución, irrumpió la primavera.

Al escuchar el ulular del viento, me acordé de Kornél. Me asaltó un deseo irrefrenable de reencontrarme con él cuanto antes.

Llamé por teléfono a unos y otros, a cafeterías y cabarés. Hasta altas horas de la noche sólo logré averiguar que él se hallaba en la ciudad. Seguí sus huellas a pie y en coche. A las dos de la madrugada me enteré de que se alojaba en el hotel Denever. Para cuando llegué allí, rugía en torno a mí una tormenta de nieve siberiana que me llenaba el cuello del impermeable de copos desflecados.

El conserje del Denever me indicó que la persona que buscaba estaba en el quinto piso, en la habitación numero siete. Subí por una estrecha escalera de caracol, ya que no había ascensor. La puerta de la habitación numero siete estaba abierta de par en par. Salia luz del interior. Entre.

Mis ojos se posaron en una cama vacía, deshecha, con las mantas arrugadas, y luego en la bombilla desnuda de una lámpara

que parpadeaba sobre la mesilla de noche. Supuse que él se había ausentado por un momento. Me senté en el sofá para esperarlo.

Entonces caí en la cuenta de que estaba allí, frente a mí, sentado ante el espejo. Me puse de pie de un salto. Él también.

—Hola —lo saludé.

—Hola —me respondió con toda naturalidad, como si pretendiera retomar la conversación allí donde la habíamos interrumpido.

No le asombraba en absoluto que me hubiera presentado a horas tan intempestivas. A él nada lo asombraba. Ni siquiera se interesó por el motivo de mi visita.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien también —contestó.

Clavó en mí la vista y se echó a reír.

Llevaba un impermeable, como yo. El cuello del suyo también estaba espolvoreado de nieve.

—¿Acabas de llegar?

—Sí. —Asintió con la cabeza.

Eché un vistazo a la habitación. Era un miserable cuchitril. El mobiliario constaba de un sofá estrecho y destartalado, dos sillas y un armario, además de una mesa sobre la que descansaba un periódico de hacía cinco días bajo un ramillete de violetas marchitas. También había un antifaz, —Dios sabe para que lo emplearía Kornél—; colillas tiradas por el suelo; en un estuche de violín, unas gafas amarillas y un trozo de membrillo; maletas abiertas; unos cuantos libros y folletos, en su mayor parte, horarios de tren. No vi el menor rastro de pluma y papel. Me pregunté dónde trabajaría.

El pronóstico de mi padre no había fallado. Kornél no había llegado a nada. Allí no se respiraba más que una pobreza monacal, una libertad y una independencia de mendigo. En otra época yo también soñaba con eso. Se me saltaron las lágrimas.

—Por lo demás, ¿qué hay de nuevo? —inquirió.

Fuera, el viento continuaba ululando agudo y primaveral, lastimero. También sonaba una sirena.

—Una ambulancia —comentó.

Nos asomamos a la ventana. La tormenta de nieve había pasado.

El cielo relucía, límpido, y también brillaba el asfalto helado. La sirena de la ambulancia pugnaba por imponerse sobre el viento primaveral.

En cuanto se hubo alejado, los bomberos pasaron a toda velocidad en un carro dotado de faros eléctricos.

—Accidentes —expliqué. Durante todo el día han caído ladrillos y rótulos sobre la cabeza de los transeúntes. La gente patina sobre las aceras resbaladizas, se rompe el brazo, se disloca el tobillo y se queda tumbada, sangrando. Arden casas y fábricas. Hoy ha habido de todo: helada, bochorno, niebla, sol, lluvia, arco iris, nieve, sangre y fuego. Así es la primavera.

Nos sentamos y encendimos un cigarrillo.

—Kornél —murmuré, rompiendo el silencio—, ¿estás enfadado?

—¿Yo? —Se encogió de hombros. Qué tontería. Yo no podría enfadarme contigo.

—Pues tendrías razones para ello. Mira, yo si que estaba enfadado contigo. Me avergonzaba de ti ante los engreídos. Estaba empeñado en salir adelante, en ascender, y por eso renegué de ti. Llevaba diez años sin buscarte. Pero esta tarde, el ulular del viento me enterneció y me trajo recuerdos de ti. Ya no soy joven. Cumplí los cuarenta hace una semana. Cuando uno alcanza la madurez, se ablanda y se vuelve capaz de perdonarlo todo. Incluso la juventud. Hagamos las paces.

Le tendí la mano.

—Vaya, no has cambiado en absoluto —declaró, con ironía. Sigues siendo un sentimental.

—Pero tú si que has cambiado, Kornél. Durante nuestra infancia, tú te comportabas como un adulto, me guiabas, me abrías los ojos. Ahora te has convertido en un niño.

—¿Acaso no es lo mismo una cosa que otra?

—Esto es precisamente lo que me gusta de ti. Por eso he vuelto a tu lado y estoy dispuesto a aceptarte para siempre.

—¿Qué te ha pasado hoy, que no paras de alabarme?

—¿A qué otra persona iba a alabar, Kornél? ¿A quién más puedo querer sin envidia alguna? ¿A quien voy a admirar en este espantoso mundo sino a ti, a mi hermano y antítesis? Somos iguales en todo y distintos en todo. Yo recogía, tú esparcías; yo me casé, tú te quedaste soltero; yo adoro mi pueblo, mi lengua, sólo soy capaz

de vivir y respirar en mi país; tú vagas por el mundo, vuelas libremente por encima de las fronteras y pregonas a voces la revolución eterna. Te necesito. Sin ti me siento vacío y me aburro. Ayúdame, o de lo contrario me moriré.

—Yo también necesito a alguien —admitió él. Necesito de un pilar o de una barrera, porque corro el riesgo de desintegrarme. Señaló su habitación con un movimiento del brazo.

—Unámonos —le propuse. Forjemos una alianza.

—¿Con qué fin?

—Escribamos algo, juntos.

Fijó la vista en mí, con expresión de estupor. Escupió el pitillo al suelo.

—Yo ya no sé escribir —repuso.

—En cambio, yo lo único que sé es escribir —aseveré.

—Qué bien —farfulló, mirándome con dureza.

—No me malinterpretes, Kornél. No me jacto de nada; me estoy lamentando, al igual que tú. ¿Por qué no me complementas, como antes? Por aquel entonces, cuando yo dormía, tú velabas, cuando yo lloraba, tú reías. Ayúdame como antes. Recuerda lo que he olvidado y olvida lo que recuerdo. Yo también te ayudaré. Al igual que tú, tengo algo que aportar. Pongo a tu disposición cuanto poseo. En mi hogar, todo está al servicio del trabajo: lo compartiré contigo. Soy diligente, entusiasta y fiel. Hasta tal punto llega mi fidelidad que soy incapaz de ofender a la persona con la que he cruzado una palabra, ni siquiera con el pensamiento. Soy tan fiel, Kornél, que por mi viejo y querido perro no acaricio a ningún otro, no me detengo a jugar con ellos, ni tan sólo a mirarlos. Soy tan fiel, incluso a los objetos sin vida, que en ocasiones dejó a un lado mis quince formidables plumas, saco una muy vieja que conservo todavía y garabateo con ella aunque rasgue el papel y escribir con ella sea un tormento, sin otro motivo que el de consolarla para que la pobre no sienta que la desprecio. Yo soy la fidelidad personificada. A mi lado, tú podrías encarnar la infidelidad, la inconstancia y la irresponsabilidad. Fundemos una sociedad cooperativa. ¿De qué sirve el poeta sin el hombre? ¿De qué el hombre sin el poeta? Asociémonos para escribir. Una persona no se basta para escribir y vivir al mismo tiempo. Quienes lo han intentado, han sucumbido pronto. Sólo lo soportó Goethe, ese

inmortal poeta, tranquilo y jovial. Cada vez que pienso en él, un escalofrío me recorre la espalda, pues no ha pasado por este mundo persona más inteligente y temible que él, glorioso monstruo del Olimpo, a cuyo lado Mefistófeles parece un idealista bienintencionado y parlanchín. Sí, él justificó y absolvió a Margarita, a quien la justicia humana arrojó al calabozo, él elevó al cielo a la madre que había asesinado a su hijo, para que estuviera entre arcángeles y sabios testigos de la fe, a su amparo eterno puso en boca de coros enigmáticos cantos a la feminidad y la maternidad. Sin embargo, unos años más tarde, cuando en Weimar, por su calidad de consejero, se vio en la obligación de administrar justicia a una madre infanticida, el hombre que tan caballeroso trato había dispensado a Margarita votó sin vacilar por la muerte de la joven.

—O sea que a ésa también la mandó al cielo —apuntó Kornél en voz grave. En realidad no hizo más que obrar en consecuencia con sus principios.

—Así es —asentí. El problema es que a nosotros, por separado, nos resultaría imposible alcanzar una sabiduría así de pérfida y divina. Pero si los dos unimos nuestras fuerzas, tú y yo, Kornél, entonces quizá logremos aproximarnos a ella. Seríamos como la Noche y el Dia, como la Realidad y la Imaginación, como Ahriman y Ormuz. ¿Qué me dices?

—El inconveniente es que las letras y las oraciones me aburren, me aburren sobremanera —se lamentó. Uno escribe, garrapatea y al final se percata de que siempre se repiten las mismas palabras. Todo se reduce a «no», «pero», «que», «mejor», «porque». Es exasperante.

—De eso me encargo yo. Tu limítate a hablar.

—Sólo sabría hablar de mí mismo. De lo que he vivido. ¿Y qué es lo que he vivido? Espera. Pensándolo bien, muy poco. A la mayoría de la gente apenas le suceden cosas dignas de mención. Aunque, eso sí, he fantaseado mucho, lo cual también forma parte de nuestra vida. Cuando conseguimos besar a una mujer, no es esto lo único real, sino también que la deseábamos en secreto y anhelábamos besarla. A menudo la mujer representa la mentira y el deseo, la verdad. Los sueños forman parte de la realidad. Si sueño que visito Egipto, puedo componer un relato de viajes.

—¿Así que escribiremos un relato de viajes? —inquirí. ¿Una biografía tal vez?

—Ninguna de los dos cosas.

—¿Una novela?

—¡Dios me libre! Todas las novelas empiezan así: «Un joven caminaba por la calle oscura, con el cuello del abrigo alzado». Luego resulta que el joven con el cuello alzado es el héroe de la novela. Ese principio no sirve más que para despertar la curiosidad. Horrible.

—¿Qué escribiremos entonces?

—Las tres cosas a la vez. Un relato de viajes, en el que hablemos de los lugares adonde me hubiera gustado viajar, y una biografía novelesca en la que refiramos las veces en que el héroe perdió la vida en sueños. Sin embargo, hay algo que quiero dejar claro. Que no se te ocurra hilar estos elementos por medio de una bagatela, una trama estúpida. Quiero que la obra siga siendo digna de un poeta: un conjunto de fragmentos.

Acordamos reunirnos en lo sucesivo con cierta regularidad en el Torpedo o en el Vitriolo. En el peor de los casos nos comunicaríamos por teléfono.

Me acompañó hasta la puerta.

—Otra cosa —agregó ya en el pasillo, asestándose una palmada en la frente. Hay algo que hemos pasado por alto. No hemos definido el estilo.

—Escribiremos la obra juntos.

—Pero nuestros estilos son diametralmente opuestos. Tú, últimamente, prefieres el sosiego y la simplicidad. Profesas los ideales clásicos. Eres partidario de emplear pocos adornos y pocas palabras. En cambio, yo continúo practicando un estilo nervioso, enmarañado, exuberante. Sigo siendo un romántico empedernido. Utilizo muchos adjetivos, muchos símiles. Es algo a lo que no estoy dispuesto a renunciar.

—¿Sabes qué? —le dije para tranquilizarlo. Nos repartiremos el trabajo a partes iguales. Yo taquigrafiaré lo que tú digas. Luego iré tachando.

—¿Con qué criterio?

—Dejaré cinco de cada diez símiles.

—Cincuenta de cada cien adjetivos —añadió Kornél. De acuerdo.

Me estrechó la mano. El trato estaba cerrado. Kornél se apoyo en

la barandilla y me siguió con la mirada mientras bajaba por la escalera de caracol.

Ya en la planta baja, me vino otra cosa a la memoria.

—¡Kornél! —le grité. ¿A nombre de quién se editará nuestro libro?

—¡Da igual! —respondió él. ¿Por qué no al tuyo? Ponle tu nombre. Pero que el mío sea el título. Los títulos siempre van en un cuerpo más grande.

Asombrosamente, cumplió su palabra. Durante un año nos juntamos una o dos veces al mes, y él siempre llegaba con algún relato de viajes o un capítulo de la novela de su vida. Entre reuniones, sólo se ausentaba por unos pocos días. Yo, por lo general, taquigrafiaba sus historias, aunque en ocasiones las escribía después, de memoria, y las corregía con arreglo a sus instrucciones. Así es como nació este libro.

# 2

*Donde, el primero de septiembre de 1891, va al Buey Rojo, y conoce allí a la sociedad humana.*

Era el primero de septiembre de 1891.

A las siete de la mañana, su madre entró en la habitación alargada de la humilde vivienda contigua al patio en la que dormían tres niños: él, su hermano menor y su hermana.

Se acercó de puntillas a la cama protegida con un mosquitero, desenganchó el palo que sujetaba la gasa verde para apartarla y besó con ternura la frente del mayor de sus hijos, de seis años de edad, para despertarlo. Era su primer día de clase.

Éste abrió los párpados enseguida. Contempló de muy cerca los luminosos ojos azules de su madre. Esbozó una sonrisa.

Era un niño flaco, anémico, de orejas transparentes. Aún arrastraba las secuelas de la última enfermedad grave que había padecido, una pleuresía, que lo había postrado en la cama durante varios meses. Con frecuencia le palpitaba el costado derecho, y el médico le aviso de que lo someterían a una intervención quirúrgica para drenarle el líquido acumulado. Sin embargo, el malestar remitió de repente y el líquido desapareció por sí solo. Su estado general mejoró, pero entonces comenzó a presentar síntomas de «nerviosismo». Contrajo varias manías. Empezó a temer a las ancianas con pañuelo en la cabeza y a los gendarmes con plumas de gallo en el casco. Lo asaltaba la idea de que su padre, sin motivo aparente, iba a suicidarse de un tiro en la sien, y en esas ocasiones se tapaba las orejas con las manos para no oír el estruendo del disparo. El miedo a quedarse sin respiración lo empujaba a trasladarse de una habitación a otra, abrazando los muebles para que el esfuerzo le dilatara el pecho y lo salvara de morir asfixiado.

Cobró aprensión a las tiendas de ataúdes, y terror a la muerte. A menudo, al atardecer, congregaba a los suyos en torno a si y les explicaba sus disposiciones respecto a cómo debían enterrarlo y quién heredaría cada uno de sus juguetes en caso de que él falleciera durante la noche. Si bien el médico de cabecera no creía que su estado fuese grave, sus padres consideraban más prudente que cursara el primer año en casa, con un profesor particular, y que no asistiera, de momento, a la escuela pública. Más tarde, en el último instante, cambiaron de opinión.

Ahora él estaba sentado en el borde de la cama, con los ojos hinchados de sueño, bostezando y rascándose.

Era consciente de que tarde o temprano llegaría ese día. Sin embargo, no se imaginaba que sería tan pronto.

Habría preferido aplazarlo de alguna manera.

De mala gana, se subió las largas medias negras, que formaban bultos a la altura de las pantorrillas. Se acercó a la palangana. Introdujo las manos, las retiró y las introdujo de nuevo. Observó los círculos de luz que cabrilleaban en la superficie del agua.

Su madre lo lavó. Le indicó que se pusiese una camisa limpia. Le preparó la ropa de los domingos, un trajecito de lienzo azul marino ribeteado en blanco, decorado con botones nacarados en forma de corazón, descosidos de una vieja blusa de ella. Lo peinó con un cepillo mojado en agua.

Le sirvió un tazón de café y un panecillo en forma de ese. No obstante, ese día él no quería tomar café: no tenía apetito.

Entonces su madre le colocó en las manos la cartilla, la pizarra y el pizarrín, y lo llevó a la escuela.

El sol otoñal brillaba ya con todo su esplendor sobre la llanura en que se extendía la ciudad. Los carros de los labradores traqueteaban envueltos en nubes de polvo amarillo. Un tren silbó al cruzar el pequeño puente. En el mercado los vendedores acarreaban sacos llenos de pimentón rojo y habas blancas.

Irritado, él avanzaba a paso lento junto a su madre. Ataviado con su «mejor» traje —aunque para él era el peor, el más barato y ajado—, se sentía envarado, ridículo y, sobre todo, afeminado. Deseaba desgarrarlo, tirarlo al suelo y pisotearlo, pero sabía que a su padre, un profesor de bachillerato sin recursos, no le alcanzaba el dinero para comprarle algo mejor. De modo que castigó a su madre

con su silencio a lo largo de todo el trayecto.

Muy pronto llegaron al Buey Rojo.

El Buey Rojo era la escuela primaria. Este palacio de la enseñanza pública, de una sola planta, debía su nombre ciertamente peculiar a que se alzaba en el lugar que en otro tiempo ocupara una tasca ruinosa y destartalada, en cuyo rótulo había pintado un bóvido encarnado. Pese a que un incendio había arrasado el cuchitril hacía ya décadas, los crápulas de aquella ciudad aficionada al vino, en memoria de las noches de juerga allí vividas, habían legado devotamente al colegio el nombre de la tasca, y éste se había transmitido de padres a hijos.

Al llegar con su madre al oscuro vestíbulo de la escuela, él palideció, presa del síntoma de la «respiración pesada». Fiel a su costumbre, se apoyó contra una columna y se aferró a ella. Su madre se agachó para preguntarle qué le ocurría. Él no contestó. Se limitó a apretarle las manos, con una fuerza cada vez mayor.

El aula de primero estaba en la primera planta. Ante una puerta marrón, su madre lo besó. Se disponía a marcharse, pero él no la soltaba.

—Tengo miedo —susurró.

—¿De que tienes miedo?

—Tengo miedo —repitió él.

—No temás, angelito. Mira, los demás también están aquí. Todos han venido. ¿No oyes lo alegres que están? Entra con tus amigos.

—Quédate —le suplicó él, agarrándose a la falda de su madre.

Ella, con la mano que le quedaba libre, esbozó un gesto de despedida, se escabulló y se alejó lentamente. Al fondo del pasillo, sacó un pañuelo y se enjugó los ojos. Volvió la vista hacia su hijo una vez más, para animarlo con su sonrisa. Luego, de súbito, desapareció.

El niño permaneció un rato con los pies clavados en el suelo, esperando, mirando en la dirección en que se había marchado su madre. Confiaba en que ella sólo estaba gastándole una broma y en que al final reaparecería. Sin embargo, no se trataba de ninguna broma.

Al comprenderlo, cayó en la cuenta de que estaba solo, más solo que nunca, y se estremeció espasmódicamente. Intentó huir. Pegado a la pared, avanzó con sigilo hasta la escalera, donde hacía unos

instantes la falda se había esfumado tan enigmáticamente. Allí se abrían las fauces de una escalera, de todo punto desconocidas y amenazadoras, con una bóveda hueca, gris y llena de ecos. Él habría necesitado una valentía sobrehumana para bajar por ella. Guiado por el instinto de un ser herido, optó por regresar a la puerta de la clase, al punto donde perdió a quien buscaba. Era un sitio al que ya se había habituado un poco.

Echó una ojeada por el resquicio de la puerta.

Atisbó a muchos niños, a más niños de los que había visto nunca en un mismo lugar. Componían una auténtica multitud, una multitud de personas pequeñas y totalmente desconocidas, semejantes a él.

Por tanto, no se encontraba solo en el mundo. Pero si hacía un instante lo había asaltado una angustiosa sensación de soledad, ahora se apoderó de él una desesperación mayor al descubrir que había tantísima gente en el mundo. Aquello era, si cabe, aún más terrible.

Todos hablaban a la vez. No se alcanzaban a distinguir las palabras. Las voces se sumaban en un rumor monótono que se amplificaba con la resonancia de la sala y retumbaba como un trueno.

Mientras él se entretenía con estas observaciones, alguien —un adulto al que no conocía— lo metió en el aula. Allí se quedó él, con su gorrito arrugado en la cabeza.

Esperaba que se produjera algún milagro. Esperaba que todos esos niños se pusiesen en pie de un salto y gritaran su nombre. Esperaba que lo recibiesen cordialmente agitando el pañuelo. No obstante, ese milagro no se produjo. Los niños ni siquiera repararon en su presencia.

De repente, se quitó el gorro. Los saludó, con suma urbanidad. Pero ellos no le devolvieron el saludo.

Aquella habitación no era como las demás, donde hay sofás y cortinas, sino fría, austera y vacía. La luz serena que penetraba por tres ventanales desnudos creaba un ambiente poco acogedor. Una mesa montaba guardia sobre la tarima. Detrás colgaba una pizarra negra, con una esponja amarilla y un trozo de tiza blanca. Delante se alzaba el ábaco, tieso y severo como un demente. Alrededor, en las paredes encaladas, colgaban dibujos de animales multicolores,

un león, un zorro, así como cartulinas en las que se leían cosas como: «hombre», «a-ni-mal», «ju-gue-te», «tra-ba-jo». Desconcertado, él las leyó todas. Sabía leer y escribir desde los cuatro años de edad.

Sus compañeros de clase ya estaban todos sentados. A él también le habría gustado acomodarse en alguna parte.

Como si de la cosa más natural del mundo se tratara, la primera fila de pupitres estaba ocupada por los «señoritos», los hijos de terratenientes y de ediles. Estos muchachos joviales, rubitos y mofletudos llevaban blusa marinera, con el cuello almidonado y corbata de seda. Su tez presentaba la tersura y el color de una rosa empapada en leche. Rodeaban la tarima con una actitud educada pero que denotaba su superioridad, del mismo modo que los representantes del partido gobernante rodean el sillón de terciopelo del primer ministro. Él también se consideraba un «señorito», por lo que torció los labios en una sonrisa forzada y algo contrahecha y se acercó a ellos para sentarse en la primera fila. Desafortunadamente, no había sitios libres allí. Los demás no se apresuraron a dejarle espacio. Cuchicheaban entre ellos, como compañeros de toda confianza, mientras examinaban con fría cortesía y una pizca de asombro al tímido advenedizo que había llegado tarde y se había quedado sin asiento. Algunos hasta le sonreían con malicia.

Avergonzado y herido en su amor propio, él se encaminó hacia los pupitres del fondo. Ya que el primer pupitre de la primera fila le estaba vedado, se conformaría con el último de la última. Allí, al fondo de la clase, se habían instalado los hijos de campesinos, unos chiquillos fuertes y recios que iban descalzos o llevaban botas. Habían dispuesto el almuerzo sobre unos pañuelos rojos. Ayudándose con una navaja, comían pan negro, tocino y sandía. Él los miraba de reojo. El olor acre que despedían el calzado y la ropa de aquellos niños le revolvía el estómago. Aun así, se habría sentado de buen grado entre ellos. Los contemplaba con expresión suplicante para que al menos aquellos chicos le permitieran contar con su compañía. Esperaba que le dirigieran la palabra, que lo invitaran con algún gesto. No obstante, ellos estaban ocupados en otra cosa: lanzaban bolitas de papel rellenas de trozos de corteza de tocino o pipas de sandía. Uno de estos proyectiles de contenido sustancioso le alcanzó a él justo en la frente. El susto que se llevó fue mayor que el daño real. Sin embargo, él se tambaleó y cayó

contra la pared. Todos, tanto la cámara alta como la cámara baja, sin distinción de partido, prorrumpieron en carcajadas.

Él se largó de allí, con el alma furiosa y ansias de venganza. No sabía adonde ir, no sabía cual era su lugar. Así que se colocó junto a la estufa, solo y de pie. Se avergonzaba de haber reaccionado con tanta cobardía y tan poca habilidad. Desde donde se encontraba estudió con un desprecio infinito a toda aquella caterva de iletrados y analfabetos. Sin duda él poseía muchos más conocimientos que ellos. Sabía, por ejemplo, que la temperatura de una persona normal es de treinta y siete grados y que cuando se alcanzan los cuarenta prácticamente no hay nada que hacer. Sabía que, aparte de la escritura normal, existía la taquigrafía. Sabía que la quinina era amarga, y la ipecacuana dulce. Sabía asimismo que a esa hora en América era de noche. Ya sabía muchas cosas. Mas ellos ignoraban que él supiera todo aquello.

La campana de la torrecilla de madera que se erguía sobre el tejado del Buey Rojo repicó melodiosamente, en señal de que eran las ocho y que pronto se iniciarían las clases. Mientras las campanadas sonaban rápidas e insistentes, y a la vez tristes como los toques de difuntos, él se despidió de todo lo que amaba, de las habitaciones de su casa, del jardín y de sus juguetes tan peculiares, de las pompas de jabón y de los globos. A punto de desmayarse, se recostó contra la fría estufa de latón.

Se impuso el silencio. En el umbral apareció el maestro, un señor regordete, de cabello castaño muy corto, que llevaba un traje color gris terroso muy holgado. Avanzaba con zancadas tan largas como las de un elefante. Subió a la tarima, bamboleándose.

El maestro preguntó a los alumnos, uno por uno, si habían traído consigo pizarra y pizarrín. A continuación, pronunció un discurso sobre lo mucho que aprenderían allí; cosas bellas, nobles y útiles. De repente, se interrumpió en mitad de una frase.

Sus ojos se posaron en él, que seguía acurrucado junto a la estufa.

—¿Se puede saber qué haces ahí? —le preguntó, alzando el rostro. ¿Quién te ha mandado ponerte en ese lugar? Ven, acércate.

El niño se dirigió hacia la tarima, casi corriendo.

—Deje que me vaya a casa, por favor —murmuraba, acongojado, mascando las palabras.

—¿Por qué? —inquirió el maestro.

—No quiero venir más a la escuela.

La clase reía a mandíbula batiente.

—¡Silencio! —rugió el maestro. ¿Por qué no quieres venir a la escuela?

—Es que aquí no me quiere nadie.

—¿Te ha hecho daño alguien?

—No.

—Entonces, ¿qué insensateces estás diciendo? ¿No te da vergüenza, miedica? Seguro que en casa te han mimado demasiado. Aquí eres como los demás, no lo olvides. Aquí no hay favoritismos. Aquí todos son iguales. ¿Me explico?

Los alumnos asentían con la cabeza, mostrando su conformidad con el maestro.

Éste se fijó de nuevo en el chiquillo asustado. Entonces notó que su rostro había adquirido un tono verdoso.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó, con voz más suave.

—No.

—¿Te duele algo?

—No.

—Entonces vete a tu sitio —le ordenó. ¿Dónde está tu sitio?

—En ninguna parte.

—¿En ninguna parte? —repitió el maestro, atónito. Entonces siéntate en alguna parte.

El muchacho recorrió el aula con la mirada. Percibió sonrisas malévolas en todas las caras; un sinnúmero de caras pequeñas que formaban el deformado rostro de un ídolo, gigante y aterrador. Mareado, el chico echó a andar, tambaleándose. Hubo de pasar otra vez por delante de la primera fila de pupitres, donde no había sitio para él. Hacia el centro de la clase, encontró un palmo de asiento libre, en el extremo de un pupitre. Sólo alcanzaba a sentarse con una pierna, la otra le quedaba colgando en el aire. A pesar de todo, prefería descender al nivel de los demás, confundirse con el resto de la muchedumbre, a estar de pie, a la vista de todos sus compañeros.

—Niños —reclamó su atención el maestro—, sacad la pizarra. Vamos a escribir. Vamos a escribir la letra i.

Se oyó el garrapateo de las barritas de pizarra sobre las tablas. Él también intentó colocar su pizarra sobre el pupitre, pero el

muchacho moreno y gruñón junto al que se había sentado lo empujaba hacia el borde con malos modos, impidiéndole escribir.

Entonces él rompió a llorar amargamente, a gritos.

—¿Qué sucede? —quiso saber el maestro.

—Está llorando.

—¿Quién?

—Pues éste, aquí.

Todos los niños se volvieron hacia él. Muchos incluso se levantaron para verlo mejor.

—Llora como una Magdalena —gritaban.

—¡Silencio! —estalló el maestro, y asestó un golpe en la mesa con la vara.

Bajó de la tarima. Se colocó junto al chiquillo. Le acarició la mejilla con una mano suave que olía a tabaco.

—No llores —lo consoló. Siéntate bien. Con las dos piernas. ¿Por qué no le dejáis? Hay sitio de sobra. Pon la pizarra delante de ti, toma el pizarrín. Suénate la nariz. Ahora vamos a aprender a escribir. ¿Es que tú no quieres aprender a escribir?

—Sí quiero —contestó él, lloriqueando.

—Pues entonces… —dijo el maestro afablemente, y trazó sobre la pizarra una i. Hacia arriba —le indicó—, ahora hacia abajo y, para terminar, una curva.

Las barritas chirriaban sobre las pizarras como pajarillos.

El maestro bajó de nuevo de la tarima. Se paseó por la clase, examinando los garabatos dibujados sobre las tablas. Observo la i del chiquillo. Era una i bonita y elegante. La elogió. El chiquillo ya no lloraba.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

El chiquillo se puso en pie. Murmuró algo en voz muy baja.

—No te entiendo —lo reconvino el maestro. Contesta siempre con claridad y convicción. ¿Cómo te llamas? —inquirió otra vez.

—Kornél Esti —respondió el chiquillo, con claridad y convicción.

# 3

*Donde, inmediatamente después del examen de bachillerato, una noche de 1903, en un tren, una chica lo besa por primera vez en la boca.*

Cuando en 1903 Kornél Esti obtuvo la calificación de *praeclare maturus* en el examen de bachillerato, su padre le ofreció la posibilidad de elegir entre la hermosa bicicleta que anhelaba desde hacía tanto tiempo, o ciento veinte coronas para viajar a donde le apeteciera.

Él optó por lo segundo, pero sólo después de grandes vacilaciones.

Le resultó difícil apartarse de las faldas de su madre. Había crecido en Sárszeg, entre libros y frascos de medicamentos. Por las noches, antes de acostarse, siempre se cercioraba de que su madre, padre y hermanos menores estuviesen ya en la cama, en el lugar de costumbre, y sólo entonces, escuchando el tictac del reloj de péndulo, conseguía conciliar el sueño. Si alguno de ellos se iba a pasar unos días al caserío y no dormía en casa, él prefería velar toda la noche en espera de que todo volviera a la feliz normalidad. La familia constituía para él un refugio contra todo lo que temía. Lo acogía, empalagosa, como un palomar umbrío, pegajoso y sucio.

Por otro lado, él ansiaba marcharse muy lejos de allí.

Nunca había salido de aquel nido de la llanura, donde no había ríos ni montes, donde las calles y los vecinos se parecían demasiado entre si y donde el transcurso de los días y de los años aportaba escasos cambios. Las tardes eran polvorientas y agobiantes, y las noches largas y oscuras. En los escaparates de las librerías se exhibían cuadernos y calendarios. El intelecto del joven comenzaba a despertar, y su gusto a desarrollarse, pero en los teatros sólo se

representaban espectáculos mediocres y, al no haber alternativa, él se resignaba a presenciarlos desde su asiento de estudiante, en el gallinero. Le hubiera gustado ver mundo. Más que nada, quería conocer el mar. Siempre había soñado con ello ya desde que, en la escuela primaria, contemplara en el mapa de la pared aquella mancha azul, lisa e infinita. Así pues, armándose de valor, decidió lanzarse a la aventura y viajar a Italia, solo.

Partió un día emocionante y descolorido de julio. A las tres de la madrugada ya estaban todos levantados en casa. Habían bajado del desván el torcido y destartalado baúl de mimbre para el equipaje, e intentaron arreglar el cierre, sin conseguirlo. Él dijo adiós sonriente, aunque con un nudo en la garganta. Pensaba que nunca regresaría. Todos lo acompañaron a la estación. Allí, subió al tren con destino a Budapest. Se despidieron de él agitando pañuelos blancos. Su madre le volvió la espalda y se echó a llorar.

Tras cinco horas de traqueteo, llegó «sin novedad» a Budapest. Enseguida les mandó una postal a sus padres, para notificárselo. Se alojó en un hotel de baja categoría en las inmediaciones de la estación de ferrocarril. Sólo se alojaría allí una noche.

Aprovechó el día para conocer Budapest. Inició sus andanzas feliz e impresionado por aquella «moderna Babilonia», tal como la describió a sus padres en una segunda postal. Sus idas y venidas por su cuenta reforzaban su seguridad en si mismo. En el Museo Nacional vio la exposición de antigüedades, la escalinata desde donde Sándor Petöfi[4] recitó su *Canto nacional*, y los animales disecados. Más tarde, en la avenida Andrássy, se desorientó. Un policía le indicó el camino con amabilidad. Con el *Plano de la capital Budapest* en la mano, encontró el Danubio y el monte Gellért. Lo sorprendieron la anchura del Danubio y la altura del monte Gellért. Se maravilló de la belleza de ambos. Budapest entera le pareció hermosa.

Lo que más lo cautivó fue la gente de la capital. Todos los transeúntes de la calle, los parroquianos de los cafés, los viajeros de los tranvías, los clientes de las tiendas, compartían alguna característica que los identificaba como «habitantes de Budapest». A el sólo le resultaba evidente que diferían radicalmente de la gente de Sárszeg, mientras que, por lo que respecta a sus modales y su actitud, se asemejaban tanto unos a otros como los miembros de

una misma familia. Por ello, a sus ojos, un juez de los tribunales, un vendedor de caballos, la esposa de un magnate y un aya eran todos habitantes de Budapest. La validez de esta apreciación, si nos atenemos a un criterio riguroso, es indiscutible.

Los «habitantes de Budapest» llevaban prisa y no se preocupaban de él. Lo notó desde un primer momento.

El mozo que le subió el equipaje a la tercera planta del hotel también formaba parte de la gente que habitaba en Budapest. No sólo no le dirigió la palabra, como él esperaba, sino que colocó con desgana su baúl sobre un soporte, refunfuñó algo y desapareció sin más. Estas maneras le dolían, pero al mismo tiempo le causaban admiración. El comportamiento distante y los aires de superioridad de los capitalinos se le antojaban de lo más elegantes. A sus padres les escribió —en una tercera postal— que «la gente de aquí no es grosera, sino, en cierto sentido, más refinada y atenta que la de Sárszeg». Sin embargo, en ocasiones se mostraban fríos, incluso insensibles. Por ejemplo, nadie le preguntó lo que en su ciudad le habrían preguntado todos sin excepción, incluso los altos mandatarios y aquellos que sólo lo conocían de vista: «Bueno, amigo Kornél, ¿verdad que Budapest es bellísima, que el Danubio es ancho, que el monte Gellért es alto?». Por otra parte, tampoco lo miraban a la cara con la expresión abierta y ávida de cariño que al principio —durante las primeras horas— iluminaba su rostro e irradiaba una confianza tan infinita que movía a algunos a sonreír y a soltar una risita a sus espaldas ante tanta juventud e inexperiencia. Al cabo de unas horas, comprendió que debía rehuir su mirada para evitar el ridículo. En ese instante se desvaneció ese mundo cordial y campechano, esa azucarada vida de niño, esos juegos infantiles a los que él se había acostumbrado en provincias. En ese instante nació algo totalmente nuevo. Algo más rico y, al mismo tiempo, más exiguo que lo anterior.

Turbado por aquellas novedades, merodeaba por las calles dolido por cada situación, y humillado una y otra vez; cada incidente lo dejaba en carne viva, como a un desollado, y abría dolorosamente las heridas que ya empezaban a cicatrizar; reaccionaba con una susceptibilidad enfermiza a todas las impresiones; todos sus sentidos se agudizaron, se exacerbó su sensibilidad, y cada palabra que oía, cada hedor procedente de una

fábrica, cada vaso de forma extraña en el que posaba la vista —un «vaso de Budapest»— se convirtió en un símbolo, en un recuerdo imborrable. Cuando, después de su agotador recorrido por la ciudad, regresó a su miserable cuarto de hotel y, aturdido, se metió en la cama —en su «cama de Budapest», entre «almohadas de Budapest»—, surgió en su alma la nostalgia por las cosas antiguas, la gente antigua, y lo invadió el deseo desesperado de estar en casa. No logró dormirse. Apoyado sobre el codo, se sumió en cavilaciones en la oscuridad de la habitación.

La tarde del día siguiente subió al rápido de Fiume[5]. No tardó en encontrar un sitio libre. Había pocos pasajeros. En el primer compartimento de segunda clase en el que entró viajaban sólo dos personas, una señora con su hija. Las saludó. La señora correspondió a su saludo con un gesto mudo, de buena voluntad pero recatado, como dándole a entender que adoptaba una postura de cortés neutralidad. Él depositó trabajosamente su baúl sobre la red situada encima de su asiento y se acomodó junto a la ventanilla. Enfrente de él iba sentada la señora, y junto a ella, su hija, delante de él.

Esti se abanicaba. Allí dentro reinaba un ambiente sofocante, africano. Los vagones, que habían pasado el día entero asándose bajo un sol ardiente, humeaban a causa del calor y el polvo, y los asientos despedían un olor a cuero animal. Las manchas negras de los cojines danzaban ebrias ante sus ojos en aquella luminosidad amarillenta, como de museo de cera.

Él apenas se fijó en sus compañeras de viaje. En realidad, tampoco pretendía trabar conversación con ellas. Había aprendido la amarga lección y ahora fingía indiferencia. Interpretaba el papel con mayor arte que quienes lo habían representado durante toda la vida. Abrió el libro que llevaba, *Cuore*, de Edmundo de Amicis. Le divertía entenderlo perfectamente pese a sus rudimentarios conocimientos de italiano. Lo leía casi con fluidez gracias a su dominio del latín, la lengua madre.

El tren salió de la jaula de vidrio de la estación. Entonces la señora se santiguó. Esta señal, nada habitual en la ciudad de donde él venía, lo sorprendió. Y, sin embargo, también lo conmovió. Qué bella y qué femenina era aquella humildad. «Todos estamos en manos de Dios». En efecto, los desplazamientos largos reducen

nuestras expectativas de vida. No entrañan un peligro mortal, pero sí un riesgo más o menos equivalente al de una amigdalitis folicular, que en contadas ocasiones degenera en septicemia o paro cardíaco. Aquel trayecto, de todos modos, no era precisamente una minucia. Duraba doce horas, sin interrupciones: parte de la tarde y una noche entera, hasta las ocho de la mañana siguiente. Para cuando alcanzasen su destino, ya habría amanecido, y el sol brillaría de nuevo, como ahora. Pero ¿quién sabe lo que sucedería entretanto?

Aquella incertidumbre le agradaba. Se alegraba asimismo de que nadie más entrara en su compartimento, lo que significaba que sin duda realizaría todo el viaje cómodamente con la señora y su hija, que no lo trataban con simpatía, pero tampoco con hostilidad.

Surcaron traqueteando un mar de espigas. Ya estaban fuera de Budapest, entre campos de labranza. El bochorno grasiento resultaba ya menos opresivo; se diluía. Además, soplaba algo de viento. Él experimentó cierto alivio ante la sensación de que había dejado atrás muchas cosas, de que se había liberado de muchas ataduras y de que el joven que estaba allí sentado con el libro italiano en la mano era y no era él. Se le ofrecía la posibilidad de convertirse en quien se le antojase, pues el constante cambio de lugar lo colocaba ante una infinidad de situaciones, ante una especie de baile de máscaras espiritual.

La mujer se arregló el cabello rubio ceniciento, retocándose el moño con unas agujas de caparazón de tortuga. Tenía el semblante sereno, y la frente sencilla y pura. Esti acababa de descubrir que el compartimento de un tren es un lugar benévolo y sutil. Allí la vida de personas desconocidas se nos presenta —simultánea y concentradamente— como en un corte transversal, al igual que en una novela que abrimos por la mitad, al azar. Ese espacio reducido nos brinda la ocasión de satisfacer nuestra curiosidad, que por lo común disimulamos con un pudor ensayado, por la fuerza de la necesidad que supone estar encerrado con otras personas en una habitación móvil. Las circunstancias nos permiten echar una ojeada, imaginarnos como empezaría aquella novela y como terminaría. Él ya había desarrollado una actividad literaria nada desdeñable en el circulo literario estudiantil, como poeta y novelista. Aquí también era libre de practicar dicho oficio. Por muy desamparado que

estuviera otras veces, si encubría con astucia y refinamiento sus intenciones nada le impediría entregarse plenamente al entrometimiento creativo. Así pues, su mirada se desviaba con una frecuencia cada vez mayor de las oraciones ingenuas de *Cuore* hacia la mujer.

Ella contaba unos treinta y ocho o cuarenta años, como la madre de él. Le pareció extraordinariamente simpática desde el primer instante. Sus ojos verdes despedían visos ambarinos. Sin embargo, la mujer no miraba a Esti ni a su hija. Con la vista perdida, ofrecía un aspecto cansado, triste, incluso algo indiferente. Se encerraba en si misma y no permitía que otros la penetraran con su mirada.

Destilaba una docilidad y una intimidad lánguidas, como una paloma. No era gorda, en absoluto, sino llenita, también como una paloma. Por toda joya llevaba en un dedo una alianza de oro. Esta mano —la blanca mano materna— descansaba durante la mayor parte del tiempo sobre su regazo, el regazo materno de amable y enigmática suavidad.

Su equipaje consistía en dos maletas de piel de cerdo, forradas en tela de color marrón y cubiertas de adhesivos de hoteles extranjeros multicolores, como un colibrí. De las asas colgaban etiquetas enmarcadas en piel que se balanceaban con el vaivén del tren. En el asiento, junto a ella, había un hermoso bolso de mano, de piel de asno.

Cada uno de los ademanes de la señora reflejaba mesura y buen gusto. Apenas se movía. Semejante tranquilidad incluso causaba extrañeza. La mujer cavilaba, quieta y callada. Esti se temía que, de pronto, ella realizara algún gesto banal que lo desilusionara, como estornudar o sonarse la nariz. Sin embargo, eso no sucedió. De hecho, cada pequeña sorpresa avivaba aún más su simpatía inicial. Ni siquiera la inactividad de la mujer le restaba interés. Todo cuanto hacía y dejaba de hacer estaba bien, era hermoso y agradable, tanto si lo hacía como si no.

La señora despertaba en él un cariño tan profundo como si de su propia madre se tratara. Le producía placer contemplarla, saber que la mujer existía y se hallaba tan cerca de él.

El tiempo transcurría volando, tan deprisa que él ni siquiera se percataba de ello.

Naturalmente, recogía estas observaciones poco a poco, pues no

deseaba incomodarla, de modo que sólo le dirigía ojeadas breves, casi casuales, para luego concentrarse en el preciado polen robado y entregárselo al bullicioso enjambre de su imaginación, a fin de convertirlo en miel.

En cierto momento, cuando él se disponía a interrumpir su acecho, parapetado tras su ejemplar de *Cuore*, y a continuar leyendo frunciendo el ceño con aire de suficiencia, la chiquilla le musitó algo a la madre.

Llevaba oyendo ese musitar —si cabe llamarlo así—, ese murmullo, esos susurros, desde que entró en el compartimento, si bien apenas había reparado en él. Al cabo de un rato incluso se familiarizó con dicho sonido, como se acostumbra uno al zumbido de una mosca en una habitación, una tarde de verano.

La chica se aferraba al brazo de su madre y le cuchicheaba al oído, a veces formando un embudo con la mano. Bisbiseaba sin parar. Sus palabras eran ininteligibles. La madre le prestaba atención a medias. Ora asentía, ora negaba con la cabeza. Cuando ese runrun —o más bien ese siseo— aumentaba de volumen y degeneraba en risillas, Esti se tranquilizaba un poco. La señora le contestaba de forma mecánica, con frases breves: «Más bajito, hija». «Sí, hija mía». «No, no, hija mía». Y nada más.

Esti no comprendía la situación. El asunto lo ponía un poco nervioso, al igual que el nerviosismo de la chica. Y la parsimonia de la madre lo ponía —quizá— más nervioso aún. Ahora, en vez de espiar desde detrás del libro para captar nuevos datos sobre la amable desconocida, aguzaba el oído.

De la boca de la joven brotaba un susurro fervoroso, agitado, una serie encadenada de sílabas mal articuladas, incomprensibles y pronunciadas de manera tan atropellada como si ella estuviese leyéndolas de un libro.

Hasta ese momento él ni siquiera se había fijado en la chiquilla, ya que la madre había acaparado todo su interés. Al entrar en el compartimento, Esti había advertido que era una adolescente, de unos trece años, quince a lo sumo. Además, su físico no le había impresionado demasiado. Quizá por eso ella no había suscitado en él más que indiferencia.

Ahora le echó un vistazo desde detrás del volumen de Edmundo de Amicis.

Era una chiquilla sin gracia e insulsa, escuálida como un pajarito, con piernas de zancuda y la voz aflautada. Llevaba un vestido de batista blanco con lunares, ribeteado de costosos encajes suizos, y unos lustrosos zapatos de charol recién estrenados. En su cabello reseco, rubio blanquecino, lucía un enorme lazo de raso color fresa que realzaba la palidez de su rostro. Una cinta del mismo género, bastante ancha, le tapaba el enjuto cuello.

La habían vestido con un lujo poco adecuado para un viaje estival como aquél, más propio de un baile, un resplandeciente baile invernal, un baile infantil totalmente inverosímil y ajeno a ella.

Desde la cabeza diminuta, el pecho plano, los hombros caídos y las clavículas protuberantes que en ocasiones asomaban por el breve escote de su vestido, hasta las manos y las orejas, toda ella inspiraba primero compasión y, acto seguido, aversión. La criatura no sólo era fea, sino también decididamente repulsiva.

«Pobre», pensaba Esti. No fue capaz de contemplarla durante mucho tiempo. Prefirió admirar el paisaje por la ventana.

Atardecía poco a poco. En la penumbra la chiquilla desapareció y se fundió con la madre. Sólo se percibían sus susurros, esos susurros inacabables e irritantes que en la oscuridad se antojaban más frenéticos y agitados. Musitaba escondida en el pabellón auditivo de la madre. Resultaba inexplicable que no se cansara de parlotear, que su madre no se cansara de escucharla. ¿Por qué cuchicheaba sin cesar? ¿Por qué no se quedaba ronca, por qué no sucumbía a la extenuación? Esti se encogió de hombros. Todo ello escapaba a su comprensión.

El tren había salido hacía un buen rato de la estación de Gyekenyes y corría a toda velocidad por la noche veraniega sin estrellas. En el techo se encendieron las lámparas de gas. Esti se sumergió en su libro. Concentró todos sus esfuerzos en la lectura. Apenas leyó cuatro o cinco paginas, cuando ocurrió algo que lo sacó de quicio.

Advirtió que la chiquilla lo señalaba con el dedo. Se agarraba al brazo de su madre, cotilleaba, como antes, pero ahora le apuntaba con el índice. Aquello ya era demasiado.

La indignación se adueñó de él. Luego, la excitación se impuso sobre la indignación. Esti trato de sosegarse y poner en orden sus

pensamientos. O sea que la joven estaba hablando de él. En ese caso, el soliloquio de la chica también se refería a Esti desde un principio y él era el foco de una atención cuyo origen y fin desconocía.

¿Qué diablos querría de él aquella chiquilla? Cabía suponer que por alguna razón se burlaba de él. ¿Sería por la ropa que llevaba? Se había vestido para el viaje con el mejor traje de que disponía, el de color azul marino que le habían regalado la primavera anterior. Su atuendo derrochaba personalidad: llevaba un cuello alto que le llegaba hasta el mentón, una corbata estrecha de piqué blanco que le confería el aire de un tenor de fama internacional o bien de un funcionario algo palurdo, pero que a él le complacía, ya que, a su juicio, nada habría expresado con mayor acierto su carácter bohemio, su espíritu poético y caprichoso que ansiaba aprehender lo infinito. ¿Era posible que aquella cría lo considerase ridículo o feo? Él sabía que esto no se correspondía con la realidad: era un chico esbelto y espigado. Su cabello moreno, con la raya a un lado, le caía en un flequillo tupido sobre la frente convexa. Los ojos grises le ardían con un anhelo doloroso, una curiosidad titubeante, entonces con mayor pureza y fuego que más adelante, cuando la desilusión y la duda general que lo embargarían le nublaran el brillo de la mirada, opacando sus iris hasta tornarlos plomizos, tan turbios y vidriosos como si Esti se hallara permanentemente bajo los efectos del aguardiente.

No dudó mucho. Esperó a que la chica lo señalara de nuevo con el dedo y, cuando ésta gesticulaba ante su rostro, dejó caer el libro en su regazo y clavó la vista en ella como pidiéndole explicaciones.

La chica, con la actitud de quien ha sido sorprendido *in fraganti*, se quedó estupefacta. Su fino dedo prácticamente se convirtió en un carámbano, inmóvil en el aire. Lo retiró lentamente.

Tampoco entonces rompió la madre su silencio. Asió la mano de la chica —la pequeña mano pecadora—, la aprisionó entre las suyas propias y, con docilidad y una ternura y una paciencia infinitas, empezó a darle palmaditas, como si jugara al conejito con un niño pequeño. «Éste se fue a cazar…, éste mató al conejo…».

Se declaró una especie de tregua implícita. Los bisbiseos se espaciaron y se atenuaron hasta el punto de que apenas se oían. Era cerca de medianoche. La mujer abrió el bolso de mano y extrajo un

cuchillo dorado, afilado, puntiagudo. Luego sacó otro objeto, envuelto en algodón. Se trataba de una bellísima manzana Kalvil, de color mantequilla. La peló con esmero y habilidad y la cortó en trocitos que después ensartaba uno a uno en la punta del cuchillo para que la hija comiera.

Y la hija comía, de manera más bien antiestética. Masticaba con la boca abierta.

Cuando los pedazos de manzana llegaban a sus labios algo hinchados, se formaba una saliva blanca, pegajosa, como en el pico de los polluelos de golondrina, una especie de espuma que se espesaba debido a algún fervor interno. Ella abría el pico con avidez ante cada bocado. Dejaba al descubierto unas encías anémicas, unos dientecitos separados y cariados que relucían negruzcos en su cavidad bucal. «¿Quieres más, hija mía?», preguntó la madre. La chica realizó un gesto de afirmación con la cabeza.

Así consumió casi toda la manzana. Sólo faltaba el último trozo.

De súbito, se puso de pie de un salto, abrió bruscamente la puerta y salió corriendo al pasillo. La madre la siguió, alarmada.

¿Qué había sucedido? ¿Qué sucedía con la manzana y con la madre? ¿Qué sucedía con aquella muchacha? Esti también se levantó de golpe. Se asomó al pasillo; las dos mujeres se alejaban. Regresó a su asiento, preguntándose si su conducta había motivado la huída de la joven.

Aunque lo aliviaba haberse quedado solo, estaba consternado. Se había mostrado poco amistoso con la muchacha.

Sin embargo, esto no le bastaba para explicarse su preocupación. Ésta tampoco se debía a que fuese un «chico educado»; o a que su timidez, unida a su prolífica fantasía, lo llevaran a obrar con indecisión; o a que su voluntad de eludir el peligro con frecuencia lo precipitase en él; o a que poseyera un alma excesivamente misericordiosa, en el sentido más mundano de la palabra. En realidad, albergaba en su corazón una gran crueldad, instintos perversos y sangrientos. Sólo él sabía las atrocidades que había cometido de niño contra las pobres moscas y ranas en la cámara de tortura secreta instalada en el lavadero. Allí, él y su primo, provistos de cuchillos de cocina, destripaban batracios y también gatos de la abuela; les trepanaban el craneo y les sacaban los ojos en sus sesiones regulares de vivisección, sobre unas bases

supuestamente «científicas y experimentales». La abuela —una mujer gritona, algo demente y corta de vista— se enfurecía constantemente porque, por más que vigilaba a sus mininos, éstos desaparecían uno tras otro, en números que oscilaban entre diez y veinte al año. Llegado el caso, Esti seguramente sería capaz de matar, como todo ser humano. No obstante, le alarmaba más ofender a alguien que asesinarlo.

Siempre le repugnaba tratar a una persona —un ser igual que él, a fin de cuentas, falible, ávido de felicidad y condenado a perecer miserablemente— con rudeza, sin piedad o con poco tacto, humillarla, aunque fuera con una simple idea o insinuación, y en algunas ocasiones —o al menos eso se imaginaba— habría preferido morir a provocar en alguien la sensación de que estaba de más en este mundo, ocasionando que el individuo en cuestión se apartase de él, ruborizado, repitiendo: «Parece que esta harto de mí…, parece que lo aburro…, parece que me desdeña…».

Estos principios morales, que Kornél Esti expondría más adelante con todo detalle en algunas de sus obras, ya germinaban en su alma infantil. Ya había tomado conciencia de que la ayuda que nos prestamos unos a otros es limitada; de que para salir adelante a veces hay que perjudicar a los demás, o incluso infligirles un daño mortal; de que cuando es algo trascendental lo que está en juego resulta casi imposible no actuar de forma implacable. No obstante, precisamente por eso estaba convencido de que nuestro humanismo, nuestro apostolado, debía manifestarse —honrada y sinceramente— en los asuntos de escasa importancia, y de que la delicadeza y la cordialidad fundamentadas en la consideración, el perdón y la disculpa representaban lo mejor, lo más noble que existe en el mundo.

Por fin, siguiendo ese razonamiento, llegó a la conclusión llana, incluso pagana, de que como las circunstancias nos impiden ser verdaderamente buenos, al menos debemos ser corteses. No se trata de practicar una cortesía puramente formal, ni de prodigar piropos, ni de enfrascarse en una cháchara vacía. A menudo basta con pronunciar en el instante preciso y con toda naturalidad una palabra en apariencia indiferente pero que el interlocutor necesita desesperadamente, como aquello que justifica su existencia. En opinión de Esti, esta habilidad constituía la mayor virtud. O al

menos, una virtud mayor que lo que se suele denominar bondad. La bondad larga sermones, aspira a salvar a la humanidad, se conduce con mojigatería, pretende obrar milagros de un día a otro, se ufana de sus intenciones, ambiciona resolver lo esencial, más casi siempre se reduce a una convención insustancial, carente de contenido. En cambio, aunque la cortesía aparenta ser algo meramente formal, en el fondo, constituye el contenido, la esencia misma. La buena palabra, cuando aún no se ha materializado, encierra todas las posibilidades vírgenes y aventaja a la buena obra, cuyo desenlace es dudoso y cuyo efecto es discutible. Por lo general, la palabra va más allá que la obra.

Esti esperaba, inquieto, la vuelta de sus compañeras de viaje. Pero no llegaban. Consultó su reloj de bolsillo. Era la una menos cuarto. Hacía exactamente tres cuartos de hora que se habían esfumado.

A la una se oyeron pasos en el pasillo. Era un hombre uniformado con una linterna en la mano, el nuevo revisor croata, un hombre amigable, de bigote, que entró en el compartimento y le preguntó a Esti en un alemán impecable y con una discreción típicamente austriaca adónde viajaba y por qué no dormía. Sin embargo, no supo decirle donde se hallaban la señora y su hija. Conversaron durante largo rato. Luego, en un alemán impecable, y también con una discreción típicamente austriaca, el revisor se despidió con un «*Ich wünsch' Ihnen eine schöne, gute Nacht*», salió y cerró la puerta a sus espaldas.

Pocos minutos después, la puerta se abrió ruidosamente. Esti creyó que era el revisor, que, como acostumbran los eslavos, regresaba para charlar un poco más con la esperanza de ganarse una propina, aduciendo que la vida es dura, que tenía muchas bocas que alimentar y cosas por el estilo. Sin embargo, no entró nadie. En el pasillo reinaba un silencio profundo. Al parecer la puerta se había abierto sola, a causa del traqueteo del tren. Desde el lugar donde estaba, Esti no alcanzaba a vislumbrar a nadie. Transcurrieron unos diez, quince segundos, quizá más.

Entonces sonó una voz: «Entra, hija mía. Vamos, hija, entra». Era la señora. Eran ellas.

Pasaron los minutos. Otra vez el silencio, una quietud absoluta. La chica entró en el compartimento.

Detrás de ella —casi pegada a su cuerpo— entró la madre. Ésta cerró la puerta y se sentó junto a la ventanilla, enfrente de Esti.

La chica se quedó de pie, visiblemente furiosa, tozuda, molesta. Aunque éstos no son más que simples vocablos, insuficientes para describir una obstinación espasmódica. Se la veía, además, algo acalorada, como si allí fuera hubiera tomado un baño caliente o se hubiera aplicado un poco de colorete en el rostro, por lo general bastante pálido. Esti miró a la madre como preguntándole donde habían estado. La madre permaneció inmutable, hermética.

De pronto, como movida por un resorte, la chica se arrodilló en el extremo del asiento opuesto, junto a la ventanilla que daba al pasillo, de cara a la pared, de espaldas a todos. Estaba de rodillas, inmóvil. Estaba tiesa, de rodillas, inabordable. Se le notaban los músculos de la nuca tensos; la espalda tan rígida como una tabla de planchar. Los brazos, largos y raquíticos, le colgaban laxos a los costados. Las medias blancas no disimulaban unas pantorrillas no menos largas y raquíticas, amen de las suelas apenas gastadas de sus zapatos de charol. Había algo gracioso en todo ello. A Esti le recordaba al momento del juego de las prendas en que se obliga a uno de los participantes a «hacer la estatua» para someterse a las burlas y el escarnio de los demás. El único toque de seriedad residía en su impresionante perseverancia, en su resistencia.

¿Que significaba aquello? Esti lanzó otra mirada inquisitiva a la madre. Se disponía a abrir la boca para rogarle que interviniera porque la situación estaba tornándose intolerable. La señora, sin embargo, permaneció impermeable a su mirada. Esti se tragó las palabras.

Ya no era la chica quien lo sorprendía. Lo que lo sorprendía es que la señora no parecía sorprendida. Por el contrario, continuaba sentada, con expresión ausente. Estaría ya acostumbrada. ¿Habría presenciado ya escenas similares o incluso más chocantes? Evidentemente, no cabía esperar que actuase de otra forma. Aquello la dejaba impasible. Eso era lo peor de todo.

El tren traqueteaba. Esti consultaba la hora cada cinco minutos. La una. La una y media. Las dos. La chica aún no se había cansado. Se aproximaban a Zagreb.

Entonces la señora se puso de pie y, como quien actúa en contra de sus principios y convicciones, se acercó a la chica. Con la misma

simpatía que Esti había percibido en ella al principio del viaje, se hincó junto a su hija y empezó a hablarle, con el rostro pegado al de ella, en voz baja, con gracia e inteligencia, le hablaba a la cara, al oído, a los ojos, a la frente, a todo el cuerpo, hablaba sin parar, sin descanso, con el ímpetu y la constancia de la lluvia, incomprensiblemente; eso también resultaba incomprensible, como los susurros de la hija; resultaba incomprensible que una persona fuese capaz de tal verbosidad, de emplear tal cantidad de arcaísmos, consejos, advertencias, frases antaño dolorosas, pero ya desprovistas de sentido, aprendidas de memoria y mortalmente aburridas; frases que ya habría pronunciado en miles y miles de ocasiones, en balde, y que desde entonces guardaba sin usar en un trastero lleno de polvo.

Su discurso era más largo que el papel de la protagonista de una tragedia de cinco actos, que todas las oraciones del rosario entero que algunos creyentes salmodian a su dios invisible y desconocido. Y, no obstante, la chica no le prestaba la menor atención. Estaba resuelta a mantener su postura.

La madre abrazó entonces a la hija, la estrechó contra su cuerpo con fuerza, la levantó en vilo y la sentó a su lado.

Le acarició el cabello. Le enjugó la frente con un pañuelo rociado con colonia. Le sonrió, una vez, una sola vez, con una sonrisa indiferente e impersonal que debía ser despojo y vestigio de la sonrisa que en otro tiempo habría dedicado a la niña que, envuelta en pañales aún, yacía en la cuna, balbucía y sacudía su sonajero. Era una sonrisa desteñida, casi ciega. Aun así reflejaba, como un espejo con el azogue cuarteado, parte de lo que esa niña significaba para ella.

Sostenía en la mano una cuchara de plata. La llenó de un líquido incoloro, cuyo olor etéreo y asfixiante identificó Kornél —nacido en una familia de boticarios— como paraldehido. Pretendía administrárselo a la hija, de ahí su sonrisa.

—Hija mia, así dormirás tranquila —aseveró, y llevó la cuchara a los labios de la chica. Ésta sorbió el jarabe ruidosamente. Duérmete, hija mía, duerme tranquila.

Llegaron a Zagreb.

La somnolienta actividad del tren se reanimó. Los maquinistas realizaban maniobras hacía atrás, sonaban silbidos. Los trabajadores

golpeaban con martillos las ardientes ruedas del tren, produciendo una oleada melódica nocturna que se propago por toda la estación. La locomotora repostó agua. Engancharon otra máquina delante de ésta, pues se requerían dos para arrastrar los vagones hasta las imponentes cimas del Karst. El amigable revisor croata reapareció, linterna en mano. Subieron pocos pasajeros. A ellos no los importunaron.

La mujer le puso a la chiquilla una mañanita, le arregló la falda con unos tirones leves de manera que le cubriera las rodillas y ató de nuevo —para que quedara aún más bello— el lazo color fresa. En vez de desvestirla, la vestía para la noche. Le tapó las piernas con una suave manta amarilla. Los párpados de la chica se cerraron. Respiraba honda y pausadamente.

La madre también se dispuso a descansar. Se tocó la cabellera rubia cenicienta con un sutil velo negro.

Cuando el tren partió de Zagreb, la vista de la mujer se posó en la lámpara. Esti comprendió el gesto. Se levantó y corrió la pantalla semicircular de la lámpara.

La mujer aguardaba con los ojos abiertos y los brazos sobre el regazo a que la venciera el sopor. Aparentemente, los episodios que había vivido no le habían afectado demasiado, ya que se durmió poco después, tras exhalar un solo suspiro. Sus párpados cayeron pesadamente. Debía de estar exhausta, mortalmente cansada. Su rostro quedó del todo inmóvil. Apenas se notaba el subir y bajar de su pecho. También se debilitó la respiración honda y lenta de la hija. Ya ni se oía.

En el compartimento reinaba el silencio, un silencio absoluto. Una neblina verdosa tamizaba la llama de la lámpara de gas y el crepúsculo opaco y lechoso, con un resultado semejante al que se aprecia en los acuarios y en imágenes submarinas tomadas por buzos.

Esti experimentó el mismo alivio que antes, cuando ellas salieron del compartimento. El sueño de sus compañeras de viaje también constituía una especie de soledad. Estaban entumecidas e inconscientes, con la cabeza reclinada contra el respaldo. Mientras el tren se deslizaba veloz en una determinada dirección, su alma vagaba por otros parajes, ¿quién sabe por qué caminos, por qué raíles? La atención de Kornél erraba entre esas dos almas de mujer.

Unas veces se centraba en la madre; otras, en la chiquilla. Qué pasiones y sufrimientos estarían desgarrándolas por dentro. «Pobrecillas», pensó.

Las dos locomotoras ascendían jadeando por las desoladas rocas, tosiendo, resollando, esforzándose más y más. Ya se encontraban entre las elevadas cumbres. Era un mundo extraño. Arriba, en las alturas, murmuraban bosques sombríos, repletos de secretos indescifrables. Por todas partes borbollaban los arroyos de alta montaña, que en ocasiones se sumían entre barrancos, y en ocasiones discurrían peligrosamente próximos a la vía, al lado de su ventanilla. En las crestas se divisaba el resplandor de las hogueras. Una fragua ardía al rojo vivo con su único ojo de cíclope velador. Mas tarde se vislumbró el espejo de la superficie de un río. Sus aguas grises y gélidas zigzagueaban, saltando de roca en roca. Seguían al tren con insistencia. Corrían tras él, competían con él, hasta cansarse. El aire, de repente, se enfrió.

Un escalofrío recorrió la espalda de Esti. Él se subió el cuello de la chaqueta, y su mirada se perdió en la noche salvaje y novelesca.

De la negrura emergían pequeñas estaciones desconocidas, en las que una claridad tenue y amarillenta iluminaba salas de espera cerradas, con sillas y mesas de baja calidad, pequeñas huertas con lechugas y coles, parterres con césped, petunias y resedas, las flores favoritas de la esposa del jefe de estación. En los jardines, los rodrigones lucían bolas de vidrio en la punta. Un rayo de luz incidió en un gatito negro que brincaba por encima de un seto. El jefe de estación, a esa hora tardía, saludaba llevándose la mano enguantada a la visera de la gorra. A sus pies permanecía fielmente alerta su sabio perro. En la penumbra surgió la figura de un pequeño pabellón, empapado en el recuerdo de las risas de soleadas meriendas familiares; entre la fronda de una parra virgen temblaba una enredadera asustada, muy a deshora, morada de miedo y manchada por el hollín de la noche. Los objetos, las personas y animales que Esti espiaba —como a quien se destapa mientras duerme y habla en sueños— se abrían ante él casi impúdicamente, permitiendo que un joven poeta cualquiera les robara la vida, celosamente guardada, y se apropiara de ella para siempre.

No había pegado ojo desde que emprendió el «primer viaje a Italia», hacía más de dos días. Las interminables aventuras habían

acabado por agotarlo. Las orejas le ardían, la columna vertebral lo atormentaba. Esti cerró los ojos para calmarse un poco.

En ese estado, entre el sueño y la vigilia, oyó el suave frufru de una falda. Había alguien a su lado, tan cerca de él que sus manos flotaban sobre las suyas. Se trataba de la muchacha. Esti se rebulló. La chica se escurrió en el acto y regresó a su asiento.

Estaba despierta. No es que algo la hubiese arrancado del sueño de golpe, sino que llevaba en vela ya un buen rato. Tras salir de Zagreb, el somnífero no había surtido efecto; la muchacha los había engañado, a él y a la madre. Esperaba algo, se preparaba para algo. En ese momento estaba recostada, con la cabeza echada hacia atrás, roncando con suavidad. Fingía dormir, como hasta entonces. Esti la observaba disimuladamente por el resquicio que dejaban las pestañas. Tampoco los párpados de la joven estaban del todo cerrados. Ella lo observaba de la misma forma. Esti abrió los ojos. La chica abrió los suyos.

Lo miró y emitió una risita, una risita tan extraña que Esti se estremeció. La chiquilla cruzó las piernas. Asomaban sus enaguas de puntilla, las rodillas y los muslos, así como parte de los flacos y desnudos muslos de pajarito. Soltó otra risita. Se reía de una forma ridícula, pero con evidente coquetería.

Qué horror. La muchacha se había enamorado de él. Esa cachorrilla, esa lombriz de tierra lo amaba. Estaban enamorados de el aquella pierna, aquellos ojos y aquella boca, aquella boca espantosa. Esa mocosa quería bailar con él, justamente con él, aquella obscena danza infantil, con su penacho, su lazo color fresa, esa payasa, esa idiota. Ah, qué horror.

¿Cómo manejar la situación? Esti no quería armar un escandalo. Aborrecía los escándalos más que cualquier otra cosa. Cabía la posibilidad de avisar a la señora, que dormía enfrente de él. Pero prefirió no molestarla.

La frente se le perló de sudor.

Optó por emplear la estrategia de frenar a la chica, por un lado, y tenderle una trampa para desenmascararla, por otro. Con este propósito, de vez en cuando daba señales de estar despierto, tosiendo o rascándose la oreja, y con la misma frecuencia cabeceaba deliberadamente, pues pretendía averiguar las intenciones de la muchacha. Alternaba los dos métodos con regularidad, procurando

que ninguno durara más que el otro.

El combate se prolongaba. Entretanto, el tren avanzaba hacia su destino. Unas veces daba la sensación de que estaba detenido en una estación, cuando en realidad había dejado de traquetear; otras, parecía moverse con rapidez, pese a estar parado en una estación mientras se oían la voz extrañamente animada de los guardavías y los pasos de un mecánico que arrastraba los pies sobre la grava camino del deposito de carbón. ¿Iban hacia delante o hacia atrás? ¿Habría transcurrido media hora? ¿O acaso sólo medio minuto? En el cerebro de Esti se enmarañaban los hilos del espacio y del tiempo.

Las incesantes maniobras le resultaban extremadamente fatigosas. Esti habría deseado escapar del atolladero, llegar a Fiume, estar en casa en Sárszeg, en el cuarto donde dormían sus hermanos, mientras al fondo sonaba el tictac del reloj de péndulo, tenderse al lado de ellos, en su cama de siempre. Sin embargo, no se atrevía a dejarse dominar por el sueño y, de hecho, tampoco quería. Mantenerse en vela le suponía un esfuerzo sobrehumano. Si notaba que se adormecía, recurría a distintos ardides. Se atemorizaba a si mismo, sobre todo con la idea de que mientras dormía esa rana verde se le acercaría para besarlo con sus fríos labios, lo que consideraba lo más repugnante y horrible que había en el mundo.

A eso de las tres, Esti, que no cesaba de entretenerse con esos pensamientos terroríficos ni de perseverar en la alternancia simulada entre sueño y vigilia, intentó abrir los ojos y despabilarse, pero no lo logró. No podía respirar. Algo le tapaba la boca. Era un objeto repulsivo y frío, un trapo de fregar pesado y húmedo que le cubría los labios, se los succionaba, se hinchaba, crecía en su interior, se endurecía como una sanguijuela y se resistía a desprenderse. Ni siquiera lo dejaba respirar.

Esti, dolorido, gimió, se retorció, gesticuló durante largo rato. Luego un breve grito le brotó de la garganta.

—¡No! —se quejó—. ¡Ay!

La mujer ya se había levantado de un salto. No sabía donde estaba. No sabía lo que había sucedido. No veía nada. El compartimento estaba envuelto en una oscuridad total. Alguien había apagado la llama de la lámpara de gas. Por la ventanilla entraba un humo denso. Se oyó que pedían auxilio. Esti temió que

se hubiese producido un accidente ferroviario.

Cuando la señora encendió apresuradamente la luz, su hija estaba delante de Esti. Se apretaba traviesa los labios con el índice, en un ruego mudo de que se callara. Esti, de pie frente a la chica, exasperado, temblando de pies a cabeza, pálido como un muerto, se restregó la boca y escupió en su pañuelo.

—Oh —murmuró la mujer con la voz apagada—, disculpe. Ya ve que… —Y dejó el resto de la frase en el aire. Aunque había hablado en el tono de quien pide disculpas porque su perro le ha lamido la mano a un vecino de asiento, saltaba a la vista que la embargaba una humillación infinita.

A continuación, sin mirar a Esti a los ojos, se volvió hacia la hija.

—Editke —gritó—, Editke, Editke. Y repitió una y otra vez el nombre para que la chiquilla no oyera otra cosa. La zarandeó. Aparentemente, su admirable autocontrol la había abandonado por unos instantes. La señora se arrepintió enseguida. Abrazó a su hija y se la comió a besos. La besuqueaba con locura, allí donde alcanzaban sus labios, incluso en la boca.

Esti, que apenas se había recuperado del espanto del beso anterior y estaba tan asqueado que habría vomitado hasta las entrañas, contemplaba la escena jadeando.

Le intrigaba el enigma del beso. Cuando el anhelo y la desesperación llenan a la gente de impotencia, y el habla de nada sirve ya, la única forma de comunicación se reduce a juntar los alientos. Es así como los seres humanos pugnan por fundirse en las profundidades, con la esperanza de encontrar allí el sentido y la explicación de todas las cosas.

El beso representa un gran misterio. Él aún no lo conocía. Sólo conocía el amor y el deseo. En el corazón no había perdido la virginidad, como la mayoría de los chicos de dieciocho años. Éste había sido su primer beso. El primer beso de verdad se lo había dado aquella chiquilla.

Editke estaba acurrucada junto a su madre. Periódicamente se encogía de hombros. Cada diez segundos —cada diez segundos exactos— subía de manera casi imperceptible el hombro izquierdo. No se trataba de una provocación. Era un gesto que no iba dirigido ni a su madre ni a Esti. La chiquilla emitía señales. Nadie sabía a

quien ni por qué, ni siquiera ella misma. El único que lo sabía, tal vez, era el que creó la Tierra para su propio placer, y en ella a las personas.

La mujer, a quien posiblemente torturaba el remordimiento de haberse abandonado, sujetaba las dos manos de la hija. Su actitud ponía bien de manifiesto que ellas dos integraban una comunidad, en ese momento y para siempre.

—Está amaneciendo —comentó inesperadamente la señora, con expresión distante—. Pronto sera de día.

¿Por qué se antojaban tan letárgicamente tristes sus palabras? Porque su significado real era: «Nunca amanecerá, nunca».

Esti salió al pasillo a toda prisa. Una vez allí, rompió a llorar. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

Sin embargo, amanecía; estaba amaneciendo de verdad. En el firmamento levantino se vislumbraba una tenue franja de luz.

Fue entonces cuando Esti se paró a reflexionar sobre lo que había ocurrido. Allí había sucedido algo trágico e interesante. Hasta lo halagaba un poco que del pupitre de la escuela hubiese saltado —por obra del azar— al pozo más oscuro de la existencia. Acababa de aprender más con ello que con todos los libros que había leído en su vida.

El año anterior se había enfrascado en otras luchas. Contó que uno de los poemas que había compuesto en el circulo literario estudiantil era una balada. El profesor lo sometió a debate y, tras escuchar la opinión de los socios, decidió que los versos en cuestión no conformaban una balada, sino sólo un romance. Él enseguida «extrajo consecuencias de ello». Renunció al cargo de secretario para el que honorablemente lo habían nombrado sus compañeros.

Cuánto le había dolido entonces aquel asunto. Ahora comprendía que no revestía tanta importancia. Lo importante no era la balada ni el romance. Lo importante era la vida, sólo la vida. De igual manera, el beso en el vagón había nacido de la riqueza de la vida y lo enriquecía a él. No osaba referir el episodio a nadie, ni siquiera a su hermano menor, porque todos se mofarían de él. No obstante, ante si mismo ya no se avergonzaba de aquel beso.

«*Homo sum* —citó a Terencio—; *humani nihil a me alienum puto*», y se estremeció al recordar esa experiencia escalofriante. Quizás incluso lo habría disfrutado, de haber sido más atrevido y haberse

entregado plenamente, porque el gozo —según intuía— no reside lejos del asco. Tampoco había motivo para el sonrojo. «*Epicurus non erubescens omnes voluptates nominatim per-sequitur*». ¿Quién lo había dicho? La cita aparecía hacía la mitad del libro de gramática, en la parte superior de una pagina, un poco a la izquierda, como ejemplo del uso del participio presente con partícula negativa. No hay por qué ruborizarse. No hay por qué avergonzarse de nada. Nuestro destino radica en las estrellas y en la basura.

Había cada vez más gente en torno a él, gente madrugadora, con bigotera y gorro de viaje. Admiraban la salida del sol. Bajaban las ventanillas y aspiraban el aire de la madrugada. Esti siguió su ejemplo.

Las lámparas se apagaron, una a una. El tren corría hacia el día, huyendo de la noche, de los espectros. El primer rayo tiñó de dorado la cima de una montaña con una velocidad fabulosa. Sobre ella, una pequeña iglesia con campanario de madera aguardaba a los fieles. Tan alta estaba que la imaginación de Esti se cansó al encaramarse a ella, se desplomó y exhaló el alma justo en el umbral del templo; abajo verdeaba un amplio valle, bajo un precipicio imponente, tan abismal que la imaginación de Esti se despeñó y murió descalabrada en una roca. Era un paisaje yermo, árido. Surcaban la falda de los montes unos muros de piedra y unas zanjas que amparaban contra la furia de los elementos los escasos terrenos cultivados por los lugareños, campos de patatas y de cebada. Era un lugar donde el hombre debía librar una lucha despiadada contra la naturaleza; donde rugían temporales que arrancaban los árboles de raíz, descomponían los surcos y levantaban las semillas para ofrecérselas al diablo. En aquellos parajes hasta las águilas volaban temerosas, y hasta en los ojos de las vacas se percibía un brillo de inteligencia, porque eran flacas y melancólicas. En invierno la nieve lo recubría todo. Hordas de lobos merodeaban por la blancura, despacio, con el rabo gacho. En una barraca tocaban la *guzla*[6] y lloraban. A Esti le habría gustado vivir allí. Imaginaba que se apeaba del tren sin más, para establecerse en ese infierno rocoso como guardabosques o, mejor aún, para trabajar en una cantera, casarse con una joven croata, de piel pálida y rostro de manzana, que llevaría falda blanca, delantal negro y, en la cabeza, un pañuelo del mismo color. Envejecería junto a ella, sin ponerse en contacto

con ninguno de sus conocidos, y lo enterrarían en el valle sin que nadie se enterara. Por otra parte, también se imaginaba dueño de aquellos montes y bosques, rico y poderoso, conocido y admirado por todos, con más poder acaso que un rey. Se imaginaba toda suerte de cosas. Jugueteaba con la vida, ya que aún la tenía por delante.

A las seis subió al tren un médico militar (o, como más adelante Esti aclaró, jactancioso, a su hermano, un «médico de regimiento de alto rango»). Venía sin equipaje, y se notaba que había dormido y descansado bien. Sobre la solapa de terciopelo, unas estrellas doradas lanzaban alegres destellos. El médico residía en las inmediaciones y se dirigía a Fiume para bañarse.

Casualmente se detuvo junto a la ventanilla de Esti, quien, con su consabida amabilidad, se apresuró a cederle el sitio. El médico de regimiento se sentó a su lado y, pese a la diferencia de edad y de categoría que los separaba, entabló conversación con él.

Era una persona muy culta que había viajado mucho. Fumaba un tabaco tan dulce como la miel, de hoja fina y colorada. Se había dejado crecer las uñas, que se le curvaban hacia las yemas. Era una persona de lo más interesante. Además, había visto el mar en muchas ocasiones.

Esti lo acosó a preguntas, a cual más necia. En primer lugar, lo interrogó sobre el mar. El médico de regimiento le contestaba de la mejor manera posible; ora largamente, ora con brevedad, con un si o un no.

En Plase, a las seis y media, le avisó a Esti de que pronto se desplegaría ante ellos la bahía de Buccari. El follaje trémulo de los árboles revelaba la proximidad del mar. Un vaho salado impregnaba el aire.

Aparecería en cualquier momento. Pero no aparecía. Esti comenzaba a sospechar que el médico de regimiento se equivocaba o le había tomado el pelo. El mar no llegaba, nunca llegaría, no estaba dispuesto a mostrarse ante él. Esti se mecía de un lado a otro para acelerar con ello la marcha del tren. Con el fin de aplacar los nervios, ingenió un ditirambo, una composición poética para saludar al mar. Poco a poco las palabras se le helaron en los labios. El mar tardaba en llegar.

Los pasajeros se alinearon a lo largo de todo el tren, junto a las

ventanillas. Viejos funcionarios, recién casados en viaje de novios, mujeres y niños, incluso nodrizas con los niños en brazos, amen de los enfermos, los tísicos, los incurables que iban en busca de curación, todos estaban allí, unos al lado de otros, unos detrás de otros, asomados, alargando el cuello para saludar al mar en el instante preciso en que se mostrara a la vista, con el animo exaltado y un suspiro de alegría. Se había reunido un público numeroso para contemplar el mar. Pero el mar seguía sin aparecer. Se hacía de rogar como una *prima donna*, avivaba la curiosidad. Necesitaba de un *crescendo*, de una expectación cada vez mayor, de un decorado aún más imponente.

Las dos locomotoras enganchadas al tren ascendían más y más por las empinadas vías. También se revelaban impacientes, sedientas del agua liberadora y redentora, y aceleraban la marcha para avanzar con mayor fogosidad. Su deseo era tan ardiente que quizá no les preocupaba descarrilar y acabar destrozadas al precipitarse y rodar cuesta abajo sobre las rocas calizas. Había que llegar cuanto antes. Sus ruedas giraban a una velocidad tan asombrosa que casi parecían estar paradas. Atravesaban un túnel tras otro. Primero silbaban asustadas, luego se adentraban en aquellos pasos de paredes negras y sudorosas, tableteando y roncando, y al salir chillaban, en tono interrogante. Buscaban el mar, mas no lo encontraban aún. Sus pistones se deslizaban brillantes en los grasientos cilindros. El tren corría, siempre hacia delante, sin cansarse. Se internó ruidosamente en otro túnel. Esti ya había perdido toda esperanza. Sin embargo, cuando salieron de una curva, el médico de regimiento apuntó con su dedo indice ensortijado a la salida, por la que penetraba el sol, y anunció: «Allí está».

¿Dónde? Allí estaba, en efecto, delante de él, más abajo, el mar, el mar en persona, liso y azul, tal como Esti lo había descubierto en aquel mapa de la escuela primaria. De momento, sólo se divisaba una punta, la bahía de Buccari, una parte del golfo de Quarnero. Esti lo miraba boquiabierto. Pero enseguida desapareció, antes de que él saciara su admiración. El mar jugaba con el al escondite.

Más tarde, mucho más tarde, se extendió ante sus ojos con toda su serena majestuosidad.

Esti no se lo había imaginado ni más bello, ni más grande. Era

más bello y más grande de lo que jamás se había imaginado. Liso, azul, infinito, con la superficie salpicada de barcas, medias cascaras de nuez desconchadas, y velas, blancas, anaranjadas, negras, tendidas oblicuamente, como alas de mariposa, mariposas exhaustas, que se hubieran posado sobre el agua para beber. Desde lejos semejaba simplemente la ilustración de un libro, silenciosa, casi inmóvil. No llegaba hasta los oídos de Esti el rumor de las olas. Tampoco alcanzaba a distinguir las crestas del oleaje. Y los barcos no se desplazaban con mayor rapidez que el barquito de madera que antaño él empujaba de un lado a otro con sus manos infantiles en la palangana. Sin embargo, el mar era solemne, inmenso, el único gigante en aquella orla de luz ancestral, milenaria.

Fue entonces cuando le vino a los labios esa especie de poema con el que ya había estado experimentando antes, ese ditirambo que se había gestado en su interior durante las ansiosas horas de la noche, y que ni siquiera las diez mil gargantas juntas de los soldados exasperados de Jenofonte, la tropa derrotada de *La Anábasis*, los diez mil soldados hambrientos y ávidos por regresar a casa, habrían gritado más alto que el solo: «*Thalatta, thalatta*. Inalterada, eterna, una, toda tú, en la catedral de cordilleras, entre pilares de cimas, tú, agua bendita de la tierra, pila de agua bendita labrada en la roca, pila bautismal de toda la grandeza que jamás ha vivido en el mundo, tú, leche materna de la tierra. Dame de mamar, sálvame y aleja de mí los males. Transfórmame de nuevo en lo que fui al nacer». Se bañó en el aroma del mar, se bañó de antemano en su aliento. Extendió ambos brazos hacia él para estar más cerca.

Más tarde surgió la oscura mole del Scoglio di San Marco, las ruinas del antiguo castillo de piratas. Y después del crescendo vino el *decrescendo*. El tren bajaba por las pendientes escalonadas de las rocas. Esti avistó la primera casa italiana. No parecía tan ordenada como las que conocía, ni tan cómoda, ni tan limpia. Era esbelta, espigada de un modo etéreo. De las ventanas colgaban trapos y camisas de colores con la sincera suciedad de la vida que allí no se escondía. En los mástiles, banderas de colores rojo, blanco y verde proclamaban gloriosamente la proximidad del puerto marítimo húngaro. Había llegado el momento de entrar en el compartimento a buscar el equipaje.

La madre y la hija continuaban juntas, lo que casi le sorprendió.

Esti ya no se acordaba de ellas. Llevaba varias horas sin dedicarles un solo pensamiento. Aquel olvido lo llevó a intuir cuán juntas habían estado y cuanto lo estarían en adelante. Fue entonces cuando comprendió lo que era el destino.

Ellas también se preparaban para apearse. La madre colocó un sombrero florentino de ala ancha sobre la cabeza de la hija y sujetó la estrecha cinta de goma bajo su delgada barbilla. Ella ya se había puesto su sombrero, una pamela similar a un nido, coronada por dos rosas blancas. Esti la ayudo a bajar las maletas.

Era hora de despedirse. Decidió decirle, palabra por palabra, lo siguiente: «Querida señora, yo siento un respeto indecible y una profunda compasión por usted. Ya me cayó extraordinariamente simpática en el primer instante. Advertí que llevaba un estigma en la frente, un dolor que nunca antes había visto. A la altura de Zagreb se tocó el cabello, el cabello rubio ceniciento, con un velo negro. En la madrugada, cuando de repente —y con mala educación— salí corriendo del compartimento, comprobé que aquel velo tenía de negro al mundo entero. Usted es una madre mártir, usted es una santa madre mártir, con siete lanzas en el corazón. Me da mucha lástima. Su hija también me da mucha lástima. Es una criatura peculiar. Quizá debería administrarle usted bromuro potásico diluido, una cucharadita cada noche, y bañarla en agua fría. A mí me produjo buenos resultados. En cuanto a —¿cómo denominarlo?— ese incidente, no lo tomé a mal. Estaba un poco amedrentado. Pero ya no lo estoy. Incluso lo he olvidado. Lo único que me preocupa es dónde se han metido ustedes pasada la medianoche. Las he estado buscando por todas partes, pero no las he encontrado. Ahora tampoco entiendo donde han estado durante tanto rato. Se me ha ocurrido que a lo mejor usted, para complacer a su hija, a quien tanto ama, para complacer a esa chiquilla que no vive en este mundo, la acompañó al reino de la fantasía y allí, junto a ella, se tornó invisible. Reconozco que no es una explicación satisfactoria. Pero es una idea profundamente poética. Por eso me atrevo a exponérsela. Yo aspiro a ser escritor. Si alguna vez llego a aprender ese dificil oficio —porque, créame, es algo que requiere un aprendizaje: trasnochar con frecuencia, sufrir, entendernos a nosotros mismos y a los demás, ser crueles con nosotros mismos y con los demás—, entonces, tal vez, escriba esta historia. Se trata de

un tema sumamente complicado. Sin embargo, a mí me interesan esas cosas. Como escritor, deseo llamar a las puertas de la existencia y esforzarme por alcanzar lo imposible. Cualquier meta menos ambiciosa me parece despreciable; debe disculpar mi falta de humildad, máxime cuando aún no soy nada ni nadie, pero desprecio lo banal, lo desdeño con toda mi alma. Nunca olvidaré el episodio que he vivido aquí. Lo atesoraré entre mis recuerdos, en señal de luto perpetuo. Yo ya no creo en nada. En eso, no obstante, sí que creo. Ahora, señora, permítame besarle la mano antes de marcharme definitivamente, en señal de compasión y de respeto filial». Era esto lo que pensaba expresarle, pero no despegó los labios. Un joven de dieciocho años sólo es capaz de experimentar sentimientos. Aún no ha aprendido a formular frases así ni a pronunciarlas. De manera que Esti se limitó a despedirse con una profunda reverencia, más profunda de lo que se había propuesto. Se inclinó casi hasta tocar el suelo.

A la mujer esto la sorprendió. Bajó la vista, ocultando la mirada. Alguna vez habría brillado en ésta un destello de vida, pero ya no reflejaba más que miedo y preocupación constantes. «Pobre chico, pobre chico —pensó ella. Qué noche más horrible has pasado. Cuando entraste en nuestro compartimento intuí que debía ahuyentarte de alguna manera. Notaba que temblabas. En algunos momentos rayabas incluso en lo ridículo. Quería aclararte las cosas. No obstante, he renunciado a ocuparme de eso. De lo contrario, estaría obligada a hablar sin parar, a explicar lo que nos ocurre a todo el mundo, aquí en el tren, en casa a los vecinos, en todas partes, también en el extranjero. Eso resultaría imposible. Así que prefiero callar. Además, a decir verdad, me he vuelto algo apática con la gente. A medianoche, cuando salí con mi hija del compartimento y —en otro lado— se produjo una escena que afortunadamente para ti no presenciaste, esperaba que cambiaras de opinión y de sitio. Sin embargo, no lo hiciste, por delicadeza. No querías darme a entender que más o menos sabías lo que sabías. Te portaste bien. Te portaste como debe comportarse un joven educado. Gracias. Todavía eres un crío. Pues, si, podrías ser mi hijo. O mi yerno. En efecto, también mi yerno. Mira cuantas cosas se le llegan a ocurrir a una madre. Incluso a una madre semejante. Incluso a la madre de una hija así. Pero jamás seras mi yerno. Nadie

lo sera. Tú aún ignoras lo que es la vida. Tampoco conoces el diagnóstico de los médicos. Los facultativos suizos y alemanes no se muestran muy esperanzados. Hemos salido de viaje en contra de sus indicaciones. No muy lejos de aquí hay una pequeña isla. Se llama Sansego. Esta habitada por pescadores, gente sencilla. Se dedican al cultivo del olivo y la pesca de las sardinas. Ellos no se enteran de lo que sucede en el resto del mundo. Es allí donde la llevo, para ocultarla. Quiero pasar al menos este verano con ella. Quizá sea nuestro último verano juntas. Luego, aparentemente, habrá que "hospitalizarla" en alguna parte. Los médicos, tanto húngaros como extranjeros, llevan años aconsejándome. Me aseguran que existen "centros" de confianza. Allí le asignarán una habitación propia y cuidaran de su integridad física. Me dejarán visitarla cuantas veces quiera. Tú aún no sabes lo que es eso. Ojalá nunca llegues a saberlo. Qué Dios te bendiga. Yo creo en Dios. De otra forma sería incapaz de cumplir con mi obligación. Vete, hijo. Olvídalo todo. Sé feliz». Esto fue lo que pensó. Aunque ella tampoco abrió la boca. Los que sufren hablan poco. La mujer echó la cabeza hacia atrás, revelando su semblante atribulado y mirando por primera vez a Kornél Esti a la cara, permitiendo, como recompensa, que él también contemplara largamente sus ojos de un verde ambarino.

El tren circulaba, aminorando la marcha, por una calle de Fiume, entre barreras bajadas. Mozos de cuerda asaltaron los coches. Esti cargó con su baúl y lo dejó en la consigna de la estación, pues no albergaba la intención de alquilar una habitación en Fiume, ya que quería ahorrar dinero y sólo permanecería allí hasta las ocho de la tarde, hora en que su barco, el *Dániel Ernö*, zarparía hacia Venecia. «*O navis, referent in mare te novi fluctus*…».

Entre los coches de alquiler detenidos delante de la estación aguardaba uno en particular. La madre y la hija subieron a él. Esti las siguió con la vista, hasta que desaparecieron entre las pensativas hileras de plátanos del Viale Francesco Deak.

Él también echó a andar por esa avenida sombreada y manchada de sol, a paso ligero, con el impermeable al hombro. «*Latte, vino, frutti*», anunciaban los letreros de los establecimientos. «*Buon giorno*», se saludaban los transeúntes. «¡*Annibale*!», le gritó una madre a su hijo, y una vendedora que ofrecía higos en una esquina regañaba así a su hija: «*Francesca vergognati*». Todos parloteaban en

aquella lengua tan bella que no debería emplearse en días laborales, en aquella lengua que no le era desconocida, que había acogido en su corazón a costa de la memoria, entre los sinsabores y las alegrías de la vida estudiantil. Allí se respiraba en el aire un ruido y un bullicio constantes, un jovial alboroto, la felicidad libre y expansiva de la actividad callejera. La gente arma bulla mientras está viva, porque después no puede. Empujaban un carrito lleno de pescado, grandes peces de mar y mariscos. Las pastelerías despedían un aroma a vainilla. También llamaron la atención a Esti un laurel y unas ostras. Ante la cortina de cuentas de vidrio de la peluquería estaba el *parrucchiere*, ostentosamente engalanado, como un histrión divino, un ejemplo para sus clientes, con el cabello lustroso de gomina y un peine blanco pegado a él. Su jabón: italianísimo. Todo pura exageración, todo en grado superlativo, todo conducente al éxtasis.

Esti se acomodó en la terraza de una cafetería. No había comido ni bebido nada desde el mediodía del día anterior. Sin embargo, más que la comida y la bebida, anhelaba hablar italiano, por primera vez en su vida, con un auténtico hijo de la tierra. Algo nervioso, se preparaba para ese momento. El camarero, un viejo italiano de barba blanca y puntiaguda, se le acercó con extrema parsimonia.

Sabía que poco antes había llegado el rápido de Budapest, por lo que se dirigió al nuevo cliente en un húngaro algo macarrónico:

—¿Desea usted desayunar?

Esti no le contestó de inmediato. Esperó por unos instantes.

—Si, una tazza di caffe —pidió al fin.

El camarero se paso a su lengua materna sin oponer el menor inconveniente.

—*Benissimo, signore*. Y enseguida se alejó.

Esti quedó satisfecho del éxito del examen.

—*Camariere, portatemi anche pane, acqua fresca e giornali* —gritó para continuar conversando, y luego añadió, despreocupado y con naturalidad—: *Giornali italiani*.

—*Sissignore, subito* —respondió el camarero con sus encantadoras eses y se alejó con agilidad.

Esti estaba feliz. Le encantaba que lo tomaran por alguien distinto de quien en realidad era, quizá por italiano o quizá no, pero

en todo caso por otra persona, un extranjero, una persona, lo que le permitía seguir desempeñando su papel, liberándose de la cárcel donde lo habían encerrado al nacer.

Apuró el café que el camarero había vertido de una jarra de aluminio en un vaso de vidrio, se zampó seis panecillos en forma de media luna y cuatro redondos, y a continuación, como si se tratara de lo más normal del mundo para él, hundió la nariz en la sábana del *Corriere della Sera*.

Mientras leía, una voz le chilló: «¡*Pane*!». Era un niño de unos cuatro años, mugriento y andrajoso, descalzo, que señalaba al cesto de pan, con bastante insistencia. Esti le alargó un panecillo. No obstante, el chiquillo no se alejó.

—¡*Un altro*! —chilló de nuevo.

—¿*Che cosa*? —preguntó Esti.

—*Un altro pane* —insistió el chiquillo. *Due*. Y levantó dos dedos de la mano, gesto habitual en aquellos parajes, para indicar que no quería uno, sino dos. *Per la mamma*. Y apuntó a la madre, que se encontraba a unos pasos de él, en la calzada, como en un escenario, ofreciendo una imagen vistosa e ilustrativa, algo *kitsch*, pero conmovedora y sublime. Era una jovencita, castigada por la vida, igualmente descalza, que iba en camisa, sin blusa, y que debajo no llevaba más que una falda sucia. Estaba despeinada, y su piel presentaba un tono tan verdoso como el que impera en los Abruzos. Sus ojos oscuros ardían como antorchas. Ella y su retoño observaban muy expectantes, con la espalda recta, al *straniero*. Esti le tendió un segundo panecillo al niño. Éste se alejó lentamente en compañía de su madre, su *mamma*, a la que sin duda tanto amaba. Ninguno de los dos agradeció su amabilidad.

Esto a Kornél le gustó y le pareció muy bien. «Caray —pensó—, éstos no mendigan, sino que exigen. Es natural: forman parte de un pueblo antiguo y libre, glorioso incluso en medio de la miseria. Siempre han estado sentados a la mesa de la vida. Saben que tanto la vida como el pan les pertenecen. Debería permanecer aquí una larga temporada. Me estimulan esta plasticidad, esta sinceridad, este fulgor que lo ilumina todo, esta apariencia liviana, tras la que tal vez se oculta un fondo que ni siquiera se alcanza a intuir. Un lazo sanguíneo jamás será tan poderoso como la atracción que ellos ejercen sobre mí. Sólo ellos serían capaces de curar mi

sentimentalismo».

A la hora de pagar se produjo un ligero malentendido, porque Esti no entendió algunas cifras italianas y el camarero, que al fijarse en el acento de Esti enseguida se percató de que no era italiano, empezó a interrogarle con una franqueza admisible ante un cliente tan joven, para indagar su lugar de origen. Enumeró un buen numero de nacionalidades. «*¿Austriaco? ¿Tedesco? ¿Croato? ¿Inglese*?». Esti se limitaba a negar con la cabeza. A continuación, el camarero intentó averiguar dónde vivía, de qué ciudad había llegado, de dónde venía. Esti no le contestó. Con un ademán riguroso apartó al viejo, que, a escasa distancia de su mesa, se escondió tras una columna, para calibrar a ese joven incomprensible.

«¿Que de dónde soy? —recitaba Esti para sus adentros, embriagado por el café y la falta de sueño. Soy de donde provienen todos los humanos. De la caverna púrpura de un seno materno. Fue de allí de donde partí en un viaje incierto cuyo destino final no figura en el pasaporte. ¿Un viaje de placer? Espero que lo sea, pues estoy deseoso de disfrutarlo al máximo. ¿O un viaje de estudios, quizás? Ojalá fuera capaz de aprender todo lo que se sabe en la actualidad. ¿O se trata únicamente de un *affaire familiale*? Tampoco me importaría, ya que me encantan los niños. En suma, soy el gusano de la tierra, un ser humano, como tú, querido italiano anciano, soy bueno y malo al mismo tiempo. Pero ante todo, soy sensible y curioso. Todas las cosas y todas las personas me interesan. Lo amo todo y los amo a todos, a todos los pueblos y todos los paisajes. Soy todos y nadie. Soy un ave migratoria, un artista que se transfigura, un prestidigitador, una anguila que se escurre entre los dedos; imposible de agarrar y de abarcar».

En el muelle de Adamich contempló de cerca el mar. Sobre su superficie manchada de aceite flotaban residuos de frutas, zapatos raídos y raspas de pescado. Le exasperó que la gente utilizara el majestuoso océano de ese modo en lugar de conformarse con adorarlo. Un barco de vapor zarpó rumbo a Brasil, a Rio de Janeiro. En el aire chillaban gaviotas, gaviotas de mar, los reyes del temporal.

Era consciente de que debía escribirle una nueva postal a su inquieta madre, pero lo dejó para más tarde. En una sola postal no

habrían cabido las innumerables aventuras que había vivido. Había conocido a tanta gente, a tantísima gente nueva, y a otras dos madres, que habían pasado a engrosar su familia.

Fue a bañarse para librarse del dolor de cabeza, las palpitaciones nocturnas, el polvo de la escuela y todo lo demás.

Desvestido, en traje de baño, permaneció largo rato sentado sobre una roca. Escuchaba el estruendo de las olas, que a cada instante abrían ruidosamente frescas botellas de champán. Mas tarde bajó hasta la orilla, acarició el agua, se familiarizó con ella. Al constatar que no le ocasionaba el menor daño, la golpeó con las dos manos, con la irrespetuosa altivez de la juventud, con la misma audacia con que un bebé golpearía a un tigre. Se metió en ella. Emergió resoplando y se rio. Se balanceó sobre su superficie frágil y vidriosa, cantando y gritando. Se enjuagó la garganta con ese elíxir salado, luego escupió al agua, porque el mar constituye también una escupidera, la escupidera de los dioses y de los jóvenes impulsivos.

Luego, con los brazos abiertos, zambulló su cuerpo en las perlas azuladas, para unirse con ellas definitivamente. Ya no temía nada. Sabía que estaba a salvo de males mayores. Aquel beso y aquel viaje lo habían consagrado a algo nuevo.

Se alejó de la orilla a nado, traspasó el límite que marcaban las cuerdas y se adentró en la zona en que se intuían peligros —tiburones, cadáveres, anclas herrumbrosas y restos de naufragios—, para aprehender todo lo bello y lo feo, todo lo visible y lo invisible.

Nadó con el oleaje y el viento matutino hacia donde columbraba, entre la neblina dorada, la dorada Venecia, la tierra que aún no conocía, pero que amaba, y cuando surgieron sus hombros del agua, alzo entusiasmado el rostro hacia la costa latina que se extendía frente a él: Italia, la sagrada y adorada Italia.

# 4

*Donde realiza una excursión con un viejo amigo a la «ciudad honrada».*

—Así pues, ¿te vienes conmigo? —preguntó Kornél Esti.

—¡Con muchísimo gusto! —exclamé. Estoy más que harto de tanta deshonra.

Subí al avión de un salto. El motor rugía, y nos elevamos rápidamente.

Giramos en el aire a una velocidad tan vertiginosa que a nuestro lado las águilas reales se mareaban y las golondrinas se congestionaban.

Pronto aterrizamos.

—Aquí es —señaló Esti.

—¿Aquí? Pero si es igual que la otra.

—Sólo por fuera. Por dentro es distinta.

Emprendimos el camino a la ciudad a pie para apreciar mejor todos los detalles.

Lo primero que me llamó la atención fue que los transeúntes apenas se saludaban.

—Aquí sólo saludan —me explicó Esti— los que de verdad aman y estiman al otro.

Un mendigo de gafas oscuras estaba acurrucado sobre el asfalto, con un plato de hojalata en el regazo. Sobre el pecho llevaba una cartulina que rezaba: «No soy ciego. Sólo me pongo gafas oscuras en verano».

—¿Y ese letrero?

—Es para no confundir a los que dan limosna.

Establecimientos resplandecientes bordeaban la avenida. En un escaparate decorado con espejos decía lo siguiente: «Zapatos que

destrozan los pies. Callos y ampollas garantizados. A varios de nuestros clientes les han amputado los pies».

Una ilustrativa imagen en color mostraba a dos cirujanos cortando con una gigantesca sierra de acero el pie de la víctima que bramaba de dolor mientras su sangre manaba en hilos rojos.

—¿Es una broma?

—En absoluto.

—Ajá. Entonces, ¿será una sentencia judicial la que obliga al comerciante a estigmatizarse de esta forma?

—Qué va —repuso Esti, subrayando sus palabras con un gesto despectivo. Es la verdad. En serio: no es más que la verdad. Aquí nadie la oculta. En esta ciudad, la autocrítica ha llegado a tal grado que ya no hace falta disimular.

Proseguimos nuestro camino, y yo continué asombrándome a cada paso.

Sobre unos trajes, un anuncio vociferaba: «Ropa cara y de mala calidad. Regatee, porque si no lo engañaremos».

A la entrada del restaurante se leía: «Platos incomibles, bebidas imbebibles. Peor que en casa».

En la pastelería: «Pasteles pasados, preparados con margarina y sucedáneo de huevo».

—¿Estarán locos? —tartamudeaba yo. ¿Pretenden suicidarse?, ¿es que son unos santos?

—Son sabios —replicó Esti con decisión. Nunca mienten.

—¿Y no se arruinan de tan sabios que son?

—Fíjate en las tiendas. Todo está abarrotado. Todos los negocios prosperan.

—¿Cómo es posible?

—Muy sencillo. Aquí todos saben que ellos (y su prójimo) son honrados, sinceros, humildes y prefieren aparentar ser menos a aparentar ser más, prefieren bajar los precios a subirlos. De modo que la gente de aquí no se toma al pie de la letra lo que oye ni lo que lee, al igual que los habitantes de tu país. La única diferencia entre vosotros y ellos estriba en que, en vuestro caso, a las afirmaciones siempre hay que restarles valor, mucho valor, y aquí en cambio hay que añadirles un poco. Vuestras mercancías y vuestra gente no son tan excelentes como las presentáis. Las mercancías y la gente de aquí tampoco son tan deplorables como las

presentan. En realidad, da lo mismo. A mi modo de ver, sin embargo, este último método es más honrado, más sincero y más humilde.

En el escaparate de una librería, las novedades se anunciaban envueltas en cintas de papel de colores:

«Basura ilegible… La última obra de un viejo escritor atontado que hasta ahora no ha vendido un mísero ejemplar… Los poemas más nauseabundos y rebuscados de Ernesto Gruñón».

—Increíble —murmuraba yo, estupefacto. ¿la gente lo compra?

—¿Cómo no lo iban a comprar?

—Pero ¿lo leen y todo?

—¿En tu país no se leen estas cosas?

—Estás en lo cierto. Pero allí, al menos, las anuncian de otra manera.

—Insisto: ésta es la ciudad del conócete a ti mismo. Si uno sabe que tiene mal gusto y le atraen los cliches altisonantes (todo lo barato, superficial y fatuo), entonces se comprará los poemas de Ernesto Gruñón y no se llevara una decepción, ya que el libro estará a la altura de sus exigencias. Todo es simplemente una cuestión táctica.

Yo andaba mareado y me vinieron ganas de entrar en una cafetería para reanimarme un poco.

Esti me condujo a un local de mal gusto decorado con rocallas doradas, que se proclamaba el «lugar de encuentro predilecto de sinvergüenzas y holgazanes», y seducía a sus clientes aclarando que sus «precios eran impagables y los camareros, maleducados».

En un primer momento yo no estaba dispuesto a entrar. Fue mi amigo quien me convenció a fuerza de empujones.

—Buenos días —saludé.

—¿Por qué mientes? —me reprendió Esti. Tu aquí lo que deseas no son buenos días sino un buen café, pero no te lo servirán, ya que en este lugar el café se adultera con achicoria y sabe más bien a abrillantador de segunda clase. Mi intención es sólo enseñarte los periódicos.

Había un montón de ejemplares en el local. Sólo destaco *La Mentira, Interés propio, El Hipócrita Cobarde* y *El Adulador*.

En primera plana, El Adulador informaba con grandes letras en negrita:

Cada una de las palabras de este periódico está pagada. Estamos al servicio del Gobierno, sea este del color que sea, y nunca emitimos nuestra opinión, salvo que lo exijan nuestros sucios intereses propios. Por eso mismo advertimos a nuestros lectores, a los que desdeñamos y despreciamos profundamente tanto en su conjunto como individualmente, que no tomen en serio nuestros artículos, y los animamos a desdeñarnos y despreciarnos, en la medida de lo posible, tanto como lo merecemos.

—Estupendo —comenté entusiasmado. Mira, esto si me gusta.

—Aquí, la franqueza es tan general —aseveró mi amigo— que todos y cada uno la practican por igual. Escucha, por ejemplo, los siguientes anuncios breves. Y empezó a leer de distintos periódicos: —«Busca empleo cajero con antecedentes penales y varias condenas a sus espaldas… Niñera neurótica se ofrece para cuidar niños… Profesor de idiomas, que habla el francés con un acento marcadamente húngaro, y que desearía aprender de sus alumnos la pronunciación correcta, dispone aún de tiempo para dar clases particulares…».

—¿Y encuentran trabajo? —pregunté, atónito.

—Naturalmente —respondió Esti.

—¿Por qué?

—Pues porque la vida es así —contestó encogiéndose de hombros.

Señaló un grueso cuaderno, en cuya cubierta aparecía algo escrito con letras de imprenta de color gris.

—Ésta es la mejor revista literaria de aquí. Goza de gran difusión.

—Ni siquiera distingo bien el título.

—*Aburrimiento* —deletreó. Así se titula.

—¿Qué tiene de interesante?

—Pues que se llama *Aburrimiento*.

—¿Y es realmente aburrida?

—No quiero influir en tu opinión. Hojéala.

Repasé algunas reseñas.

—Bueno —dictaminé con una mueca—, tampoco es tan aburrida.

—Eres muy exigente —me reprochó Esti. Ya lo ves, ninguna de tus expectativas puede satisfacerse plenamente. En virtud del título, esperabas algo peor. Te aseguro que si la leyeras en casa, la encontrarías bastante aburrida. Todo depende de nuestro punto de vista.

En la plaza que se extendía ante el Parlamento, un orador se dirigía a una multitud de miles de personas.

—Basta que os fijéis en mi frente estrecha y mi rostro desfigurado por una avaricia brutal, para que comprendáis como soy. No estoy versado en oficio o ciencia algunos, no sirvo para nada en absoluto, como mucho para explicaros el sentido de la vida y conduciros hacia el objetivo final. ¿Que cuál es el objetivo final? Os lo confío: quiero hacerme rico de un día para otro, amasar una inmensa fortuna, de modo que yo posea lo máximo y vosotros lo menos posible. Por ello debo embruteceros aún más. ¿O es que os creéis que ya sois lo bastante brutos?

—No, no —coreaba la muchedumbre, irritada.

—Por lo tanto, debéis actuar como os dicte vuestra conciencia. Todos conocéis a mi rival. Es un varón noble, altruísta, de brillante intelecto. ¿Hay alguien en la ciudad que apoye su candidatura?

—¡Nadie! —vociferó el gentío al unísono.

—No hay nadie. Y se alzaron puños amenazadores.

Cayó la tarde.

Deambulamos por las calles sumidas en penumbra. De repente, el cielo negro se iluminó, como si hubiera salido el sol, varios soles, un sistema solar entero. Un rótulo llameante manifestaba aparatosamente: «Hurtamos, engañamos, robamos».

—¿Eso qué es? —le pregunté a Esti.

—El anuncio luminoso de un banco —declaró con indiferencia.

Llegamos a casa a altas horas de la noche. Las increíbles vivencias de aquel día me habían agotado. Noté que tenía fiebre. Estornudaba y tosía. Mandé llamar a un médico.

—Estimado doctor —me quejé—, he pillado un resfriado, tengo catarro.

—¿Catarro? —exclamó el médico, alarmado y retrocedió hacia el rincón opuesto de la habitación, tapándose la boca con el pañuelo. Entonces le ruego que vuelva la cabeza hacia otro lado porque podría contagiarme incluso a esta distancia de cinco metros.

Tengo hijos, ¿sabe?

—¿No va a examinarme?

—Estaría de más. El catarro no tiene remedio conocido. Es una dolencia incurable, como el cáncer.

—¿No me recomienda que sude?

—Por mí puede sudar. Pero no le beneficiará en nada. Nuestra experiencia científica nos dice que, por lo general, un catarro bajo tratamiento puede durar un mes o más. En cambio, si no lo tratamos, es muy posible que se cure de un día para otro.

—¿Y si degenera en una neumonía?

—Pues entonces se morirá usted —afirmó. Al cabo de un momento, recapacitó y agregó—: Federico el Grande, en una ocasión, recorría el campo de batalla después del combate cuando un soldado moribundo extendió los brazos hacia él. El emperador blandió su fuste en dirección al soldado y le gritó: «¡Sinvergüenza, no pretenderás vivir eternamente!». Ésta es la historia que le suelo relatar a mis pacientes. Refleja una honda sabiduría.

—En efecto —asentí. Pero a mí me duele la cabeza. Siento como si estuviera a punto de estallar.

—Eso es asunto suyo —repuso el médico. No me importa. ¿Sabe qué es lo que me importa? Que a mí, en este momento, no me duele la cabeza. Más importante aún es que usted, por esta consulta nocturna, me pagará tarifa doble. Así que acabemos cuanto antes con esto, que me corre prisa.

No le faltaba razón. Al día siguiente me encontraba mejor. Me encaminé con agilidad y alegría hacia el ayuntamiento para empadronarme y establecerme definitivamente en la ciudad honrada.

—Encantado —balbuceé, al personarme ante el alcaide.

—Pues yo no diría lo mismo —replicó el alcalde con frialdad.

—No entiendo —dije consternado. He venido precisamente para jurarle lealtad.

—El hecho de que no entienda indica sin duda alguna que es un mentecato. Le explicaré por qué no estoy encantado. No estoy encantado, en primer lugar, porque me está usted importunando y yo no tengo la menor idea de quien es. En segundo lugar, no estoy encantado porque pretende entretenerme con asuntos de carácter publico, cuando yo sólo me ocupo de mis trapicheos personales. En

tercer lugar, no estoy encantado porque me miente usted al asegurar que está encantado, de lo que deduzco que es usted un tipo hipócrita, por lo que no es digno de residir entre nosotros. Ahora mismo ordenaré su repatriación.

Poco después, me embarcaron en un vuelo extraordinario que me llevó de vuelta a la ciudad de donde había huído.

Desde entonces vivo aquí. Allí muchas cosas me resultaban más agradables. Pero debo confesar que aquí, pese a todo, estoy más a gusto. Porque si bien la gente de allí y de aquí se asemejan en varios aspectos, la gente de aquí posee virtudes innegables. Entre otras cosas, se mienten ocasionalmente unas a otras de forma amena y placentera.

# 5

*Donde se nos proporciona la descripción animada e instructiva de un solo día de entre semana, el 10 de septiembre de 1909, y se evoca la época en que Francisco José I ocupaba aún el trono, y las cafeterías de Budapest sólo albergaban a poetas modernos adscritos a distintas escuelas y tendencias.*

Eran las once de la mañana y Esti aún dormía profundamente sobre el sofá que las dueñas de la casa solían prepararle a diario para que se acostara.

Alguien lo tocó. Él abrió los ojos.

Lo primero en lo que reparó al emerger del mundo onírico que acababa de abandonar fue en una figura de rasgos toscos sentada al borde del sofá.

—¿Te he despertado?

—Qué va.

—He escrito un poema —le informó Sárkány, como un mensajero exaltado, llegado de otro planeta. ¿Te lo leo?

Sin aguardar la respuesta, se puso a leerlo con precipitación:

*La luna, dama etérea, besa*
*desvanecida la fiera noche morena.*
*Ha bebido champán…*

—Hermoso —murmuró Esti.

El comentario confundió a Sárkány. Fulminó a Esti con la

mirada, como si éste lo hubiera interrumpido durante un beso. Sin embargo, una vez que asimiló el adjetivo, una sonrisa de agradecimiento se desplegó en su boca.

—Vuelve a empezar —le pidió Esti.

Sárkány volvió a empezar:

*La luna, dama etérea, besa*
*desvanecida la fiera noche morena.*
*Ha bebido champán, y el cabello triste*
*y despeinado la cubre…*

En la mano izquierda sostenía una hoja cuadriculada arrancada de una agenda, y con la mano derecha se apretaba la mejilla como si le doliera una muela. Así declamaba.

El chico recordaba a un violinista cíngaro infeliz, oscuro y ardoroso.

Coronaba su pálido rostro una mata de cabello tiznado. Los labios carmesíes casi parecían manchados de sangre. En su velloso dedo índice relucía un anillo de cobre.

Sárkány vestía chaleco morado, corbata fina, traje negro, gastado pero bien planchado, y zapatos de charol nuevos. Olía a colonia de orquídea. Su aroma inundaba la habitación.

Esti escuchaba el poema con los ojos entornados.

La noche anterior habían estado paseando juntos, contemplando la luna sobre las casas de la vecindad y los almacenes ferroviarios del barrio de Ferencváros. El astro reapareció tras los párpados cerrados de Esti, sobre sus globos oculares oscurecidos, como en el firmamento de la víspera. Allí flotaba la luna, la luna del poema, que, acorde con la moda de principios de siglo, se presentaba algo pintarrajeada, algo obscena y acicalada, pero mucho más bella que en la realidad.

—¡Excelente! —gritó Esti tras oír el final del poema y se levantó de un salto. ¡Excelente!

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Es mejor que *Columpio loco*?

—No hay punto de comparación.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Sárkány vibraba de la emoción que le producía su propio poema, convencido de que había sucedido algo de gran importancia.

Esti compartía esta sensación. Paseó la vista por el desorden de la habitación.

—¿Cuándo lo escribiste? —le preguntó a su amigo mientras buscaba los calcetines por el suelo.

—Anoche. Al llegar a casa.

Permanecieron un rato sin hablar.

—¿Tú no has escrito ningún poema? —inquirió Sárkány.

—No —admitió Esti, abatido. Ayer no. ¿Adónde lo llevarás?

—Al *Hungría Independiente*.

El joven se sentó al escritorio de Esti para poner en limpio, a pluma, el poema.

Esti, entretanto, se vestía con parsimonia. Mientras se ponía los pantalones, leyó el folletín y los poemas del diario de la mañana. Se mojó un poco el rostro. En eso consistía su aseo matutino en aquella época. Se aferraba tanto a su personalidad que se resistía a restregarse las capas de suciedad que se acumulaban sobre ella a lo largo del día. Consideraba desprovistos de talento a quienes rendían un culto excesivo al aseo personal.

No utilizaba peine ni cepillo. Se alborotó con los dedos el cabello, que todavía llevaba pegadas algunas de las plumas diminutas de la almohada, para que su desaliño fuera distinto del que lucía la noche anterior, y se arregló los mechones ante el espejo hasta dejar al descubierto la cara que una vez se había imaginado como la suya y la que más le gustaba ver como propia. Ya sólo le faltaba anudarse la corbata, cosa que llevó a cabo con sumo esmero.

Sárkány, que había terminado de copiar el poema, tarareaba una canción de cabaré.

—¡Pst! —lo llamó Esti, y apuntó con el mentón a la puerta que se ocultaba tras un armario.

Allí detrás vivían las dueñas, dos señoras entradas en años, las señoras de la casa: enemigas de los inquilinos y de la literatura.

Los dos se entristecieron. Aquel armario les traía a la memoria la realidad frente a la que no sabían protegerse.

—¿Qué hacemos? —se preguntaron a media voz.

Los esperaba un nuevo día, con toda su libertad y sus posibilidades infinitas.

Así pues, salieron a la calle y entraron en un restaurante, el de un hotel.

No había otros clientes allí.

En el local reinaba una blancura deslumbrante. La luz de las lámparas bañaba los manteles recién lavados, altares vírgenes en los que nadie había comulgado aún. Los camareros, con sus radiantes pecheras, se afanaban, frescos al iniciar la jornada de trabajo, como galanes en un baile. El ascensor traqueteaba entre las paredes del hotel. Por la puerta entornada se vislumbraban las butacas de piel y las palmeras del vestíbulo. Una criada bostezaba, con la promesa divina del amor fortuito. Esti y Sárkány disfrutaban de aquella naturaleza muerta matutina. Se imaginaban que, en ese momento en el que se encontraban solos, el lugar les pertenecía por entero, y puesto que lo pensaban, realmente todo aquello era suyo.

Aunque ninguno de los dos tenía hambre, decidieron almorzar, para no preocuparse más del asunto. Sárkány le pidió prestadas dos coronas a Esti y le prometió solemnemente que, a las tres o, a más tardar, entre las seis y las siete, habría vendido su poema al periódico. Comieron anillos de anchoa con panecillos que mojaban en el aceite, muslo de corzo con arándanos y crema de vainilla. Bebieron vino con gaseosa. Fumaron sendos cigarrillos rubios Média.

Las campanas señalaban el mediodía cuando salieron al bulevar. Budapest, la ciudad joven, estaba resplandeciente. El sol de principios de septiembre teñía de dorado la fachada de los edificios. Los dos amigos dejaban que la luz les bañara la cabeza. El cielo era de un azul inmaculado, como el techo de los pisos recién pintados, aún pegajoso y aromático por la pintura. Todo lo que los rodeaba se les antojaba nuevo. En las escuelas empezaban las clases. Los estudiantes de primaria caminaban con las carteras a la espalda, y en la mano unas calcomanías que les habían regalado en la papelería.

Esti y Sárkány se detuvieron a la vez.

Se acercaba a ellos un joven que andaba hacia atrás a la manera de un cangrejo, pero a un ritmo acelerado, señal de que poseía experiencia en ello.

Sobre la coronilla le bailaba uno de esos sombreros de paja típicos de las ferias. Llevaba pantalones blancos, un grueso abrigo de paño gris y puños de celuloide de color carne. Agitaba un bastón de hierro.

Al instante ellos se volvieron y avanzaron hacia él, también de espaldas y a buen paso.

Al topar con él, se echaron a reír.

—¡Hola, majadero! —soltaron, y se abrazaron.

Por fin estaban los tres juntos, ellos tres: Kanicky, Sárkány y Esti. No faltaba nadie, el circulo estaba completo, el mundo había recobrado la plenitud: se había reunido el grupo, la Compañía Balcánica, que contaba entre sus tareas primordiales con el ejercicio libre, valiente y publico de acciones de ese estilo.

Los transeúntes observaban con desaprobación y cierto desprecio, pero también con un interés mal disimulado, a esos tres alegres jóvenes, aquellos tipos frívolos e inmaduros. No los comprendían, así que los odiaban.

Kanicky escupió sobre el asfalto. Un esputo negro. Tan negro como la tinta.

Masticaba regaliz.

Encontraron la raíz en su bolsillo izquierdo; en el derecho había unos nísperos metidos en una bolsa de papel.

Se dirigían hacía su lugar de reunión habitual, la cafetería Nueva York.

Por el camino, Sárkány leyó su nuevo poema a Kanicky. En el escaparate de una tienda de muebles se exhibía un dormitorio, una cama de matrimonio de madera de chopo, con edredones de seda y almohadas, y dos mesillas de noche. Se imaginaron que se acostaban en el lecho, con los zapatos puestos. Se imaginaron a una esposa ideal a su lado, tan grande como una muñeca descomunal de porcelana, con una cabellera espesa que la cubría como una capa, las cejas pintadas con tinta china. Todo ello parecía tan distante e inverosímil que se avergonzaron de su ensoñación y la guardaron para más tarde, con la intención de aprovecharla en un poema. Entraron en una tienda de animales. Regatearon el precio de un mono, preguntaron cuanto costaba un león. El vendedor, al fijarse en la clase de clientes que eran, los invitó a abandonar el establecimiento.

—Vamos a saludar —propuso Kanicky.

Entonces saludaron a todas las personas con que se cruzaban. Los tres sombreros se alzaban a la vez, como por arte de magia. Posaban con toda franqueza los ojos en los de los transeúntes a los que saludaban. Unos se alegraban de comprobar lo conocidos que eran, otros se asombraban, otros caían en la cuenta de que se trataba de una travesura y reanudaban la marcha, mirándolos por encima del hombro. Sin embargo, obtuvieron de nuevo un resultado satisfactorio: de quince personas, once les devolvieron el saludo.

También dejaron este juego.

En la esquina de la calle Rakoczi, Esti se detuvo para comprar dos globos. Ató los cordones al ojal de su chaqueta y corrió para alcanzar a sus amigos.

No muy lejos de la cafetería se había congregado una multitud. Por lo visto, dos caballeros se estaban pegando; uno había empujado al otro y enseguida se habían liado a bofetadas.

Se oía la discusión acalorada:

—¡Desvergonzado!

—¡Qué descaro!

—El descarado es usted, además de insolente.

Eran Kanicky y Sárkány, enfrentados, pálidos y desafiantes. Kanicky levantó la mano. Un caballero intervino con serenidad:

—¡Pero, señores, por el amor de Dios!

Kanicky se volvió hacia el caballero con el semblante sereno que solía adoptar en ocasiones similares, y a continuación le preguntó a Sárkány:

—¿Podrías decirme, por favor, quién es éste?

—No lo sé.

—Entonces, vámonos.

Agarro a Sárkány del brazo, como si nada hubiera sucedido, y en medio del asombro de los transeúntes se alejaron abrazados. Esti se unió a ellos.

—¿Se lo han tragado? —les preguntó.

—Sí —respondieron entre carcajadas, y dejaron escapar uno de los globos.

Poco después llegaron a la cafetería.

El establecimiento —que cerraba a la hora del almuerzo— estaba tranquilo, prácticamente desierto. Las señoras de la limpieza

iban y venían con sus escobas y cubos, y restregaban las mesas de mármol. Aquellos que habían entrado para tomarse un café tardío saldaban sus cuenta. Un saltimbanqui escuálido atravesó el salón de las damas.

Se estaba tostando el café para la tarde. Su aroma les cosquilleaba la nariz. Arriba, el palco, con sus columnas barrocas, doradas y entorchadas, como las de un templo budista, parecía estar esperando algo.

Se acomodaron en torno a su mesa habitual. Primero intentaron solucionar sus asuntos de índole material. Kanicky llevaba dieciseis céntimos. Sárkány, treinta. Esti aporto una corona con cuatro céntimos. Poco para librar la batalla del día.

Sárkány, quien mejores expectativas tenía ese día por haber escrito el poema, llamó con una seña al camarero de la mañana, pidió veinte pitillos Princeszász y un café, y luego le enseñó el manuscrito que vendería al *Hungría Independiente* a las tres, o a más tardar entre las seis y las siete, y le pidió prestadas diez coronas. El camarero, resignado, colocó la suma sobre la mesa. Esti pidió un café largo y Kanicky bicarbonato, agua y un trozo de papel.

Se tomó el bicarbonato. Lentamente, por simple despiste, se bebió los tres vasos de agua que había sobre la mesa, aunque Esti había echado en uno de ellos la ceniza de su pitillo. Kanicky empezó a escribir un artículo para conseguir algo de dinero. De súbito, se levantó de un salto, golpeándose la cabeza. Debía realizar una llamada urgente. En su brillante frente se dibujaban la preocupación y el nerviosismo. Pidió a sus amigos que lo acompañaran abajo, a la cabina de teléfono. No deseaba afrontar ese trance solo.

Se encaminaron a la planta baja propinándose empujones y gastándose bromas; se encontraron con unos conocidos y olvidaron el propósito con el que habían bajado. Unos tipos repugnantes se aferraban a los teléfonos como sanguijuelas; hablaban alemán; eran viejos, de cuarenta o cincuenta años; les quedaba poco para estirar la pata.

Kanicky logró establecer la comunicación al cabo de media hora. Salió de la cabina victorioso. La mujer vendría a las tres de la tarde. Le pidió prestadas cinco coronas a Sárkány, empeñando su palabra, y a Esti le devolvió una de las dos coronas que acababa de prestarle.

Solucionados los asuntos de índole material, los tres regresaron aliviados a su mesa. Kanicky redactó unas líneas del artículo. De pronto, dejó la pluma otra vez. Mandó llamar a un mozo y le entregó un mensaje para que se lo llevara a la persona con quien había hablado por teléfono. Los amigos fumaban y suspiraban. Alternaban la risa y la tristeza con rapidez. Saludaban con la mano a las mujeres que pasaban por la calle al otro lado de la ventana-espejo. Cuando el camarero pasó delante de ellos con una bandeja de frutas, le pusieron nombre a cada una de ellas. A la manzana, Károly, a las uvas, Ilona, a las ciruelas, Ödön; la pera, por su blandura y sensualidad, sin lugar a dudas, debía llamarse Jolán, y así sucesivamente. En el fondo, a los tres les escocía el desasosiego. Se distrajeron con un juego de sociedad, revolviendo letras, colores, sonidos, reorganizándolo todo. Se plantearon las preguntas más extrañas: ¿qué pasaría si una cosa no fuera como es? No, ellos no estaban satisfechos con la Creación.

A las tres, Sárkány salió a toda prisa a buscar el cheque. La cafetería zumbaba; en el palco, el vocerío aumentaba por momentos. Era en medio de aquel ruido donde los invadía la sensación de que su vida cobraba ritmo, de que avanzaban en una determinaba dirección, de que iban hacia delante. Todas las mesas, todas las cabinas estaban ocupadas. El humo formaba nubes de tormenta. Les agradaba estar inmersos en aquel vapor, en aquel charco cálido, sin pensar en nada, observándolo mientras hervía y burbujeaba, sabedores de que, poco a poco, todos los que chapoteaban en el —cocidos, sazonados, entremezclados— formarían parte de un único caldo bullicioso. Constataron que los parroquianos de cada día se hallaban presentes, distribuidos en distintas mesas, sillas y sofás de terciopelo. No faltaba uno solo.

Allí estaban Bogár, el joven novelista; Pataki y Dani Ürögi. Allí estaba Arácsy, el pintor que se había mandado fotografiar vestido de caballero florentino, con un puñal al costado, tocando el piano. Allí estaba Beleznay, el famoso coleccionista de arte, que había conocido en persona a Wilde y a Rodin. Allí estaba Szilvás, el «marqués», con su bastón de empuñadura de marfil, un conversador inigualable, que amalgamaba con picardía y habilidad el argot más reciente tanto con expresiones de los diccionarios de neologismos como con la rancia jerga de los arqueólogos y de los discursos

académicos. Allí estaban Elián, el neurólogo; Gólya, el artesano; Sóti, el científico que investigaba el origen de los cuentos populares; Boldog, el fotógrafo moderno que había recibido formación en Berlín, y Kopunovits, un joven de vida trágica que se preparaba para ser actor. Allí estaba Dayka, el hijo rubio de un terrateniente, que estudiaba a los neokantianos y disertaba sobre la teoría del conocimiento. Allí estaba Kovács, el hombre de sonrisa irónica, que coleccionaba sellos y nunca hablaba. Allí estaba Mokosay, que había residido en París, leía a Verlaine y a Baudelaire en su idioma original, y los citaba en francés, con gran entusiasmo y un acento deplorable. Allí estaba Belenyes, el «químico jurado», que había perdido su empleo por alguna irregularidad, pasaba el tiempo en redacciones de periódicos y recababa datos para artículos de denuncia. Allí estaba Kotra, hombre de teatro, que en el escenario exigía la más pura de las literaturas y planeaba poner en escena el drama *Espera de muerte*, obra de su amigo Gézának Geza, sentado a su lado, en el que no intervenían seres humanos sino objetos, y en el que la llave y el ojo de la cerradura sostenían un largo y profundo debate metafísico. Allí estaba Rex, el agente que vendía cuadros y que contra la opinión generalizada enaltecía a Rippl-Ronai[7] y criticaba a Benczúr[8]. Allí estaban Ikrinszky, el astrónomo; Christian, el moderador; Magass, el compositor. Allí estaba Pirnik, socialdemócrata internacionalista. Allí estaba Bolta, quien sostenía que Petöfi no era un gran poeta, porque el poeta por antonomasia era Jeno Komjáthy[9]. Allí estaba Spitzer, que consideraba a Max Nordau[10] el mayor genio del mundo. Allí estaba Wesselényi, el ayudante de farmacéutico amante de las artes. Allí estaba Sebes, que ya había publicado dos narraciones en diarios y concluido otra que estaba a punto de salir a la luz. Allí estaba Moldvai, el lírico. Allí estaba Czakó, otro lírico. Allí estaba Erdödy-Erlauer, un tercer lírico. Allí estaba Valér V. Vandory, el traductor literario que traducía de todas las lenguas, incluida la suya materna, sin conocer ninguna. Allí estaba Specht, hijo de padres adinerados, un joven humilde y silencioso, que no escribía nada pero había pasado dos años en un centro psiquiátrico y siempre llevaba en el bolsillo un papel sellado por tres psiquiatras que certificaba que gozaba de plena salud mental. Allí estaban absolutamente todos.

Y todos ellos hablaban a la vez. Hablaban de si el ser humano

posee o no libre albedrío, de la forma de la bacteria de la peste, de cuánto se ganaba en Inglaterra, de a qué distancia está la estrella Sirio, de que entendía Nietzsche por «eterno retorno», de si la homosexualidad era un derecho y de si Anatole France era judío. Ansiaban penetrar en el significado de todas las cosas, de manera rápida y profunda, porque aunque todos eran muy jóvenes —apenas habían cumplido los veinte—, intuían que ya no les quedaba mucha vida por delante.

Esti conocía a aquella cuadrilla superficialmente. No siempre estaba seguro de quien era quien, pero tampoco importaba, pues las personas en cuestión tampoco estaban seguras de quienes eran, ya que su personalidad estaba gestándose justo allí y en aquel instante. En varias ocasiones había confundido a un fotógrafo con un poeta, y a él también lo habían tornado por un fotógrafo. Nadie se ofendía por ello. Se contaban sus vidas, sus recuerdos, sus amores, sus proyectos y luego, si lo consideraban oportuno, se presentaban, por pura formalidad, y algunos incluso retenían el nombre del otro.

Sentado entre ellos, Esti escuchaba y se sentía atraído por el zumbido de sus palabras. En aquel caos, cada sonido pulsaba una tecla de su alma, y lo hacía sentirse emparentado con todo y con todos. No entendía la vida. Ignoraba por completo para que había venido al mundo. Desde su punto de vista, a todo aquél a quien le toca vivir esta aventura de objetivo desconocido y que desemboca irremediablemente en la muerte lo asiste el derecho a hacer lo que le plazca, como por ejemplo tenderse en la calzada y prorrumpir en alaridos de dolor sin causa alguna y sin merecer mayor castigo por ello. Sin embargo, precisamente porque consideraba que la vida en su conjunto carecía de sentido, comprendía cada uno de sus fragmentos, a todos los seres humanos sin salvedad, todos los criterios, desde los más elevados hasta los más mezquinos, todas las teorías, y lo asimilaba todo con facilidad. Si alguien hubiera dedicado cinco minutos a convencerle con argumentos inteligentes de que se convirtiera al islam, él se habría convertido, siempre y cuando lo eximieran de la obligación de actuar, le exigieran que cumpliese con su compromiso y no le dieran tiempo para echarse atrás.

A su juicio, participar en la gran locura, entre locuras menores, no constituía una necedad tan grande; por el contrario, era el estilo

de vida más acertado y natural. Además, precisaba de aquel desorden feroz, de aquel ambiente caótico. Quería escribir. Aguardaba el momento en que la desesperación y la repugnancia le produjeran tales náuseas que lo impulsaran a vomitarlo todo, todo lo importante y esencial, no sólo lo secundario y casual. Pero ese momento no había llegado todavía. Aún no notaba un malestar suficiente como para ponerse a escribir. Sin dejar de consumir grandes dosis de nicotina, pidió otro café largo, para excitar el corazón y continuar torturando su espíritu eternamente curioso, ávido e ingenioso. Se concentró con fervor en su palpitar interno, se tomó el pulso, feliz como un prestamista que cuenta el interés ganado: ciento treinta latidos por minuto.

Estaba rodeado de mujeres. Allí estaba la «dama de Csongrád», que cada dos semanas huía de su marido para pasar su tiempo libre entre escritores, jovencitas aficionadas a la literatura, mujeres aparentemente fatales, una pálida artista de circo que con toda seguridad estaba enferma y una señora de tez amarillenta, abotargada corpulenta y demoníaca como Clitemnestra. Vestidas de blanco, azul y negro, florecían en la cálida ciénaga de la cafetería como los nenúfares en la laguna de Hévíz. Esti las deseaba a todas. Su mirada vacilante zigzagueaba inquieta entre ellas. Disfrutaba con las trampas y los caprichos mortales, que a cada instante amenazaban con cambiarle la vida y convertirse en fatalidades. Se fijaba en las manos de la «dama de Csongrád», en sus uñas puntiagudas, pulidas y pintadas de rosa, y se imaginaba que a lo mejor aquella mujer era su destino. Sin embargo, sus extrañas uñas, que arañaban el aire con delicadeza como las espinas de una rosa, lo turbaban hasta tal punto que él desechaba la idea, asustado. Entonces la «dama de Csongrád» le preguntó en que pensaba. Esti sonrió con aires de superioridad y le respondió con una mentira para que ella siguiese creyendo lo que quisiera.

Kanicky apoyó la cabeza sobre el pecho de su amigo. Él no esperaba a todas las mujeres, sólo a una, que por algún malentendido no aparecía, aunque hacía tiempo que habían sonado las tres. El mozo, al que había encomendado al mediodía un importante recado, tampoco hacía acto de presencia. Kanicky encargó a otro mozo que saliese en busca del primero. Se dirigió a la cafetería de enfrente y luego al restaurante El Bandido. A la

vuelta, se pasó una hora telefoneando a distintos sitios desde una cabina, sin éxito. Le indicó a Esti con un gesto que todo había terminado. Mandó traer un plato de embutido, se lo comió con ganas y luego tomó bicarbonato de nuevo.

A eso de las siete llego Sárkány, que llevaba ausente desde las tres. Estaba radiante de felicidad. Afirmo que se había iniciado una nueva etapa en su vida. Había tropezado con aquella supuesta maestra de la que tanto había hablado a sus amigos, quienes quizá ya la conocían mejor incluso que él mismo, habían hecho las paces y por fin todo se había arreglado, para siempre jamás. Esti y Kanicky estaban habituados a oír de boca de Sárkány que había encontrado a la mujer perfecta y que se iniciaba una nueva etapa en su vida, por lo que se mostraron más interesados en su cheque. El rostro de Sárkány se ensombreció. En primer lugar les comunicó que había gastado todo el dinero de que disponía. Con respecto al cheque, sucedió que a las tres acudió al despacho del director del periódico, como había previsto, pero éste estaba de mal humor y le gritó con malos modos que regresara entre las seis y las siete. Entre las seis y las siete Sárkány acudió otra vez, le entregó el poema y cortésmente le suplicó que le pagara, a lo que el director, un sinvergüenza rubicundo de cabello rizado, semejante a Herodes, se negó con una rudeza inaudita, tras lo cual escupió sobre su manuscrito, lo pisoteó y a él lo puso de patitas en la calle. Los amigos ignoraban cuanto de cierto había en esta peculiar interpretación de los hechos, lo que no impidió que se indignaran ante la falta de tacto del director.

Por tanto, allí estaban los tres, sin un céntimo, con mucho café, tabaco, y la cuenta de los mozos por abonar, aparte del embutido, y con una noche vacía y sin perspectivas por delante. En algo había que ocuparse. La vida fluía con indiferencia. Scartabelli peroraba sobre Bhagavad Gita y sobre el Nirvana ante un público más bien indiferente. Valér V. Vandory traducía una novela francesa. Preguntó a los presentes cual sería el equivalente en húngaro de «*derechef*». Mokosay lo reprendió por su pronunciación. Le pidió el libro. Era de la opinión de que se trataba del nombre de una flor inexistente en Hungría. Otros sospechaban que se trataba de alguna ordinariez. La mayoría le aconsejo que se saltara la palabra, ante lo cual Valér V. Vandory omitió el párrafo entero y continuó

trabajando. En aquel momento se les acercó Hannibal, el vendedor nocturno, de rostro plomizo y sonrisa petrificada, para ofrecerles postales obscenas y preservativos, como si una simple ojeada a las tarjetas entrañará un grave peligro para la salud.

Esti se levantó y fue a buscar al camarero del turno de noche. Logró sacarle una moneda de oro de diez coronas. Debería haber compartido la suma con sus amigos, a los que también debía dinero, y después de realizar complicados cálculos mentales, el negocio le parecía más o menos ventajoso, ya que esperaba al menos recuperar la corona que Sárkány aún no le había devuelto. No obstante, tomó otra decisión. Simplemente se escabulló. Se alejó por la calle a todo correr. Pensaba acercarse al Círculo de Escritores, donde conseguiría como mínimo sesenta coronas que repartiría fraternalmente entre los tres, veinte coronas por barba. A la mesa de juego estaba sentado Homona, un prestigioso periodista que ganaba siempre y que vivía de chantajear a los bancos. Esti lo consideró un mal augurio. Aun así, arrojó la moneda de oro circular y seductora sobre el tapete verde, jugándoselo todo. Los demás barrieron su apuesta sin inmutarse.

No cobró conciencia de lo que había ocurrido de inmediato. Permaneció inmóvil durante unos diez minutos, como esperando que una revolución mundial cambiara la decisión inapelable del destino y que entonces el banquero le devolviera la moneda de oro.

En la cafetería lo aguardaban como a un Salvador. Kanicky se encontraba cercado por los dos mozos, que habían reaparecido y le exigían lo que les debía. Estuvo un rato esforzándose por convencerles con argumentos racionales de que se equivocaban, luego se tomó una aspirina, en cinco minutos escribió un ingenioso artículo ante la atenta mirada de los mozos y salió a venderlo escoltado por éstos. Regresó con un poco de dinero y repartió algo entre sus amigos.

Se fueron a casa de Sárkány, en la calle de María. Él esperaba un mensaje de la maestra. De ahí se encaminaron a la residencia de los Kanicky, donde bebieron un poco de té. La familia al completo se encontraba reunida en una sola y gigantesca estancia. Una de las hermanas de Kanicky pintaba, la otra tocaba el piano, y la tercera estuvo quieta de cara a la pared durante todo el tiempo que pasaron allí los amigos, sin que nadie supiese por qué. El padre, un anciano

amable y cariñoso, escribía algo en el centro de la sala. Con la serenidad que confiere la edad, mojaba la pluma en el tintero y escurría con cuidado la tinta que sobraba en la plumilla, totalmente ajeno a la algarabía que reinaba alrededor de él. Los jóvenes bajaron a la calle cuando las puertas del edificio estaban ya cerradas. Kanicky recitó en voz alta fragmentos de *La tragedia del hombre*[11]. En una lóbrega plaza, un campesino con aspecto de cochero, a causa del látigo que empuñaba, lo abordó y le posó una mano sobre el hombro.

—Oiga, prefiero devolverle sus cincuenta céntimos, pero deme los arreos —le dijo.

—¡No! —saltó Kanicky. Necesito los arreos.

Esti no entendía a que venía eso de los cincuenta céntimos y los arreos. No sabía si se trataba de una broma o de una casualidad, por lo que lo invadió el miedo. En torno a él se extendían los velos negros de la noche. Le habría gustado estar ya en casa, tumbarse en su sofá, solo. Se odiaba a si mismo, odiaba a sus amigos, pero era incapaz de despegarse de ellos. Lo asaltó el mismo temor que se apoderaba de el cuando, de niño, contravenía alguna prohibición. Bajo la luz de las farolas de gas, la gente, atontada tras una larga jornada laboral, lo acechaba, lo seguía con un ruidoso taconeo, como si lo persiguiera. Respiro aliviado al entrar en El Bandido.

La pianola tocaba la obertura de *Tannhäuser*. Jozsef Gach, su primo, estudiante de medicina, le acercó ambas palmas de la mano a la nariz para que las oliera. Aquel día había practicado su primera autopsia. Faltay, el tolstoiano con sandalias de piel, cenaba sémola con leche. Bisszam, el joven teósofo barbudo, de rostro tan rojo como una manzana y dientes tan blancos como la porcelana, los miró a los ojos con ternura y les animó a amar la Naturaleza y vivir en armonía con el Universo.

Ellos decidieron que aún les quedaba mucho tiempo para ello y regresaron a la cafetería.

Allí, la juerga intelectualmente elevada ya había empezado a decaer. Ocupaba el palco el segundo Estado Mayor, mozalbetes de dieciocho o diecinueve años. Putterl, el pequeño Hajnal y el pequeño Wallig tomaban café con ron envueltos en el humo de tabaco egipcio. Estaban entretenidos en la fundación de una revista combativa, de inigualable calidad y contraria a las anquilosadas

tradiciones, el academicismo y los viejos retrógrados. A su lado estaba Abmentis, que componía una letra para una melodía y canto la primera línea: «Oh, buen pajarito mío». En vez de la palabra «buen» necesitaba una de dos silabas, yámbica, por lo que modifico el verso, que quedó de la siguiente manera: «Oh, feroz pajarito mío». Esto evidentemente no cuadraba. Abmentis buscó canturreando otra palabra que se ajustara tanto al metro como al pajarito. Erdödy-Erlauer representaba a la generación anterior. Sentado a la primera mesa, mantenía la vista fija en un papel, en el que en toda la tarde no había escrito más que: «Mi vida es como…». Se había quedado atascado allí. Ignoraba como era su vida, no daba con el símil adecuado, lo que no resultaba en absoluto extraño: la vida de Erdödy-Erlauer no se parecía a nada, era exactamente igual que su propia vida.

Lo dejaron allí con su manuscrito, sumergidos en su triste y amarga existencia. Vagaron por la orilla del Danubio, alrededor de la estación del Oeste. Por toda la ciudad invitaron a los aprendices de escritor que deambulaban de noche como en misión de vigilancia a unirse a ellos: Exner, Szilvás, Dayka, el neokantiano; Moldvai, Czakó y unos cuantos más que seguramente guardaban alguna relación con las artes y las ciencias del espíritu: Orbán, profesor de música; Csiszér e incluso Valentini, un ebanista con una especie de sentido artístico. A eso de las tres de la madrugada, el intrépido grupo se perdió entre los edificios del barrio de Ferencváros.

En la esquina había una prostituta. Exner le dirigió la palabra, los demás los rodearon. No deseaban desaprovechar una sola oportunidad de analizar los aspectos más sórdidos de la vida y de paso jactarse de ser hombres de mundo. Tuteaban con aires de superioridad y cierta camaradería a aquellas mujeres que, por lo general, contaban bastantes más años que ellos y se aproximaban en edad a las amigas de sus madres, a quienes en casa besaban la mano con educación y saludaban con una profunda reverencia. El libertinaje irrespetuoso les fortalecía la autoestima.

Se pusieron a negociar. Entablaron con la prostituta un diálogo que a cada instante interrumpían las carcajadas del grupo. Exner se reía en medio de todos, haciendo airosos aspavientos con su bastón de caña. La mujer les contestaba en voz baja.

Esti estaba más alejado, solo. No quería participar en ese juego. Así, con tanta gente, le parecía de mal gusto, impúdico. Y eso que estaba más familiarizado con la zona que cualquier otro. Conocía las calles, a todas horas del día y de la noche, porque lo atraía a ellas una especie de espanto; a menudo despertaba, sobresaltado, y venía sin más. Conocía el barrio de madrugada, cuando nadie transitaba aún por sus calles; los sábados por la noche, entre las ocho y las once, las horas de mayor bullicio; los días más bochornosos del verano, entre la una y las dos del mediodía, cuando las chicas, enfundadas en sus vestidos chillones, relucían a causa del pegajoso calor como caramelos baratos. Conocía todas y cada una de las casas, las puertas y las ventanas, tras las que las luces se encendían y se apagaban. También conocía a los hombres que merodeaban por allí, distraídos, como si buscaran otra cosa, con la cabeza gacha para no ver nada más; también a los indiferentes y los bobos, que escrutaban sin disimulo la mercancía; a los solitarios hombres gordos y mayores que fumaban puros con boquilla, contemplando absortos a las pálidas mujerzuelas que se paseaban por la acera de enfrente, y que luego, de repente —como movidos por un resorte— se encaminaban hacia una puerta color chocolate. Conocía la jerga con que en el barrio se designaban los detalles técnicos de la profesión, pues de vez en cuando llegaba hasta sus oídos. Y, por encima de todo, conocía a la mujeres, a cada una de ellas, personalmente o de vista, a las amables y a las que se comportaban como animales apáticos, a las elegantes y a las ordinarias, a las larguiruchas y a las enanas, a las que presentaban cicatrices en la barbilla o huellas de mordiscos como orugas, a las que conducían perritos sujetos con una correa, a las que llevaban gafas, o a aquella visión terrible que de vez en cuando aparecía de madrugada, con el rostro oculto tras un doble velo, por carecer de nariz.

También conocía a la chica con quien ahora se divertían sus amigos; se había cruzado con ella en varias ocasiones al pasar por allí, se había fijado en ella, la recordaba bien.

La chica le arrebato a Exner su bastón de caña y se encaminó despacio hacia una bocacalle, con el grupo a la zaga. Esti también siguió sus pasos, para presenciar lo que iba a ocurrir. Llamaron a una puerta. Entraron, los once.

Una vez dentro, en una habitación de techo bajo, situada al nivel de la calle, armaron tanto alboroto como el que se desata en una casa en llamas cuando llegan los bomberos. Chillaban y vociferaban, excitados por lo curioso de la situación. La mujer temía que la policía la multara por promover tal escandalo. Intentaba apaciguarles, en vano. Cinco de ellos se sentaron sobre la cama que crujió y casi se partió bajo el peso. El marques extendió los brazos y exhorto a la mujer, con oraciones rebuscadas, a que abandonara la senda enfangada de la ignominia y retornara al buen camino, luego la bendijo como si fuera su propia hija y la llamó «Violeta». Exner revolvía sus fotografías. Sárkány hurgaba entre sus cosas. Czakó levantó la tapa esmaltada en rojo de la cacerola que estaba sobre la estufa de hierro, en la que encontró los restos de la cena —estofado helado y guarnición fría—, guardados para el día siguiente.

La mujer dio una patada impaciente en el suelo para que se callaran. No quitaba ojo a toda la pandilla, temerosa de que se llevasen algo. Desplazaba la mirada de unos a otros.

Kanicky le susurró algo a Sárkány. Él, a su vez, se lo susurró al siguiente y la noticia pasó de boca en boca. En cuanto hubo llegado a los once tímpanos, todos estallaron en una risa estrepitosa, vueltos hacia la mujer.

A la luz de la lámpara se notaba que era mucho mayor de lo que habían pensado en la calle. Sobre la barbilla se había pintado un lunar redondo y negro, y llevaba una tupida peluca pelirroja. Según Kanicky, bajo la peluca su cabeza estaba tan desprovista de pelo como una bola de billar, y la mujer había perdido además todos los dientes. Era de eso de lo que se habían reído.

El buen humor se desvaneció. Nadie hablaba ya. Los hombres empezaban a arrepentirse de haber entrado y discurrían la mejor forma de escapar. La mujer los observaba, desconfiada. Su expresión reflejaba una preocupación que ella no se atrevía a expresar en voz alta.

Kanicky retrocedió con sigilo hasta la puerta y se largó sin despedirse. Lo siguió Sárkány, luego Szilvás, después Exner, y a continuación Czakó, Dayka, Valentini, Csiszér y Orbán.

Todos huyeron como gatos escaldados.

—¿Usted también se va? —le preguntó la mujer, alarmada, a Esti, el último en disponerse a salir.

—Sí —respondió, y puso la mano sobre el picaporte. Buenas noches.

—Buenas noches.

Esti abrió la puerta que sus amigos, para burlarse, habían cerrado de un portazo. Los escuchaba desde el otro lado.

Los camaradas celebraban un conciliábulo en la escalera, mientras esperaban al portero. Sonaban gritos desarticulados, la voz de Sárkány, luego la de Kanicky, que bramaba algo terrible en dirección a la habitación.

—¿Qué pasa? —inquirió la mujer.

—Nada —contestó Esti, y cerró la puerta para no oírlo.

La mujer clavó en él la vista.

—¿Ha cambiado de opinión? ¿Se queda?

—Si —asintió Esti. Quizá me siente un rato —añadió, pero permaneció de pie.

En ese instante la puerta de la calle se cerró con un golpe sordo; el portero les había dejado salir. Se impuso el silencio.

—Están locos —comentó la mujer en medio de aquella repentina quietud, y se encogió de hombros con apatía.

Este gesto inspiró en Esti una honda lástima. Su corazón, su corazón enfermo, se empapó en lágrimas, como una esponja.

Unos instantes después, se reanudó la algazara, esta vez a través de la ventana. El grupo de amigos estaba justo debajo. Exner aporreaba la persiana bajada con su bastón de caña como si fuera un piano, y voces conocidas le deseaban a Esti mucha suerte y buenas noches.

Él dirigió la mirada a la ventana, cual si hubiera caído en una trampa y ansiase salir de ella. Lo habían abandonado allí. Había caído víctima de una broma, la última broma de mal gusto. El griterío se apagó poco a poco, y de nuevo reinó el silencio, un silencio infinito.

—Se han ido —susurró la mujer, y cerró la puerta con llave.

Esti deseaba remediar un error de forma. Sin embargo, a su juicio todo error de forma implicaba un error de fondo, y no había error mayor que el de forma. Esti no soportaba que a alguien le lanzaran a la cara un insulto. Tanto le molestaba que con frecuencia pasaba horas en compañía de personas aburridas por no hallar la forma de librarse de ellas con tacto.

La mujer empujó hacia él una silla de mimbre. Ella también se sentó, en el sofá, frente a él.

Los demás estaban en lo cierto: ya no era joven, su agotamiento resultaba evidente, y en su sonrisa había un toque de demencia. Sin embargo, cabía contemplarla desde otro prisma. La imaginación de Kornél se desbocó, y consiguió que la realidad desapareciera. No, los demás no tenían razón en todo, exageraban: la piel de la mujer estaba ajada, en efecto, pero era blanca como una flor de lis. Conservaba los dientes, casi todos. A Esti le empezaron a gustar los ojos de gato, verdes y nebulosos, su rostro redondo, pálido y hambriento, su frente estrecha.

—¿Cómo se llama?

—Paula —respondió la mujer con una voz suave, algo ronca.

Este nombre ejerció un efecto mágico sobre Esti. Evocó la imagen de una rosa marchita. Cerró los párpados.

—¿A qué se dedicaba antes de esto?

—Era peluquera.

En ese momento, Esti se agarró desesperado a sus manos y a su falda.

En los cuarteles tocaban diana. Los reclutas formaban para salir del patio. En cabeza, el capitán, sobre su caballo danzarín y con la espada en alto, mascullaba órdenes en alemán, y entonces la temible maquinaria, compuesta por carne humana y acero, se puso en marcha y salió a la avenida Üllöi. Tenientes gallardos que olían a agua de colonia impartían instrucciones. Bajo el sol matinal resplandecían sus espadas y sus borlas amarillas y negras. El emperador y rey Francisco Jose I gobernaba sentado en su suntuoso trono, en Viena.

Esti caminaba de vuelta a casa por la avenida Üllöi. La puerta del edificio ya estaba abierta, de manera que no hubo de pagar para que le permitieran entrar. Subió corriendo al cuarto piso, a su habitación, en la que, a las once de la mañana del día anterior, lo había despertado Sárkány.

Sobre el escritorio encontró una postal procedente de provincias, remitida por sus padres. Se alegró mucho.

La habían enviado con motivo de la famosa fiesta de cumpleaños de su tío, en la que cada año se reunían tres familias emparentadas, los Csendes, los Esti y los Gách. Para comer había arroz con ganso,

asado al ajillo y pastel de vainilla y almendra. Le mandaban muchos, muchísimos recuerdos de parte de todos, de parientes, amigos, y también de la amiga de su hermana. Su hermano le escribía que en el colegio le había tocado un tutor muy estricto; su hermana, que asistía a clases de baile; su madre, que lo echaba mucho de menos. Le rogaba que acudiera sin falta a fin de mes, para la vendimia. Su padre se limitó a poner el nombre, con su letra severa y recta.

Esti leyó y releyó la postal, conmovido. Se imaginaba que se encontraba en casa, en el viñedo, entre las butacas de terciopelo verde de la sala. Abrazaba a sus seres queridos con adoración, porque él era, más que nada, un buen hijo y un querido hermano. «Mi madre tiene una joya de amatista del mismo color que sus ojos —pensaba. Mi padre ya estará despierto, trabajando desde las cuatro de la mañana —pensaba. Yo no llegaré a ser nadie, sólo un depravado —pensaba. Conseguiré todo lo que me proponga —pensaba. Me moriré el año que viene, a los veintiun años de edad —pensaba. Nunca me moriré». Pensaba en todo, en todo a la vez.

El día anterior había sido movido y ajetreado, pero en poco se diferenciaba de los demás. El caos que imperaba en su interior se había condensado en una espesa tristeza. Kornél apretó contra su pecho tembloroso la postal, buscando amparo en ella, refugiándose en la paz campestre, donde residían sus raíces y su fuerza.

Lo consumía el sentimiento de culpa. Repasó los verbos irregulares del español. Luego se desvistió.

Se levantó de inmediato. Escribió la contestación en otra postal para echarla al buzón tan pronto como saliera a la calle por la mañana.

> Queridos padres y hermanos: gracias por la amable tarjeta. En el pensamiento siempre estoy con vosotros.

Habría debido añadir algo en respuesta a la invitación. Entonces se acordó de Sárkány y Kanicky, a quienes no amaba menos que a sus hermanos.

Continuo así:

> Desgraciadamente, por el momento me resulta imposible

visitaros. La nueva literatura está en efervescencia. Debo quedarme aquí, mantenerme al tanto de las novedades.

Le habría gustado aducir un pretexto mejor, pero sólo agregó:

Estoy trabajando.

# 6

*Donde el héroe cobra una cuantiosa herencia y descubre las enormes dificultades que supone librarse del dinero cuando uno pretende deshacerse de él a toda costa.*

De madrugada estábamos sentados en un cabaré. La orquesta, integrada por músicos negros, descansaba. Nosotros bostezábamos.

—Rápido, dame cinco *pengös*[12] —me susurró Kornél Esti al oído. Después de pagar la cuenta, murmuró—: Es extraño.

—¿Qué?

—La expresión «problemas de dinero». Da a entender que es el dinero lo que causa el problema, cuando en realidad el problema radica justo en lo contrario, la falta de dinero. Dime —y se dirigió a mí con un profundo interés—, tú que en tus horas libres te dedicas a la lingüística: ¿existe alguna expresión que indique que hay casos en los que la causa de los problemas es precisamente el dinero?

—Existe. Pero en francés. *Embarras de richesse*.

—¿En húngaro no hay?

—No.

—Típico —rezongó.

Por la calle, camino a casa, seguía meditando sobre lo mismo:

—Sin duda alguna, los problemas de dinero son enojosos. Pero lo contrario resulta igualmente enojoso, cuando la fuente de los problemas es, de hecho, el dinero. Cuando el dinero sobra. También se lo que es eso.

—¿Tú?

—Si. Hubo una época en que tuve muchísimo dinero. Antaño —recalcó, sumido en sus pensamientos. Hace ya mucho tiempo.

—¿Dónde, cuándo?

—Aquí, en Budapest. Cuando heredé una fortuna.

—¿De quién heredaste tú?

—De una tía lejana, por parte de madre, a quien apenas conocía. María Terézia Anselm. Vivía en Hamburgo. Era la esposa de un barón alemán.

—Curioso. Nunca me habías hablado de ella.

—Sí. Yo debía de contar unos treinta años. Una mañana recibí la comunicación oficial de que la tía me había legado toda su fortuna. Aunque no era una noticia del todo inesperada, me sorprendió. Me contaron que la tía había dispuesto que se repartiera la herencia entre otro sobrino suyo y yo. Pero aquel sobrino había muerto. En algún punto de Brasil. ¿Tienes un cigarrillo?

—Toma.

—Así que emprendí el viaje a Alemania. A decir verdad, apenas me acordaba de aquella difunta tía. Cuando era niño me llevaron a verla un par de veces. Vivía en sus propiedades, en un suntuoso palacio, y regentaba una granja modelo. Era inmensamente rica e inmensamente aburrida.

En la laguna de su jardín nadaban cisnes blancos y negros. Era lo único que yo sabía de ella, además de que poseía extensas tierras y numerosas casas de varios pisos en Berlín y Dresde, así como un montón de cuentas en bancos suizos. Como yo llevaba unos diez años sin contestar a sus cartas, ignoraba por completo el valor de su patrimonio. Cuando se realizó el inventario, me enteré de que era más grande de lo que yo esperaba. Después de venderlo todo (y de pagar los impuestos, los derechos de sucesión y las minutas de los abogados), un banco de Hamburgo me entregó casi dos millones de marcos contantes y sonantes.

—¿Dos millones de marcos? Estás bromeando —le dije.

—Bien. Hablemos entonces de cosas más serias. ¿Qué tal anda tu presión arterial?

—Perdona, continúa con el relato, por favor.

—Baste decir que metí el dinero en una maleta, después de cambiarlo por moneda húngara, y regresé a casa. Allí continué mi vida como hasta entonces, garabateando versos. Puse mucho empeño en que nadie se enterara del asunto, porque sabía que entonces me vería obligado a renunciar a todo.

—¿Por qué?

—Imagínatelo: ¿un poeta rico, en nuestro país? Absolutamente inconcebible. En Budapest todo aquel que tiene un poco de dinero está considerado un botarate.

Si no le faltan medios económicos, ¿para qué necesita inteligencia, sensibilidad, imaginación? Con este razonamiento lo castigan. Esta ciudad es demasiado inteligente. Y por eso mismo es demasiado estúpida. No está dispuesta a admitir que la naturaleza es pagana y reparte sus dotes de forma imprevisible, sin la menor conmiseración. Aquí nadie le habría reconocido a Byron, lord y multimillonario, ni una pizca de talento. Aquí, el calificativo de genio se aplica a modo de recompensa, de limosna, a los hambrientos, los enfermos, los perseguidos, los muertos vivientes o los muertos muertos. Los más estimados son precisamente estos últimos. Yo nunca me he molestado en luchar contra la soberana estupidez del género humano. Me he inclinado ante ella con humildad, como ante un fenómeno natural de características colosales. En aquella ocasión tampoco pequé contra las obligadas tradiciones bohemias. Continué frecuentando los locales sórdidos y bohemios. Pedía que me fiaran el café. Por las mañanas ennegrecía con tinta el cuello de la camisa. Agujereaba la suela de mis zapatos con un taladro. No iba a echar por tierra mi fama de poeta, ¿verdad? Además, así la vida resultaba más cómoda e interesante. Si hubiera llegado a conocimiento de la gente la fortuna que había caído en mis manos, enseguida me habría asediado, se habría pasado el día haciendo cola ante mi puerta y no me habría dejado ni trabajar.

—Pero ¿qué hiciste con esa cantidad ingente de dinero?

—Decidirlo me causo muchos quebraderos de cabeza. Naturalmente, no lo metí en el banco. Con ello me habría delatado enseguida. De modo que lo guardé bajo llave en el cajón de mi escritorio, entre mis manuscritos. Sorprende comprobar que poco espacio ocupan dos millones de coronas. Dos mil billetes de mil. Formaban un montoncito así de pequeño. Tan insignificante como cualquier otro fajo de papeles. Por las noches, cuando lo miraba, me invadían sentimientos de todo tipo. Mentiría si dijera que aquella visión no me complacía. Yo valoro en gran medida el dinero. Proporciona tranquilidad, honor, fuerza, prácticamente todo. Pero en tales cantidades, más que un alivio suponía una carga para mí.

Ya entonces era demasiado sabio para embarcarme en una nueva vida, comprarme automóviles, mudarme de la casa de tres habitaciones que tanto quería a otra de diez, abandonar el cauce de mi existencia de siempre y asumir nuevas cargas y problemas. Nunca había soñado con banquetes, con ríos de champán. Desdeñaba el lujo, ya lo sabes. Toda la vida he cenado pan con mantequilla acompañado con un vaso de agua. Sólo me gustaban los cigarrillos infames y las mujeres infames. Así que me puse a reflexionar con frialdad, procurando no perder de vista mis principios. ¿Cuál era mi objetivo, mi profesión, mi pasión? Escribir. Ya en aquella época ganaba con mi pluma unos quinientos al mes, sin mayor esfuerzo. A eso agregué mil coronas para asegurarme una independencia de por vida. ¿Hasta cuando viviría? Tanto mis padres como mis abuelos murieron antes de cumplir los cincuenta. La longevidad no es una cualidad común en mi familia. Así que me concedí un máximo de sesenta años. Esa pensión vitalicia calculada para treinta años, supuestamente el resto de mi vida, no sumaba más de trescientas sesenta mil coronas. Me parecía que lo demás sobraba, así que resolví repartirlo.

—¿Entre quiénes?

—Allí residía justamente el problema. No tengo hermanos. Mi único pariente vivo es un industrial adinerado, que en mis sueños siempre aparece como un mendigo andrajoso, y mi mayor deseo es que una noche de frío glacial, cuando yo esté con el estómago lleno disfrutando del calor de la chimenea, se presente ante mi puerta para suplicarme un mendrugo. Entonces le gritaré que no estoy en casa. ¿Darle mi dinero a esa persona o a sus hijos estirados y cargantes que detesto incluso más que a él? No, eso si que no.

—¿No has pensado en tus amigos?

—En aquella época no tenía amigos. Aún no te conocía.

—Gracias.

—En realidad, ni siquiera tenía conocidos, cercanos o lejanos, que en virtud de algún criterio elevado me cayeran mejor que cualquier extraño con quien me cruzara por la calle. Pero no me malinterpretes. Yo no odiaba a la gente. Sólo la observaba con una resignación triste, embargado por la sensación de que la vida carece de objetivo y de que todo es relativo. Por eso mismo no pensaba dejar herencia, para que las autoridades dispusieran de mis bienes.

Sabía, por experiencia propia, lo desagradecidos que son los herederos. Oye, ¿tú que habrías hecho en mi lugar?

—Lo que cualquiera en estas circunstancias. Habría donado mi fortuna para alguna causa noble, a alguna institución benéfica.

—Claro. Esa posibilidad se me pasó por la cabeza. Primero había pensado en orfanatos, asilos de ancianos, hogares para ciegos, sordomudos, jóvenes descarriadas, hospitales y demás. Pero en ese preciso instante me vino a la mente la figura del estafador entrado en carnes que compra con el dinero de los huérfanos, los ancianos, los ciegos, los sordomudos, las jóvenes descarriadas y los enfermos brillantes para su esposa y sus amantes. Deseché ese plan. Al fin y al cabo, yo no nací para salvar a la humanidad, que cuando no sufre el azote de los incendios, las inundaciones o las plagas, desencadena guerras y provoca incendios, inundaciones y plagas de manera artificial. Hace tiempo que renuncié a lo que llamamos sociedad. No me identifico con ella. Yo confraternizo con la naturaleza viva, indomable e irracional. Mas tarde se me ocurrió organizar un concurso literario y crear una fundación de gran renombre. Debo confesar que durante un tiempo acaricié esta idea. Sin embargo, finalmente llegué a la conclusión de que las distintas comisiones desvirtuarían mis intenciones originales para premiar a necios y mentecatos, a palurdos de tomo y lomo, para educar con mi dinero a monicacos sin intelecto en detrimento de los mejor dotados. Me eché a temblar al pensar que seguramente las obras premiadas tratarían sobre «los sub-géneros del drama» o sobre «las influencias de la literatura francesa», y me desesperé ante la perspectiva de que aquellas memeces se transmitiesen de generación en generación, hasta el fin de los tiempos, como una maldición congénita. Desistí de ello.

—¿Cuál fue la solución definitiva?

—Opté por tirar el dinero de manera tan casual como lo había recibido, de una forma peculiar. De repente, me asaltó la imagen de aquel antiguo emperador romano delirante que a lomos de un caballo arrojaba puñados de monedas de oro a cualquiera, sin distinción, para que el dinero fuera de todos y de nadie.

—Así que lo repartiste entre todos aquéllos con los que te cruzabas.

—Te equivocas, amiguito. No resultaba tan fácil. Me habrían

reconocido y yo habría quedado al descubierto. Nada de eso, no quería que me dedicaran sonrisas irónicas, que me lo agradecieran, que me lisonjearan, que los periódicos me proclamasen el «magnánimo donante». No soporto estas cosas. Debía conservar el anonimato a cualquier precio.

—¿Y lo lograste?

—Un poco de paciencia, por favor. Con el lapicero en la mano calculé que, tras reservar las trescientas sesenta mil coronas que necesitaba, me sobraban un millón seiscientas cuarenta mil, de las que debía librarme en el transcurso de mi vida, o sea, durante un máximo de treinta años. Eso significaba deshacerme de alrededor de cincuenta y cuatro mil coronas al año, cuatro mil quinientas al mes, ciento cincuenta al día. ¿Cómo empezar? Al principio resultó fácil. Por la noche, al terminar mi trabajo, rellenaba una orden de pago, evidentemente a máquina, sin consignar el remitente y enviaba un giro postal por valor de ciento cincuenta coronas, siempre a un desconocido, cuyo nombre y dirección sacaba del registro de nombres y direcciones, sin averiguar si la persona en cuestión era rica o pobre. Me guiaba simplemente por el azar. En una ocasión mandé dinero a uno de nuestros principales bancos. La bendición llegaba imprevisiblemente a cualquier parte. Yo sentía que esta miserable ciudad bullía y hormigueaba en torno a mi. En un primer momento, los que recibían el cheque seguramente se asombraban. ¿Quién seria el misterioso benefactor? Pero luego todos atribuían el envío a un pariente, un patrocinador o algún deudor que por fin les había pagado lo que les debía. Seguramente pensaban para sus adentros: «que detalle por su parte…», «vaya, vaya, resulta que es honrado pese a todo…». Yo actuaba como una fuerza ciega, como un hada lujuriosa y omnipresente que impartía sus bendiciones sacudiendo su cuerno de la abundancia. Un año después, desgraciadamente, me pillaron.

—¿En el correo?

—Era precavido. Operaba a través de mozos, mensajeros y criados, desde distintos puntos de la ciudad, a menudo desde provincias y también desde el extranjero, por medio de apoderados. Pero cierta vez cometí la estupidez (rigiéndome, como de costumbre, por el azar) de enviarle la suma habitual a un periodista, el cronista de sucesos de un gran diario budapestino.

Éste ya estaba informado de los misteriosos donativos (pues, de trescientas cincuenta y seis personas, al menos trescientas cotillean, aunque atenten contra sus propios intereses, su propio bolsillo) y al día siguiente, después de atar cabos, entrevistó para el periódico a distintos testigos oculares y auditivos y, lo que es más, publico el facsímil de mi orden de pago escrita a máquina, junto con un cuento de lo más estúpido: bajo el título de «Lluvia de oro», el artículo hablaba de un marajá de la India que vivía oculto entre nosotros. Pues si, me descubrieron, pero no pudieron arrancarme el antifaz. De todas maneras, me alarmé. Suspendí en el acto el envío de los giros, lo que me resultó bastante gravoso, ya que me vi obligado a ingeniar otras formas más astutas de desembarazarme del dinero.

—No lo entiendo. ¿Por qué no te jugaste toda tu herencia a las cartas?

—Porque con ello habría quedado al descubierto.

—Entonces, ¿por qué no la distribuiste entre las mujeres a las que amabas?

—Porque con ello me habría humillado. Deseaba mantener la ilusión de que las mujeres me amaban por mí mismo. Creo que no me he explicado con suficiente claridad. La decisión de librarme del dinero se convirtió en una obsesión. Además, quería desprenderme de el de forma caprichosa, o sea, sin atender a la justicia ni el juicio humanos, sometiéndome en cambio a la justicia superior y más misteriosa de la naturaleza. Yo no creo que la vida sea racional, pero me dolía y me indignaba la irracionalidad de que tamaña fortuna se me pudriera en el cajón del escritorio sin que yo ni nadie más la aprovechara. Si un día no conseguía deshacerme de la suma establecida, me remordía la conciencia. La tarea se tornaba cada vez más difícil y complicada. Unas veces se acumulaban las sumás de varios días; otras, cometía auténticas temeridades, a riesgo de llamar la atención y de que me descubrieran. Una noche, al pasear por el puente, arrojé, con una peligrosa falta de circunspección, seiscientas coronas al regazo de un mendigo que estaba allí acurrucado, y huí a toda prisa. Aunque en raras ocasiones llegué a esos extremos.

—Pero, al final, ¿cómo lograste quitarte el dinero de encima?

—De varias formas. Por ejemplo, cuando iba de viaje, me bajaba

en las principales estaciones, me comía una salchicha y una manzana, entablaba conversación con el chico que llevaba su restaurante móvil en una bandeja colgada del cuello, atrasaba el pago hasta el último instante y, en cuanto silbaba la locomotora, le tiraba un billete de cien coronas, subía al tren de un salto, me escondía mientras el chico me buscaba, tendiendo la mano hacia la ventanilla, con la vuelta. En una cafetería «me olvidé» un billete de cincuenta bajo la servilleta, me marché y nunca volví a poner un pie en el local. Me inscribía en bibliotecas de préstamo y escondía billetes entre las hojas de los libros. Durante mis paseos, dejaba caer sumas considerables sin detenerme, conteniendo la respiración como quien ha cometido alguna fechoría. Aunque el truco solía funcionar, se dio el caso de que alguien (primero un chiquillo, otro día una dama vestida de luto) arrancó a correr detrás de mí para devolverme el dinero. Me sonrojé, balbuceé algo y me guardé el dinero en el bolsillo. Los dos, pobres, tomaron a mal que ni siquiera les agradeciera el favor y que no los recompensara por su honradez.

—Inaudito.

—No te imaginas lo mucho que cuesta encontrar un sitio donde dejar el dinero si no quieres malgastarlo. Cuando lo intentas, simplemente no le hace falta a nadie. Nadie lo quiere. Pasé un año entero con estos desvelos. Llegué a administrar tan mal mis bienes que, como suele decirse, «después de repasar mis cuentas», me quedaban mil quinientas setenta y cuatro coronas que no sabía a quien regalar. Al principio del tercer año me sonrió la suerte. Frecuentaba el consultorio de un dentista novato y humilde en Buda. Me limaba el sarro y me colocó el precioso diente de oro que todavía forma parte esencial de mi imagen de poeta. Del perchero de la sala de espera colgaban cuatro o cinco abrigos. En un momento en que nadie me miraba, metí unos cuantos billetes en los bolsillos de cada uno. Al día siguiente repetí la operación. El tercer día también. En el transcurso de una semana, liquidé buena parte de mi herencia. Los pacientes esperaban en la antesala con los ojos brillantes. Salían de la consulta y descubrían con gran alegría en el bolsillo de su abrigo el dinero, que luego guardaban en lugares más seguros. Por lo general ocultaban el rostro tras el pañuelo, como si les doliera la muela, para disimular su regocijo y para no ponerle los dientes largos al resto de los pacientes. Algunos regresaban a la

antesala con la esperanza de que el inexplicable prodigio natural se produjese de nuevo en una misma tarde o temerosos de que alguien les arrebatara el presente. Yo los acechaba con alevosía. Disfrutaba con la situación. Pero pronto tuve que renunciar a ello.

—¿Se entero algún otro periodista?

—No. Pero corrió la voz por la ciudad de que en Budapest no había dentista tan hábil y mañoso como el mío, y el hombre adquirió tanta popularidad que llego el momento en que los pacientes debían pedir numero. A mi me tocó el seiscientos veintiocho, por lo que no esperaba que el dentista me diera hora dentro de un plazo previsible. La criada ni siquiera me dejó entrar. Así que seguí mi camino. Volqué mi generosidad en otros lugares, donde aún no había caído mi fertilizante lluvia de oro. Ya apenas quedaban sitios así. Además, cada vez tenía que actuar con mayor precaución. En efecto, el cerco se estrechaba inexorablemente.

—Pobre amigo mío.

—Al comenzar el cuarto año se me ocurrió una idea salvadora. Un amigo íntimo (somos uña y carne) había cumplido una condena de cinco años por ratero. Le pedí que me iniciara en el oficio. Las clases eran dolorosas. Para empezar, él me estiraba el índice, tiraba de él, aflojaba las falanges para que ese dedo fuera igual de largo que el cordial, ya que los carteristas trabajan exclusivamente con esos dos. Al finalizar el curso, me movía con mayor confianza y a veces incluso con gran descaro. Con ocasión de un desfile militar logré deslizar ciento cincuenta coronas en la casaca entorchada de un anciano aristócrata ampliamente respetado y de fama europea, y otras cincuenta en su gorro de piel decorado con plumas de garza real. Y eso no es nada: en el pasillo del Parlamento, mientras charlaba con el ministro de Finanzas sobre la crisis económica, introduje cien coronas en su bolsillo. Era una oportunidad que se presenta pocas veces en la vida. La mayor parte del tiempo rondaba las grandes aglomeraciones de gente, los estadios de fútbol cuando había partido, los grupos numerosos de turistas que asaltan en masa los distintos medios de transporte. Una noche de verano, en la estación terminal de Hövösvölgy (lo menciono como un giro especialmente afortunado de los acontecimientos), me hurtaron setecientas cincuenta coronas. Ese día me quedé sin trabajo. En aquella época ya sólo me atrevía a desprenderme de sumas

menores. Me atormentaba la impresión de que me vigilaban detectives. Imagínate, me dedicaba a meter dinero en el bolso o en el bolsillo del prójimo. Poco a poco iba perdiendo la noción de la realidad. Pasaba las horas sentado en tranvías para cumplir con mi deber. Un día de mayo (lo recuerdo perfectamente) me encontraba cerca de un anciano de ojos azules y una barba plateada bien cortada cuyas manos descansaban sobre el puño de su bastón. Llevaba un abrigo algo gastado. Parecía una especie de funcionario del fisco. Yo saqué una moneda de plata de cinco coronas y me esforcé por introducirla con mis dos flexibles dedos en el bolsillo de su chaqueta, cuando el caballero me aprisionó la mano bajo el brazo y rompió a gritar que le había robado. El cobrador enseguida tocó el timbre para que parase el tranvía y llamó a un guardia. De nada sirvió defenderme. Me habían sorprendido con las manos en la masa. Allí acabaron mis andanzas…

Kornél Esti se calló y ya no pronunció una palabra más. Avanzaba meditabundo por la calle ya inundada de luz. Se detuvo ante una gran casa de color rojo oscuro, en cuyo sexto piso vivía, en el ático. Pulsó el llamador.

—Que loco estás —dije, y lo abracé.

—¿Así que no te has aburrido? —preguntó. ¿Te ha parecido lo bastante interesante? ¿Lo bastante imposible, inverosímil e increíble? ¿Exasperará lo suficiente a aquellos que buscan en la literatura estudios psicológicos, enseñanzas morales, un sentido profundo? Estupendo. Entonces lo escribiré. Mañana, cuando me paguen, te devolveré los cinco *pengös* que te debo. Bueno, hasta entonces, pues.

# 7

*Donde aparece Kücsük, la joven turca que semeja un pastel de miel.*

«—Viajaba en un tren en dirección este —me contaba Kornél Esti— de vuelta a casa, un cálido verano.

”En el compartimento de primera clase con la cortina corrida en el que me encontraba, iban tres mujeres, tres mujeres turcas, tres mujeres turcas modernas hasta la médula, sin velo y sin prejuicios: la abuela, la madre y una jovencita de quince años a quien llamaban Kücsük, o sea Chiquita, Chiquitita.

”Me deleité durante largo rato observando a la encantadora familia. La anciana, la madre y la hija estaban allí juntas, una al lado de la otra, como en ciertas cumbres alpinas el invierno, el verano y la primavera.

”La abuela, una matrona enjuta de unos ochenta años, dormía sobre el asiento vestida de negro, con un collar de enormes perlas también negras. En sueños hablaba en turco. A ratos alzaba nerviosa las manos, unas manos hinchadas, surcadas de arrugas y de venas moradas, para cubrirse el rostro, ya que sin duda había llevado velo durante buena parte de su vida y hasta dormida la inquietaba la indecente desnudez de su cara.

”La madre era incluso más moderna. Casi alardeaba de su progresismo. Se teñía el cabello, que en otro tiempo debió de ser negro azabache, de color rubio pajizo. Llamaba la atención su campechanía. Fumaba un cigarrillo tras otro. Cuando entró el revisor, le tendió la mano, muy democráticamente. Por si fuera poco, leía el último libro de Paul Valery.

”Kücsük semejaba un pastelito de miel blanco, rosado. Lucía un vestido de seda color rosa, y su tez era tan blanca como la espuma

de leche. También llevaba el cabello teñido, rubio pajizo. En todos los aspectos parecía discípula de la madre. Se notaba que la avergonzaba un poco su condición de turca. Sólo la delataban las zapatillas de piel que se había puesto en el tren, y la gran cantidad de ramos de rosas que había traído consigo, muchísimas rosas rojas de Constantinopla que exhalaban su aroma en el compartimento, como en un jardín. También estaba su gato de Angora, de ojos azules, sordo, bajo el que había extendido una alfombrita turca y cuyo sueño velaba con gran ternura.

”Me recordaba a Mahoma, el conmovedor y bondadoso profeta, que, en una ocasión en que su gato se había tumbado a dormitar sobre su capa, había preferido cortar la punta de ésta a despertarlo.

”Las mujeres viajaban a Viena, de allí a Berlín, de allí a Paris, y de allí a Londres. Eran espectacularmente cultas. La chiquilla charlaba sobre la vitamina B y C, la madre sobre Jung y Adler y las nuevas y heterodoxas tendencias del psicoanálisis.

”Dominaban a la perfección todos los idiomas. Empezaron a conversar en el francés literario más puro, luego pasaron al argot, poco después lo mezclaron con el alemán —alternando el dialecto berlinés con el de Lerchenfeld—, intercalando frases en inglés e italiano. Y todo ello sin el menor animo de ostentación. Simplemente se alegraban, como los niños, de su capacidad de comunicarse sin problemas en Europa occidental y de orientarse y moverse con familiaridad por todas partes. Al parecer su ambición consistía en que las tomaran en serio y las consideraran europeas y occidentales.

”Me vinieron ganas de explicarles que tal vez exageraban un poco al estimar tanto Europa occidental y que yo no estaba ni mucho menos tan encantado con la cultura europea occidental como ellas. Pero desistí. ¿Para que aguarles la fiesta?

”Opté, en cambio, por enseñarles las ocho plumas estilográficas que siempre llevo en el bolsillo, mis dos muelas de oro, que igualmente siempre llevo en la boca, me jacté de mi tensión alta, de mi radio de cinco válvulas, de que se me estaban formando cálculos renales, de que a varios de mis parientes les habían extirpado el apéndice y de que me hablaba con todos ellos.

”Conseguí impresionarlas.

”Kücsük sonreía, fascinada, sin despegar de mí sus oscuros ojos

de duende, con una sinceridad tan abierta y pura que me provocaba mala conciencia. Yo no sabía qué quería de mí. En un primer momento sospeché que se burlaba. Sin embargo, más tarde me tomó de ambas manos y las estrechó contra su corazón. Una paloma atacaría así a un azor.

”En su actitud no había asomo de coquetería ni de depravación. La joven simplemente creía que las chicas cultas y progresistas de Europa occidental actuaban de aquella forma con los hombres que conocían en un tren. Por el mismo motivo, yo, por mi parte, intentaba comportarme como acostumbran en circunstancias similares los hombres cultos y avanzados de Europa occidental.

”Su madre se percató de ello, pero no se preocupó demasiado. Estaba sumergida —como ya he mencionado— en la lectura de Paul Valery.

”La muchacha y yo salimos al pasillo. Allí nos perseguimos y nos reímos, agarrados de la mano. Más tarde nos asomamos a la ventanilla. Yo la cortejaba de esta guisa:

” —Tú eres la primera chica turca —le aseguraba, tuteándola—, la primera chica turca con quien me he encontrado. Kücsük, Chiquita, Chiquitita mía, te amo. Antaño, en la escuela, estudié la derrota de Mohacs[13]. Se que tus antepasados derramaron la sangre de los míos, que nos sometieron al yugo de una esclavitud humillante durante siglo y medio. No obstante, de buen grado sería tu esclavo, tu siervo y tu tributario, dulce enemiga mía, hermosa pariente levantina, durante otro siglo y medio. ¿Sabes qué? Hagamos las paces. Yo no guardo rencor a tu pueblo, porque ellos nos regalaron las palabras más bellas, sin las cuales yo viviría infeliz. Soy poeta, amante, enamorado de las palabras. Vosotros nos disteis ésta: gyongy, perla, y esta otra: tükör, espejo, y esta otra: koporsó, ataúd. Eres una perla que resplandecerá en el espejo de mi alma, hasta el momento en que me metan en el ataúd. ¿Entiendes si te digo: gyürü, anillo, gyüszü, dedal, búza, trigo, bor, vino? Como no lo vas a entender; éstas también son palabras vuestras, así como betü, la letra, írás, la escritura con que me gano la vida. Eres mi anillo, mi dedal, eres el trigo que me nutre, el vino que me embriaga. Os debo las trescientas treinta palabras más esplendidas de nuestro idioma. Llevaba ya tiempo buscando a alguien, a un turco, a fin de expresarle mi infinito agradecimiento y devolver al

menos parte del préstamo, saldar la deuda etimológica que desde entonces tan alto beneficio me ha aportado…

”Así llameaba, entusiasmado cuando, de súbito, nuestro tren penetro en un oscuro túnel. Kücsük se desvaneció lentamente y cayó en mis brazos. Yo, con rapidez y ardor, le besé los labios.

”Si la memoria no me traiciona, le di exactamente trescientos treinta besos».

# 8

*Donde el pobre periodista Pali Mogyoróssy enloquece de súbito en una cafetería y es encerrado a continuación en un manicomio.*

—Pali, Pali —repetían para tranquilizarlo.

—Pali, ten cuidado. Todo el mundo te mira.

—¡Camarero! —gritó Gergely, un veterano y excelente periodista que estaba al corriente de todos los trapicheos. ¡Camarero! ¡Un café! Pali, siéntate. Tómate el café, Pali.

—Pali, ponte a mi lado —lo animaba Zima, que trabajaba para un periódico alemán.

—Pali, quítate el sombrero.

—Pali, Pali.

Así se entretenían los periodistas, todos ellos cronistas de sucesos, que en aquella mágica noche de agosto, a eso de las once, se personaron en la cafetería que frecuentaban los cronistas de sucesos después del atardecer.

En el centro del grupo había alguien a quien no se alcanzaba a distinguir a primera vista. Llevaba impermeable y un sombrero de paja recién estrenado. Se llamaba Pal Mogyoróssy y también era cronista de sucesos.

Ya se habían acomodado alrededor de la que era su mesa habitual desde hacía décadas. Los cinco periodistas observaban a Pali con una curiosidad mal disimulada.

Pal Mogyoróssy se quitó el sombrero de paja recién estrenado y dejó al descubierto un cabello rubio, sedoso, peinado con la raya a un lado, que caía sobre un cráneo pequeño y fino, como de muchacha. Cuando hubo colgado el impermeable del perchero, se reveló como un joven de aspecto señorial, esbelto y simpático, a

pesar de sus cuarenta años de edad, que habría ofrecido un aspecto de lo más natural en pantalón corto. No obstante, vestía con exquisita elegancia. Llevaba un traje de Burberry verde guisante, una camisa de algodón fino y una corbata de lazo de seda blanca en la que apenas se apreciaba una fina raya amarilla. Iba impecable.

Arrojó sobre la mesa un paquete envuelto en papel que contenía otra camisa igual y dos pares de guantes de gamuza. A eso se reducía su equipaje.

Había llegado a la una y media de la tarde a la estación del Sur, en el rápido del Balatón, y desde entonces ni siquiera había pasado por su casa.

Había estado un mes en Hévíz, durante las vacaciones de verano, descansando y aunando lo agradable con lo provechoso, cuidándose la salud. Se bañaba en el agua caliente y rica en radio de la laguna, sobre cuya superficie oscura y espejada flotaban enormes y exuberantes lotos de la India, se estiraba en el agua cenagosa y se embadurnaba el cuerpo de fango sulfuroso, sobre todo el antebrazo izquierdo, en el que últimamente sufría unos dolores punzantes.

El reuma se le curó en una semana. Desaparecieron asimismo el dolor de cabeza y el agotamiento causado por las noches en vela. Durante las vacaciones se reanimó. Escribió cinco artículos «pintorescos» que envió a la redacción por carta urgente y certificada. Las semanas se sucedieron con una fluidez eléctrica. Pero él no aguantó más de tres. Al principio de la cuarta se le agotó la paciencia e, inesperadamente, juntó sus bártulos y regresó a la ciudad.

Al apearse del tren a la una y media y posar la vista en el parque de Vermezö y el monte Gellért, fue tal la alegría que invadió su corazón que no encontraba palabras para expresarla. Había nacido en Budapest y adoraba la ciudad. La tarde brillaba radiante, toda promesas y felicidad. Con el pequeño y ligero equipaje en la mano, el periodista subió al barrio del Castillo, admiró el paisaje desde el paseo del Bastión, entró en el estudio de un fotógrafo —encargó treinta copias, para repartirlas entre sus amigos y, quizá, publicar alguna en revistas—, merendó en una pastelería y luego se dedicó a pasear. Las refrescantes horas transcurrieron volando, como en un sueño. De repente cayó la tarde, la claridad color cerveza adquirió

un tono herrumbroso, y entonces, descendió por la ladera a paso tranquilo bajo la fresca fronda, cruzo el río hasta Pest y, en las proximidades de la capitanía general, se topó con sus amigos.

—¡Otro café solo! —gritó Gergely al camarero que se acercaba a su mesa. Siete —le indicó con los dedos—, siete. —Porque en aquel momento entraba en la cafetería Kornél Esti.

Lo habían telefoneado media hora antes para que acudiera lo más rápidamente posible. Le aclararon el por qué.

Él no escribía artículos sobre atracos ni asesinatos, ni sobre fraudes bancarios, sino sobre si mismo y los demás seres humanos, historias que quizá no habían sucedido en la realidad, pero que eran perfectamente verosímiles.

También salían de su pluma poemas y novelas. En suma, Esti ejercía su profesión de escritor en el sentido más estricto.

Nunca había estado en aquella cafetería donde los cronistas de sucesos fumaban nerviosos sus cortos cigarrillos, donde a las dos de la madrugada vociferaban, pegados a los teléfonos, dictándole a la taquígrafa de turno en la redacción crónicas sobre criadas suicidas, monstruos que habían exterminado a toda su familia, violadores que habían mancillado a jóvenes inocentes. Deletreaban el nombre de los criminales y de las víctimas («Sükki, S de Sándor, Ü de Üxhull, K de Károly y de nuevo K de Károly, que no, K de Károly e I de Ilona»), o permanecían abatidos hasta la madrugada, arrellanados en los desgastados sofás de terciopelo, y velaban entre bostezos y blasfemias a los moribundos incombustibles de la nación —algún político entrado en años o un escritor de mucho mérito—, aguardando a que se dignaran morir para llamar a la redacción, a fin de que el redactor de noche incorporara a la edición del día siguiente la nota necrológica ya preparada hacía semanas, aunque empapada en unas lágrimas y un estupor recientes.

Esti miró en torno a si, con extrañeza.

Era un hombre alto, de complexión atlética, aparentemente fuerte, pero débil y blando en el fondo. Sus ojos azules e insomnes siempre reflejaban una especie de alarma. Sus ademanes eran fervorosos y vacilantes. Presa de una incertidumbre constante, siempre estaba dispuesto a obrar en contra de sus intereses. Su alma agnóstica estaba confundida. Rezumaba sensibilidad hasta el punto de que, cuando era más joven, se deshacía en llanto ante cualquier

visión, como la de una caja de cerillas desencajada o un rostro cansado. Sin embargo, a lo largo de los años, se ejercitó para dominar la susceptibilidad natural de su sistema nervioso, lo endureció hasta la crueldad y aprendió a emplearlo conscientemente como fuerza de tracción para realzar su talento. Deseaba centrarse en la observación y en sus sensaciones. Era lo único que lo animaba y lo vinculaba parcialmente a la comunidad humana, junto con el temor a la última responsabilidad, la de morir. Por ello en casa se rodeaba de libros de medicina, antes de sentarse a la mesa se lavaba las manos con desinfectantes, experimentaba una mezcla de atracción y repulsión por todo lo malsano, morboso, corrupto y extraño, buscaba la ocasión de estudiar los efectos de enfermedades mortales, quizá con la idea de que si no era capaz de vencer a la muerte, más valía que al menos le echara un vistazo a su antesala, y por lo general lo excitaba sobremanera lo terrible, las tragedias pequeñas y grandes del ocaso de la vida, la decadencia gradual o precipitada, porque confiaba en desentrañar parte del secreto de ese momento en que unos pies desconocidos nos pisotean y la existencia deviene, imperceptiblemente, inexistencia.

Fue eso lo que lo llevó a la cafetería.

En cuanto recibió en casa la noticia a través de la membrana del auricular, colgó el aparato, apagó la luz y, dejando sus manuscritos en montones desordenados sobre el escritorio, salió corriendo con rumbo a la cafetería de los periodistas.

Sus amigos estaban sentados bajo una araña, cuyas bombillas arrojaban sobre el grupo una desapacible y mortecina luz escarlata. A Esti le costó reconocerlos en aquella humareda densa y maloliente. Gergely extendió hacia él el brazo derecho. Entre sus dedos ardía un Média rubio, enfundado en una boquilla.

Esti estrechó la mano de sus compañeros, la de Gergely, que le había llamado por teléfono, la de Skultéty, de cara alargada y verde, la de Vitényi, a quien no le habían presentado antes, la de Zima, el periodista alemán, la del calvo y amable Bolza, que para ganarse la simpatía de los demás los saludaba diciendo: «Saludos».

Esti dejó a Pál Mogyoróssy para el final.

Pali se alegró, aparentemente, de ver a Esti. Se puso de pie enseguida, esperó a que acabara de saludar a los demás, y luego no

le soltó la mano durante largo rato; la calentaba en su palma aterciopelada, suave gracias a la glicerina, más cálida que la de Kornél. Pali se inclinó un poco hacia él, como queriendo abrazarlo, como deseando apoyar la cabeza sobre su pecho.

—Esti —murmuró en voz ronca—, qué bien que tú también hayas venido. Te necesitamos esta noche —aseveró con expresión agradecida. Te esperaba.

Tales palabras sorprendieron a Esti.

Nunca habían confraternizado, aunque se conocían desde la infancia. Sus profesiones e intereses divergentes los habían conducido a círculos distintos. Por ello, en toda su vida no habían cruzado más de treinta o cuarenta frases, que además no formaban más que conversaciones fragmentarias como: «Hola, ¿qué haces?». «Nada». «Bueno, adiós». Esti, sin embargo —sólo era consciente de ello ahora—, simpatizaba en secreto con él. Pensó que a lo largo de los veinte años en los que había desaparecido su juventud prematuramente, había estado más pendiente de él de lo que creía.

Lo que más le llamaba la atención era el carácter pueril de Pali, que hasta parecía haber evitado que envejeciera. También le gustaba su tendencia a mantener un mutismo obstinado; en ocasiones había pasado semanas sin dirigirle la palabra a nadie, y nunca hablaba de si mismo. Para Esti, que sólo sabía hablar, escribir y estar pendiente de si mismo, esto lo envolvía en un halo de lo más enigmático. Pali nunca mencionaba problemas de dinero, pese a que en aquel ambiente prácticamente se consideraban un honor. Llevaba siempre el traje y la camisa bien planchados e impolutos, y las uñas pulidas. Callaba sobre la noble estirpe de su antigua familia. Además, ejercía su profesión de pinche perspicaz con absoluta profesionalidad, si bien con cierto desprecio, y guardaba las distancias con la gente, aunque trataba a todo el mundo con una cortesía refinada. Por todo ello, Esti se tomaba inconscientemente como un honor que en alguna taberna Pali lo invitara a su mesa con un gesto aristocrático, aunque apenas perceptible. Entonces se sentaba a su lado, clavaba en él la vista durante unos minutos y se despedía pronto, ya que ni por él renunciaba Pali a sus persistentes silencios, que parecían ocultar un contenido profundo. Bebía como un cosaco, vino, aguardiente, lo que hubiera. Trasegaba muchísimo, casi siempre estaba ebrio. Sin embargo, sus borracheras no eran

demasiado evidentes. Pali sólo se ponía más pálido, como si una máscara de cera le cubriese la faz, lo que, de hecho, acentuaba su seriedad.

Todas estas reflexiones se agolparon en la mente de Esti con tanta rapidez que en aquel momento habría sido incapaz de separarlas. Luego evocó dos imágenes más, dos escenas presenciadas tiempo atrás que en la pantalla de su excelente memoria no habían perdido nitidez. Cierto día —haría unos veinte años—, Pál Mogyoróssy tomaba champán en el Orfeo, pasada la medianoche, bajo la intensa luz de las lámparas eléctricas, y posó la mano sobre el muslo mustio y mullido de una bailarina que llevaba una falda amarilla y se había pintado en el rostro un lunar artificial, mayor de lo habitual, seguramente para disimular alguna impureza, alguna cicatriz. La otra imagen, aunque menos sobrecogedora, tampoco era banal. Unos años atrás, una tarde de noviembre, a las cinco menos cuarto, Pál Mogyoróssy estaba sentado junto a la ventana-espejo de un café del Gran Bulevar, solo, abismado en sus meditaciones, con el periódico sujeto a un marco de mimbre entre las manos, pero sin leerlo. Esti, que acertaba a pasar por el bulevar, golpeteó juguetón el cristal con los nudillos. Pál Mogyoróssy no lo oyó porque seguía pensando en las musarañas. Esti, no obstante, durante todo el camino a casa no logró evitar preguntarse sobre qué estaría cavilando Pál Mogyoróssy.

Pali lo invitó de nuevo a la mesa con ademán aristocrático y apenas perceptible. Esti se sentó. Preguntó que había de nuevo. Nadie le contestó.

A partir de ese momento los cinco periodistas no despegaron los ojos de Esti. Pali había dejado de ser el foco de su interés, pues ellos ya estaban al tanto. Habían saboreado la sorpresa con horror, pero también con un placer morboso y escalofriante, y ahora querían ser testigos del sobresalto y la risa de Esti, por la misma razón que las anécdotas repetidas hasta la saciedad adquieren un nuevo encanto cuando se relatan a otras personas.

Esti permanecía impasible, con la mirada fija —por vergüenza o por soberbia— en el suelo. Levantó un periódico de la mesa de mármol para ocultarse tras él.

Desde su refugio echó una sola ojeada a Pali. Éste se mostraba más inquieto que otras veces, y se le notaba el rostro algo

congestionado. Al parecer había bebido más de lo acostumbrado, licores más fuertes.

El camarero llevó los cafés, los siete a la vez.

El café quemaba, era imbebible. Estaba como mínimo a sesenta grados. Su vaho se condensaba en forma de gruesas perlas de agua en la pared interior de los vasos.

Los periodistas los pusieron a un lado. Zima se escandalizó de que osaran servirle un café así a «la prensa».

Pali alzó el vaso humeante, pese a que debía de abrasarle la piel de la mano, y lo apuró de un trago, hasta la última gota.

Esti dejó caer el periódico. Se recostó estupefacto en el respaldo de su silla y se quedó mirando a Pali, pasmado. Pensó —y le dolía incluso pensarlo— en las quemaduras que el ardiente líquido produciría en el esófago, en el estómago.

Gergely, que lo contemplaba con curiosidad, se volvió hacia Esti. Zima juntó las manos con asombro. Vitényi y Bolza agitaron la cabeza. Skultéty, que ya había asistido a espectáculos más extraños y casi había perdido las ganas de reír, ahogó una carcajada con su pañuelo.

Pali se percató de la hilaridad que provocaba y, para defenderse, se unió a ella. Soltó una risita, distraído.

—Dadme un cigarrillo —pidió.

Volaron hacia el cinco cigarrillos de las manos de otros tantos periodistas. Pali encendió uno. Aspiró el humo y lo expulsó. Los demás también encendieron sus pitillos, a excepción de Gergely, que sólo fumaba puros. Todos los demás, preferían los cigarrillos. Esti también.

Pali no quería entrar en el juego. A Zima, que estaba sentado a su lado, sólo le dijo:

—También me arreglaré los dientes.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? —Se encogió de hombros. Pues para que estén arreglados. Para masticar bien. Aquí detrás sólo tienen que sacarme dos raíces. Voy a un dentista excelente.

Abrió la boca sin escrúpulos y enseñó el interior a Zima, con quien apenas se había tratado. Entre varios restos de muelas brillantes de saliva se entreveían unos turbios puentes de oro. Con precaución, Pali aproximó dos dedos a las raíces que el excelente

dentista le extraería sin dolor.

Aquello tampoco resultaba precisamente dramático. Gergely lo animó a interpretar al menos uno de sus mejores números.

—Afortunadamente, Pali tiene buen apetito.

—En efecto —convino Pali—, cada día me como treinta melocotones.

—¿Cuántos? —inquirió Skultéty.

—Treinta.

—¿Y no serías capaz de comerte cuarenta?

—No, tantos no. Treinta.

Y se extendió en consideraciones para explicarle a Zima la importancia del buen comer, el buen vestir y la buena salud. Al final comentó que había encargado cuatro trajes.

—Dadme un cigarrillo —pidió.

Los cinco periodistas le lanzaron cigarrillos de nuevo, pero apenas le prestaban atención. Ellos ya habían escuchado varias veces en el transcurso de la noche el cuento de las muelas, el de los treinta melocotones, el de los cuatro trajes, y empezaban a hartarse. Sus ágiles sistemas nerviosos estaban entrenados para asimilar y repeler con celeridad cualquier espanto y caer luego en el hastío. Además, se habían quedado sin cebo, se avergonzaban ante Esti, a quien habían llamado en vano, y se habían llevado un chasco con Pali. Por eso Skultéty pescó de su bolsillo interior la prueba de imprenta del último artículo de Pal Mogyoróssy, que éste había enviado una semana antes desde Hévíz, pero que el redactor, naturalmente, no había publicado. Pali había firmado con su nombre y sus dos apellidos nobiliarios: Pál Mogyoróssy de Alsó y Felsö Mogyoród.

Mientras Pali sacaba a relucir sus amores y éxitos en una especie de testamento barato y rápido de su vida, Esti leyó cómodamente el artículo, que sostenía bajo la mesa de mármol.

Se trataba de una crónica, correcta y bellamente escrita. Informaba de que ese verano, junto al lago Balatón, habían inventado una cerradura inexpugnable que habían instalado en todos los chalés. Como consecuencia de ello, «los ladrones, en un lapso de veinticuatro horas, se han marchado de aquí y se han ido a buscar suerte a la zona nororiental del país». Esti sonrió al leer la última frase.

Gergely, que reparó en la sonrisa, cargó contra Pali con la ayuda de Skultéty y una pasión de cazador despiadado.

—Bueno, Pali, ¿qué pasa con las viudas y los huérfanos de periodistas?

—Ah —dijo Pali, volviendo hacia ellos su rostro fláccido pero encendido. ¿Se lo revelamos también a él? Y guiñó un ojo a sus amigos, que ya habían oído el relato.

—Claro, por eso ha venido —respondieron señalando a Esti.

—Esti, ¿seguro que no se lo dirás a nadie? —le preguntó Pali en tono confidencial.

—Seguro —afirmó Esti. Ni una palabra.

—Muy bien. —Pali paseó la mirada alrededor. Todos somos multimillonarios. Sí, sí, tú también, y yo.

¿Cuánto pides por un relato que has escrito? Vamos —exhortó a Esti, con una bondad tan indulgente que perdonaba toda codicia. ¿Quinientos? ¿Mil? Te lo pagarán.

—¿Con qué dinero? —gruñó Esti, por decir algo.

—¿Con qué dinero? —repitió Pali con sarcasmo. Júrame que no se lo contarás a nadie. Si no, adiós. Lo harán otros.

—Vamos, dilo ya —lo apremiaron los periodistas.

—Antes, ¿por qué no me dais otro pitillo? Mira —agregó mientras encendía la cerilla—, es muy sencillo. Por no hablar de la nobleza de la causa. Las viudas y los huérfanos de periodistas…

—Ya lo sabemos, ya lo sabemos. Vamos, empieza ya.

—Bien, tú, otra persona (ya decidiremos quien) y yo recorreremos mañana la ciudad en coche, acudiremos a todos los comerciantes mayoristas de Budapest y les comunicaremos mi idea, que yo os cedo a vosotros, gratis. Las viudas de periodistas…

—Deja a esas viudas —le advirtieron los periodistas.

—En fin, que a los comerciantes les indicaremos que pongan en los escaparates letreros con la frase: «Desde el día de hoy, todas las mercancías cuestan un veinticinco por ciento menos». Sólo eso. Claro que tú aún no lo entiendes.

—No —contestó Esti, tajante.

—Espera. ¿Que sucederá entonces? La gente como loca, asediará los comercios, los comerciantes lo venderán todo, amasaran una gran fortuna, y nosotros, de los pingües beneficios, sólo nos quedaremos con un cinco por ciento. No es demasiado. Es lo justo.

Seguramente accederán. ¿Sigues sin entenderlo?

—Pues no, no lo entiendo.

—Has de saber —le confió Pali, bajando mucho la voz— que los comerciantes continuarán vendiendo sus productos al precio de antes. Aquí está el truco. Al precio de antes. ¿Lo entiendes ya?

—Sí. Lo entiendo.

Esti se entristeció. Le había desilusionado que «el truco» fuera algo tan simple, tan mecánico. Los periodistas también quedaron decepcionados con Pali. Habían fracasado. Su proyecto era un asunto de poco peso. Con el sombrero en la mano, propusieron salir de allí.

Pali se marchó de buen grado, pues aquella cafetería no le parecía adecuada; habría preferido otra donde hubiera menos gente, donde fuese posible negociar con mayor tranquilidad. Se agarró al brazo de Esti y, de repente —olvidándose de sus planes anteriores—, le prometió que al día siguiente le mandaría a casa un automóvil Lancia.

En el exterior, había refrescado un poco, y hacía una noche apacible y maravillosa, quizá más incluso que la tarde que se había apagado con rapidez. El agua, serena y ondulante, se movía rítmicamente de un lado a otro en medio de un profundo silencio y palpitaba al ritmo de sus profundas olas que, regidas por las reglas del flujo y el reflujo, iban y venían con absoluta puntualidad, dejando intuir las descomunales capas y vorágines que se agitaban debajo. Una lluvia de chispas caía sobre los puentes; en el Danubio y el monte Sváb ardían coronas de fuego cuyas partículas incandescentes semejaban las luces de un transatlántico a punto de zarpar. Se veían bengalas de luces. Las lámparas brillaban con mayor nitidez que de ordinario. Las acacias filtraban el resplandor de las farolas de gas y proyectaban sobre el asfalto negros encajes de sombra que también temblaban y, flexibles, se alisaban y se encogían como la superficie del agua. Budapest se había transformado en una ciudad submarina. Los carruajes surcaban la noche, cabeceando con pesadez, los automóviles viraban a la manera de lanchas motoras, barriendo tempestuosamente la espuma que salpicaba la oscuridad, y las numerosas embarcaciones impulsaban a Pali a volar, a nadar, presa de un arrebato, braceando mientras avanzaba hacia su destino a una velocidad vertiginosa. Él

disfrutaba de aquella armonía, aquella oportunidad, aquella ligereza. Cualquier lugar adonde lo arrojaran las aguas le parecía bien, lujuriosamente suave y grato.

Esti le decía a Pali que se fuera a casa, que se acostara, que descansara. Pali no reaccionaba, como si no lo hubiese oído.

Cuando llegaron ante la capitanía general, Esti se despidió de él. Pali le asió la mano.

—¿Ya te vas? —preguntó con tristeza. ¿Tú también me dejas? De repente los ojos se le arrasaron en lágrimas. ¿Ahora? Tú tendrías que haberlo visto todo. Sin soltarle la mano, lo arrastraba hacia dentro.

Esti se emocionó. Él, que llevaba en Budapest una existencia tan solitaria como si viviese en Madagascar o las islas Fiji, nunca había recibido una petición de amistad tan cálida. Entró tras él.

Se adentraron en el edificio, armando mucho alboroto. A Pali lo saludaron detectives, escribientes y oficinistas que lo conocían desde hacía dos décadas. Muchos se unieron al inquieto grupo en cuyo centro se encontraba Pali, colgado del brazo de Esti. Desconocidos llenos de curiosidad le formulaban preguntas, compadecidos y sonrientes, y lo seguían bajo las huecas bóvedas. A Pali esto no le extrañaba. Le parecía natural que todos «estuvieran reunidos» aquella noche tan distinta de las demás y que otros también percibieran ese cambio positivo gracias al que ideas nuevas y geniales zigzagueaban ligeras y sin obstáculos por su mente. Mientras Gergely y Skultéty hablaban simultáneamente con la redacción por dos teléfonos distintos para decidir cómo proceder con el pobre desgraciado, Esti se ocupaba de otros asuntos. Observaba la escena nocturna, los dormitorios de los policías sumidos en una luz tenue y verdosa, los burdos camastros de tablas de madera bajo cuyas mantas de lana dormían guardias con la espada al cinto, a los rufianes acuchillados que esperaban el informe médico, a los agentes sanos, gallardos y bigotudos que, inmaculados entre tanta maldad, vigilaban ante una verja de hierro a vagabundos apresados en redadas, ayas provisionales tocadas con pañuelos, rameras de aspecto casi elegante y jóvenes gigolós. Esti cayó en la cuenta de que los mejores años de la vida de Pali habían transcurrido en aquella atmósfera en que concurría lo más sórdido y colorido de la vida, en aquel edificio en que imperaban la fuerza y

los lamentos.

Salieron de nuevo al bulevar. Delante iban Pali y Esti. Aquél ya no necesitaba ir agarrado de la mano y del brazo de su amigo. Se atrevió a soltarlo con toda confianza. Caminaba sin su ayuda. A Esti sólo lo arrastraba la compasión.

Detrás de ellos, los cinco periodistas discutían acaloradamente. El calvo y bondadoso Bolza era de la opinión de que había que meterlo enseguida en un coche y llevarlo a casa de su familia. Gergely, en cambio, argumentó que era un «peligro público» capaz de agredir a alguien si nadie se lo impedía. Skultéty asentía con la cabeza. Por su parte, Pali insistía con terquedad en que a la una y media debía acudir a una cita con una mujer en la estación del Oeste, y en que a las dos y media tenía que pronunciar una conferencia en la tasca Erdélyi ante al menos quinientos colegas sobre el plan del veinticinco y el cinco por ciento de las viudas y huérfanos de periodistas y de los comerciantes de Budapest. Al final, prevaleció la propuesta de «hospitalizarlo» aquella misma noche.

Pero antes de nada entraron en otro café. Allí bebieron un vino dulce y dorado. Diez minutos más tarde ya estaban sentados en otro café, tomando licor de pera. Diez minutos después degustaban un vino tinto en un tercer café. En todos ellos fumaban. Los reconocían los camareros de cada establecimiento, fieles colegas proletarios de los periodistas, que migraban de una cafetería a otra, al igual que aquellos de una redacción a otra. En todos los locales les dispensaban un trato privilegiado. Sin embargo, Pali no se encontraba a gusto en ninguna parte; lo acuciaba la necesidad de proseguir su peregrinaje, una especie de fervor religioso que lo incitaba a pasar del cuarto café al quinto. El café es el templo de los periodistas.

Allí, tras una deliberación larga y profesional, Gergely y Skultéty resolvieron telefonear a la sección de psiquiatría del San Nicolás. El doctor Wirth les indicó que lo llevaran, pues él estaba de guardia y a su entera disposición. Frente a la caja del café se entretuvieron un buen rato debatiendo la mejor forma de ingresarlo en el hospital, porque como cronistas de sucesos se habían fijado el objetivo de obrar siempre con mesura y buen gusto.

Se hallaban en el mismo café en que, una tarde de noviembre, a

las cinco menos cuarto, Esti había descubierto a Pali, ensimismado. Ambos se sentaron justamente a la mesa que Pali ocupaba en aquella ocasión. Pero ahora la persiana de la ventana-espejo estaba bajada y la noche inundaba el establecimiento silencioso y desierto, casi fundiéndose con él. Los dos apoyaron el brazo en la barandilla de cobre. Durante un rato el propietario permaneció de pie ante su mesa, escuchando al pobre señor redactor con la frente fruncida y, cuando lo llamaron a otra mesa, lo saludó con mayor deferencia de lo habitual, evidentemente para poner de manifiesto lo exquisito de sus modales. El calvo y bondadoso Bolza se preparó para marcharse. Trabajaba de noche y se despertaba temprano para mantener a sus tres hijas. Se despidió de Pali levantando el sombrero, en silencio. En aquella ocasión no dijo «saludos».

Vitényi y Zima lo imitaron.

Pali, desdeñoso, los dejó escapar. Como Gergely y Skultéty continuaban maquinando algo ante la caja, se quedó a solas con Esti.

—Voy a escribir —anunció Pali.

—Bien.

—Novelas, relatos —añadió, y le tendió la mano a Esti en un ademan desesperado. Dejaré el periódico. No escribiré más crónicas. No vale la pena.

Escrutó el paisaje nocturno. Un coche circulaba a gran velocidad por el pavimento de madera.

—Las ruedas del coche runrunean —señaló Pali. «Runrunear» —recalcó. Que bonita es nuestra lengua. Así es como se debe escribir. No giran, sino que «runrunean».

—«Runrunean» —repitió Esti, y él, que calibraba tantas veces las palabras, se cansaba de ellas y más tarde las recuperaba, hubo de admitir para si que también le gustaba aquel vocablo.

—Pero ¿qué escribo? —estalló Pali con la voz entrecortada y suplicante.

—Cualquier cosa. Lo que te llame la atención. Lo que te venga a la mente.

—Dime, ¿esto está bien? La mujer sube a mi casa. ¿Me estás escuchando?

—Claro —respondió Esti a quien ya le zumbaba la cabeza.

—Tiene el cabello oscuro, ya sabes, pero no negro, tampoco

castaño. —Se paró a meditar. Tiene el cabello color cacao. Y los ojos, como esas florecitas moradas.

A ver, ¿cómo se llaman?

—¿Violetas?

—No, no. —Pali negó con la cabeza.

—¿Nomeolvides?

—Eso. Nomeolvides. Y como el fuego —agregó con una ferocidad alarmante. Tiene el cuerpo tibio, pero a mi eso no me gusta. La rocío con agua de colonia helada, el muslo, la columna, hasta que se enfría del todo. En la cabeza le colocaré una corona de esas florecitas. Como a una novia muerta en el féretro. Entonces se va —vaciló. Pero ¿cómo lo termino? ¿Qué le digo cuando se va?

—Lo habitual en esos casos: «Hasta la vista».

—No —protestó Pali, cuyo semblante se iluminó de pronto. Le diré: «Con el juego más sincero de mi corazón». Una frase así conquistaría a cualquier mujer. Entonces la invadirá una emoción irresistible. ¿Me oyes? Así: «Con el juego más sincero de mi corazón», —articuló con una sonrisa extraña y astuta, y los ojos centelleantes clavados en Esti. Asiente con la cabeza si notas lo mismo. ¿Sientes ahora esa emoción?

Esti, incapaz de ponerse en el lugar de aquella mujer, pero comprendiendo la emoción que dominaba a Pali en ese momento, asintió.

Lo salvaron Gergely y Skultéty, que agarraron a Pali de los brazos y lo sacaron a la calle. Pali no quería ir en coche. Contradecía sin parar a sus amigos periodistas, forcejeaba con ellos. Buscaba continuamente a Esti para hablarle mientras Gergely y Skultéty lo conducían por la fuerza.

—Esti, también aprenderé italiano. Esta misma noche aprenderé italiano, Esti.

Al llegar a la estación del Oeste, gracias a Dios, ya se había olvidado de la mujer con cabello de cacao. Pero todavía se acordaba de la tasca Erdélyi.

Allí se llevó una decepción. Esperaba encontrarse con una multitud ruidosa, como las que se congregaban en las asambleas extraordinarias de los periodistas, convocadas para destituir al presidente en medio de una gran crispación, pero como el ambiente en la tasca se apagaba entre las dos y las tres de la madrugada,

cuando los que habían ido a cenar ya habían salido y los crápulas de la madrugada aún no habían llegado, el establecimiento estaba vacío, salvo por unos pocos camareros que colocaban cuchillos y cucharas sobre las mesas recién puestas. Los colegas de Pali no se habían presentado. Ni uno solo de ellos. Él paseó la vista en derredor, descorazonado. Decidió, con un ademan de resignación, que no valía la pena afligirse por aquellos infelices.

—Hungría —suspiró. Viudas de periodistas, pobres huérfanos de periodistas. Invitó a sus amigos a sentarse a una mesa.

Pidió sopa de col agria. Los demás ya no estaban en condiciones de comer o de beber más.

Pali fijó la mirada en la sopa, sin probarla, la removió largamente, luego vertió en ella todo el contenido del salero, sal, pimentón y mondadientes incluidos. Entonces empezó a comer. Los mondadientes crujían entre sus muelas.

Los tres acompañantes se pusieron en pie de un brinco.

—Es terrible —exclamo Skultéty, exasperado. Es terrible. Contempló en un espejo su rostro verdoso, del que se escurría como el vinagre una mueca amarga y escalofriante. Terrible.

—Hagamos algo de una vez —apuntó Esti. Es horrible.

Pali escupió los mondadientes en el plato. No había logrado masticarlos.

Gergely, que estrujaba un nuevo Média rubio en la boquilla, se retiró con Skultéty a la cabina de teléfono situada junto a la puerta. No llamaron a nadie. Sólo se lamentaban. El pobre, el pobre.

Al cabo de unos instantes, Gergely emergió de la cabina, desgreñado.

—¡Qué guarrada! —le gritaba directamente a Pali, desquiciado. ¡Qué guarrada!

Pali seguía sentado, abobado e indiferente.

—Oye, Pali —dijo Gergely, sacudiéndole el brazo, como intentando despertarlo. Están dando palizas a enfermos mentales.

—¿Dónde? —preguntó Pali desde su aturdimiento, moviendo con laxitud los músculos faciales.

—En el San Nicolás. Acaban de llamar. Esta noche han dejado a dos enfermos malheridos.

—Qué escándalo —secundó Skultéty. Un escándalo nacional.

—Sensacional —comentó Pali. Pagad. Y, como buen soldado que

recibe ordenes en mitad de la noche, se levantó de golpe, impelido por su conciencia de periodista, formador de la opinión pública, preceptor del humanismo. No cerréis aún la edición —instruyó. Quiero diez columnas. Y dadme otro pitillo.

Esti aprovechó la ocasión para escabullirse. Ya no aguantaba más. Detestaba los escándalos. Incluso su propia conducta lo asqueaba. Con cuidado cruzó a la otra acera y se aprestó a observar lo que iba a ocurrir.

El primero en salir de la tasca Erdélyi fue Gergely, que, como organizador nato y curtido en situaciones peliagudas, silbó para parar un coche. Le prometió al chofer una buena propina y le susurró algo al oído. Luego llego Skultéty, y después Pali, con la cabeza descubierta, aunque enseguida se tocó la sedosa cabellera rubia con el sombrero de paja recién comprado, cuyas fibras vegetales, antaño llenas de vida, estaban tan marchitas, tan inertes como el cráneo que cubrían. Fue el primero en subir al coche, seguido por Gergely y Skultéty. El vehículo se puso en marcha.

Esti se encaminó a su casa por la avenida Andrássy. Había fumado treinta cigarrillos aquella noche y tomado nueve cafés, por lo que estaba saturado de nicotina y cafeína. Jadeaba. Se detenía de trecho en trecho para descansar, reclinado contra los muros de las casas; se tomó el pulso, en la muñeca del brazo derecho y en el cuello. Su corazón enfermo latía de forma irregular. Notaba el estómago revuelto. Con todo, no se arrepentía de haber acudido a la llamada. Junto con la dolorosa experiencia, se llevaba en su interior una especie de calidez, mezclada con una suerte de apego animal, agradable de recordar: la última muestra de cariño de un ser humano. Lo había enriquecido espiritualmente el amor desinteresado que, por equivocación, Pali le había profesado durante unas horas.

No lo embargaba una tristeza mayor que de costumbre. Las estrellas aún titilaban en el cielo. Sobre el puente soplaba un viento suave, el Danubio fluía inexorable por su profundo cauce con la cadencia continua de la muerte. Tras entrar en su despacho, donde, merced a la disciplina de varios años, siempre estaba preparado para el trabajo, se sentó maquinalmente frente al escritorio, tomó una o dos páginas de la pila desordenada de papeles y las leyó con el fin de empaparse del tono en que estaban escritas y trasladar al

papel el capítulo de la novela que ya había moldeado en la mente. Guardó en un rincón de su cerebro lo que había presenciado aquella noche para que madurara y se difuminara un poco hasta que llegase el momento adecuado para extraerlo del alma.

El coche avanzaba entre chirridos de neumáticos a través de la noche.

El chofer había rebasado con creces el límite de velocidad, deseoso de cobrar la propina prometida. Por detrás brillaba la lamparilla morada del coche, con una luz química artificial. Por delante, los faros extendían sobre los oscuros adoquines una resplandeciente alfombra de luz que las ruedas cubiertas de caucho nunca alcanzaban. La alfombra de luz se deformaba: unas veces parecía renovarse a cada instante, otras se petrificaba y permanecía idéntica e inalterada, como si el coche la llevara consigo y, al no conseguir hollarla, la extendiese de nuevo rápidamente, dejando intacta su luminosidad.

Pali, que iba en el asiento principal, se fijaba en ello y se entretenía con aquel juego. Volvió a asaltarlo, ahora con mayor intensidad, la sensación de que una especie de marea lo elevaba y lo bajaba plácidamente. Se asomaba a la ventanilla para mirarse el rostro en el espejo del agua, pero las olas habían crecido tanto que le tapaban la vista.

Gergely iba a su lado, y Skultéty enfrente, en el asiento abatible, pensativos, preguntándose si entre los dos podrían con él. No obstante, Pali estaba tranquilo. No atendía a las advertencias sobre la crueldad de los psiquiatras. Se lamía los finos labios, aromatizados por el alcohol. No hablaba.

De este modo, quedaba en segundo plano. En la penumbra, se movían ocasionalmente tres cabezas humanas: la de él, la de Gergely y la de Skultéty.

Ellos tampoco hablaban. Gergely bostezó.

El automóvil pegó un bandazo en el terreno desigual, como asustado. Emitió un bocinazo y acto seguido se detuvo ante la puerta del San Nicolás.

No hubo necesidad de llamar, pues el portero abrió la puerta al oír la bocina.

Se apeó Gergely, luego Skultéty y, por último, Pali.

Pali se dirigió al portero:

—¿Quién es el médico de guardia esta noche? —le preguntó con absoluta formalidad.

—El doctor Wirth.

Pali estaba tieso. El viento le levantaba los faldones de su precioso impermeable.

—Dadme otro pitillo —pidió cuando los amigos lo flanquearon.

La llama del encendedor le iluminó el semblante, tan serio y sosegado como antaño.

—¿Qué hora es? —inquirió.

—Las tres menos cuarto.

—Bueno, entremos —dijo, y se puso en marcha, con la determinación y la familiaridad con que los periodistas entran en lugares desconocidos.

Gergely y Skultéty caminaban detrás, a pocos pasos de él.

En la primera planta chirrió una cerradura, y una puerta de hierro pintada de gris se abrió a un pasillo estrecho y largo en el que parpadeaban dos bombillas. En el umbral Pali pisó la colilla y volvió la vista atrás, en dirección a sus amigos, que estaban parados, a cierta distancia. Entró sin vacilar.

La puerta de hierro se cerró ruidosamente tras él, y el enfermero le echó la llave.

Gergely y Skultéty se quedaron por unos instantes ante la puerta de hierro, meditabundos. Luego bajaron por las escaleras y subieron al coche que los aguardaba.

Los dos presentían el acecho de la muerte, el destino común de todos ellos, que sobrecogía al manifestarse de ésta o de cualquier otra manera, y que tarde o temprano se abatiría sobre ellos. Gergely, que ya había asistido a muchos fusilamientos y ejecuciones en la horca, tosía y murmuraba algo, como blasfemando. Skultéty había reído tanto durante la noche que le dolía el costado. Ambos guardaban silencio. Gergely se acomodó en el asiento principal, y Skultéty, en el abatible. El sitio de Pali quedó vacío. El coche se llenó de luto.

Pál Mogyoróssy, colaborador interno del *Boletín*, avanzaba por el pasillo, pero éste era tan largo, tan largo, que apenas se divisaba el final. Muy lejos, al menos cien pasos más adelante, debajo de la segunda bombilla, lo esperaba un tipo de aspecto realmente lastimoso, enclenque, anémico, mucho más bajo y débil que Pali,

con las orejas algo separadas. De la bata blanca asomaba un estetoscopio. El tipo era el doctor Wirth.

Pali, en cuanto se encontró frente a él, se identificó con su nombre y como enviado del periódico, como era su costumbre, con humildad pero con orgullo, porque representaba a la opinión pública.

—He venido a hacer averiguaciones —aseveró Pali. Han llegado a nuestros oídos ciertos rumores, estimado doctor… Y, en este punto, se quedó en blanco.

El médico se apresuro a ayudarlo:

—¿Rumores de qué?

—De que esta noche, en este lugar, han pegado a dos enfermos mentales.

—¿Aquí? —preguntó Wirth, con la vista baja. No, aquí no se pega a los enfermos. Además aquí no hay enfermos mentales. Sólo enfermos de los nervios que están algo agotados y precisan de descanso.

—Pero, estimado señor, nosotros disponemos de información fidedigna.

—No, señor redactor, se trata de una equivocación. Posando una mano sobre el hombro de Pali, el médico sonrió casi con descaro.

Lo tomó del brazo y paseó con él por el largo pasillo durante largo rato. A los lados se alineaban las salas de enfermos, de cuyo interior manaba un resplandor morado, semejante al de las luces traseras de los coches. Los pacientes que eran capaces de dormir jugueteaban en sueños con los asuntillos insignificantes de su vida, montándolos y desmontándolos, como el resto de la gente. Sin embargo, muchos no pegaban ojo. Un hombre gordo y sin afeitar que estaba en la tercera fase de demencia, se incorporó en su cama, con la cabeza colgando, apretándose contra la cara la bata de hospital de rayas blancas y azules.

Pali se interesaba por las dolencias de los pacientes y sus perspectivas de recuperación, Wirth charlaba sobre política, sobre la policía, sobre unos periodistas que ambos conocían y, luego, con una benevolencia paternal, sobre la sífilis. Mantenían una conversación amistosa, campechana y relajada. Luego, sin previo aviso y con toda naturalidad, el doctor le pidió el cortaplumas, que Pali le entregó sin más. El médico, sin agradecérselo, se lo guardó

en el bolsillo de su bata blanca, junto al estetoscopio. Ya había realizado un diagnóstico aproximado. Como era tarde, dejó para la mañana siguiente el reconocimiento detallado.

Pali continuaba hablando, parloteando sin tino sobre un sinfín de temas. De repente se interrumpió. Había brotado en su mente la sospecha de que las cosas no marchaban del todo bien. Lo invadió una especie de inseguridad leve y superficial, como la de quien lleva horas caminando por la calle y se percata, incómodo, de que una de las gomas de los tirantes —que normalmente le aprietan los dos hombros por igual— se ha aflojado. Se acordó de Gergely y de Skultéty.

No obstante, para entonces Wirth, que lo había conducido a un cuarto pequeño y apartado, elogiaba sin parar la tranquilidad y la belleza del mismo, cuando en realidad era feo, destartalado y descorazonador. Por todo mobiliario contaba con una mesa recubierta de hule, una silla, una cama, una mesita de noche y un radiador.

El médico se sentó sobre la cama. Animó a Pali a desvestirse y a dormirse, y le prometió que a la mañana siguiente lo llevaría al jardín, que era muy bonito.

Pali abrió la boca para protestar en nombre de la prensa por tan flagrante violación de su libertad personal, pero no oyó su voz. Sólo oía su furia, su rabia ante aquella vulneración de sus privilegios. Él, que hasta entonces siempre había estado al otro lado del cordón policial, en cada suicidio, en cada manifestación, en cada entierro, siempre al otro lado del cordón. Él, él.

Wirth desapareció. Pali salió rápidamente al corredor, pero el médico ya no estaba allí. No había nadie más que un enfermero, no el que había abierto la puerta, sino otro, uno desconocido.

Pali regresó a su habitación. A través de la ventana enrejada echó un vistazo al jardín, sobre cuyo césped descuidado, en medio de los anacardos, se mecían las flores de cicuta blancas, como hojas arrancadas de un manuscrito. La luz estaba encendida, pero resultaba innecesaria. El sol, la puntual obra de relojería del universo, en su incansable carrera, había asomado al horizonte y encalaba el firmamento con sus rayos. Amanecía.

Pali se apoyo sobre el hule que cubría la mísera mesa.

Y entonces pensó en Esti, en Esti, que, tras corregir su trabajo

crepuscular, pulsaría el interruptor de su lámpara eléctrica y estaría ya en su dormitorio, vestido sólo con una camisa, pero que no conseguiría conciliar el sueño porque también estaría pensando en él.

Pali cavilaba sobre cuál debía ser su siguiente paso. Pero, de momento, no se le ocurría nada.

Simplemente se quedó sentado, llorando.

# 9

*Donde el héroe charla en búlgaro con el revisor búlgaro y disfruta el dulce espanto del caos lingüístico de Babel.*

«—Hay algo que os debo contar —dijo Kornél Esti. El otro día, en una reunión de amigos, alguien comentó que nunca viajaría a un país cuyo idioma desconociese. Le di la razón. En un viaje, a mí también me interesa, por encima de todo, la gente. Mucho más que los objetos expuestos en los museos. Si oigo su habla sin entenderla, se apodera de mí la sensación de estar intelectualmente sordo, como si me encontrara frente a una pantalla en la que se proyecta una película de cine mudo, sin música ni letreros explicativos. Me pongo nervioso y me aburro.

”Mientras realizaba este exordio, me he acordado de que lo contrario es igualmente cierto, como ocurre con todo en este mundo. Ir y venir por países donde el ruido que sale de las bocas nos deja indiferentes y nos limitamos a contemplar en silencio a todos los que nos dirigen la palabra constituye una diversión demoníaca. Qué soledad más elegante, amigos, qué independencia y qué manera de eximirse de las responsabilidades. De repente nos sentimos como niños de pecho, bajo tutela ajena. Se instala en nuestro interior una especie de confianza infinita hacia los adultos, que juzgamos más sabios que nosotros. Dejamos que hablen y actúen en nuestro lugar. Luego lo aceptamos todo sin verlo, o mejor dicho, sin oírlo.

”He vivido más bien pocas experiencias de esta clase (porque ya sabéis que hablo una decena de lenguas), en realidad sólo una, cuando, camino de Turquía, pasé por Bulgaria. Sólo estuve allí veinticuatro horas. Y esas veinticuatro horas las pasé en un tren.

Allí fue donde me sucedió lo que sería una pena no relataros. Al fin y al cabo, podría morirme en cualquier instante (si, por ejemplo, se me revienta en el corazón o en el cerebro una fina arteria), y estoy seguro de que nadie más ha experimentado en su vida cosa similar.

”Pues bien, era después de medianoche. El rápido corría, conmigo a bordo, entre montes y pueblos desconocidos. Era cerca de la una y media. No lograba conciliar el sueño. Salí al pasillo, para tomar el aire. Pronto me aburrí. De la belleza del paisaje sólo se atisbaban unos manchurrones negros. No había otro espectáculo que el que ofrecía alguna que otra llama encendida. Todos los pasajeros dormían como angelitos. Por el vagón no deambulaba ni un alma.

”Me disponía a regresar al compartimento cuando, linterna en mano, apareció el revisor, un búlgaro rechoncho, bigotudo, que al parecer había terminado su ronda de noche. Hacía horas que había comprobado la validez de mi billete. No tenía asuntos pendientes conmigo. Aun así, a modo de saludo, amistosamente, levantó la linterna y los ojos. Luego se colocó a mi lado. Saltaba a la vista que él también se aburría.

”Ignoro cómo y por qué, pero en aquel instante decidí que, costara lo que costase, entablaría conversación con él, y que además la prolongaría todo lo posible. Le pregunte en búlgaro si fumaba. Era la única frase que sabía en búlgaro. La había leído en el tren, en un aviso. Conocía unas cinco o seis palabras más, las que aprendemos sin mayor esfuerzo al viajar, “si” y “no”, etcétera. Pero, os lo juro, no sabía más.

”El revisor se llevó la mano a la visera de la gorra. Abrí la pitillera y se la tendí. Él, con gran respeto, tomó un cigarrillo de punta dorada. Rebuscó en su bolsillo y sacó una cerilla, la encendió y en una lengua enteramente desconocida para mí dijo algo como: «Tenga». Yo le alargué mi encendedor, que ardía con una luz azulada, y repetí aquella palabra que nunca antes había oído.

”Los dos nos pusimos a fumar. Aspirábamos el humo y lo exhalábamos. Sin duda alguna, se trataba de un principio realmente esperanzador. Cuando evoco el episodio, me lleno de orgullo, porque me halaga recordar con cuánta habilidad preparé la escena, con que olfato psicológico planté la semilla que más tarde, como comprobareis, germinó para convertirse en un árbol frondoso, a

cuyo pie me senté a descansar de las fatigas del viaje, para abandonarlo de madrugada, enriquecido por vivencias en absoluto corrientes.

”Habréis de reconocer que mi actuación fue acertada e impecable desde el primer instante. Mi intención era llevarlo a creer que yo era búlgaro de nacimiento y que dominaba su idioma como un profesor de literatura de la universidad de Sofía, o mejor. Por ello me comportaba con cierta dejadez y displicencia. Y, sobre todo, no abría la boca. Esto, en realidad, no dependía enteramente de mí, pero da igual. Lo que delata a los extranjeros es su empeño en tratar de hablar en el idioma del país por donde viajan; se esfuerzan tanto que enseguida se nota que vienen de fuera. En cambio, los nativos, los lugareños, se entienden con simples gestos y señas. Hay que arrancarles las palabras con tenazas. Incluso en las raras ocasiones en que hablan, mascullan palabras raídas y gastadas por el uso, que desentierran somnolientos del rico y oculto tesoro de su lengua materna. Por lo general evitan los giros rebuscados, las construcciones precisas y literarias. En la medida de lo posible callan, y hacen bien, ya que si pronunciaran una conferencia de varias horas de duración desde un púlpito o escribieran un tratado de veinte pliegos, sus oyentes o críticos pronto señalarían, y no sin fundamento, que ni siquiera emplean correctamente, ni por asomo, su propia lengua materna.

”De manera que el revisor y yo fumábamos alegremente en aquel silencio tan íntimo, en el que se forjan las grandes amistades, las uniones genuinas y los vínculos espirituales de por vida. Yo mantenía una actitud seria y afable. Fruncía la frente, luego, para variar, la alisaba y lo observaba con mucha atención. No obstante, de alguna manera había que iniciar la conversación, cuya prometedora potencialidad ya flotaba en el aire, justo sobre nuestras cabezas. Bostecé y suspiré. De repente, le posé la mano sobre el hombro, enarqué las cejas de manera que ambas formaran sendos signos de interrogación e, irguiendo la cabeza, murmure: “¿Pues?”. Esta amistosa formula de interés sin duda suscitó en el revisor algún recuerdo de su infancia o de algún amigo que solía preguntarle en el mismo tono aquello de “hombre, ¿cómo van las cosas por vuestra casa?”, pues él esbozó una sonrisa. Empezó a hablar. Articuló cuatro o cinco oraciones. Al terminar, enmudeció y

esperó.

”Yo también esperé. Había una buena razón: sopesaba mi respuesta. Después de vacilar un poco, me decidí. Le dije “sí”.

”Me lo ha enseñado la práctica. Cada vez que me distraigo y pierdo el hilo de la conversación, en casa también, siempre contesto que sí. Siempre he obtenido buenos resultados, incluso cuando con ello he afirmado algo que más me convenía negar. En esas ocasiones siempre cabe la posibilidad de alegar que uno pretendía ser irónico. El sí, en la mayor parte de los casos, también lleva implícito el no.

”Lo sucedido a continuación probó de sobra que mi razonamiento no era errado. El revisor se volvió más comunicativo. Desgraciadamente, al cabo de un rato, calló de nuevo y aguardó. Entonces, con algo de incomprensión y de sorpresa le pregunte: “¿Sí?”. Esto rompió el hielo definitivamente, valga la expresión. El revisor se relajó y habló, habló durante alrededor de un cuarto de hora, con simpatía, probablemente también con amenidad, de forma tan incesante que no hubo necesidad de calentarme la cabeza pensando que contestarle.

”Había alcanzado mi primer éxito rotundo. Con las palabras que fluían a borbotones de su boca, quedó patente que ni en sueños me consideraba un extranjero. Sin embargo, yo debía sostener aquella ilusión, por muy sólida que pareciera. Si bien de momento me libraba de la obligación, extremadamente penosa, de responder, y a cada rato me llevaba a los labios el cigarrillo de punta dorada, con lo que dejaba claro que estaba demasiado «ocupado» para conversar, no había justificación para desentenderme de mi entusiasta interlocutor, por lo que de vez en cuando alimentaba el fuego de la conversación.

”¿Que cómo lo conseguía? Pues no con palabras. Me conducía como un actor, un actor consumado, con todo mi cuerpo. Movía la cara, las manos, las orejas y hasta los dedos de los pies, según el caso. Por otro lado, también debía guardarme de los excesos. Aparentaba prestar atención, pero no una atención forzada que hubiera despertado sospechas, sino una atención que unas veces decaía y se apagaba, y otras veces se avivaba y llameaba. Pero también me ocupaba de otros detalles. Ocasionalmente esbozaba un gesto para indicarle que no entendía lo que me decía. Vosotros,

naturalmente, pensareis que eso era lo que más sencillo me resultaba, pero os equivocáis. Queridos amigos, se trataba de lo más difícil de todo. Como yo no entendía nada en absoluto de lo que me contaba, tenía que procurar que mi incomprensión no fuera demasiado obvia. No me equivocaba. El revisor simplemente repetía la última frase y yo asentía con la cabeza como diciendo: “Ah, eso es otra cosa”.

”Más adelante ya no hacía falta atizar el fuego alegre y chispeante de la conversación con aquellos trucos. Ardía como una hoguera. El revisor parloteaba sin parar. ¿Sobre qué tema? A mí también me habría gustado saberlo. Sobre el reglamento ferroviario, o sobre su familia e hijos, o bien sobre el cultivo de zanahorias… Todo es posible. Sólo Dios sabe de que hablaba. A juzgar por el ritmo y el tono de su discurso, refería una historia jovial, alegre, larga y coherente, que avanzaba lenta y majestuosamente por un cauce épico y ancho hacia el desenlace. No se apresuraba en absoluto. Yo tampoco. Dejaba que divagase, que desviase su curso, como un arroyo, para luego desembocar de nuevo en la corriente principal y acogedora del río. Sonreía con frecuencia. Se trataba con toda seguridad de un relato lleno de picardía, y algunos de sus pormenores eran abiertamente picantes, cuando no obscenos y escabrosos. Me guiñaba el ojo con complicidad y prorrumpía en carcajadas. Yo me reía con él. Aunque no siempre. En ocasiones no participaba de su hilaridad. Quería evitar mimarlo en exceso. Sólo raramente apreciaba ese sabroso y cálido sentido del humor, surgido de su corazón, con el que sazonaba la narración.

”Eran las tres de la madrugada (ya llevábamos hora y media charlando) cuando el tren empezó a frenar. Nos aproximábamos a una estación. El revisor agarró la linterna, se disculpó por interrumpir la platica para apearse, pero me aseguró que pronto regresaría y entonces me contaría el final, el desenlace de aquella historia, que sería lo mejor de todo.

”Me asomé a la ventana. El aire matinal me refrescó la cabeza, que me zumbaba ligeramente. En el cielo color ceniza se abrían los capullos de peonía del alba. Delante de mí se extendía una pequeña aldea que olía a nata. En la estación aguardaban unos cuantos labradores y algunas mujeres con pañuelos. El revisor hablaba con ellos en búlgaro, al igual que conmigo, pero con mejor resultado

porque los viajeros enseguida lo entendieron y se encaminaron hacia los vagones de tercera situados al final del tren.

”Unos minutos más tarde, el revisor estaba de vuelta a mi lado (la sonrisa ni siquiera se le había enfriado en los labios) y continuó con su historia, con evidente regocijo. Poco después llegó al alegre desenlace que había prometido. Rompió a reír, a carcajada limpia, mientras le temblaba la barriga. A todas luces era un tipo singular, endemoniado. Todavía muerto de risa, metió la mano en el bolsillo de su abrigo, sacó una agenda estrecha enfajada con una cinta de goma, de la que extrajo una carta sucia y arrugada, que sin duda alguna formaba parte esencial de la historia (era tal vez su elemento clave) y me la puso en la mano, para que la leyera y emitiese mi opinión. Dios mío, ¿que iba a opinar yo? No veía más que letras cirílicas escritas a lápiz y algo desdibujadas que yo, desgraciadamente, no sabía leer. Hundí la nariz en la carta, aparentando una profunda concentración. Él se apartó y me espió, esperando mi reacción. Sí —murmuraba yo—, sí, sí, en un tono a un tiempo afirmativo, negativo e inquisitivo, mientras sacudía la cabeza como comentando: “típico”, “inaudito”, o “así es la vida”, las típicas frases que valen para cualquier coyuntura. No hay situación en la vida en la que la expresión “así es la vida” esté fuera de lugar. Si se muere alguien, también decimos “así es la vida”. Toqué la carta, la olfateé incluso (despedía un leve olor a moho) y, como no se me ocurría otra cosa, se la devolví.

”En la agenda había otras muchas cosas. El revisor pronto retiró de ella una foto en la que, para mi sorpresa, aparecía un perro. La estudié frunciendo los labios, como un gran aficionado a los canes. Sin embargo, me percaté de que el revisor no aprobaba aquella actitud. Al parecer, estaba claramente enojado con aquel animal. Así que en seguida adopté un semblante más serio y miré al perro con hostilidad. Sin embargo, mi sorpresa llegó al grado máximo cuando el revisor sacó de la funda de tela de la agenda un misterioso objeto envuelto en papel de seda y me invitó a abrirlo. Lo desenvolví. No contenía más que dos grandes botones verdes, de hueso, dos botones de abrigo de hombre. Jugueteé con ellos y los agité en mi mano como si fuera un amante de los botones, pero entonces el revisor me los arrebató y, para ocultarlos a la vista, los escondió rápidamente en la agenda. Luego se alejó unos pasos, se

volvió y se reclinó contra la pared del vagón.

”Yo no comprendía la situación. Me acerqué a él. Lo que vi me dejó helado. Al revisor se le habían arrasado los ojos en lágrimas. Aquel hombre grande y corpulento lloraba. Primero contuvo el llanto con entereza, pero luego le dio rienda suelta, con el rostro desencajado, sollozando de forma convulsiva.

”Lo cierto es que el caos profundo e inescrutable de la vida empezaba a marearme. ¿A qué venía aquello? ¿Qué relación existía entre su largo parlamento, la risa y el desconsuelo? ¿Qué conexión había entre una cosa y otra, entre la carta y la foto del perro, entre la foto del perro y los dos botones verdes y entre todo eso y el revisor? ¿Se trataba de una muestra de locura o, por el contrario, de la sana exteriorización de sentimientos humanos? ¿Encerraba todo aquello algún sentido, en búlgaro o en cualquier otro idioma? Noté que me invadía la desesperación.

”Agarré con fuerza al revisor por los hombros para infundirle valor y le grité al oído en búlgaro: “¡No, no, no!”. Él, ahogado en sus lágrimas, tartamudeaba otro monosílabo que posiblemente significaba “le agradezco su bondad”, o quizá “payaso asqueroso, sinvergüenza”.

”Poco a poco recobró la serenidad. Sus sollozos sonaban más bajos. Se enjugó los ojos con el pañuelo. Habló, pero en una voz radicalmente distinta. Me dirigía preguntas escuetas y cortantes. Algo así como: “Pero si antes me has dicho que sí, ¿por qué has dicho después que no? ¿Por qué desapruebas lo que antes has aprobado? Acabemos con este juego equívoco. Revela tus cartas. Entonces, ¿es sí o no?”. Me lanzaba las preguntas con una vehemencia y un apremio cada vez mayores, como una metralleta contra mi pecho. No había modo alguno de eludirlas.

”Todo indicaba que había caído en mi propia trampa y que la suerte me había abandonado. No obstante, salí airoso gracias a mi superioridad. Me enderecé, miré de arriba abajo al revisor con un desprecio glacial y, como quien considera que está por encima de asuntos tan banales, giré sobre mis talones y regresé a mi compartimento.

”Allí descansé la cabeza sobre mi arrugada almohadilla. Me dormí tan deprisa como quien muere de un derrame cerebral. A mediodía desperté bañado en una luz cálida. Alguien golpeaba la

ventana de mi compartimento. Acto seguido, entró el revisor. Me avisó que debía apearme en la próxima estación. No se movió. Permaneció a mi lado, fiel como un perro. Se puso a farfullar algo, sin alterarse, pero de forma incontenible. Quizá se disculpaba, quizá me culpaba de la desagradable escena nocturna, no lo sé, pero en su rostro se reflejaba un profundo arrepentimiento, una sincera contrición. Yo me mantuve distante. Sólo le permití que preparase mis maletas y las sacara al pasillo.

”Sin embargo, en el último instante me compadecí de él. En cuanto hubo entregado mi equipaje al mozo de cuerda y yo bajaba por la escalerilla, le dediqué una mirada muda que venía a expresar: “Lo que hiciste es reprobable, pero todos cometemos errores: esta vez te perdono”. A continuación añadí en búlgaro: “Sí”.

”La palabra obró un efecto mágico. El revisor respiró aliviado, se le iluminó el semblante, recuperó la jovialidad de antes. Desplegó una sonrisa de agradecimiento. Se cuadró para saludarme. Se quedó así, inmóvil, tras la ventanilla, radiante de felicidad, hasta que el tren partió y él desapareció para siempre de mi vida».

# 10

*Donde Zsuzsika, la hija de un campesino rico de Bácska, salta al pozo y se casa.*

Kornél Esti acababa de regresar de un viaje a Portugal. Sólo había ido a la península Ibérica a descansar durante un mes. Su descanso consistía en hablar exclusivamente con portugueses en portugués: «la lengua de las flores».

Vino a verme directo de la estación, sucio y cubierto de polvo, a altas horas de la noche. Sobre el impermeable llevaba aún el viento de Lisboa y la arena de la orilla del Tajo.

Insistió en que lo acompañara a una tasca de Buda. Supuse que me relataría las experiencias de su viaje. Sin embargo, él no estaba dispuesto a hablar de ello. Prefirió tratar asuntos más locales, relativos a nuestra ciudad natal, nuestros años de estudiantes, los amigos y los acontecimientos de las felices épocas pasadas.

Aquella noche me reveló rasgos suyos que yo no conocía. He de confesar que hasta ese momento lo consideraba una especie de trotamundos internacional, una especie de bicho raro flacucho y literato. Pero entonces descubrí que era un ser humano, de pies a cabeza y, además, hijo de las mismas tierras que yo. Todos los aspectos de su carácter, desde sus payasadas irresponsables hasta su indisimulada fanfarronería, evidenciaban que era oriundo de la región de Bácska, hasta la médula. Bácska es la Gascuña húngara. En toda su excentricidad se advierte un toque de provincialismo.

Esti trasegó gran cantidad de vino. Empezó con un blanco de Badacsony, probó otro de Csopak, luego se pasó a un néctar dorado, oloroso y espeso, añejado durante treinta años en las barricas de las bodegas de los curas de Arács. Continuó bebiendo de él.

Al amanecer, cuando sobre nuestra mesa se alineaban en filas

largas y apretadas las botellas vacías de *kéknyelü*[14] y otros caldos, y cuando los temas de conversación se habían agotado, pues ya habíamos matado a la mayoría de nuestros conocidos vivos y resucitado a la mayoría de nuestros queridos difuntos, Esti me preguntó:

«—¿Te acuerdas de Zsuzsika? Sí, de Zsuzsika Szücs. La hija de aquel campesino, de aquel campesino rico. Vivía cerca del cuartel de bomberos, en una casucha destartalada, como cualquiera de los suyos. Pero tenía muchísimo dinero.

”De niño —prosiguió— me habían contado que aquel hombre guardaba el oro en un baúl y que rellenaba los colchones con billetes de mil. Ignoro cuánto había de cierto en ello. Con toda seguridad, el campesino gozaba de muy buena posición económica. Sin embargo, su estilo de vida no difería del de cualquier jornalero. Llevaba un abrigo de lana azul muy burda, un sombrero de ala levantada, botas. Fumaba tabaco de mala calidad en una pipa de barro. Lo encendía con fósforos de aquellos que huelen mal. En invierno dormitaba sobre el asiento de delante del horno, envuelto en su zamarra, como un oso en hibernación. Luego, al llegar la primavera, se acomodaba delante de la casa sobre un banco de madera y allí se quedaba hasta el otoño. No cruzaba una palabra con nadie. Se limitaba a vivir y callar. Permanecía allí sentado como quien empolla su dinero.

”El viejo era tacaño a rabiar. Poco le habría importado que se muriese el mundo entero. Cierto que en la chica sí gastaba dinero, pero era su única hija; no tenía a nadie más que a ella. Hacía tiempo que había enterrado a su esposa.

”Zsuzsika estudiaba en un colegio de monjas, e iba además a clases de francés y piano. Se tocaba ya con una pamela, como nuestras señoritas. Zsuzsika era bonita e infeliz. No encontraba el lugar que le correspondía en nuestra sociedad, que tantas trampas tiende, que se rige por reglas indescifrables y en la que se producen situaciones que ninguna escuela ni clase de buenos modales enseña o enumera exhaustivamente. Cuando alguien se dirigía a Zsuzsika, ella se ruborizaba hasta las orejas, y si le tendían la mano, palidecía y retiraba la suya, sobresaltada. Sonreía cuando convenía que se entristeciera y viceversa. A pesar de todo, resultaba encantadora.

”Según tú, sólo la has visto una o dos veces. No es de extrañar:

no salía a ninguna parte. Convivía con su callado padre y era igual de callada que él. La mayor parte del tiempo se encerraba en casa. Si venía a la ciudad rehuía a la gente. La timidez la dominaba. Por ejemplo, no había forma humana de persuadirla de que entrara en una pastelería y se comiera un buñuelo.

”Tardó mucho en casarse. Pero no por falta de pretendientes; había tantos que apenas alcanzaba a darles calabazas a todos. En realidad no sabía cual era su sitio.

”Despreciaba a los mozos campesinos, que no se atrevían a acercarse a ella; a los así llamados señoritos los consideraba cazadotes que sólo la querían por su dinero, de modo que en su compañía la invadía una especie de turbación, mezcla de devoción y desdén, un extraño nerviosismo. ¿Sabes qué era eso en realidad? La inquietud histórica de una clase social emergente que aún no ha conquistado el protagonismo en el escenario de la humanidad, aún no ha escrito su nombre en el reparto de la historia, porque siempre ha estado en un segundo plano, asintiendo o refunfuñando, pero siempre sumida en el anonimato.

”Los domingos por la mañana ella asistía a la misa de las once y media en la antigua iglesia de los padres franciscanos. Allí me la encontré en muchas ocasiones. Ay, que criatura más encantadora. En verano llevaba vestido blanco, cinturón de piel roja y una sombrilla de seda del mismo color que tamizaba el ardiente sol de la llanura, de manera que su tez clara se teñía de tonos encarnados, como un lirio a la luz de las bengalas. Como un ramo de flores silvestres, blancas y rojas, de cicutas y amapolas revueltas. Como una señorita juzgada erróneamente o como una princesita campesina, disfrazada. Vaya, ¿estaría yo también enamorado de ella?

”Baste decir que un domingo, finalizada la misa, la dorada juventud de la ciudad se reunió en la plaza, delante de la iglesia, formando un semicírculo, empuñando sus finos bastones de caña, con sus guantes de gamuza nuevos y sus monóculos destellantes. Como dictan las costumbres caballerescas, los jóvenes procedieron a pasar revista a las mujeres que salían del templo, y uno de ellos, llamado Pista Boros, se fijó en Zsuzsika y se enamoró de ella perdidamente. Se plantó delante de ella de un salto y empezó a hablarle.

”Zsuzsika torció la boca del susto. Pista continuó hablando, de modo que Zsuzsika se tapó los oídos. Entonces Pista bajó la voz hasta un susurro. Zsuzsika, al percatarse de ello, se apartó las manos de la cabeza y le prestó atención a Pista, lo miró y sonrió; esta vez, a su debido tiempo.

”¿Cómo explicar que él triunfase donde los demás habían fracasado? A decir verdad, poseía unas cualidades extraordinarias que lo convertían en un tipo singular. En primer lugar, era un chico bien parecido, con el cabello rizado y la nariz aguileña. Se vestía como Imre Lublóy, nuestro comicastro galán, cuando interpretaba el papel de conde adinerado. Calzaba botines hasta en verano. Además, rezumaba una cultura profunda e instintiva, una cultura imposible de adquirir, con la que hay que nacer.

”Sabía de todo. Conocía al menos mil canciones populares, con su música y su letra completa, sabía tratar a los músicos cíngaros; imponerse a ellos y mantenerlos a raya; cortar su exceso de confianza con un simple gesto, luego ganarse su afecto con una expresión señorial, condescendiente y al mismo tiempo fraternal y coqueta; interrumpir al primer violín y gritarle si no tocaba con la obligada tranquilidad, al musico del cimbalón si el *Balatón inquieto* no resonaba y rugía debidamente sobre las cuerdas de acero percutidas con palillos con punta de algodón; besar el rostro erizado de granos del alto; propinarle una patada al contrabajo; romper vasos y espejos; beber vino, cerveza y aguardiente de orujo en vasos grandes durante tres días sin parar; hacer chasquear la lengua cuando le servían la sopa de col o el estofado de cochinillo fríos; observar los naipes con detenimiento y satisfacción, entornando uno de los párpados; bailar una *csárdás*[15] rápida durante media hora, con desenfreno, gritando, lanzando al aire a su pareja para luego agarrarla antes de que cayese al suelo, como si fuera tan ligera como una pluma, con un solo brazo: en suma, tal como te he comentado, Pista sabía todo lo que distingue al ser humano de los animales y lo que caracteriza a un hombre de verdad.

”También sabía entenderse con Zsuzsika. Se había criado en el caserío de Csantaveri. En el fondo, seguía siendo un campesino, un hijo de la Puszta. Cuando abría la boca, el pueblo hablaba por ella. Pista era una antología de poesía popular viviente, encuadernada en piel humana.

”No se como logró embelesar a Zsuzsika, pero me imagino que, al cabo de unos cinco o seis minutos, la cortejaría con alguna zalamería como: “Zsuzsika, le beso las manos, estas manitas tan dulces que tiene, y por usted estoy dispuesto a ser un perro pastor durante dos años”. Claro que él lo diría de forma más vivaz y campechana. Nuestra fantasía es demasiado limitada para representárnoslo. Bueno, tanto da. El caso es que, después de que Pista la acompañara a su casa, Zsuzsika se enamoró de él a su vez, y también perdidamente.

”La relación que nació entonces no estaba en modo alguno exenta de dificultades. Los dos enamorados sólo se reunían un rato los domingos, después de misa, pues el resto del tiempo el viejo celaba a su hija como un perro pastor furioso. Llegado a este punto debo mencionar que en su patio había dos perros pastores furiosos auténticos. Por las noches los soltaban de las cadenas, y ellos, al percibir el menor ruido procedente de la valla, corrían hacia la puerta con los ojos inyectados en sangre y despertaban con sus ladridos a todo el vecindario. Así pues, Pista se mantenía alejado de la casa de la muchacha. Paso una temporada triste, bebiendo y encargando a los cíngaros que le tocaran música. Luego decidió pedir la mano de Zsuzsika, como Dios manda.

”Se puso la levita, el sombrero de Panamá, le pidió prestado a Tóni Vermes su reloj de bolsillo de oro con doble tapa y la cadena de oro, y llamó a la puerta del campesino rico, no muy esperanzado. En aquel entonces era pasante en una notaría y contaba veintitres años de edad. Ganaba lo suficiente para evitar que sus impacientes acreedores se le echaran al cuello. Su patrimonio se reducía a sus hermosos y largos apellidos nobiliarios, pero sabía que en aquella casa causaría poca impresión con ellos.

”Aquel mediodía agobiante, el viejo estaba sentado en el porche recubierto de enredaderas, tapado de pies a cabeza, con botas y sombrero. Dirigió una ojeada a Pista. Sólo una. Escudriñó al chico, que le pareció muy poca cosa, flaco, un petimetre atildado y un pelagatos bueno para nada, del todo inadecuado como marido. Enseguida desvió la mirada como diciendo “mejor que se quede fuera”. Ni siquiera lo invitó a entrar en la casa. Permanecieron en el porche. Aunque el viejo no le ofreció asiento, Pista se sentó y le expuso su petición. El viejo no respondió ni si ni no. Se limitó a

guardar silencio. Lo que suponía un grave problema. Al que se opone siempre cabe la posibilidad de convencerlo de alguna forma. No obstante, frente al silencio, uno está absolutamente impotente. Pista se marchó, abochornado, después de tenderle la mano al viejo, que no se molestó en estrechársela. Simplemente alzó el pulgar, lenta y rígidamente, sin ninguna prisa, hasta el ala de su sombrero.

”Nosotros, en aquella época, vivíamos en la misma calle polvorienta e infestada de maleza que ellos, pero al otro lado. Por eso se lo que ocurrió después. En realidad, nada sucedió durante meses, hasta los primeros días de octubre. Recuerdo aquella noche de otoño, fresca y pura. La luna llena emitía un brillo lo bastante intenso como para sacar fotografías o afeitarse sin necesidad de otra luz. Eran cerca de las once. Oí un vocerío y luego varios gritos de socorro seguidos. Las mujeres chillaban, los hombres bramaban. Los que dormían saltaron de la cama. Todos corrimos en dirección a la casa. Cuando llegué, ya reinaba el silencio. En el patio había dispersas unas sogas, escaleras de mano y una vara. Alguien alumbraba la escena con una vela. Alrededor del pozo había varias personas mudas y conmovidas, unos estaban inclinados hacia delante, otros, de rodillas, y en medio del oscuro grupo yacía Zsuzsika, calada hasta los huesos, a la que acababan de sacar del pozo. Ya le habían presionado repetidamente el pecho para que expulsara el agua. Ahora ella escupía y tiritaba, con los labios azules en la claridad azul de la luna. La blusa mojada se pegaba a sus tiernos senos. La pobre había querido morir ahogada, como Ofelia.

”Había saltado al pozo, un pozo con su polea, típico de labriego. Nunca deja de asombrarme la naturaleza humana. Zsuzsika estudiaba en una escuela de monjas, había memorizado en francés la fabula de La Fontaine sobre la cigarra y la hormiga, tocaba en el piano alguno de los ejercicios más sencillos del método Köhler, ¿y todo para qué? En un momento crucial de su vida siguió los tenebrosos instintos y las sórdidas tradiciones de sus antepasadas, como otras tantas muchachas y mujeres campesinas que, a lo largo de los siglos, no concebían otra manera de suicidio que arrojarse al agua helada de un pozo en la oscuridad de la noche y abrazar la muerte entre ladrillos revestidos de verde musgo y sapos.

”El padre, alejado del grupo, se retorcía las manos bajo una

acacia. Había comprendido perfectamente lo sucedido. Si una chica salta al pozo, no hay duda de que está enamorada de veras. Era un mensaje claro y comprensible. Mas valía, pues, que no se anduviese con rodeos. Y no se anduvo con rodeos. Otorgó de inmediato su consentimiento para la boda, abrió su corazón y, milagrosamente, también el monedero. A la hija le entregó una dote de cuarenta billetes crujientes de mil. Pista la llevó al altar antes de Navidades.

”Y fíjate, que cosas. El viejo, después de aquel episodio, empezó a marchitarse, se encogió a la mitad de su tamaño. De repente, su salud se quebrantó. Todos creyeron que pasaría a mejor vida. ¿Qué dices? No, te equivocas. Qué va, no fue el intento de suicidio lo que lo debilitó. Tampoco se entristeció cuando su hija se marchó de casa, dejándolo solo en la vejez. Era el dinero lo que le dolía, esa suma ingente, los cuarenta billetes de mil que, de un modo inexplicable incluso para él mismo, le habían sacado con artimañas. Nunca se perdonó el haber mordido el anzuelo.

”Desapareció de la vista de la gente. Ni siquiera se sentaba en el banco de madera de la calle. Se quedaba acurrucado en el cuarto con suelo de tierra, con sus botas, su sombrero y su bastón, como un campesino viejo que aguarda al tren en una sala de espera de tercera clase. Se pasaba el día removiendo el polvo con la punta del bastón y escupiendo. Para la noche lograba formar charcos considerables con los escupitajos. El que escupe piensa. Admito que su estilo distaba bastante del de Immanuel Kant al formular su *Critica de la razón pura*, pero sobre gustos no hay nada escrito. En su caso, escupir era señal inconfundible de reflexión. No lograba quitarse de la cabeza a su yerno, ese miserable cazadotes que lo había engañado y desplumado con tanta astucia.

”Sin embargo, lo cierto es que Pista no era un cazadotes. Se habría casado con Zsuzsika aunque ella no hubiera aportado las cuarenta mil coronas, aunque hubiese estado desnuda salvo por la blusita que llevaba cuando salto al pozo. Amaba a Zsuzsika. Y ese amor aumentaba cada vez más. Yo nunca había conocido a un marido que adorara tanto a su esposa. Sin antes jurárselo a si mismo o a ella, rompió de la noche a la mañana con la vida disoluta, no volvió a beber ni a jugar a las cartas. No deseaba más que estar junto a su esposa. La alojó en su piso de soltero, porque fue allí adonde se mudaron, para no comprar ni alquilar siquiera

otra casa. Depositaron su dinero en el banco. Sólo compraron un landó en el que se desplazaban de un sitio a otro. Por las tardes paseaban por calles apartadas, agarrados de la mano. Sin lugar a dudas, habían contraído matrimonio por amor.

”Naturalmente, los matrimonios contraídos por amor también presentan sus inconvenientes. El que se casa por amor no actúa con mucha más sabiduría que el que mete en su casa un leopardo bello y esbelto, para que vele por su tranquilidad. Es algo fuera de lugar.

”La pareja discutía con frecuencia. Si Pista era celoso, su esposa lo era aún más. Imaginar los pensamientos de su marido bastaba para enardecer sus celos. Los dos eran muy jóvenes, casi unos críos. Sin embargo, tras las tempestades siempre aparecía el arco iris. Se reconciliaban, anegados en llanto. En otras palabras, reñían y se besaban, como las palomas.

”Unos meses después de las nupcias, se pelearon de nuevo por alguna minucia. Era una mañana de primavera. Pista salió, cerró la puerta de un golpe y se encaminó a toda prisa a la oficina. Cuando regresó, a mediodía, encontró la casa vacía. En la cocina, la lumbre no estaba encendida. Zsuzsika ni siquiera le había preparado el almuerzo. Pista la buscó durante un buen rato por todas partes, incluso debajo de la cama. La esperó hasta las tres de la tarde. Luego fue a casa de su suegro.

”El viejo, a quien sólo había visto una vez desde la boda (lo habían visitado ellos), lo recibió con frialdad. En esta ocasión tampoco le dio la mano, y lo trataba de usted. No mostraba la menor sorpresa ante lo que Pista le contaba. Sacudía la cabeza, se encogía de hombros y repetía entre dientes que su hija no había vuelto a casa, que Dios sabía por donde andaría, que él no tenía ni idea. Por lo demás, resultaba evidente que el asunto le preocupaba más bien poco.

”En el patio, Pista se asomo al pozo y arrancó a correr de vuelta a su casa. Confiaba en hallar a Zsuzsika allí cuando llegara. Pero ella no estaba. La inquietud se apoderó de él. ¿Dónde estaría su esposa, adónde habría huido? Zsuzsika no mantenía amistad con nadie y seguía sin atreverse a entrar sola en un restaurante. Pista rastreó toda la ciudad, miró en todas las bocacalles y pasadizos. También registró el bosque que rodeaba la ciudad. Al caer la noche, desesperado, denunció la desaparición de Zsuzsika a la policía. El

oficial le recomendó que echara otro vistazo en casa de su suegro.

”A Pista no le quedaba alternativa. Pero antes, rodeó la casa por la otra calle. Divisó una luz en la ventana. El viejo jamás encendía una sola lámpara, le parecía un derroche. Estaba bien claro que Zsuzsika se ocultaba allí. Pista dio unos golpecitos en la ventana. Por toda respuesta, la lámpara se apagó. Era ella, sin duda.

”Su marido no se atrevió a entrar y sacarla de allí por la fuerza. La conocía bien. Era tan terca como su padre. A todo acto violento reaccionaba con una violencia aún mayor. De modo que Pista llamó a la puerta. Al cabo de largo rato, le abrió el viejo. El joven señaló que su esposa se escondía allí. El viejo ni lo negó ni lo confirmó. Su yerno se puso a rogarle que ablandara el corazón de la chica, que la persuadiese de que hiciera las paces con él, le aseguro que le estaría muy agradecido y le prometió el oro y el moro. El viejo recapacitó largamente. Luego le espetó que aquello le costaría cinco mil coronas.

”Pista lo tomó a broma, hasta se rio, pero el hombre hablaba completamente en serio. Al día siguiente, el suegro ya ni siquiera lo dejó entrar en la casa; sólo murmuró un saludo escueto a través de la ventana y, al constatar que Pista venía con las manos vacías, la cerró con brusquedad. Zsuzsika permanecía inflexible. Ni siquiera aceptaba las cartas de su marido. Pista no recuperó a su esposa hasta que sacó del banco las cinco mil coronas y las contó todas en las manos de su suegro.

”Fue así como el viejo lo chantajeó la primera vez. Hubo dos más. La primera de ellas le costo más caro a Pista, que hubo de desembolsar quince mil coronas. El caso más grave, sin embargo, fue el último, que se produjo durante el segundo año de sus nupcias, en época de carnaval.

”Aquello ya no fue cosa de risa. El matrimonio volvía de un baile de máscaras (el primer acto social al que Pista había llevado a su mujer) cuando se enzarzaron en una disputa. En cuanto entraron en la antesala de su casa, él le propinó dos rápidas bofetadas a su esposa. Zsuzsika giró sobre sus talones y, con sus finos zapatos de charol y el disfraz de hada, salió corriendo al frío de aquella helada noche de invierno y enfiló la calle a paso rápido en dirección a casa de su padre. Pista, que ya estaba hasta la coronilla de las negociaciones y reconciliaciones, y también de los rescates cada vez

más pingües que le exigía su suegro, decidió adoptar una nueva táctica: desentenderse del asunto. Confiaba en que, una vez que se le pasara el enfado, Zsuzsika acabaría por ceder y regresaría por su propia voluntad. Pista se ciñó firmemente a su propósito. Transcurrieron los días, y luego las semanas; tres largas semanas sin que él recibiese noticia alguna de su esposa. Ignoraba si ella había llegado a la casa de su suegro sana y salva o si se había congelado en la calle. Ni siquiera sabía si estaba viva o muerta. Una tarde se paseó por delante de la casa del suegro. El edificio estaba cerrado, lóbrego como un castillo abandonado.

”Pista dedicó el resto de la noche a beber. De madrugada, acudió de nuevo al castillo, en esta ocasión con la banda de cíngaros, para asediarlo con violines. Ante la ventana de su esposa les mandó que tocaran su canción favorita, *¿cuántos luceros brillan en tus ojos, Zsuzsika*?, una y otra vez, hasta que clareó. Él cantaba a grito pelado con el rostro alzado hacia la ventana, hacia el cielo encapotado de nubes de nieve, hacia las estrellas, hasta que despuntó el día, como si esperase una respuesta objetiva a aquella pregunta puramente retórica, a aquella licencia poética perdonable. Nadie le respondió. Sólo los perros ladraron a modo de protesta.

”Transcurrió la cuarta semana. Transcurrió un mes entero. Pista se impacientó. Encomendó a un abogado que fuera a la casa y negociara en su nombre. La mujer le comunicó al abogado que deseaba divorciarse a todo trance y le pedía a su marido que accediera pacíficamente a ello. Las negociaciones se prolongaron una semana más. Luego el abogado se presentó ante Pista con la respuesta del viejo. Esta vez el precio de la paz era la suma redonda de veinte mil coronas.

”Para qué alargar la historia. Pista corrió al banco, sacó lo que le quedaba de la dote, diecinueve mil setecientas sesenta coronas (se vio obligado a pedir prestado el resto a sus amigos) y pagó. Luego, tras pasar seis semanas apartado de su esposa, la levantó en brazos, la colocó triunfalmente sobre el landó y emprendió con ella el camino a casa.

”Esto me lo han contado personas que juran que fue así como sucedió, tal cual. Les creo. Sólo me corroe una duda. ¿Acaso había sido todo una treta ideada entre la hija y aquel viejo bandido para recuperar alevosamente hasta el último céntimo de la dote? Es

posible. O quizá la joven actuó simplemente como instrumento ciego de su padre al exigirle a su marido un mayor sacrificio por su amor. También es posible.

”Lo más asombroso del caso es que ya no volvieron a reñir. Es curioso. Yo no acierto a explicármelo. Quizá tú logres desentrañar el misterio.

”En efecto: tras despojarse de todo su dinero, se quedaron felices y satisfechos, a pesar de las numerosas estrecheces que hubieron de afrontar. Claro que sabían de sobra que recibirían una cuantiosa herencia una vez que el viejo entregara el alma. La buena nueva podía llegar cualquier día. Por desgracia, el viejo no parecía dispuesto a morir. Sus éxitos financieros lo reanimaron, le infundieron vigor. Retomó la costumbre de sentarse en el banco sin abrir la boca.

”Durante varios años más, gozó de una salud de hierro y de una lozanía envidiable. Dime, por favor, ¿por qué extraña razón todos los tacaños son longevos? Hay quien afirma que la tacañería constituye una manifestación de las ganas inquebrantables de vivir y que, como toda pasión real, no sólo no resulta mortífera, sino que, por el contrario, tonifica. Unos afirman que esta avidez constante y con efectos a largo plazo no se instala en organismos débiles condenados a perecer antes de tiempo. Otros sostienen que la tensa animadversión que los tacaños concitan contra si entre quienes los rodean los vivifica y refuerza su terquedad, y que el odio implacable de sus familiares los mantiene con vida, como a los hombres bondadosos las oraciones devotas de sus allegados. Hay, por último, quienes aseguran que es la tierra la que los retiene en este mundo, no los suelta, los abraza contra su seno mugriento y barroso, como si de parientes suyos se tratara, porque los tacaños son tan mugrientos y barrosos como ella. No son más que teorías. Al final, un derrame cerebral nocturno y contundente lo resuelve todo. Al viejo también lo mató uno. Entonces Pista y su esposa heredaron una fortuna muy superior a la que esperaban, casi medio millón de coronas de las de antes.

”Mucho me gustaría acabar este cuento popular moderno con un final feliz y mostrar a Zsuzsika y Pista en imágenes iluminadas por fuegos de artificio, decir que por fin obtuvieron su recompensa y vivieron felices y comieron perdices. Desgraciadamente, no fue así.

El viejo falleció el 2 de junio de 1914, y el 28 de junio, como seguramente habrás oído, estalló la guerra. Pista se alistó como alférez en el regimiento numero uno de húsares. Antes de marchar al campo de batalla, decidió invertir todo su patrimonio en bonos de guerra. En un principio, Zsuzsika, como persona de origen campesino corta de miras y apegada a la tierra, no lo aprobó. Propuso comprar oro y tierra con parte del dinero. Sólo desistió cuando su marido, que como hombre entendía más de política que ella, le explicó que al finalizar la guerra recuperarían lo invertido con grandes beneficios gracias a la pródiga generación de capitalistas ricos y poderosos que surgiría entonces. Pista nunca llegó a enterarse de que sus previsiones no se cumplieron del todo. Y no fue por culpa suya. Ocurrió que en la primera carga de la caballería lo alcanzó de lleno una granada y no quedó de él ni un dedo gordo del pie, ni un botón de cobre, y su caballo también desapareció sin dejar rastro, como si a los dos se los hubiera tragado la tierra o como si hubieran salido despedidos, con todo su armamento, hasta la Vía Lactea, aquel listón dorado que cruza el cielo, y de allí hubieran llegado galopando a un paraíso bélico deleitable y maravilloso. Zsuzsika lo esperó durante algún tiempo. Poco a poco agotó el escaso peculio de que disponía. Mas adelante malvivió de la pensión que asignaban a las viudas de guerra. Luego se mudó a otra población. Hace pocos días me contaron que había conseguido el puesto de criada en un caserío, donde trabajaba como una campesina, poniendo gallinas a empollar y cebando ocas.

”La vida es de lo más variada, ¿no es así? No, no caben quejas por lo que a la diversidad se refiere. Pero debemos añadir que no sólo es variada, sino que posee un sentido muy profundo. Así es. Bueno, ¿qué pasa? Ya es hora de que bebamos algo, ¿no?».

# 11

*Donde se habla del hotel más selecto del mundo.*

«—¿Conocéis la poesía de los hoteles? —nos preguntó Kornél Esti. Ese tema también tiene mucha miga.

”Hay hoteles de ambiente familiar, donde nos encontramos más a gusto que en nuestro hogar, con las ventajas añadidas de que gozamos de una mayor independencia, libres de las tensiones familiares. Hay hoteles apacibles, amables y cómodos. Hay hoteles tristes, sobre todo en provincias, que semejan pianos desafinados, que nos mueven a la melancolía con sus espejos ciegos y su ropa de cama húmeda. También hay, claro está, hoteles malditos, con olor a muerte, que nos sumen en la desesperación, muy apropiados para suicidarse una noche de noviembre. Hay hoteles joviales, en los que el agua ríe al salir borbollando de los grifos. Hay hoteles severos, solemnes, mudos, hoteles parlanchines, hoteles crápulas, hoteles señoriales, fiables, tranquilos, cubiertos de la noble pátina del pasado, hoteles livianos, hoteles pesados, hoteles sanos, en los que incluso los desagües irradian luminosidad, y hoteles enfermos donde cojea la mesa, renquea la silla, los armarios andan con muletas, los sofás padecen tisis, las almohadas yacen moribundas sobre la cama. En pocas palabras: hay hoteles de todas clases.

”Camino de vuelta de mi viaje más reciente por el extranjero, pasé por un país pequeño. Allí descubrí un hotel al que debo rendir homenaje en un capítulo aparte.

”Era un establecimiento selecto. Más que cualquier otro en el que me haya hospedado nunca. Me atrevo a afirmar, sin temor a equivocarme, que se trata del hotel más selecto del mundo.

”Mi automóvil emergió del polvo del atardecer, entre barracas bajas y destartaladas, y se detuvo ante un rascacielos de trece

plantas, coronado por una cúpula y adornado con rosetones de estuco, que contrastaba vivamente con su deprimente entorno y que por lo visto acogía a los extranjeros elegantes que recalaban por allí.

”Enseguida pensé que había ido a parar a un lugar fuera de lo común.

”»No bien tocó mi chofer la bocina, la plantilla del hotel por entero se personó ante la puerta giratoria. Serían unos quince o veinte. Componían todo un pequeño ejercito.

”Uno de los empleados abrió la portezuela de mi coche, el otro me asistió en la operación de bajar, el tercero tomó a su cargo mi guardapolvo inglés, el cuarto cargo con mi *traveller trunk* americano, el quinto con mis dos maletas, el sexto levantó mi bolso de piel de cocodrilo, el séptimo recogió mi periódico francés, que había dejado olvidado sobre el asiento. Todo esto sucedió en un abrir y cerrar de ojos, con gran rapidez, en un santiamén.

”Aquéllos a los que no les correspondió papel alguno en ese trabajo, callados y preparados, formaban una fila sobre la acera, en un orden distendido, en absoluto marcial, pero disciplinado.

”Cada uno llevaba una gorra con detalles de pasamanería, una especie de uniforme de opereta extraño y violáceo. Caminé delante de ellos, como pasándoles revista. En el acto, las gorras de pasamanería, obedeciendo a una voz de mando inaudible, dejaron al descubierto las cabelleras pulcramente peinadas.

”Era así como saludaban a los huéspedes llegados desde lejos, con un respeto profundo, franco, casi filial que siempre albergarían en el fondo de su corazón, de donde ninguna vicisitud lo apartaría jamás, un respeto que, si no me habían manifestado hasta entonces, es sólo porque hasta ese día ni siquiera me conocían.

”Permanecí un buen rato observando el puñado de soldados que integraban mi tropa. Me producían la impresión de que, en caso necesario, estarían dispuestos a verter su sangre por mí. Los ojos se me arrasaron en lágrimas. Ni siquiera a un rey se le habría dispensado recibimiento tan solemne.

”La minúscula pero valiente tropa se dispersó, no al son de una trompeta o un tambor, sino a una señal de un caballero bien afeitado y canoso que hasta entonces los había dirigido desde un segundo plano. Era el conserje. Se dirigió a mí en inglés. Por su

aspecto recordaba extraordinariamente a Edison.

”Edison me guió con exquisita cortesía y tacto a través del vestíbulo decorado con plantas tropicales. Me invitó a entrar en un recinto que me pareció una sala muy espaciosa. Señaló un sofá de piel y me pidió que tuviera la gentileza de tomar asiento. Cuando obedecí, pulsó un botón.

”La sala espaciosa se elevó en silencio. Entonces me percaté de que se trataba de un ascensor.

”Era un aparato portentoso. Unas bombillas eléctricas de color verde claro proporcionaban una iluminación tenue que no hería la sensible vista de los huéspedes. Junto al sofá de piel había varias butacas sobre alfombras persas de seda en cada rincón, una mesita con artículos para fumadores, revistas ilustradas, tableros de ajedrez con las piezas ya colocadas, sin duda para que los huéspedes mataran el tedio de la espera con pasatiempos provechosos y reconfortantes. Desgraciadamente, no me fue posible disfrutar de ello, ya que apenas había paseado la mirada por el ascensor y me había fijado en su agradable ornamentación cuando la estancia se detuvo con un chasquido melódico. Había llegado a su destino, la primera planta.

”Allí me recibió una nueva cohorte de empleados uniformados de color marrón. Siguiendo las instrucciones del conserje, abrieron ambas hojas de la puerta de enfrente.

”Tras cruzar la antesala, entré en un salón que por sus dimensiones habría pasado perfectamente por el salón del trono. Las cortinas de brocado caían en pliegues pintorescos a los lados de los ventanales de estilo imperio, por los que se divisaba un pequeño río de aguas bravas y azules. Completaban los aposentos un recibidor, guarnecido con sillas blancas y doradas, un comedor, un dormitorio y una suerte de sala de tertulia más pequeña, amén de un cuarto de baño, con bañera de mármol empotrada en el suelo, espejos venecianos ante los que brillaban pulverizadores de perfume, limas de uñas y un sinfín de tijeritas. En cada una de las dependencias, incluido el baño, había tres teléfonos a disposición de los huéspedes. Uno servía para llamar al hotel, el otro para llamar a la ciudad, y el tercero, de auricular rosado, cualquiera sabe para que serviría.

”Me quedé asombrado, admirando la *suite*, luego le pregunté al

conserje cuánto costaría, aproximadamente, alquilar aquello por un día.

”El conserje no respondió. Supuse que no oía bien. En eso también se asemejaba a Edison. Para entonces yo ya estaba del todo convencido de que no sólo guardaba un parecido pasmoso con Edison, sino que era él en persona.

”De manera que repetí mi pregunta vociferando, como se acostumbra a hablar a los sordos. El anciano inventor me entendió. Sin embargo, creo que le chocó mi curiosidad y se puso algo triste, pues bajó los ojos.

”El personal, alineado ante nosotros en posición de descanso, también miró al suelo, pudorosamente.

”Sin duda, mi grosera demostración de mundanería había herido su sensibilidad, que con toda seguridad se movía por esferas más elevadas (alturas inalcanzables para el inmundo materialismo), como si yo hubiese interrumpido al poeta que arde en pleno fervor de la inspiración para preguntarle el precio de una patata.

”Todos callaban.

”Me disponía a disculparme, a aclararles que era poeta, que me ganaba el pan con el laborioso trabajo de la escritura y por ello valoraba tanto el dinero, cuando el conserje expresó su desengaño pronunciando fría y distraídamente una cifra, en dolares, una cifra que casi me tira de espaldas.

”Solicité otra habitación.

”Tomás Alva Edison asintió con delicadeza. Me condujo al segundo piso, donde nos aguardaban unos uniformes color yema. Como tampoco juzgué adecuado el precio de aquellas habitaciones, subimos a la tercera planta, cuyo personal vestía de blanco y azul, luego a la cuarta, a la quinta, siempre más y más arriba.

”Por fin llegamos a la undécima planta. En ella prestaban servicio unos chiquillos rubios y llamativamente guapos, ataviados con uniformes rojos.

”Seguí al conserje por un pasillo interminable acompañado de un séquito menguado, pero aun así numeroso. De cuando en cuando se encendía una lucecita de colores sobre el dintel de las puertas. Le pregunté a Edison para que se usaban.

”Esta vez tampoco me contestó de inmediato.

”Primero se mostró atónito ante mi plebeya curiosidad y el

hecho de que hubiera en la faz de la tierra persona que ignorara la finalidad de aquellas luces; luego, distante y escueto, me comunicó que las señales luminosas sustituían al timbre; las emitían los huéspedes, que se comunicaban así con los empleados sin alterar el descanso de los demás ni romper el silencio indispensable del hotel.

”Al fondo, en un recoveco apartado, encontré una habitación interior que más o menos se ajustaba a “mis necesidades”.

”Incluso aquella habitación era tan pomposa, tan resplandeciente, que no oso describirla.

”Sólo contaré que sobre una mesita de malaquita había un estuche alargado de madera en forma de clavicémbalo, con ochenta y cinco teclas blancas y negras cuya utilidad desconocía.

”Como soy un músico apasionado y toco el piano con aceptable destreza, me senté ante el aparato sin perder un segundo y empecé a tocar la sonata Patética de Beethoven. No bien llegué a la parte del alegreto, oí unos golpes sordos a la puerta.

”Apareció un lacayo vestido de frac. Detrás de él, una prieta muchedumbre de empleados esperaba mis órdenes. Los conté en un periquete. Eran exactamente ochenta y cinco. De ello deduje que el instrumento alargado similar a un clavicémbalo no era tal, sino un tablero de timbres para llamar al personal, y que, al tocarlo, con imprudente precipitación, los había convocado a todos sin querer. Les pedí perdón.

”Los miembros más importantes de la plantilla aprovecharon la oportunidad para presentarse uno por uno.

”Boquiabierto, advertí que mi sirviente de día se parecía a Chopin, y el de noche, al mismísimo Shakespeare. Mi estupefacción aumentó al instante siguiente, cuando descubrí una pauta general en este fenómeno. La primera doncella tenía un aire a Cléo de Merode, la segunda, a María Antonieta, y la señora de la limpieza era idéntica a Annie Besant, la célebre teósofa.

”Pero mi sorpresa alcanzó su punto culminante cuando en el nutrido grupo de criados identifiqué a Eckener, el héroe que voló sobre el océano, luego a Rodin, a Bismarck, a Murillo, a un caballero barbudo y tímido que era la fiel estampa del zar ruso, de triste destino.

”Y eso no era todo. El secretario del hotel se asemejaba a Schopenhauer, el chef de cocina fría a Torricelli, el de platos

preparados a Einstein, el encargado del almacén a Caruso, y un mensajero pálido y enfermizo al triste delfín, el hijo misteriosamente desaparecido de Luis XVI.

”En los leales empleados se había reencarnado toda una galería de brillantes personalidades históricas del mundo entero.

”No he conseguido dilucidar qué papel había desempeñado en ello la dirección del hotel, si ésta había seleccionado al personal con este criterio específico para atraer y cautivar a los huéspedes, o si simplemente era obra del azar que se hubiesen juntado tantas figuras de cera vivientes.

”Os juro por todas las cosas que me son sagradas que no hay un ápice de falsedad o exageración en lo que os cuento. Allí prácticamente todos se parecían a alguien y todo se parecía a algo.

”Schopenhauer me preguntó qué se me ofrecía. Le pedí que me limpiaran los zapatos polvorientos, porque deseaba salir a la ciudad y bañarme en aquel río de aguas rápidas y azules que me había embelesado a primera vista.

”El arisco sabio de Frankfurt tomó nota de este capricho tan natural como humano y me aseguró que cumpliría mi encargo de inmediato.

”Antes de retirarse me informó de que todos los empleados hablaban varios idiomas europeos, cinco como mínimo en el caso de los menos cultos, pero que el portero del turno de madrugada dominaba quince lenguas vivas, amén del latín y el griego clásico, de manera que si por ventura regresaba yo al hotel a horas intempestivas, quizá me apetecería charlar con él en latín o griego sobre las turbulentas experiencias de mi escapada nocturna.

”Dicho esto, salió. Después, otra persona llamó a la puerta. Entro Nicolás II. Se inclinó hasta el suelo con la humildad propia de los eslavos, me miró a los ojos, luego observó mis zapatos sin tocarlos con sus majestuosos dedos.

”Los examinó como un médico que detecta en un enfermo una compleja dolencia que él sabría tratar gracias a su formación médica general, aunque sería mucho más recomendable enviarlo con un especialista.

”Nicolás II no reveló este flujo de ideas con una sola palabra. Tras ejecutar otra reverencia, se alejó.

”Poco después volvió en compañía de Bismarck, Murillo,

Eckener y Rodin. Ellos también clavaron los ojos en mi calzado. Se notaba que los cinco estaban elaborando su diagnóstico y determinando el tratamiento más apropiado. Meditaban con gran circunspección, como unos facultativos reunidos junto al lecho de un enfermo de extrema gravedad.

”Llamaron a una doncella, una nueva, a la que yo aún no había visto, o al menos no recordaba, sosias de Fanny Eisler. Ella anunció con voz tintineante que el asunto “escapaba a su competencia”.

”Una vez más se marcharon todos. Sólo permaneció a mi lado el leal Bismarck.

”Pocos minutos después, vinieron a mi habitación cuatro chiquillos apuestos y rubios responsables del pasillo, empujando una especie de carro que constaba de un caballete provisto de ruedas y accionado por fluido eléctrico que conducían simplemente con la punta de sus meñiques. Bajo la experta mirada de Bismarck y con la ayuda de una diminuta grúa, colocaron mis zapatos sobre el artilugio y se los llevaron en medio de profundas zalemas.

”Apenas media hora más tarde, los trajeron de vuelta sobre la ingeniosa máquina. Estaban limpios y relucientes.

”Reanimado por aquella elegancia y aquella atención inusual, fui a bañarme. Estuve chapoteando en el río hasta la tarde. Regresé al hotel a la hora de cenar.

”En el restaurante no había más que unos pocos comensales. A mí me asignaron una mesa bien larga, como las que se utilizan en las cenas de gala. Naturalmente, me senté en el centro, solo, en el lugar de honor.

”Enseguida me sirvieron una sabrosa cena consistente en una docena de platos. Sólo destacaré el cangrejo de mar, cuya carne suculenta y rosada flotaba en una espesa salsa gris claro. Por lo demás, me concentré en beber. Primero mi bebida favorita, una cerveza clara, dorada, cuya espuma amarga y cuyo aroma a lúpulo, casi nutritivo como el pan de centeno recién horneado, me encantan desde niño. Luego caté un vino del Rin y un generoso vino griego. Por último, opté por el champán. En la cubitera se sucedían las botellas, botellas llenas de un líquido espumoso, dulce y amargo, que se enfriaban lentamente entre los cristales diamantinos de la nieve artificial.

”El pescado se preparaba en la cocina de pescados, el café en la

cocina del café. Cambiaban con regularidad las flores de los jarrones para que no se marchitaran mientras mi vista y mi olfato disfrutaban de ellos.

”Después de la cena, pedí la cuenta. El personal ocultó sus sonrisas con las manos. Todas las comidas transcurrieron de la misma manera. Los camareros siempre se mostraban sumamente serviciales. Si les hubiese solicitado que prendieran fuego a la ciudad o que mataran a su amado príncipe y que al mediodía del día siguiente trajesen su cabeza a mi mesa en una escudilla de plata, preparada en forma de *Irish stew*, estoy convencido de que habrían satisfecho mi deseo sin rechistar.

”Su cortesía iba en aumento, paralelamente a su número. Ora lo estimaba en cuatrocientos, ora en ochocientos. Y como durante mi estancia en el hotel no conté a más de ocho huéspedes, colegí que, por cada cliente, incluido yo, había alrededor de un centenar de empleados.

”Cuando yo avanzaba por el pasillo, recubierto de alfombras que amortiguaban el menor ruido, los sirvientes se adosaban a las paredes a modo de cariátides mudas. Sólo reparaba en su presencia cuando se descubrían y me saludaban en voz baja. La humildad y la educación habían pasado a formar parte orgánica de su personalidad. Más que seres humanos, eran máquinas.

”Ocurrió en una sola ocasión que un camarero exhaló una bocanada de humo del cigarrillo que sostenía entre los dedos, pero en cuanto cayó en la cuenta de que yo estaba allí, se avergonzó de su vicio, y el pitillo desapareció. Sigo sin saber donde lo metió. Quizá lo tiró a uno de los ceniceros herméticamente cerrados y forrados de asbesto que había por todas partes, o quizás, asaltado por el remordimiento, se lo metió en la boca, aun encendido, lo masticó, con papel incluido, y se lo tragó. Lo más probable es esto último.

”Insisto, el servicio era inigualable. Cada día me sorprendían con algún detalle. Me entregaban recordatorios impresos en papel japonés satinado que eran verdaderas obras de arte, listas de precios redactadas con excelencia y repletas de información valiosa. Una y otra vez me llamaban la atención sobre los cursos de baile de Dalcrose que se impartían en el hotel, o sobre los gimnasios de Mensendik, también instalados en el hotel, el laboratorio de

bacteriología del hotel, la oficina de copias, taquigrafía y mecanografía del hotel, la coquetona piscina para perros del hotel y el depósito propio de neumáticos del hotel, así como sobre el instituto de psicoanálisis excelentemente equipado del hotel, donde a cualquier hora del día o de la noche los especialistas atendían con alto nivel de profesionalidad a los muy estimados enfermos nerviosos y mentales del hotel.

”No quiero aburriros con más pormenores, por lo que, para abreviar, os diré que viví durante diez días en ese ambiente selecto y encantador.

”Una mañana grabé en el fonógrafo instalado junto a mi cama el mensaje de que, puesto que la tarde siguiente viajaría a casa en el tren eléctrico de las dos y once, deseaba que facturaran mi equipaje, con la excepción de mi bolso de piel de cocodrilo, en el que guardo mis manuscritos, a mi dirección en Budapest. A Nicolás II le encargué que llevara el cilindro de cera del fonógrafo a mi amigo Edison. El zar volvió al poco rato con otro cilindro. Tras colocarlo en el aparato me entere de que el conserje “ya había tomado las medidas pertinentes”.

”A partir de ese instante, las atenciones del personal se incrementaron minuto a minuto en progresión geométrica. Annie Besant, la mujer de la limpieza, me saludaba con hondos suspiros. Cléo de Merode, Fanny Eisler y María Antonieta revoloteaban tristemente en torno a mí, como si, después de mi partida, planearan segar su corta vida, arrastradas por el desconsuelo, tomando veneno. Chopin, Einstein, Murillo, Bismarck, Schopenhauer, Torricelli, Nicolás II, Caruso, Rodin y el malogrado delfín se cuadraban cada vez que me cruzaba con ellos en el pasillo y me dirigían un vehemente “buenos días” o “buenas noches”, que sonaba como la advertencia de los monjes en los conventos: «*Memento mori*».

”¿Qué insinuaban en realidad? En ocasiones pensaba que me recordaban la propina, la propina que se habían ganado con creces. Sin embargo, bastaba con echar un vistazo a sus rostros para leer en ellos la congoja que les causaba mi inminente partida, bastaba con mirar a sus ojos enrojecidos por el llanto que en vano pugnaban por disimular para convencerme de lo contrario.

”Por la noche, después de la cena, Edison me mandó por medio

del camarero del restaurante un papelito sobre una bandeja de plata. Era el resguardo que atestiguaba que todo mi equipaje había sido expedido a mi casa por transporte urgente y que el hotel, naturalmente, había abonado el importe del envío por anticipado.

”Asentí a modo de aprobación y me retiré a mi habitación. Un estridente coro masculino me deseó buenas noches cantándome al oído. Salté de la cama. No había un alma en mi habitación. La explicación radica en que el atento y entusiasmado personal masculino del hotel, que como se sabe contaba con sus propios medios de grabación y reproducción, me había presentado sus respetos a través de los altavoces de la radio.

”Lo mismo sucedió por la mañana, con la diferencia de que entonces me despertó la voz plateada de las empleadas, que me deseaban buenos días.

”El último día, temprano por la mañana, fui a buscar a Edison a su garita de conserje, con la intención de pagar. Al oír mencionar el dinero, esbozó una sonrisa despectiva que destilaba un dolor infinito. Me aseguró que habría tiempo de sobra para “saldar mi factura”, ya que mi tren salía después de las dos y yo almorzaría en el hotel. Por lo demás, ya estaban preparando mi factura: la oficina central de cuentas estaba dándole los últimos retoques artísticos.

”Con el bolso de piel de cocodrilo en la mano, me encaminé lentamente hacia el bosquecillo de palmeras de la ciudad, donde hasta entonces había trabajado a diario en mi ciclo de poemas de amor, merecidamente famoso por su tono campechano y ferviente instinto, titulado: *Inhibiciones y transposiciones*.

”Me senté al borde de la fuente de mármol. Permanecí un rato absorto en mis pensamientos. Luego, siguiendo el método que tan buenos resultados me había proporcionado, intenté elevarme a un estado de éxtasis creador. Asesté varios topetazos contra el borde de mármol. La única manera de sumergirme en la actividad creadora consiste en anular por completo la razón.

”Desgraciadamente, el sistema no surtió un efecto instantáneo. La razón es una facultad extremadamente testaruda. En aquel momento insistía en acosarme.

”Algunas personas ya me habían prevenido de que en el mundo existía la razón. Entre ellas, el personal del hotel.

”Estornudé, y una radio instalada en una palmera de cinco

metros de altura y equipada con altavoces me transmitió los buenos deseos de los empleados de ambos sexos del hotel.

”A pesar de la interrupción, en el transcurso de unas horas compuse una de mis obras más importantes, un poema de dos versos, sobre el odio subconsciente que albergaba hacia mí Elinor, mi última amada.

”Tan colosal esfuerzo intelectual me dejó totalmente extenuado. Pasé otras dos horas con los ojos clavados en el suelo, mientras recuperaba la razón.

”Volví a mis cabales al divisar un avión que aterrizaba en un claro cercano con la gracia y la liviandad de una libélula.

”Quiso la suerte que su siguiente etapa fuera mi patria. Sin saber por qué, subí al aparato y le ordené al piloto que me llevara a casa con urgencia.

”Arriba, en los aires, cuando el altímetro ya señalaba los siete mil metros, y el río de aguas rápidas y azules se veía tan diminuto como la pulsera de platino que llevaba Elinor en la muñeca, volando sobre las nubes y las cumbres nevadas, me acordé de repente de que no había pagado la factura del hotel y, causalmente, tampoco había dado propina a los empleados que durante casi dos semanas habían velado por mi bienestar con tanta abnegación.

”Como, debido a mis amplios conocimientos de psicología humana, sé que las “casualidades” no existen y que no “olvidamos” cosa alguna sin motivo, enseguida concebí algunas sospechas.

”Me puse a analizarme. Mientras el aeroplano ejecutaba atrevidas acrobacias y yo colgaba con la cabeza hacia el globo terráqueo, continué con mi examen de conciencia, tarea que pronto finalicé con éxito.

”Concluí que aquel acto mío había sido inconscientemente consciente, en otras palabras, conscientemente inconsciente. Pero había sido inteligente, muy inteligente. En realidad, no me habría resultado posible obrar de otra manera.

”En fin, jamás me habría perdonado si hubiese herido las susceptibilidades de los distinguidos empleados de un hotel tan selecto ofreciéndoles dinero. Habría sido una indelicadeza, una grave falta de tacto».

# 12

*Donde el presidente, el barón Wilhelm Eduard von Wüstenfeld, figura inmortal e ídolo de sus años de estudiante en Alemania, no hace más que dormir durante un capitulo entero.*

Debía acudir a una cita en el café Torpedo a las dos menos cuarto de la madrugada.

Intenté llegar puntual, pero tardé en conseguir un coche. Mas tarde, se puso a granizar. Mi vehículo se vio forzado a avanzar con prudencia, a paso lento. Serían las dos y cuarto cuando abrí la puerta de la sala que nos habían reservado en el Torpedo.

Mi llegada suscitó un rumor de irritación. Kornél Esti, que ya llevaba un buen rato hablando, me lanzó una mirada de desprecio y enmudeció.

Estaba rodeado por su compañía habitual, compuesta por ocho o diez escritores, por llamarlos de alguna manera, y una o dos mujeres. Tenía delante una copa de Bikavér[16] y una fuente de plata, en la que descansaba la raspa fabulosamente liviana de una trucha sobre los restos de alguna salsa de color verde claro.

En medio de aquel silencio hostil, me despojé de mi abrigo de piel y encendí un cigarrillo. Alguien me informó en voz baja acerca de los antecedentes de la historia.

Kornél hablaba sobre sus años de estudiante en Alemania, sobre un caballero elegante, refinado, un personaje destacado de la sociedad de Darmstadt —cuyo nombre completo era barón Wilhelm Friedrich Eduard von Wüstenfeld—, presidente de la asociación cultural Germania, de dicha ciudad, entre otras numerosas asociaciones, sociedades, reuniones, comisiones y subcomisiones políticas, literarias y científicas que presidía.

«—Bueno —continuó Esti—, siempre ocurría lo que os he contado. El presidente abría la sesión y se quedaba traspuesto. Antes de que el conferenciante llegase siquiera a la mesa, el presidente ya estaba como un tronco. Se dormía con rapidez, como fulminado por un rayo, como los bebés. Del borde de la vigilia se despeñaba al desfiladero sin fondo del sopor. En un instante, se sumía en un sueño dulce y profundo.

”El conferenciante llegaba a la mesa, agradecía el aplauso, se inclinaba ante el publico; el conferenciante se sentaba y ordenaba su montón alarmantemente grande de hojas manuscritas; el conferenciante carraspeaba y procedía a soltar su discurso, que versaba bien sobre “La visión de la esencia de la existencia dinámica”, bien sobre “Nombres de animales y plantas en los poemas amorosos de Heinrich von Morungen”, pero esto ya no incumbía al presidente, que para entonces ya había escapado del mundo de la conciencia por un pasadizo secreto sin llamar la atención, dejando en prenda su cuerpo en el sillón presidencial.

”Al termino de la disertación, el presidente llamaba a la tribuna al siguiente conferenciante que figuraba en el programa impreso, luego al tercero y, mientras éstos atendían a su obligación, él hacía lo propio con la suya.

”Me explico: las ponencias guardaban una relación recíproca, una relación fatal, casi de causalidad, con el sueño persistente y prácticamente continuo, interrumpido por breves pausas, del presidente. Éste, en cuanto abría la sesión, cerraba los párpados. Luego, cerraba la sesión y abría los ojos. En un principio este comportamiento me intrigaba.

”Llegué a Alemania muy joven y sin experiencia. Ya llevaba cuatro años vagabundeando por el extranjero, familiarizándome con los alegres y desenvueltos franceses. Fue en Paris donde recibí el severo telegrama de mi padre en el que me ordenaba que me trasladase cuanto antes a Alemania para proseguir allí mis estudios. Me exigía asimismo que sólo me dedicara a las ciencias y abandonase la literatura, en la que me había concentrado hasta entonces. En su cable recalcaba que si no lo obedecía, dejaría de pagarme la asignación mensual. Por este motivo o por el infinito amor que le profesaba, cumplí su petición sin demora. Pero le estoy agradecido hasta el día de hoy. Con toda seguridad, de no ser por

él, no habría llegado a conocer a los alemanes.

”Naturalmente, ya había oído unas cuantas cosas sobre ellos: que eran uno de los pueblos más grandes del mundo, que había aportado a la humanidad la música y el pensamiento abstracto; un pueblo “sombrío y cargado de pensamientos”, en palabras de su divino Hölderlin. Cuando me invade la melancolía, suelo tararear fugas de Bach y recitar versos de Goethe. “Entre bosques de abetos y altas cumbres habitan unas gentes laboriosas y meditabundas —pensaba para mis adentros—, bajo el cielo estrellado y regidas por un estricto orden moral”.

”En suma, valoraba mucho a los alemanes, el pueblo al que probablemente tenía en mayor estima. Sin embargo, nunca había estado en contacto directo con ellos. A los franceses, en cambio, los quería.

”Qué grave perdida habría significado no llegar a tratarlos en persona. Se reveló ante mí un mundo nuevo. Desde el momento en que mi tren se adentró en tierras alemanas, no cesé de maravillarme. Estaba prácticamente siempre boquiabierto, por lo que mis compañeros de viaje me juzgaron mentecato. El orden y la limpieza reinaban por todas partes, tanto entre los objetos como entre los seres humanos.

”Primero me apeé en una especie de balneario para quitarme el polvo del camino. No hube de preguntar a nadie donde estaba el mar. En las calles limpias y barridas, a intervalos exactos de diez metros, se alzaba un elegante poste, con una mano que señalaba la dirección instalada sobre una placa de esmalte en la que se leía la siguiente frase: “Camino hacia el mar”. Habría sido imposible guiar mejor a un forastero. Llegué a la costa. Sin embargo, allí quedé algo perplejo. Sobre la arena de la playa, a un metro del agua, me llamó la atención un poste similar a los anteriores, pero algo más grande, con una placa de esmalte algo mayor, pero muy parecida a las anteriores, en la que se leía la siguiente inscripción: “El mar”.

”Yo, que había llegado allí procedente de tierras mediterráneas, en un principio lo consideré algo totalmente innecesario, ya que delante de mí rugía el mar embravecido, y era evidente que nadie confundiría el mar del Norte con una escupidera. Mas tarde comprendí que la superficialidad propia de mi juventud me había inducido a error. En esos detalles precisamente residía la verdadera

grandeza de los alemanes. Eran el reflejo de la perfección misma. Su predisposición al razonamiento los impelía a poner punto final al teorema e indicar el resultado, del mismo modo que el matemático también escribe mientras realiza una demostración que 1 es igual a 1 o el lógico constata con frecuencia que Pedro es Pedro (y no Pablo).

”En Darmstadt alquilé una pequeña y modesta habitación de estudiante en casa de un tonelero. Allí también me aguardaba toda una serie de sorpresas. La familia era agradable, atenta y muy pulcra. El padre del tonelero, un caballero anciano, aparentemente una persona sencilla, dispensaba al don nadie procedente de fuera un trato benévolo y cariñoso. Por las tardes, cuando yo llegaba de la calle, siempre me preguntaba: “Bueno, joven, dígame que ha experimentado, primero, en el aspecto humano, segundo, en el literario, y tercero, en el filosófico”. Yo no sabía responder de inmediato a la pregunta. Y no sólo porque apenas chapurreaba el alemán. Me desconcertaba aquella profundidad insólita, aquella afición a clasificar tan propia de la idiosincrasia alemana. La primera ocasión en que me formula esta pregunta, mi mente poco cultivada estuvo a punto de estallar. Recordé que aquella mañana, en la biblioteca, le había echado una ojeada a Hegel, luego, en el comedor de estudiantes, había almorzado alguna vianda con salsa de eneldo, y por la tarde había deambulado con Minna por los parques de la ciudad. ¿La biblioteca constituía una experiencia humana y la salsa de eneldo una experiencia literaria? ¿Pasear con Minna constituía una experiencia filosófica, o viceversa? Para mí, hasta entonces, las tres cosas eran una misma. Confundía la biblioteca con la salsa de eneldo y con Minna, embarullaba en mi cabeza las experiencias humanas, literarias y filosóficas. Sólo tras ejercitar mi cerebro durante bastante tiempo conseguí aprender a distinguirlas.

”Debo admitir que el pueblo alemán es enigmático, más que cualquier otro. Piensan constantemente. Me encontré con unos cuantos adolescentes que “por principio” sólo comían alimentos crudos, que “por principio” realizaban cada mañana ejercicios respiratorios, que “por principio” se acostaban en lechos duros, sin manta, incluso durante el frío invierno. Poseen una cultura impresionante. Del bachillerato pasan a la universidad, pero

tampoco allí finalizan sus estudios; sospecho que al graduarse se inscriben en el Universo. El Universo, con sus millones de estrellas, forma parte de sus cálculos y, lo que es más, figura en su agenda. Hasta las chicas y mujeres lo mencionan como un local de diversión muy popular. Por lo general, las mujeres alemanas son sensibles y de carácter novelesco, rasgo que comparten con las francesas. La diferencia entre ellas quizá resida en que las francesas tienen los ojos grandes, mientras que las alemanas tienen grandes los pies y el alma, que aprehende con gran facilidad todo lo noble y hermoso. En el momento en que uno traba conocimiento con ellas, se retratan con inteligencia, de manera exhaustiva y abstracta. Revelan el eje y la sección de su vida espiritual, dos o tres de sus características cruciales y síntomas generales, como el paciente que refiere al médico su historial. Son extremadamente sinceras. Tampoco ocultan sus debilidades. No se avergüenzan de ninguna debilidad humana. Una encantadora mujer divorciada, a quien había empezado a cortejar, me confesó una tarde amarilla de otoño, bajo los tilos, que con el parto le habían salido hemorroides, lo que le provocaba grandes sufrimientos hasta el día de hoy. No me lo contó porque yo la hubiera interrogado al respecto, sino por pura y simple sinceridad, porque se trataba de un problema natural. Vivimos en un mundo abrumador.

”Las puertas de las mejores casas se abrían ante mí, una tras otra. La gente me acogía en su círculo como si no fuese extranjero. Apreciaban hasta lo poco que de valor hay en mí. Con la misma intensidad con que se aferraban a su identidad nacional, valoraban otras naciones. No proclamaban principios internacionales. Los ejercían. Los alemanes son instintivamente humanos. En su mesa familiar siempre reservaban un lugar para mí. Sin embargo, no ocultaré que allí también me asombraba alguna que otra cosa. Una vez, por ejemplo, después de cenar, me ofrecieron un queso de forma alargada, blancuzco y maloliente, que ellos denominaban “dedo de difunto”. (*Leichenfinger*). En la copa me sirvieron un licor rojo oscuro que según la etiqueta oficial de la destilería se denominaba: “Absceso sangriento”. (*Blutgeschwur*). Como persona bien educada, probé un mordisco del dedo de difunto y lo acompañé con la pegajosa secreción del absceso sangriento.

”Sólo hubo una cosa a la que tardé mucho tiempo en

habituarme: sus tarros de mostaza. En la mesa de las mejores familias había siempre un tarro de mostaza de lo más extraño, artículo que, según me entere más tarde, había enriquecido a su fabricante; causaba furor en todas partes, y la producción no llegaba a cubrir la demanda. El tarro representaba un diminuto inodoro de porcelana blanca, con tapa de madera abatible, una reproducción fiel hasta en el menor detalle, con la salvedad de que una inscripción delataba que contenía mostaza (*Senf*). En estos recipientes guardan la mostaza de color marrón amarillento para untarla sobre la morcilla que consumen a placer. En un principio no entendían por qué comía yo con un apetito moderado cuando tenía ante mí uno de aquellos objetos ingeniosos e hilarantes. A ellos les divertía. Los novios también lo miraban sonrientes, ilusionados ante la perspectiva de adquirir uno para su futuro hogar. Madres de familia respetables, en cuya presencia los comentarios mínimamente picantes eran de todo punto inadmisibles, se lo alargaban con aire distraído a su invitado. Los chiquillos de vez en cuando lo olisqueaban torciendo el gesto, para luego lamer los granitos marrones pegados a la taza de porcelana, y las chiquillas, a las que sus padres mandaban fotografiar con las manos juntas en actitud de rezar, hurgaban gozosas en el engrudo endurecido de su interior y lo diluían con vinagre, como apasionados limpiadores de alcantarillas.

”Debo admitir que durante un tiempo me extrañó aquella jovialidad sana e infantil. Y eso que anteriormente ya había pasado por la escuela parisina, donde disfrutaba con las burdas cochinadas y la sutil ambigüedad de los teatros del Montmartre, y donde había estudiado la poesía decadente que a menudo entroniza la perversión y la podredumbre. No obstante, los tarros de mostaza me dejaban perplejo. Lo que me impresionaba era precisamente la naturalidad con que los utilizaban, la familiaridad risible de lo escatológico. Por otro lado, ¿quién está capacitado para entender a un pueblo?

”Insisto, ese pueblo es misterioso e impenetrable, pero también leal, inteligente y atento. Cuando yo caí enfermo, la dueña de la casa se encargaba personalmente de hacerme la cama, me mullía y alisaba la almohada, me cambiaba las compresas de agua, me colocaba el termómetro, me preparaba infusiones de tila y me cuidaba con una ternura maternal y profundos conocimientos

médicos. Sólo las mujeres alemanas saben atender a un enfermo. En alguna ocasión mandaron llamar al médico. Los facultativos alemanes son incomparables. Hasta el más modesto de ellos posee una formación equiparable a la de cualquier profesor de universidad extranjero. Sus ojos del color de las nomeolvides escudriñan la frente enfebrecida con objetividad y a la vez con una compasión y un cariño infinitos. Uno se cura con sólo fijarse en los medicamentos producidos en millones de variantes por los mejores laboratorios del mundo. Suelo afirmar que, si he de enfermar y morir, que sea entre alemanes. Pero prefiero vivir en otra parte, en mi país, y pasar mi tiempo libre en Francia.

”No obstante, yo no había ido allí a vivir, sino a aprender. Antes que nada, quería aprender su idioma, algo duro y áspero, complicado y tortuoso, pero precioso y antiguo, y que yo aún chapurreaba con múltiples fallos y deficiencias. Con frecuencia no entendía lo que me decían, o ellos no me entendían a mí. Estos dos inconvenientes, en lugar de neutralizarse, se acentuaron con el tiempo. Dominar el alemán se convirtió en una obsesión para mí. Aguzaba los oídos como un policía secreto. Me paraba a hablar con todo el mundo. En mi entorno abundaban los profesores de idiomas y los diccionarios vivientes. Los consultaba siempre que me era posible. Saludaba con deferencia incluso a los niños de tres años, ya que hablaban mejor el alemán que yo, pese a que yo leía en su versión original los *Prolegómenos* de Kant. Si en la calle no lograba distinguir alguna palabra, se me oscurecía el ánimo. Una vez llegué al borde del suicidio cuando un comerciante, al percatarse del acento extranjero de mi habla, por lo demás aceptable, me respondió, con la mejor de las intenciones, seguramente, por medio de señas, como a un sordomudo o un salvaje. Me consagré al estudio con una diligencia febril y procuraba no dejar escapar la menor oportunidad de progresar. Desgraciadamente, sufrí muchos fracasos. Una noche, después de un banquete de estudiantes, me dirigía a casa en un coche de alquiler. Le pregunté al cochero cuanto le debía. Seguramente le entendí mal y le puse poco dinero en la mano. El cochero rompió a vociferar, me tildó de sinvergüenza y, lo que es más, me amenazó con su látigo, mientras yo lo contemplaba, embobado por lo bien que conjugaba los verbos irregulares, por la maestría con que establecía la concordancia entre

el sujeto y el predicado, y por el vocabulario tan rico y variado que empleaba. Me apresuré a buscar mi lápiz para apuntarlo todo. Entonces el cochero, a su vez, se quedó pasmado, no por su dominio de la gramática, sino por la paciencia con que yo soportaba su despiadada rudeza. Debió de suponer que yo era el fundador de una religión o un demente. Pero en realidad no era más que un lingüista.

”Así pues, yo acudía a todos los sitios donde se hablaba alemán, en público o en privado. La Germania y otras asociaciones culturales contaban con pocos visitantes tan apasionados como yo. Estaba empeñado en escuchar conversaciones en alemán, cuantas más mejor, sin importarme de que trataran.

”Permitidme que después de esta digresión, larga aunque necesaria, vuelva al barón Von Wüstenfeld, el presidente, que, cuando lo dejamos, dormía, pero os aseguro que aún sigue durmiendo. ¿Que qué opinaban de su extravagante comportamiento los habitantes de Darmstadt? Pues se habían acostumbrado. Más tarde yo también me acostumbré. En una de las primeras sesiones, lo recuerdo bien, le pregunté a un vecino por qué dormía siempre el presidente. Al vecino de Darmstadt lo descolocó mi pregunta. Clavó la vista en mí, luego en el presidente, y al final contestó, imperturbable, que, ciertamente, el presidente dormía, pero que al fin y al cabo era el presidente, y se encogió de hombros, como si yo lo hubiera interrogado sobre por qué brilla el sol. El presidente era presidente para gozar del privilegio de dormir. Ya todos lo habían asumido y aceptado.

”Pedí perdón por mi curiosidad. Con el tiempo, comprendí que no les faltaba razón. El presidente era anciano. Muy anciano. Además, estaba muy cansado. Con toda seguridad ése era el motivo de que en todas partes lo conocieran como “el luchador incansable por la cultura”. También lo llamaban “el guardián insomne de la cultura”, y no por un sarcasmo descarado o carente de fundamento. El caballero, de vasta cultura y amplias miras, con una larga carrera a sus espaldas, se esmeraba y participaba en la vida pública de sol a sol. A primeras horas de la mañana inauguraba alguna asamblea general extraordinaria, a mediodía convocaba la subcomisión preparatoria de algo, por la tarde presidía reuniones políticas y por la noche brindaba por una persona homenajeada en alguna cena de

gala. Por lo general ejercía de director en todas partes, agitaba la campanilla en todas partes, pronunciaba discursos de apertura y clausura en todas partes. Se personaba en todos los sitios donde debía personarse, y su nombre nunca faltaba en la lista de los asistentes. No era de extrañar, pues, que tan fervorosa dedicación al servicio público, sumada al peso de los años, lo hubiera extenuado.

”Claro que no era de extrañar, en absoluto. Poquito a poco, a mí también llego a parecerme lo más natural del mundo, como le ocurría a todo Darmstadt, todo Hessen y, lo que es más, a toda Alemania. Cuando yo irrumpía precipitadamente en la respetable sala revestida de madera de la Germania como un estudiante atolondrado y quería averiguar si había llegado a tiempo, no miraba al reloj de péndulo de la pared, ni a la tarima púlpito, ni al público, sino a la tribuna presidencial. Si el presidente dormía, sabía que la sesión ya había empezado. Si el presidente no dormía, sabía que la sesión no había empezado aún y salía al pasillo para fumarme uno o dos cigarrillos. En cierto modo, me había formado la idea de que el sueño del presidente era un indicio infalible y un termómetro científico del desarrollo del trabajo intelectual.

”Incluso los conferenciantes eran de la misma opinión. El hábito de su presidente no les molestaba ni ofendía. Por el contrario, tan pronto como la primera palabra de su ponencia sumía al presidente irremediablemente en el letargo, ellos obtenían inspiración del sueño del presidente. Si se percataban de que aún estaba despierto, preferían aguardar un poco (tomaban unos sorbos de agua, ajustaban la lámpara), pero la espera duraba poco, pues, para cuando ellos terminaban estos quehaceres, el presidente ya dormía profundamente. Algunos disertadores apenas se atrevían a hablar en los primeros minutos. Exponían, en voz baja, casi musitando, los detalles introductorios, como madres junto a la cuna de sus bebés; sus ideas y sentimientos andaban de puntillas. Sólo más tarde se atrevían a subir el volumen, a entregarse sin reservas al hermoso placer de la oratoria, una vez que se habían cerciorado de que el sueño del presidente había llegado al punto adecuado de profundidad y de que el hombre ya no se despertaría por nada del mundo. Huelga señalar que esa consideración casi pueril y enternecedora de los conferenciantes, esa prudencia motivada por un profundísimo respeto, era a todas luces innecesaria.

”Ay, amigos míos, con que pericia dormía el presidente. Yo nunca había visto a un presidente dormir así, aunque, creedme, son muchos los presidentes que he visto dormir a lo largo de mi vida, en Alemania y en otros estados grandes y pequeños de Europa. Para entonces yo ya conversaba en alemán con bastante soltura, y sólo iba a la Germania y a otros centros por el estilo para admirarlo a él. Yo no era, sin embargo, el único que asistía a las conferencias por esta causa. Zwetschke, un neurólogo joven, espigado y perspicaz, con quien entablé amistad en uno de tales actos, también se dedicaba exclusivamente a analizarlo. Había asimismo extranjeros (noruegos, ingleses, daneses), en su mayoría presidentes que, pese a su avanzada edad, habían peregrinado a Darmstadt para observar el método de su maravilloso colega y desentrañar su secreto, sus ardides, con el fin de aplicarlos a una carrera difícil y cargada de responsabilidades.

”Pero ¿cómo dormía? Dormía con destreza, admirablemente, con absoluta perfección, con un arte inigualable. Su maestría era comprensible. Designado para el honorable cargo siendo aún joven, a los veintiocho años, lo desempeñaba sin interrupción desde entonces, hacía ya una generación, en la Germania y otras asociaciones culturales. Había adquirido una experiencia enorme. A ambos lados de la tribuna lo flanqueaban sus dos vicepresidentes, como un barrabás a la derecha y otro a la izquierda. El profesor Hubertus von Zeilenzig y el profesor Eugen Ludwig von Wuttke. Ni que decir tiene que ellos también cerraban los ojos, cabeceaban, dormitaban, incluso dormían, pero sólo a medias, como liebres, nerviosos como un perro. Al observador atento le bastaba con echarles un vistazo para percibir la diferencia entre el maestro y los novatos chapuceros, para saber que no eran más que unos discípulos, unos vicepresidentes que nunca llegarían al puesto de presidente. Él, sin embargo, que dormía entre los dos con una convicción y una profesionalidad a toda prueba, era un presidente, un presidente de pies a cabeza. Dios lo había creado para eso, sin duda alguna. Algunas personas de Darmstadt me confiaron que aquella rara cualidad ya se había manifestado en la infancia y que, mientras sus cándidos compañeros jugaban a la pelota alegremente en la pradera, él se apartaba, se acomodaba sobre un montículo que asemejaba un podio, y allí ejercía de presidente.

”Dormía con aire de importancia, con rigor y con autoridad, con una dignidad y un amor propio indescriptibles. Con ello no pretendo insinuar, ni mucho menos, que en estado de vigilia careciera de cualquiera de estas virtudes. Despierto también destilaba autoridad. Era amable, pero frío como el hielo, serio y majestuoso. Cuando se presentaba en cualquier parte con su chaqueta abrochada hasta la barbilla, su corbata negra de confección y sus pantalones bien planchados, a la gente se le helaba la sonrisa en los labios. Según mis amigos, un verano recibió a unos biólogos alemanes y los guió en una visita a los bosques de Darmstadt; tan pronto como llegaron allí, los mirlos, los paros y todos los pájaros cantores callaron de golpe, porque sus trinos desentonaban con la solemnidad de la situación. A pesar de todo ello, el prestigio del presidente aumentaba cuando dormía. Entonces se convertía en una estatua enigmática. El sueño recubría su rostro con una máscara mortuoria superficial e improvisada, que le confería cierto parecido con Beethoven.

”Además, dormía con delicadeza y distinción, de manera señorial, por así decirlo, con elegancia y finura. Por ejemplo, nunca roncaba, nunca se le caía la baba. Sabía guardar las formas. Era, al fin y al cabo, un barón, un noble. Agachaba la cabeza entre los hombros. Cerraba los párpados, como si, al desactivar el sentido de la vista, quisiera reactivar su atención, como si con ello mostrase su reverencia hacia las ciencias y la literatura. El ensimismamiento le transfiguraba el semblante y lo dominaba una especie de devoción religiosa. Cierto que la anciana cabeza, sostenida ya con laxitud por los tendones del cuello, caía al instante siguiente obedeciendo inevitablemente la ley de la gravedad, aproximándose más y más hacia la mesa presidencial tapizada de fieltro verde, y el peso de la testa arrastraba consigo el tórax y el torso. Muchas veces me asaltaba el temor de que su rostro chocara contra la campana presidencial, cuyo metal lo atraía a modo de imán, y que sus labios besaran el instrumento. Podéis estar tranquilos: nunca sucedió tal cosa.

”Justamente en eso residía lo maravilloso de su caso. Dormía con plena conciencia y control de si mismo. Tan pronto como la cabeza bamboleante llegaba al punto más bajo, él la levantaba automáticamente, enderezaba el torso y todo el proceso empezaba

de nuevo. El presidente ejercía un dominio perfecto sobre su cuerpo. Conocía como la palma de su mano el coto de caza que se le había asignado en medio del espacio infinito, en el que disfrutaba de plena libertad para tender sus trampas, sin violar la etiqueta ni las reglas de la buena educación. Sabía, incluso entre sueños, que cometía un acto prohibido y sólo bajo ciertas condiciones se permitía ese pecado perdonable de la vejez, tan dulce y comprensible como el rapé. Su disciplina ponía fin al pecado en el momento preciso.

”Ni en una sola ocasión prolongó su descanso más de lo que duraba la ponencia. Se despertaba por si solo, uno o dos segundos antes de finalizar. ¿Qué era lo que lo arrancaba del sueño? Esto continúa siendo un enigma para mí, pero a juicio de mi amigo, el neurólogo Zwetschke, eran los mismos conferenciantes quienes lo avisaban, al acometer el final de su discurso con mayor énfasis y hablar con más ímpetu y en voz más alta. Yo no aceptaba su explicación, pues había notado que los últimos versos aflautados de los poemas líricos, con su melodía decadente, también producían en él un efecto despabilador que lo devolvía a su puesto de centinela, desde el que velaba, muy alerta, sobre las ciencias y la literatura. Y entonces, como quien ya lleva buen rato despierto, con una erudición envidiable, con oraciones acertadas y redondas, del todo consciente de los derechos y obligaciones que le correspondían por su calidad de presidente, agradecía “la exposición aguda, inspiradora, que no por ello dejaba de ser amena” o “el expresivo poema, de calidad excelsa, que no por ello dejaba de ser cautivador”.

”Zwetschke se percató de que la intensidad del sopor del presidente variaba en función del género literario. Según él, dormía a pierna suelta durante las exposiciones filosóficas, y en cambio sólo se trasponía ligeramente durante la recitación de poemas líricos. Zwetschke sostenía que el presidente, basándose en su amplia experiencia, segmentaba su sueño ajustándose al terreno de cada género literario. Tampoco esta explicación me parecía aceptable. Me inclinaba más por la suposición, propuesta últimamente por más de un científico, de que cuando dormimos, en lo más profundo de nuestro inconsciente siempre estamos pendientes del fluir del tiempo, y concretamente seguimos el movimiento de rotación de la

Tierra con unos instintos ancestrales, nuestro mecanismo de relojería incorporado, y de ahí que cuando nos interesa mucho levantarnos a determinada hora, siempre lo conseguimos, y cuando nos preparamos para salir de viaje y ponemos el despertador para que suene a las cinco de la madrugada, nos despertamos un minuto antes de las cinco. Con toda seguridad era ese instinto el que actuaba sobre nuestro presidente.

”No niego que de vez en cuando, en algún detalle sin importancia, él también se equivocara. Pese a su espíritu excepcional y su intelecto singular, él también era un ser humano, como los demás. En realidad incurrió en dos errores, solamente. El doctor Max Rindfleisch, consejero secreto, declamaba un fragmento de la novela histórica en verso que había escrito sobre Federico Barbarroja. Apenas llevaba diez minutos cuando los ojos del presidente se abrieron, lo que suscitó la sorpresa y la consternación generales. La audiencia empezó a cuchichear. Algunos se pusieron de pie para ver mejor. El presidente mismo se alarmó. En su alma surgió la sospecha de que los asistentes habían reparado en que dormitaba, y él se ruborizó. Entonces, para engañar al público, recurrió a un truco diabólicamente astuto. Decidió cerrar los párpados sin demora para luego abrirlos varias veces seguidas, en señal de que mantenía los ojos cerrados a propósito, para concentrarse mejor. Cerró, efectivamente, los ojos. Pero no volvió a abrirlos. Al instante, sus párpados se quedaron como pegados, y embriagado por la tibia miel del dulce sueño, su cráneo emprendió su lento peregrinaje hacia la mesa y después el camino de vuelta, oscilando, yendo y viniendo en la órbita de siempre, hasta que el consejero secreto Max Rindfleisch terminó de leer su fragmento de novela, por lo demás sustancial e instructiva.

”¿Cuál fue el segundo caso? Ah, sí. El segundo caso fue aún más conmovedor. Debéis saber que en esa asociación cultural las conferencias duraban como mínimo hora y media. El profesor Blutholz, consejero de la corte, un sabio bien conocido, peroraba precisamente sobre su tema preferido, bastante popular en Alemania: “Las raíces metafísicas primarias del mundo inteligible y los cuatro determinantes metafísicos”. Se explayó en sus tesis, ciertamente provocativas, y ya llevaba dos horas enteras leyendo sin detenerse. Fue entonces cuando el presidente abrió sus

nebulosos ojos. Como quien emerge de lo más abisal de las profundidades metafísicas, no sabía donde se encontraba, ni si ya había llegado el momento de pronunciar las palabras finales. Se limitó a mirar al conferenciante y al público como si compusiesen una visión fantasmagórica. Afortunadamente, el profesor Blutholz, consejero de la corte, anunció en ese preciso instante que tras el breve *proemio* procedería por fin a hablar de la materia. Esta frase obró sobre el presidente el mismo efecto que el cloroformo que los atentos anestesistas administran gota a gota sobre el rostro de los pacientes atados a la mesa del quirófano, si despiertan durante la operación gimiendo angustiados. Él también se tranquilizó enseguida y "entró en materia", es decir, continuó durmiendo, tranquila y placenteramente.

"¿Qué soñaría en esas ocasiones? En dicho punto nuestras opiniones divergían. Las mujeres alemanas, que, como ya he mencionado, son sentimentales y de carácter novelesco, conjeturaban que en sueños el presidente avistaba cervatillos y correteaba por las praderas de su lejana infancia, con una red para atrapar mariposas entre las manos. Zwetschke, que ya en aquel entonces se interesaba por el psicoanálisis, consideraba probable que el presidente tejiera unos sueños que reflejasen sus ilusiones, y como al parecer su único deseo consistía en dormir, éste se materializaba en imágenes oníricas fugaces pero prometedoras: el ponente cae de bruces del podio, se le abre el cráneo y muere en el acto, los asistentes, poseídos por el pánico, empiezan a matarse entre si, todos se lamentan y agonizan bañados en sangre, la luz de las arañas de cristal se extingue, todo queda envuelto en la oscuridad, las paredes de la Germania se derrumban, el presidente clausura definitivamente la sesión y regresa a su casa para dormir en su mullido lecho. En principio, yo estaba de acuerdo con esta hipótesis. Sólo me dolía que el prestigioso neurólogo atribuyese semejantes fantasías al presidente, que yo tenía por la persona más afable del mundo. Me figuraba que hasta dormido le repugnaba la idea de la violencia y de la muerte. Por otra parte, le repliqué a mi amigo que al presidente no le interesaba clausurar la sesión, sino más bien que se prolongase todo lo posible. Yo prefería pensar que en sueños el presidente se reunía de continuo con Liev Tolstoi en su humilde asociación de Darmstadt para leer los tres gruesos tomos

de *Guerra y paz*, de principio a fin, lo que en primer lugar constituiría un honor para la cultura alemana, y en segundo lugar le garantizaría al presidente de la Germania un sueño ininterrumpido de al menos una semana. Todavía me enorgullezco de que el eminente Zwetschke aceptara mi explicación.

”Insisto en que el presidente era una persona muy bondadosa, noble, tolerante y liberal. Tanto que se dormía. ¿Qué alternativa le quedaba? Yo, un joven de veinte años, sano como un roble, con nervios de acero, que sólo llevaba nueve meses asistiendo a diario a las conferencias que el presidente escuchaba desde hacía ya cincuenta y dos años, me desgastaba y presentaba síntomas preocupantes. Una noche, en mi cuarto de estudiante, sufrí un ataque de ira a causa de las necedades nauseabundas y la caprichosa fanfarronería que suelen denominarse poesía lírica, las aburridas e hipertróficas burradas que suelen denominarse ciencia, la euforia jactanciosa y la mezcolanza de teorías que suelen denominarse política; de súbito comencé a bizquear y a rugir sin parar hasta que, dos horas después, Zwetschke, que acudió a atenderme, me puso una inyección de escopolamina, sustancia empleada, como sabéis, para calmar a los locos delirantes. Imaginaos lo que le habría ocurrido a ese presidente bueno y honrado si no hubiese encontrado a tiempo la única solución posible y si su espíritu saludable no se hubiera defendido del mal por medio de sus ataques de sueño. Sin duda su instinto de supervivencia le había dictado el remedio. Y con ello no sólo se protegía a si mismo, sino también a la cultura, las ciencias, la literatura; preservaba a la nación, a la humanidad que busca el progreso.

”Sí, su letargo representaba el cumplimiento de su obligación para con el país y el mundo. En brazos de Morfeo se convertía en un ser objetivo, libre de ideas preconcebidas y preferencias partidistas, con plena imparcialidad, que no tomaba partido por la derecha o por la izquierda, por las mujeres o por los hombres, por cristianos o por judíos; no establecía distinciones de edad, género o religión, por lo que parecía elevarse por encima de toda debilidad humana. De hecho, no sólo “lo parecía”, sino que así era. Creedlo, el sueño es la transigencia en estado puro. El que duerme presta su conformidad a todo. Me atrevo a afirmar que en la respetable sala de la Germania,

revestida de madera, en ocasiones hasta el oyente más estoico deseaba que el ponente se fuera a freir espárragos, que le diera un derrame cerebral, que se callara la asquerosa boca y lo enmudeciera un tumor en la lengua, y mientras tanto, sólo una persona se mostraba tolerante con él: el mismísimo presidente, que dormía profundamente. Su sueño planeaba, como las alas extendidas de un ángel, sobre millones y millones de estupideces y vanidades del espíritu humano, sobre la danza desenfrenada del arribismo estéril, la ambición mezquina, la envidia y la vileza, sobre toda la fealdad y la frivolidad de la denominada vida publica, de las ciencias y la literatura. *Qui tacet consentire videtur*. Quien calla otorga. Pero ¿existe acaso un asentimiento tan real como el sueño? El presidente soñaba con construir, no con destruir; soñaba con revitalizar y salvar la sociedad: su sueño encarnaba la comprensión y el perdón mismos.

”Amigos míos, una persona dormida siempre comprende y perdona. Una persona dormida jamás alzará la mano contra nosotros. Tan pronto como uno concilia el sueño, vuelve la espalda a la vida, al odio, y deja de existir para él toda maldad, al igual que para un difunto. Los franceses dicen que “viajar es morir un poco”. Yo nunca he creído que eso sea cierto, porque me agrada viajar y, para mí, subir a un tren es como renacer. En cambio, dormir sí que equivale a morir, no sólo un poco, sino mucho, pues implica alejarse de la vida, que al fin y al cabo no es más que conciencia, implica morir del todo, durante un tiempo. Por eso mismo la persona que duerme se desarma, dirige hacia su interior su voluntad, de punta afilada y dañina, y muestra hacia los demás la misma indiferencia que un cadáver que ya lleva largo tiempo en descomposición. ¿Cabe desear mayor benevolencia en este mundo? Yo siempre exijo respeto para los que duermen y no permito que en mi presencia se hable mal de ellos. “Sobre los durmientes más vale decir sólo lo bueno o no decir nada”, ése es mi lema. Es más, no se por qué no homenajeamos de vez en cuando a los durmientes depositando sobre su lecho, quizá no coronas de flores, pero si al menos una flor, ignoro por qué, una vez que se han dormido, no celebramos un velatorio pequeño y reconfortante, por habernos librado al menos transitoriamente de su compañía, a menudo pesada, a menudo aburrida, y por qué cuando despiertan no

tocamos aquellas graciosas trompetas infantiles, festejando así su resurrección diaria. Lo merecerían.

”El presidente habría merecido más, bastante más, mucho más que eso. Pero la humanidad está integrada, en su inmensa mayoría, por ineptos incorregibles llenos de prejuicios petulantes y escrúpulos afectados. Después de un tiempo, también arremetieron contra él. Los primeros en atacarlo fueron los poetas, esos seres chiflados, inquietos, que se erigen en apóstoles, pero que cuando se juntan, roen la carne de un tercero; los poetas, que cantan sobre la pureza, pero que ni se acercan al cuarto de baño; los poetas, que a todos, incluso a los mendigos, les piden en la esquina aunque sea una breve noticia, una pizca de cariño, una estatuilla, la limosna de la inmortalidad que se concede a los mortales; los poetas, esas personas superficiales, envidiosas, masturbadores pálidos que venden hasta su alma por una rima, por un adjetivo, que exhiben sin pudor sus secretos más íntimos, que sacan provecho de la muerte de su padre, madre e hijos y que, años más tarde, “en la noche de la inspiración”, profanan sus sepulturas, abren su ataúd y hurgan a la luz furtiva de su vanidad para encontrar “experiencias”, como los saqueadores de tumbas que buscan dientes de oro y alhajas, luego se confiesan y lloriquean; los poetas, esos calaveras infectos, esos verduleros. Perdonadme, pero los aborrezco. Fue allí en Darmstadt donde cobré odio hacia ellos. No soportaban a ese sublime presidente. No les faltaban razones. Ellos, que en sus poemas nauseabundos se autodenominaban sin fundamento alguno “caballeros de los sueños” y “grandes soñadores”, se reconcomían de envidia ante ese noble anciano, un soñador en el sentido literal de la palabra. Comenzaron a burlarse de él. Comentaban que ya llevaba décadas satisfaciendo ante el publico sus necesidades de descansar, como ese artista que permanece encerrado en una caja de cristal oficialmente precintada, ayunando ante la mirada del publico. Aseguraban que durante las sesiones no se quitaba las gafas porque quería contemplar con mayor nitidez las imágenes de sus sueños, pues de lo contrario su acusada miopía le impediría verlas y despertaría de tanto aburrimiento. Señalaban que, desde que él ejercía un cargo publico, había perdido todo su sentido el dicho de que “la vida no es sino un breve sueño”, ya que ahora la vida parecía un sueño bien largo. Yo entrelazaba las manos y suplicaba

clemencia para el presidente. Les recordaba que hasta los mejores adolecen de alguna debilidad que hay que perdonarles por mor de sus cualidades positivas. Les citaba el poema de Horacio: *Quando que bonus dormitat Homerus*. A eso respondían que estaba en lo cierto pero que el presidente no sólo dormitaba, sino que dormía como un lirón, y carecía de cualquier otra virtud.

”Yo insistía, desazonado. No obstante, la creciente riada amenazaba con inundarlo todo. La ira de los poetas empezó a manifestarse públicamente en artículos ofensivos aparecidos en revistas satíricas. Lo detestaban. ¿A qué se debía tanta animadversión? Pues quizás a la ideología elevada y sentimental del presidente. Esas personas, que deliberadamente convertían su vida en un vertedero, sin otro fin que el de criar en él unas pocas vistosas setas venenosas, no soportaban la pureza, la personalidad sin parangón de aquel gigante intelectual intachable. Mientras éste dormía plácidamente en su sillón presidencial, ellos imaginaban toda clase de horrores, sin motivo alguno, por supuesto, pues su visión de las cosas siempre es distorsionada, y su juicio siempre errado. Lo comparaban a un timonel que al quedarse traspuesto frente al timón provoca una colisión con un iceberg. Lo comparaban a un empleado ferroviario que ronca junto a las agujas, mientras un esqueleto de sonrisa sardónica desvía el tren hacia un desenlace siniestro. Qué ideas más falsas, qué símiles más pobres. Con los barcos y los trenes sí que hay que andarse con cuidado; son realidades tangibles, y cuando una de estas realidades choca con otra, las consecuencias a veces son catastróficas. En cambio, os pregunto ¿qué catástrofe pueden ocasionar las disertaciones sobre las ciencias y la literatura?, ¿a quién y a qué perjudicaba ese presidente absolutamente respetable que caía rendido bajo el peso de sus innumerables tareas? ¿Acaso no es cierto que su conducta, a buen seguro, beneficiaba a todos? Creo que me asiste la razón.

”Al menos según mi experiencia, en la vida pública la única forma de mantener la paz y el consenso consiste en dejar que todo siga su curso, en no interferir en las leyes eternas de la vida, que no dependen de nuestra voluntad y no hay manera de modificarlas. Era eso lo que simbolizaba el sublime sueño del presidente, reconciliador de los antagonismos. Hasta ahora, todo desorden que se ha producido en el mundo se debe a que algunos se empeñan en

instaurar el orden, toda suciedad se origina en el empeño de algunos por barrer. Entendedme, la verdadera maldición de este mundo radica en la organización, mientras que la mayor felicidad está en la desorganización, la casualidad, el capricho. Os pondré un ejemplo. Hoy he sido el primero en llegar aquí. He estado solo durante unos minutos en la sala reservada del Torpedo. Ha entrado Berta, la muchacha que vende el pan. Le he comprado un panecillo y la he besado en los labios. Un segundo antes no abrigaba la menor sospecha de que iba a actuar de ese modo. Ella tampoco. En eso, precisamente, reside la belleza del acto. Ese beso no obedecía a los designios de nadie. De lo contrario, desembocaría en matrimonio, acarrearía obligaciones, amargura y sinsabores. Las guerras y las revoluciones también están organizadas, y por eso resultan tan deplorablemente repugnantes y viles. Una pelea callejera, un ardiente crimen pasional, una carnicería familiar poseen un toque mucho más humano. A la literatura también la matan la organización, el amiguismo, los premios, las criticas que constan de "unas cuantas líneas amables" sobre el mayor estúpido. Pero un escritor que, sentado a un velador colocado al lado del aseo de la cafetería, garabatea poemas que jamás saldrán a la luz es siempre un santo. Los ejemplos prueban que quienes han conducido a la humanidad a las mayores desgracias, matanzas e inmundicias siempre han sido los que se entusiasman con la política, los que se toman en serio su misión, los que trasnochan, trabajando con ardor y honor, y en cambio los benefactores de la humanidad han sido los que sólo se ocupan de sus asuntos personales, los que desatienden su deber, los indiferentes, los durmientes. El problema no reside en que el mundo esté gobernado con escasa sabiduría, sino en que esté gobernado.

"No os sorprendáis, amigos míos, de que ahora salgan palabras tan sabias de mi boca, tan propensa a desgranar frivolidades. Lo aprendí de él, de mi amado y respetado maestro. Nunca he aprendido tanto de ninguna otra persona, aunque en realidad él nunca me enseñó nada, ya que se limitaba a dormir. Él era la sabiduría personificada. Aquellos mocosos y despeinados poetas que emitían opiniones tan irresponsables sobre el presidente ni siquiera se imaginaban lo sabio que era. Cuantas cosas había presenciado, cuantas cosas sabía. Había visto surgir tendencias que luego

desaparecían sin dejar rastro alguno. Había visto a los escritores más excelsos de Alemania pasar a ser de un día para otro los escritorzuelos más insignificantes de Alemania; a poetas nuevos convertirse sin causa aparente, casi en cuestión de minutos, mientras se afeitaban en casa tranquilamente, en poetas obsoletos. Rindió homenaje a los genios que más tarde morirían sobre la paja de un cobertizo y proscribió oficialmente las equivocadas enseñanzas de los curanderos en la asociación cultural que presidía, para, unos años más tarde, avalarlas oficialmente, lo que permitió que, más adelante, estas materias comenzaran a impartirse en las universidades. Sabía que todo era desesperantemente relativo y que se carecía de instrumentos fiables para medirlo. Sabía así mismo que por lo general las personas se enemistaban debido a sus intereses enfrentados, que los que protestaban con solemnidad contra algo, por lo común acababan por retractarse de manera no menos solemne y hacían las paces con quien había sido su enemigo mortal. Ambos se paseaban por los pasillos de la Germania, del bracete, para luego sentarse cuchicheando en un apartado sofá de terciopelo. Un día el presidente se percató de todo ello y desde entonces nada le sorprendía. Conocía bien a la gente y la vida, cuyas dificultades siempre se solucionan de alguna forma, siempre y cuando no nos preocupemos de ellas. ¿A qué otra cosa iba a dedicarse una persona juiciosa, sino a dormir? Con la mano en el corazón, contestadme, ¿hay sitio más adecuado para dormir que un lugar plenamente publico, en el tranquilo y confortable sillón de una tribuna presidencial, en la que las velas arden como en una capilla ardiente? Afirmo que él dormía por sabiduría, por tolerancia, por comprensión, por una consideración madura y caballerosa, y que por este mismo motivo no obstaculizaba el libre avance del tren de las ciencias y de la cultura, pues los confiaba al capricho y al azar.

”Lamentablemente, los poetas antes mencionados pusieron manos a la obra. La leal generación anterior se iba extinguiendo poco a poco. Los consejeros secretos y de la corte que no leían más que baladas, poemas heroicos y ensayos filosóficos fueron a parar, uno tras otro, bajo los sauces llorones del cementerio de Darmstadt. La nueva generación, que ya no respetaba los límites entre los géneros y propugnaba el orden, se apropió de las salas de la

Germania. Un jovenzuelo inmaduro subió a la tribuna y anunció que leería su novela sintética-esotérica, pero su novela constaba de una sola palabra, y una palabra de lo más soez y vulgar, por más señas. Otro de aquellos parásitos presentó sus diálogos neoclásicos metafísicos, cuyo contenido era inconcebible e inaprensible para la mente humana. Ese bicho raro futurista enaltecía en poemas excéntricos la guerra, el ocaso del universo, la aniquilación y al mismo tiempo el renacimiento del globo terráqueo. El presidente agitaba la cabeza, nervioso. El futurista, ávido de sangre, al llegar al final de cada verso cacareaba o imitaba el estruendo, el estallido o el silbido de artefactos bélicos: "bumbumbum», «trrprrfrrgrr», «siuiutiuu". A cada cacareo el presidente abría los ojos como si de pronto hubiera amanecido. Fue la primera vez que el caballero perdió los estribos en mi presencia. Miraba a esos tipos inmaduros con exasperación. No era su corriente literaria lo que reprobaba, la aceptaba como cualquier otra tendencia literaria o ideología. Sencillamente los consideraba, admitamos que con toda razón, faltos de tacto y maleducados.

"Aquellos sucesos seguramente pusieron a prueba sus nervios. Con frecuencia lo notaba pálido y agotado. Sin embargo, como ya os he contado, el no sólo ejercía de presidente en esa asociación. Si un día le tocaba asistir a tres o cuatro sesiones de lectura, se recobraba y regresaba a casa como quien acaba de salir de un baño tonificante para acometer el trabajo del día siguiente con las fuerzas repuestas. De todas formas, nunca se dejó vencer por el desaliento. Recuperaba el sueño perdido en cualquier parte. Si se terciaba, era capaz de dormir en cualquier lugar del mundo, en las funciones de gala de los teatros, en medio de las escenas revolucionarias más ruidosas, cuando la multitud que acababa de romper sus cadenas ensalzaba a gritos la libertad, la igualdad y la fraternidad; en la ópera, durante *El ocaso de los dioses*, al son de las trompetas y de los timbales; incluso en la inauguración de exposiciones, de pie, aunque fuera por unos segundos, como los soldados extenuados en la guerra ruso-japonesa. En una ocasión, coincidí con él en una recepción ofrecida por el príncipe de Hessen, adonde me había enviado como corresponsal un periódico húngaro. El príncipe se apresuro a saludarlo. Él también se contaba entre sus admiradores. Enseguida le presentó a su joven y encantadora esposa, que con el cuello y los

hombros desnudos flotaba en el resplandor de las arañas de cristal como un cisne dulce y triste. La princesa condujo al presidente hasta un sofá rococó de respaldo dorado sobre el que había pétalos rosados esparcidos. Lo invitó a sentarse y tomó asiento a su lado. Empezó a hablarle. El presidente cerró los párpados. La princesa continuó charlando y, tras su abanico de plumas adornado con brillantes, soltaba de cuando en cuanto una risita con su voz grave y melodiosa. El barón de Wüstenfeld, un autentico señor con reconocidas dotes de conversador, asintió con la cabeza. Pero ya se encontraba en el séptimo cielo. Hasta las jóvenes más bellas y menos vestidas ejercían sobre el experimentado sabio el efecto de un somnífero. El hombre aprovechaba toda ocasión para reponerse de su actividad pública, incluidas las horas que reservaba religiosamente para recibir a las personas interesadas en tratar algún asunto con él. Debido a su gran influencia, acudían a él muchos pobres de la ciudad. Él los admitía y escuchaba a todos. También para esto había desarrollado un sistema propio. Una viuda de velo negro, con el pañuelo empapado en la mano, le imploró su ayuda y le pidió permiso para explicar los hechos. Cuando el barón se lo concedió con un gesto frío y piadoso, y la viuda comenzó a excusarse recalcando que sería “breve, muy breve”, el barón, consciente de que eso significaba en realidad para todo ser humano “seré extenso, muy extenso”, cerró los ojos. Luego, en sueños, gracias a su enorme experiencia, asintió varias veces en el instante preciso. En algún momento incluso aparentó prestar atención. De este modo durmió tranquilamente hasta que ella pronunció su frase final. Entonces despertó fresco y rejuvenecido, le aseguró con suma amabilidad a la viuda abatida e inconsolable que “la ayudaría en todo lo posible”, sabiendo de antemano que no movería un dedo por ella. No se trataba de mala intención por su parte, pues la vida le había enseñado que aquéllos tan necios como para apelar a la buena voluntad de otro siempre son personas perdidas, condenadas a muerte, a quienes no vale la pena ayudar, ya que se engañan a si mismos, o de hecho son tan débiles que no son capaces ni de engañarse a si mismos, por lo que se dirigen a otra persona para que sea ella quien los engañe. Simplemente esperan mentiras, ilusión, opio, cosa que el barón no escatimaba. La gente nunca se marchaba decepcionada de su casa. Cada vez era más respetado, su

fama crecía día a día, pues los demás lo consideraban una persona magnánima, un caballero de pies a cabeza. Todo el mundo lo amaba.

”No hay palabras humanas para expresar cuanto lo amaba yo. Sólo lo enfatizo para que comprendáis lo siguiente. Transcurrieron las semanas, y la temporada tocó a su fin. Llegó el verano. Todos los teatros, todas las escuelas y asociaciones culturales, entre ellas la Germania, cerraron sus puertas. Las conferencias se terminaron en todas partes. Los conferenciantes descansaban, satisfechos de su trabajo, leían las obras de los demás, para apropiarse de las ideas allí expuestas, preparándose para el otoño. Yo, con la mochila al hombro, salía de excursión por los pintorescos alrededores de Darmstadt. Una mañana de julio me encaminé hacia Ludwigshöhe, para subir al mirador que hay allí. Atravesaba la Luisen-Platz en compañía de unos alegres compañeros, a paso de soldado, cantando *Wacht am Rhein* y otras estimulantes canciones patrióticas, cuando se desplegó ante mí un panorama realmente conmovedor. Dos enfermeras de la Cruz Roja tocadas con cofias escoltaban por la acera a un humano deshecho, o mejor dicho, lo arrastraban como a un tullido sin fuerzas para caminar e incapaz de valerse por si mismo. No os pido que adivinéis quien era aquella persona. Eso es un recurso habitual de los narradores estúpidos que, según parece, opinan que sus lectores son igual de estúpidos que ellos. Vosotros, gente de mente aguda, seguramente ya habréis adivinado que se trataba del barón de Wüstenfeld, de quien os he hablado: el presidente, nuestro presidente. Pero os juro que en un primer instante yo tampoco lo reconocí. Aquel anciano, de excelente salud, ágil y resistente, había adelgazado de forma alarmante, hasta quedar reducido a su propia sombra. Las piernas, como las finas patas del trípode de una cámara fotográfica, le flaqueaban. Apenas se sostenía en pie. ¿Para que entrar en detalles? Era una visión que movía a lástima.

”El presidente padecía insomnio. Los legos en la materia suelen menospreciar esta enfermedad. Piensan que no es grave que alguien no consiga pegar ojo; si no duerme, tarde o temprano lo vencerá el sueño. Lo mismo opinan sobre la falta de apetito. El inapetente, que no coma: esto seguramente le abrirá el apetito. No obstante, hay ocasiones en que ambos males conducen a un desenlace letal. Así

era la enfermedad del presidente. Ya llevaba varias semanas revolviéndose inquieto en la cama, en una vigilia febril, sin conciliar el sueño. La medicina alemana se encontraba ante un caso extremadamente grave y persistente de insomnio, y de momento no había hallado un tratamiento adecuado.

”Como ya supondréis, convocaron con urgencia a todos los médicos de Darmstadt y de Alemania. El doctor Weyprecht, ilustre internista, atribuía el insomnio al agotamiento del presidente, causado por varios años de trabajo duro e ininterrumpido. Le recomendó que evitase la menor excitación, todo esfuerzo intelectual, incluso le prohibió leer la prensa y le aconsejó que se distrajese, que escuchara música alegre, que efectuase cada día un largo paseo en su coche tirado por cuatro caballos y que caminara cada día durante siete minutos, pero no más, por la Luisen-Platz, situada cerca de su palacio, del brazo de enfermeras cualificadas y del todo fiables, con las que iba aquel día de julio que me crucé con él. El doctor Finger, de la Universidad de Heidelberg, especialista en dolencias del estómago y de los intestinos, le prescribió una dieta a base de alimentos crudos: pan de centeno, frutas y cuajada. Además, el paciente debía tomar una vez al día, a las siete de la mañana, un laxante ligero, y había que administrarle, una vez al día, a las siete de la tarde, un enema de manzanilla a treinta y dos grados centígrados, acompañado de unas gotas de limón. El doctor Gersfeld, el Gersfeld de fama mundial, a quien habían enviado un telegrama a la Universidad de Berlín para solicitar su presencia, pasó varios días examinándolo antes de llegar a una conclusión y formular su dictamen. Le indicó que tomara baños tibios de cintura para abajo. Él mismo le preparó uno delante de las enfermeras. Había que enfriar el agua poco a poco, luego calentarla de nuevo, y a continuación enfriarla, pero esta vez de golpe. Mientras tanto, cada tres minutos, le aplicaba en la cabeza compresas de agua fría. El paciente, antes de acostarse, realizaba sencillos ejercicios de gimnasia, y tan pronto como se tendía en la cama le colocaban en la cabeza un artefacto de fabricación alemana, en el que el agua fresca circulaba por una tubería, vigorizando así, de un modo agradable, el cráneo y el cerebro agitado. Después de explicar estas operaciones con todo detalle a las enfermeras, el profesor les ordenó que las repitiesen varias veces y luego regresó tranquilamente a

Berlín. Sin embargo, el enfermo no notó alivio alguno. El doctor H. L. Schmidt, neurólogo, probó con somníferos, bromuro sódico, veronal, hidrato de cloro y trianol, primero en pequeñas dosis, luego en cantidades gigantescas, pero por más que alternó los somníferos, por más que los combinó entre si, no obtuvo resultado alguno. El doctor Zwiedineck, el doctor Reichensberg y el doctor Wittingen *junior*, todos ellos neurólogos de merecida fama, experimentaron con el psicoanálisis, pero tampoco obtuvieron resultados. El presidente languidecía visiblemente, y en Darmstadt ya se rumoreaba que los médicos habían renunciado a curarlo.

”Imaginaos lo mucho que me alteró enterarme de esta noticia. No estaba dispuesto a permitir que aquella figura insustituible, aquel benefactor de la humanidad, desapareciese. Un día acudí a su suntuoso palacio. Al entrar en el enorme dormitorio, cuyas dimensiones eran más propias de un salón, estaba completamente a oscuras. Vislumbré al presidente a la luz de una bombilla verde. Se me encogió el corazón. Allí estaba, moviéndose inquieto en su lecho, entre almohadas apiladas, con el casco refrigerante calado en la cabeza, como el soldado herido de las ciencias y la literatura. Percibí un asfixiante olor a adormidera, que expelía en dirección al presidente una máquina eléctrica automática colocada junto a la cama. Frente a ella, sin duda por prescripción facultativa, había una sábana tendida sobre la que una linterna mágica proyectaba una imagen en colores, con el objeto de evocar, como en un espejo maravilloso, el sueño reconfortante que el tanto anhelaba. Pero el presidente pugnaba por levantarse a cada instante. Dos enfermeras lo sujetaban. Su rostro estaba blanco como el papel.

”Al verme se le iluminó el semblante, ya que me había visto en más de una ocasión y alguna vez, después de las conferencias, incluso me había dirigido la palabra, un privilegio inolvidable para mí. Ahora, con las manos esqueléticas como las de un muerto, asió la mía y apretó nervioso mis dedos. Le propuse que se pusiera en contacto con mi joven amigo Zwetschke, a quien, aunque hacía poco que había abierto su consultorio, yo consideraba un hombre reflexivo y original, hasta el punto de confiar ciegamente en él. Sus agotados acompañantes, una solterona, un coronel retirado y un consejero legal, se alegraron al oír la iniciativa. Mandaron llamar a Zwetschke, que llegó en cuestión de minutos.

”Lo primero que éste hizo fue abrir los postigos. A continuación apagó la bombilla y la linterna mágica. El sol del mediodía invadió el dormitorio. Zwetschke se sentó a la cabecera del enfermo y le sonrió. No lo examinó. Al igual que yo, lo conocía a la perfección de las conferencias de la Germania. No lo miró presuntuosamente, ni siquiera le auscultó el corazón, no le examinó las pupilas ni las arterias, no comprobó los reflejos de su rodilla con el pequeño martillo que llevaba consigo. Le quitó de la cabeza el frío y ridículo mecanismo, y le aconsejó que no se preocupara por nada, que viviera como hasta entonces y sin cuidarse más que de costumbre. Lo más acertado, a su juicio, habría sido organizar sin demora una asamblea general extraordinaria, o una comisión especial, cosa del todo imposible debido a las vacaciones veraniegas. Zwetschke sacudía la cabeza y se mordía los labios. De pronto se puso de pie. Me indicó que vistiese al presidente, luego giró sobre sus talones y, antes de salir, me susurró al oído que me quedara junto al enfermo.

”No bien le pusimos la chaqueta, la corbata de confección y los pantalones bien planchados, oí, procedente de la otra sala, del otro lado de las hojas cerradas de la puerta, la voz tan personal de Zwetschke. Dictaba órdenes en un tono algo autoritario: a la derecha, a la izquierda, adelante. Todos lo escuchábamos con asombro. Incluso el presidente levantó la cadavérica cabeza, movido por la curiosidad. Abrieron de par en par la puerta del dormitorio. Entonces, bajo la dirección personal de Zwetschke, seis criados, ni tardos ni perezosos, entraron cargados con la pesada mesa de roble que tan bien conocíamos de la Germania y la colocaron junto al lecho. Otro criado traía el sillón presidencial. Zwetschke supervisaba la escena sin hablar. Asentía con la cabeza para dar su visto bueno. Extrajo de su chaqueta la campanilla presidencial y la depositó sobre la mesa. Con un tacto y una delicadeza infinitos condujo al presidente hasta ella, lo sentó en el sillón y le sugirió que agitara la campanilla y abriera la sesión. El presidente hizo sonar la campanilla; “declaro abierta la sesión”, dijo. Entonces se produjo el milagro que la ciencia medica y la opinión publica esperaban en vano desde hacía ya un mes: los párpados del presidente se cerraron y el hombre quedó sumido en un profundo y saludable sueño.

”Mi amigo y yo, uno al lado del otro, lo observábamos,

excitados. Él con la profesionalidad de un científico; yo con la mera curiosidad de un escritor. Zwetschke sacó su reloj de bolsillo, pulsó el botón de los minutos y empezó a medir el ritmo de la respiración del durmiente. Me dirigió una mirada triunfal. El pecho subía y bajaba con regularidad, el rostro pálido recobraba poco a poco el color, casi engordaba a ojos vistas. Los órganos castigados desde hacía tiempo reposaban. Fue la bendita naturaleza la que se encargó de curarlo. El presidente dormía como en la sala de conferencias, siempre dentro de los límites del saber estar y de la buena educación. La cabeza se le inclinaba hacia abajo, para luego subir de nuevo. Esta circunstancia aumentó la admiración que yo le profesaba, pues revelaba que en casa se comportaba igual que en cualquier otro lado, prueba fehaciente de que era un verdadero caballero. Durmió doce horas seguidas. Zwetschke, que no se apartó de su lado ni por un instante y hasta tomó el almuerzo y la cena junto a él, alrededor de medianoche advirtió asombrado que el presidente agarraba la campanilla, la agitaba y "daba por cerrada la sesión", lo que denotaba, no sólo que había dormido lo suficiente, sino también que le habíamos salvado la vida.

"A Zwetschke no le dejó salir del palacio. Lo obligó a abrir uno de los aposentos y a permanecer junto a él durante dos semanas, mientras estaba convaleciente. En realidad esto apenas supuso trabajo alguno para mi amigo. Si el presidente deseaba dormir (siempre vestido y con la camisa abotonada hasta la barbilla) se acomodaba en el sillón presidencial, tocaba la campanilla y luego, al despertarse, volvía a tocarla. Este tratamiento asombrosamente sencillo, del que las publicaciones médicas alemanas no informaron, se interrumpió al iniciarse la temporada de conferencias. Una vez que las sesiones de lectura se reanudaron, el presidente dejó de necesitarlo. Sin embargo, no se olvidó de Zwetschke. Lo contrató como médico de cabecera y, aprovechando sus excelentes contactos, consiguió que, pese a su juventud (mi amigo apenas había cumplido los veintiseis años), lo nombraran médico jefe de la unidad de neurología y psiquiatría del hospital local. Medio año más tarde, también medió para que le confiriesen el título de consejero de la corte.

"Y aquí termina mi gran aventura alemana. ¡Camarero, la cuenta por favor! Cena, vino, cuatro cafés, veinticinco Mirjám. Otra vez me

he explayado demasiado. Ha amanecido. Mirad, el alba se cuela a través de la neblina invernal, por las callejuelas de Pest, y nos sonríe desde el otro lado de la ventana del Torpedo. La aurora, de dedos rosados y uñas sucias. Vámonos a dormir. ¿O preferís quedaros? En ese caso me tomaré otro café y os contaré el final de la historia. Últimamente mi único entretenimiento consiste en escucharme a mí mismo.

”Durante mucho tiempo no supe nada del presidente. Estalló la guerra y me alejé de todos. El año pasado emprendí otro viaje a Alemania. Efectué un rodeo para pasar por Darmstadt. Me apeé del tren rápido y, como faltaba un buen rato para que saliera el siguiente, visité a Zwetschke. Ay, muchachos, ¡qué extraño estaba mi amigo de juventud! Lo encontré en la unidad de neurología y psiquiatría, donde lo había dejado quince años atrás. Me vino a saludar enfundado en una bata blanca y me abrazó. Llevaba unas gafas con montura de carey y había echado barriga, como los demás científicos alemanes de quienes tanto nos burlábamos antaño. Fijé la vista en él, absorto. Ya no se reía con tanta frescura y alborozo como en su juventud. En cambio, se reía sin cesar, lenta y largamente. ¿Conocéis a esa clase de personas que se ríen cada tres oraciones, independientemente de si nos hablan de algo triste o divertido? Pues así fue como él me comunicó que había contraído matrimonio (ja, ja, ja), que había tenido una hija (ja, ja, ja) que a los cuatro años había muerto de meningitis. Ja, ja, ja. A mí esto no me chocó. La experiencia me había enseñado que no hay psiquiatra libre de rarezas.

”Zwetschke mantenía en la unidad que encabezaba un orden ejemplar. Los pasillos, las ventanas y el suelo relucían. Cada escupidera estaba en su lugar exacto. Los enfermeros lo temían más que a los locos delirantes. Él elaboraba informes, cuadros, diagramas. Se dedicaba a analizar el tejido cerebral. En su despacho, metidos en soluciones de formol, flotaban cerebros enfermos que él rebanaba en finísimas lonchas con una máquina similar a una cortadora de jamón, pero mucho más delicada. Las estudiaba con la pretensión de descifrar los secretos del alma y del espíritu humanos. Me guió por todas las salas para enseñármelas. Para mí no constituían mayor novedad. Desde mi infancia, este tipo de sitios ejercía una gran atracción sobre mí. Los departamentos de

psiquiatría, al igual que los parlamentos, son iguales en todas partes del mundo. Al parecer, con la fórmula de las enfermedades mentales la naturaleza se empeña en transmitir el mismo mensaje a todos los pueblos y en todos los puntos cardinales. Las mujeres bailotean y chillan, los hombres se embeben en problemas graves y sustanciosos. Fuera, en el jardín, los dementes meditan sumergidos en su ingenuidad pueril. Un peón de albañil se suena la nariz con gran estruendo día y noche, porque su cuerpo está lleno de aire, pero sus esfuerzos, asegura, jactándose, ya han rendido fruto. Hace dieciseis años, cuando lo ingresaron en el centro, el aire le llegaba más o menos hasta la frente. Ahora, sin embargo, le ha bajado hasta las tetillas. Juntos calculamos que para cuando cumpliera los setenta ya se habría librado del aire, siempre y cuando no surgiese algún imprevisto que le impidiera continuar con su labor. También allí encuentra cada uno su entretenimiento y distracción.

”A mí me llamaba la atención sobre todo la enconada oposición que reinaba entre dos grupos, los mismos en los que se divide la humanidad en general. Los paranoicos son altivos, descarados, fanfarrones, suspicaces y propensos a lanzar acusaciones, insatisfechos y enérgicos, al igual que los políticos que tanto trabajan por la felicidad del mundo. Me observan desde el rincón con los oscuros ojos entornados, e intuyo que guardan una mala opinión sobre mí. En cualquier instante estarían dispuestos a mandarme a la horca por el bien de la sociedad. No se soportan a si mismos, su alma se proyecta hacia fuera, hacia el mundo exterior; eso es lo que quieren partir en dos. Los esquizofrénicos son extraños, originales, sorprendentes, autocríticos e imprevisibles, al igual que los escritores natos. Su habla está repleta de indirectas incomprensibles para nosotros. A mí me resultan más simpáticos que los paranoicos. También allí me mezclé con ellos. En la esquina de un parterre de césped había dos jóvenes quietos como estatuas, petrificados. Un tercer joven, el hijo de un banquero de Würzburg, blanco como la tiza, caminaba alrededor y, siempre que pasaba a mi lado, me saludaba con gran respeto. Yo correspondía a su saludo con la misma cortesía. Sin embargo, cuando se acercó por octava vez y yo lo saludé por octava vez, inesperadamente me escupió a la cara, lo que me alegró mucho, porque confirmaba la idea que me había formado hacía tiempo acerca de dicha enfermedad.

”Zwetschke hacía caso omiso de los enfermos mentales. Comentaba con su risa extraña, lenta y prolongada que eran unos locos de atar, que no valía la pena ocuparse de ellos. Sólo le interesaban sus lonchas de cerebro diseccionado. Me invitó a merendar a su casa. Me presentó a su esposa, una mujer rubia con aire de Virgen María, que llevaba el cabello peinado hacia atrás desde su frente cóncava. Ella me tendió la mano sin abrir la boca, me ofreció la comida sin hablar y permaneció callada durante todo el tiempo. Comimos *foie gras*, bebimos cerveza. Por fin me enteré de lo que sucedió al presidente. Sobrevivió a todos, y también a la guerra y la revolución. Generaciones enteras perecieron a su lado: los futuristas, los expresionistas, los simultaneístas, los neoclásicos y los constructivistas murieron en los campos de batalla o se arruinaron; él, sin embargo, continuó ejerciendo. Lo alentaba la perseverancia de los que duermen. Al cumplir los noventa años, por consejo de su médico de cabecera, asumió aún más presidencias. Durante sus últimos días presidía diecisiete instituciones, desde la mañana hasta la noche, sin interrupción. Falleció el pasado invierno a los noventa y nueve años de edad. El pobre no llegó hasta los cien.

”Me despedí de mi amigo y anuncié que peregrinaría a la tumba del presidente para rendirle tributo. Zwetschke me abrazó, riéndose. Introdujo en el bolsillo de mi impermeable un libro envuelto y me advirtió que lo necesitaría. Fui al cementerio en automóvil, y de hallarme entre los locos pasé a estar entre los difuntos. Enseguida localicé la sepultura del presidente. Reposaba en un sórdido mausoleo familiar adornado con el blasón de barón. Sobre su columna de mármol no había más que una breve inscripción: “Duerme en paz”. A este hombre, a quien nadie se atrevió a tutear en vida, ahora alguien, con la alevosía de los vivos, lo había tratado de tú sin permiso. “Tenga la bondad de dormir en paz”, musité yo, con reverencia filial, pensando conmovido en él y en mi desaparecida juventud. Enjugué una lagrima que me había asomado al ojo.

”Por desgracia me había desplazado hasta allí con las manos vacías, a toda prisa, sin siquiera llevarle una flor. Por otra parte, tal vez, las flores no habrían estado en consonancia con la severidad del sepulcro. Turbado, hurgué en mis bolsillos. Encontré el libro que

me había entregado Zwetschke a modo de despedida y lo desenvolví. Era *El Mesías*, de Klopstock, ese poema heroico compuesto en hexámetros que, según la opinión unánime de varias generaciones, era el libro más aburrido del mundo, tan aburrido que nadie lo había leído entero, ni siquiera aquellos que lo ensalzaban, y menos aún los que lo criticaban. Se dice que ni el propio Klopstock fue capaz de leerlo, sólo de escribirlo. Lo abrí y lo hojeé, preguntándome por donde empezar. Daba lo mismo. Como sabía que lo que más apreciaba en vida el difunto era la tranquilidad y que él también habría deseado, como todos nosotros, descansar en paz una vez muerto, me puse a leer en voz alta, lenta y monótonamente, el primer canto. Esto obró un efecto milagroso. Las flores de una enredadera adherida a una tumba cercana cerraron su cáliz asustadas, como si hubiera caído la tarde. Un escarabajo volcó en el polvo y se quedó patas arriba, como hipnotizado. Una mariposa, que revoloteaba sobre la tumba, cayó del aire sobre la lápida, durmiendo con las alas pegadas. Me invadió la sensación de que los hexámetros penetraban en el granito de la cripta y descendían hasta los restos del difunto, cuyo sueño sepulcral, incluso el sueño eterno, se tornaba más y más profundo.

”Desperté al notar que alguien me sacudía los hombros. Era mi atento conductor, al que había dejado a la puerta del cementerio. Sucedió que en mitad del primer canto a mí también me había vencido el letargo. Rápidamente subí al automóvil. Pusimos rumbo a la estación a una velocidad alocada. Salté al tren justo antes de que arrancase y se dirigiese a Berlín a cien kilómetros por hora, entre ráfagas de chispas y silbidos».

# 13

*Donde el que ejerce de benefactor echa una mano a una viuda desgraciada, pero al final se ve obligado a pegarle, movido por la compasión.*

A las once de la mañana se disponía a tomar un baño.

Se levantó de la cama tal como iba, con unos calzoncillos cortos, el torso desnudo, sin camisón, y, tras calzarse las zapatillas de piel verde, se encaminó a toda prisa hacia el cuarto de baño.

En aquella casa anticuada había que cruzar tres habitaciones para llegar al baño.

En la tercera, una especie de recibidor, había una mujer, vestida de negro de pies a cabeza y cubierta con un tupido velo.

Esti se sorprendió al topar con aquella desconocida. No sabía cómo se las había ingeniado para llegar hasta allí.

Lo primero que le vino a la mente fue su propia desnudez. Con las dos manos se tapó en la medida de lo posible el velludo torso, por cortesía.

La mujer, asustada, soltó un grito ahogado. Retrocedió, inclinándose respetuosamente. La había descolocado encontrarse así con la persona a quien tantas veces había venido a ver, pero a la que ahora veía por primera vez. Temía haberlo echado todo a perder.

—Perdone —titubeó.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó Esti.

—Por favor —balbuceó la mujer—, por favor… Quizá más tarde… No sé… De veras, no lo sé… Perdón…

—Pase a la antesala.

—¿Aquí?

—Allí —señaló Esti con aspereza—, allí.

La mujer, un nubarrón negro que oscurecía el recibidor, se retiró y Esti entró en el cuarto de baño, donde lo esperaba el tibio baño matutino.

Tocó el timbre con furor.

Entró la doncella. Se detuvo en el umbral del cuarto de baño.

—¡Jolán! —rugió él desde la bañera—, ¡Jolán! ¿Es que se han vuelto totalmente locos? Dejan entrar a cualquiera.

—No he sido yo. Fue Viktor.

—¿Adónde?

—A la antesala.

—Pero si estaba aquí. Aquí delante de mis narices. Inadmisible. ¿Qué es lo que quiere?

—Quiere ver al señor. Ya ha venido varias veces.

—¿Qué asunto la trae por aquí?

—Eso no lo sé. Quizás un asunto literario —añadió la doncella con sencillez.

—Un asunto literario —repitió Esti. Querrá endosarme una antología. O pedirme dinero. Es una sinvergüenza. Una ladrona. Podría haber hurtado cualquier cosa. Podría haberse llevado toda la casa. Les he dicho mil veces que a los mendigos se les da algo y santas pascuas. Sólo recibo a la gente los domingos, de doce a una. Ningún otro día, ¿entendido? Pero incluso entonces tienen que anunciarme quien ha venido. Ahora no estoy en casa. Para nadie. Estoy muerto.

—Sí, señor —dijo la doncella.

—¿Cómo? —saltó Esti, indignado al comprobar que ella aceptaba este hecho con tanta rapidez y naturalidad. Dígale que se vaya. Que vuelva el domingo. Entre las doce y la una.

La doncella se alejó al oír el chapoteo del agua, señal de que el señor se bañaba. Sus ligeros pasos sonaron en la habitación contigua.

—¡Jolán! —bramó Esti.

—¿Señor?

—Dígale que espere.

—Muy bien.

—Enseguida estaré listo.

Sin enjabonarse siquiera, salió de la bañera, se puso la ropa y llamó a la desconocida, que estaba en la antesala.

La mujer vestida de luto entró. Su negrura inundó de nuevo el recibidor. La araña de cristal blanca, cuyas velas eléctricas estaban todas encendidas ese día nublado de invierno, se ensombreció en presencia de la mujer como envuelta en una nube de tormenta.

En el exterior caían copos de nieve.

—¿En qué puedo servirle? —inquirió Esti.

Por toda respuesta, la mujer prorrumpió en llanto. Se sorbía las lágrimas con un lloriqueo agudo de anciana.

Murmuraba algo, de lo que sólo se entendía:

—Ayúdeme… ayudar… ayudar…

Una cosa quedaba clara: pedía ayuda.

Se retiró el velo, para limpiarse el rostro con las manos, dejando al descubierto sus ojos de color verde oscuro, enmarcados por mechones salpicados de escarcha que aún no habían encanecido del todo; unos mechones enmarañados, rebeldes, que le caían de debajo del ala negra del sombrero.

«Una viuda —pensó Esti. Y afligida, además. Qué terrible».

La mujer se sonó la nariz ruidosamente, sin reparar en que eso la afeaba y resultaba ridículo. Presa de la ansiedad, había entrado con el paraguas, como quien no se atreve a dejarlo en la antesala. La contera lloraba sobre el espejo del bien pulido *parquet*, formando un pequeño charco.

Los zapatos de la mujer y su vestido también lloraban desconsoladamente.

Pero ¿de dónde había salido, de qué parte de la zona ocupada, de qué prisión infestada de piojos, de qué cuchitril o barraca de las afueras, y por qué acudía a él, sin previo aviso, sin carta de recomendación?

Porque lo conocía. No en persona, pero conocía sus obras.

Esti ya se sabía ese cuento.

Conocía a los que conocían sus obras.

La viuda abrió la boca. Cualquier persona de buen corazón se habría mostrado comprensivo con ella.

«No soy una buena persona —se decía Esti, discutiendo consigo mismo. Soy malo. En realidad, ni siquiera eso. Sólo soy como todo el mundo. El hecho de que haya conservado los sentimientos puros de mi infancia (única y exclusivamente en aras de mi oficio) constituye un secreto profesional, una técnica arcana como la del

disector capaz de conservar en formalina durante décadas un corazón, un lóbulo cerebral que ya no percibe ni piensa desde hace tiempo. A mí también me ha encallecido la vida, como a todo aquel que ha alcanzado una edad determinada».

La visitante afirmó que había leído varios de sus libros de poemas.

«Eso es otra cosa —continuó Esti su mudo debate. No mezclemos las cosas. Eso es literatura. Sería terrible que todo lo que he escrito se hiciera realidad. Una vez escribí que era una lámpara de gas. Sin embargo, protestaría vivamente si alguien quisiera convertirme en una lámpara de gas. También mencioné en alguna parte que me gustaría perecer en el mar. No obstante, cuando nado en una piscina de tres metros de profundidad, siempre me acuerdo de que en el mar mis pies no tocarían el fondo y me alivia encontrarme en aguas más o menos hondas».

—Pero si en esas paginas se trasluce un espíritu delicado, extraordinariamente delicado —prosiguió la mujer.

«Delicado lo sera el demonio —soltó Esti para si. Seguramente había perdido la paciencia al oír la palabra “espíritu”. Si supieran cuánta inflexibilidad, cuánta crueldad, cuánta salud salvaje necesita el que se ocupa de los sentimientos… Por otra parte, el que es tierno, ha de ser necesariamente duro también. La ternura no es más que una forma de dureza encubierta, y viceversa. Sin duda, la bondad y la maldad, la misericordia y la crueldad guardan entre si una relación extraña. Están íntimamente ligadas, de manera indisociable; la una no existiría sin la otra, del mismo modo que una persona de visión perfecta discierne sin dificultad el color azul del rojo, la mariposa de la lombriz. Representan contrastes, dos polos extremos, pero siempre mantienen una reciprocidad natural y cambian según las circunstancias, adoptan el nombre del otro, revolotean, se transforman, como la carga eléctrica positiva y negativa. Bueno, dejémoslo. En cualquier caso, cuando algo nos parece “refinado” en el papel es en virtud de su exactitud, de la precisión con que está redactado, y detrás estoy yo, yo (maldito sea), que cada día, haga buen o mal tiempo, con o sin ganas, me paso horas escribiendo, ejercitando mis dedos testarudos, sufriendo y a regañadientes. ¿Que soy demasiado delicado? Entonces el herrero también lo es. Señora, en cierta forma soy un herrero.

Golpeo el yunque con la maza, forjo herraduras para mi caballo, unas magníficas herraduras de acero que le permitan correr más veloz por el polvoriento camino. Porque tome nota: el caballo alado no sabe volar. Sólo da la impresión de que vuela, cuando en realidad galopa por el suelo, muy pegado al suelo. En otras palabras, soy un artesano. Fíjese en estos huesos, en estas manos, en este torso que acaba de ver desnudo, tal como salió del taller de la creación. Dígame, con toda franqueza: ¿mi aspecto es propio de un poeta repulsivo y delgaducho o más bien de un herrero?».

Esti se puso de pie, exhibiéndose en toda su plenitud, se acercó a su visitante, para que, ante su severo porte, fuera al grano por fin.

Poco a poco, la mujer se desahogó.

Desgranó sus quejas, sacándolas de su alma una por una, como de un cajón siempre abierto.

Esto obró un efecto positivo en ella. Ya no lloraba.

El dolor, en su conjunto abstracto, a vista de pájaro, siempre se nos antoja más terrible que desde cerca: ocuparnos de los detalles nos desembriaga, nos desarma o, al menos, nos exige atención, autocontrol para ordenar el caos. En estas ocasiones encontramos una rueda, un tornillo, una arandela que forman parte del artefacto. Todo se convierte entonces en un trabajo minucioso, en un juego. Las minucias nos tranquilizan.

Kornél estaba preparado para todo: la muerte y el hambre, la cárcel y la penuria, la escarlatina, la meningitis, la demencia.

La mujer pasó a exponer los datos objetivos, más próximos.

Su difunto marido había sido maestro y director de escuela en una ciudad de provincias; el verano anterior había muerto de cáncer, tras mucho sufrir, a los cincuenta y dos años de edad.

—Sí —asintió Esti con firmeza, como si aprobara el cáncer.

Luego la mujer se mudó a la capital y ahora vivía en un piso que constaba de una habitación y una cocina, con otras cuatro personas. Y es que la mujer tenía cuatro hijos. Una familia numerosa que dependía de una pensión modesta, tal como estaba en boga. Al menor de los chiquillos, de doce años, lo habían operado de una otitis media, y su oído seguía sin cicatrizar, destilando pus.

—Sí.

Su hermano mayor trabajaba en una fábrica, estudiaba para electricista, y aún no le habían pagado.

—Sí.

La hija mayor era costurera de ropa blanca, pero no salía a la calle en invierno porque carecía de zapatos.

—Sí.

Esti pensó que a esa familia sólo le faltaba la tisis y, prodigiosamente, como si le hubiese leído la mente, la viuda pronuncio la palabra «tisis». La aquejada de tuberculosis era la hijita menor.

En cuanto a la mujer, deseaba ganarse la vida, con cualquier ocupación, ya que aún le restaban fuerzas. Más que nada soñaba con un estanco o al menos con un quiosco de periódicos, donde podría estar sentada desde la mañana hasta la tarde, todo el año.

—Sí, sí.

La exaltada fantasía de Esti había imaginado una historia mucho más truculenta que la que acababa de referirle la mujer.

Al fin y al cabo, son las lamentaciones poco exigentes —y poco interesantes— las que manufacturan la vida de la gente a escala industrial, con una uniformidad aterradora. En la producción en serie no hay lugar para la originalidad.

Sin embargo, fue precisamente esta insustancialidad lo que lo asombró, este tono gris y manido: que le hubiesen presentado unos problemas tan vulgares, pero que tocaban en suerte a determinadas personas.

«¿Eso es todo?», se dijo. Y aguardó.

Pero no hubo nada más. Las quejas se habían agotado.

Esti se sentó.

—En conclusión, ¿qué quiere de mí? —preguntó.

«Una suma, no muy grande», para él una nimiedad, contestó la mujer, pero que de momento le bastaría para sacar adelante a toda su desdichada familia, que merecía un futuro mejor. Le rogó que no la malinterpretara: no se lo pedía a modo de limosna o de regalo para ella y para sus hijos desgraciados y enfermos, sino como un préstamo, que entre todos devolverían con su diligente trabajo, hasta el último céntimo, en plazos mensuales que, si el así lo deseaba, establecerían en ese preciso momento.

A Esti lo irritó este planteamiento. Esa clase de gente siempre propone negocios de esa naturaleza, una inversión de capital con pingües beneficios garantizados. Todo sobre unas bases

estrictamente capitalistas. Son tan fiables que a su lado el Banco de Inglaterra casi parece indigno de confianza.

—Así es —murmuró él—, el Banco de Inglaterra. Y su necia ocurrencia casi le arrancó una carcajada.

Le divertían las tonterías de este tipo.

Temió no ser capaz de contener la hilaridad ante tanto sufrimiento. Se mordió los labios para evitar un espectáculo tan bochornoso, y acto seguido se puso a hablar con soltura y rapidez, porque sabía que ocupar en algo la lengua y la mente ayuda a aguantarse la risa.

—Así que, ¿de eso se trata? De esa ayuda económica, transitoria, temporal. Me hago cargo. Mire, estimada señora. Yo también tengo mis obligaciones. Había oído años antes estas frases en boca de un banquero, cuando, en medio de unas circunstancias más formales, pero con la misma desesperación, él le había solicitado un préstamo, y como en ese instante recordaba aquella escena de forma muy vívida, continuó con su discurso, aún más atropelladamente. Tengo parientes y amigos. Empleados. Etcétera, etcétera. Yo también trabajo. Trabajo duro. Trabajo mucho. Cada letra que escribo, una migaja. «De pastel —le chillaba por dentro una voz—, de pastel, de pastel, sinvergüenza».

La viuda no respondió. Lo miraba a los ojos con serenidad.

La voz chillona no dejaba de acosar a Esti, que se puso de pie de un salto y se dirigió a toda prisa a la habitación contigua.

Cuando regresó, andaba con más parsimonia. Llevaba el puño izquierdo cerrado. Coloco sobre la mesa un billete, sin posar la vista en él.

En cambio, la viuda, muy a su pesar, enseguida se fijó en él, y el asombro se reflejo en su rostro: era una suma superior a la que había pedido. El donante había redondeado la cifra.

El frío que la había dejado aterida al entrar en aquella casa se había disipado, derretido como la nieve sobre el suelo. No sabía si aceptarlo. «Claro, como no, acéptelo».

Agarró el billete y cerró los dedos con fuerza. Se deshizo en muestras de gratitud. Se lo agradeció con la palabra suprema, la más expresiva que existe: «Dios».

—Bien —la interrumpió Esti. Anote sus señas. Así que viven en Kispest. A propósito, ¿cuantos años tiene la menor de sus hijas?

—Dieciseis.

—¿Tiene fiebre?

—Sólo de noche. Por las mañanas, nunca.

—Bien. Deje que lo piense, pero a lo mejor consigo que la admitan en un sanatorio. Aún no lo sé. De todas maneras, lo intentare. Llámeme la semana que viene. A cualquier hora. Tenga, mi número de teléfono.

Al día siguiente recibió una carta suya, firmada por los cinco. Era una misiva muy extensa. Empezaba con este encabezamiento: «Excelencia».

Aquella familia lo había ascendido en la escala social, le había conferido un título, lo había elevado de categoría.

«Su excelente corazón…», escribían. Esti se llevó la mano al corazón. A su excelente corazón.

Al formular la promesa de realizar gestiones para internar a la hija menor en algún hospital publico o un sitio por el estilo, no hablaba en serio. Más bien lo había prometido por tacto, por formalidad, guiado por su refinado instinto, para desviar en el momento de la despedida la atención de la viuda del dinero recibido, que ella guardó en su raído bolso, para que se centrase en la perspectiva de un favor futuro y pusiese fin a los agradecimientos continuos e irritantes que repetía sin cesar y que él ya no soportaba.

Por las mañanas, cuando Esti se despertaba, solía pedir que le llevasen el teléfono a la cama. Lo había mandado colocar junto a la almohada, bajo su cálido edredón, como hacen otros con el gato. Le agradaba aquella mascota eléctrica.

Y así, mientras tras un sueño reparador él se desperezaba en la ancha cama y disfrutaba el sosiego matutino, descolgó el auricular y dictó un numero a la operadora. La ciudad estaba a su disposición, servida en la cama como un desayuno. Aún somnoliento, oyó la voz espabilada y cantarina de la persona que le respondió al otro lado de la línea, en un lejano sanatorio. Él le pidió que lo comunicase con el médico encargado, un amigo suyo de la juventud.

—Dime, ¿tenéis cama libre?

—Mira, cama libre no tenemos nunca, pero siempre hay manera de conseguir alguna. Que venga la niña con su madre y sus documentos, y ya veremos qué se puede hacer.

Unos días más tarde fue el médico quien lo telefoneó. Le

informó de que su protegida estaba hospitalizada.

Ya sólo quedaba por resolver el asunto del quiosco de prensa.

Esti consideraba su deber encargarse de ello. Más que de una obligación humana, se trataba de una obligación familiar. Desde que había hablado con la viuda, se había forjado entre ellos una especie de parentesco.

Primero visitó a la familia.

Del techo de la habitación donde vivían colgaba un cable con una bombilla desnuda que arrojaba sobre ellos una luz cortante.

Margitka, la hija menor, ya había ingresado en el sanatorio. La hija mayor se llamaba Angéla y no era bonita. Mantenía una actitud apática. Hablaba con un sonsonete. Su nariz recta, blanca, parecía esculpida en yeso. Lacika, el estudiante de secundaria afectado del oído, hincaba los codos ante una gramática latina. Poco después llegó el mecánico que en vano buscaba empleo. No bien saludó a Esti, se retiró a un rincón con la seriedad característica de los proletarios, para desde allí observar atentamente al invitado con una expresión tan seria y escrutadora como si quisiera escribir sobre él. Esti no acertaba a imaginar qué le pasaba por la cabeza.

Le costó bastante conseguir el quiosco.

En la oficina donde se tramitaban los permisos necesarios para ello, el consejero le comentó sonriendo que en Hungría resultaba más fácil conseguir un sillón ministerial que una jaula de cristal de ésas. Descartó de lleno la posibilidad de que quedara vacante algún quiosco en un plazo previsible.

Esti tomó nota. No obstante, como más valía no poner a la viuda al frente de un ministerio —a algunos les habría extrañado, como mínimo—, insistió en la jaula de cristal. Sabía que había leyes, artículos y ordenanzas realmente inhumanos y despiadados, pero detrás de toda ley, todo artículo y toda ordenanza hay un ser mortal falible y susceptible de ser conquistado con la debida planificación. Nada es imposible cuando se trata de conseguir algo de otro ser humano. Por ello, Esti sonreía, mentía, adulaba, se arrastraba por el suelo, adoptaba aires de superioridad o se conducía con descaro, según le convenía. En un sitio aseveraba que la viuda era pariente suya por parte de madre, católica devota; en otro afirmaba que era calvinista de antigua cepa, víctima de los tratados de paz; más allá, que era víctima del terror blanco, una emigrante que había

regresado de Viena.

En situaciones como aquélla, Esti nunca dejaba que lo frenaran los escrúpulos.

¿Qué era lo que le infundía fuerzas? A él también le habría gustado averiguarlo.

Cuando por las noches se acordaba de la familia, o en las raras ocasiones en que se levantaba temprano por la mañana para entrevistarse con el responsable de alguna oficina, él también se planteaba la pregunta.

¿Se engañaba, tal vez, al persuadirse de que estaba en su mano salvar a alguien? ¿Disfrutaba con el papel de benefactor, satisfacía su secreto anhelo de poder, alimentaba su sentimental espíritu de sacrificio? ¿Se había impuesto penitencia? ¿O era en realidad la pasión por la caza lo que lo movía, la emoción de su juego experimental, la posibilidad de influir sobre la gente?

Esti, después de calibrar estos argumentos, los desechó uno por uno.

Su empeño obedecía a otra motivación. Todo derivaba del momento en que, en un arrebato caprichoso, había arrojado sobre la mesa la suma en cuestión. Su interés en conseguirle una plaza gratuita a la niña en el sanatorio era consecuencia directa de aquello, y de dicho interés derivaba su afán por procurarle a la madre un medio de sustento. Cada uno de sus actos, inevitablemente, engendraba otro. Llegado a ese punto, le habría apenado que se malograran los esfuerzos realizados. Quería un resultado un poco más perfecto, un poco más redondo.

Expresado en términos económicos, quería que su dinero invertido produjese réditos.

La viuda, por fin, obtuvo su puesto de periódicos en un sitio excelente, una de las esquinas más concurridas del bulevar.

El esplendoroso sol de septiembre brillaba sobre la jaula de cristal, tiñendo de dorado las revistas extranjeras, ciñendo una guirnalda de luz a *Dekobra y Bettauer*. La mujer se atareaba entre ellas con una sonrisa convaleciente, como en un escenario, aislada y al mismo tiempo integrada en la vida de la calle, ante el publico capitalino.

Como el puesto le pillaba de camino, Esti se pasaba en ocasiones por allí, ya no como benefactor, sino como cliente. Se compraba

algún periódico, aunque no lo necesitara. Le preguntaba por el estado de Margitka.

—Gracias —respondió la mujer con un ademan reverencial, mientras colocaba los periódicos con las manos enfundadas en unos mitones—, muchas gracias. Ella está bien. Excepto por la comida… No le dan suficiente —susurró enigmáticamente. Para que no sufra por causa del hambre, cada dos días le llevamos un poco de mantequilla. Tenemos que ir andando. No nos alcanza el dinero para el tranvía.

Luego pasó a hablar sobre el estudiante:

—Pobrecito, ha tenido que repetir curso. El año pasado suspendió tres asignaturas. Por su problema del oído, ya sabe. No oye bien. No oye lo que dicen los profesores. Se quedó sordo del oído izquierdo.

Esti no creía que hubiera arreglo para todo en este mundo. Constataba que, tan pronto como remendaba la penuria en un punto, se descosía en otro. No obstante, en secreto, esperaba al menos una leve mejoría, un alivio relativo, una buena palabra que lo consolara, que recompensara sus desvelos. Ahora era el quien anhelaba una limosna.

Era invierno y llovía a cántaros. En medio del diluvio, el puesto de periódicos semejaba un faro. En el no se hallaba la viuda, sino la costurera.

—Mamaíta se ha resfriado —le comunicó la joven a Esti con un tonillo alegre pero inquieto. A mamaíta le duelen los pies. Estoy aquí para sustituir a mamaíta.

Esti regresó a casa, pensando en el quiosco —donde notó que también la hija mayor tiritaba de frío— y en la viuda enferma, postrada en la cama. Se sentó junto a la chimenea. Las brasas proyectaban un resplandor carmesí sobre sus cortinas color avellana.

Se puso de pie, desalentado.

—El asunto este me aburre —suspiró—, me aburre sobremanera.

A partir de entonces ya sólo miraba el puesto de reojo, desde lejos, mientras esperaba el ómnibus. Estaba harto de todos ellos. Siempre los rehuía en la medida de lo posible.

—Que se mueran —refunfuñaba. Yo también me muero, tan miserablemente como ellos. Todos se mueren.

La viuda y su familia no lo acosaban. Después de reiterarle que todo —tantos progresos en su vida— se lo debían a él, sólo a él, siguieron su camino. No querían representar una carga para él eternamente.

Esti perdió todo contacto con ellos.

Una noche turbulenta de mayo, el viento perseguía el polvo de la calle. Kornél estaba sentado en una pastelería, bebiendo chocolate caliente. Al salir, se topó con la viuda.

Ella no lo reconoció de entrada.

Fue Esti quien la saludó. Le preguntó que tal marchaba todo, y comentó que hacía mil años que no la veía.

La mujer permaneció un rato callada.

—Mi Lacika —tartamudeó—, mi pequeño Lacika… —y se le quebró la voz.

El estudiante había muerto dos meses antes.

Esti clavó los ojos en la misma tierra en la que se descomponía el cuerpo del chiquillo.

La viuda le relató todo lo sucedido. A Margitka también le subía la fiebre por las mañanas. Los responsables del sanatorio querían mandarla a casa. A Angéla la habían despedido del taller de costura, porque suplía a su madre demasiado a menudo en el puesto de periódicos. Se habían visto forzados a renunciar a él. El dolor de sus pies impedía a la viuda pasarse el día allí parada. Quizá fuera mejor así.

Esti asentía con la cabeza:

—Claro, claro.

Se encontraban bajo una farola de gas. Escudriñó el semblante de la viuda. Ya no estaba tan turbada y desconcertada como cuando había acudido a él por primera vez. Le hablaba tranquila e impasible.

Si no se hubiera parecido tanto a la madre de Esti y a esas parientes que también se tornaban grises y se derrumbaban, entonces todo habría estado bien. Pero la expresión de la viuda denotaba reprobación, un reproche doloroso y casi descarado.

Esto exasperó a Esti.

«¿Qué culpa tengo yo? —protestó para sus adentros. ¿O es que pensáis que he sido yo quien os ha hecho todas estas faenas? Vamos a ver, ¿qué diablos queréis de mí, siempre de mí?».

En un gesto de protesta, extendió la mano en dirección a la viuda. La asió del abrigo. Zarandeó a la anciana enclenque vestida de negro, forcejeó con ella.

—¡Basta! —gritó él, como queriendo frenar un caballo desbocado—, ¡basta!

La soltó y enfiló corriendo en una bocacalle.

—¿Qué he hecho? —jadeó. Ay, que desgraciado soy. He agredido a una mujer. A una mujer débil y miserable. Me habré vuelto loco.

Se apoyó contra un muro, jadeando de la impresión. Sin embargo, era feliz. Era inmensamente feliz por haberle propinado, por fin, una buena tunda.

# 14

*Donde se desvelan las misteriosas andanzas de Gallus, un traductor culto, pero descarriado.*

Charlábamos sobre poetas y traductores, viejos amigos nuestros con los que antaño habíamos emprendido el mismo camino, pero que luego se habían quedado rezagados y ahora estaban en paradero desconocido para nosotros. De vez en cuando, mencionábamos un nombre. ¿Quién se acordaba de él? Sacudíamos la cabeza, esbozando una sonrisa débil. En el espejo de nuestros ojos parecía dibujarse un rostro que ya creíamos olvidado, una vida y una carrera desperdigadas. ¿Quién sabía algo de él? ¿Vivía aún? Todos enmudecíamos ante esta pregunta. En aquel silencio, las flores marchitas de la corona de la gloria del ausente susurraban como la hojarasca en el cementerio. Permanecíamos un rato callados.

Al cabo de unos minutos, sin embargo, alguien nombró a Gallus.

«—Pobre —murmuró Kornél Esti. Yo lo vi hace unos años, siete u ocho, en unas condiciones sumamente tristes. Entonces, en relación con una novela de detectives, le sucedió algo muy propio de una novela detectivesca, lo más chocante y doloroso que jamás había presenciado en mi vida.

”Sin duda lo conocíais, al menos un poco. Era un chico ingenioso, con un talento innato, además de un escritor concienzudo y culto. Hablaba varios idiomas. Dominaba el inglés con tal perfección que, según se cuenta, impartía clases de inglés al propio príncipe de Gales. Vivió cuatro años en Cambridge.

”Adolecía, sin embargo, de un vicio sumamente nocivo. No, no bebía: arramblaba con todo lo que caía en sus manos. Robaba como una urraca. Le era indiferente que se tratara de un reloj de bolsillo, unas pantuflas o un enorme trozo de tubo de estufa. No se guiaba

por el valor de los objetos afanados, tampoco por su tamaño o extensión. Con frecuencia ni siquiera conseguía sacar provecho alguno de ellos. Simplemente, obtenía placer del acto de hurtar. Nosotros, sus amigos más próximos, intentábamos disuadirlo. Nos esforzábamos por convencerlo, con palabras cariñosas. Lo regañábamos e incluso lo amenazábamos. Él admitía que estábamos en lo cierto. Prometió luchar contra tan dañina inclinación. Por desgracia, la razón luchaba en vano y sucumbía a la fuerza de su naturaleza. Gallus reincidía una y otra vez.

”En innumerables ocasiones sufrió la humillación de que algún extraño lo reprendiera en publico; lo pillaban demasiado a menudo, y a nosotros nos costaba mucho paliar de alguna forma las consecuencias de sus acciones. En una ocasión, sin embargo, en el rápido de Viena, sustrajo la cartera a un comerciante moravo que lo sorprendió *in fraganti* y lo entregó a los gendarmes en la siguiente estación. Lo trajeron a Budapest encadenado.

”Acudimos en su auxilio una vez más. Vosotros, que os dedicáis a escribir, bien sabéis que todo, desde la calidad de un poema hasta el destino de una persona, depende de las palabras. Tratamos de probar que era cleptómano y no un delincuente. Por lo general, cuando un caco es conocido nuestro, lo consideramos cleptómano. Cuando no lo es, en cambio, lo consideramos un delincuente. El tribunal no lo conocía, por lo que lo declaró delincuente y lo condenó a dos años de prisión.

”Después de salir en libertad, una oscura mañana de diciembre, poco antes de Navidad, Gallus irrumpió en mi casa hambriento y andrajoso. Cayó de rodillas ante mí y me suplicó que no lo abandonara, que le ayudara, que le consiguiera trabajo. De momento, quedaba descartada la posibilidad de que publicara escritos firmados con su nombre auténtico. No obstante, no sabía hacer otra cosa que escribir. Intercedí a su favor ante un editor amable y humano, que al día siguiente le encargó la traducción de una novela inglesa de detectives. Era una de aquellas basuras con las que nosotros no nos manchamos las manos. No las leemos. Como mucho las traducimos, pero siempre tapándonos la nariz. El título (lo recuerdo todavía) era *El misterioso palacio del conde Vitsislavo*. Pero ¿qué importaba? Me alegraba de serle de utilidad, y él se alegraba de haber hallado un medio de sustento, de modo que

acometió la tarea con entusiasmo. Trabajó con tanta diligencia que entregó el manuscrito tres semanas después, antes de que venciera el plazo establecido.

”Cual no sería mi sorpresa cuando, unos días más tarde, el editor me comunicó por teléfono que la traducción de mi recomendado no valía nada y que él no estaba dispuesto a pagar un céntimo por ella. Yo no salía de mi asombro. Tomé un coche y me personé en la editorial.

”El editor me entregó el manuscrito sin decir palabra. Nuestro amigo lo había mecanografiado muy decentemente, había numerado las paginas y, lo que es más, había atado las hojas con un cordón en el que se apreciaban los colores nacionales. Todo ello era muy característico de él, ya que, creo que lo he mencionado antes, era un tipo de confianza y extremadamente minucioso en lo que a la literatura se refiere. Empecé a leer el texto. Emití una exclamación de complacencia. En la traducción se sucedían oraciones claras, giros ingeniosos, sutilezas lingüísticas que probablemente no figuraban en la obra original. Le pregunte boquiabierto al editor por la causa de su descontento. Entonces me puso en la mano el original en inglés, sin abrir la boca, como en el caso del manuscrito, y me invitó a cotejar las dos versiones. Pasé media hora sumergido, buceando ora en el original, ora en el manuscrito. Al final, me levanté, profundamente impresionado. Reconocí ante el editor que no le faltaba un ápice de razón.

”¿Que por qué? No os molestéis en lanzar hipótesis. No acertaréis. No había presentado disimuladamente el manuscrito de otra novela. Le había llevado, por el contrario, la traducción fluida, artística, en ciertos pasajes hasta poética, de *El misterioso palacio del conde Vitsislavo*. Si suponéis que contenía alguna interpretación errónea, os equivocáis de nuevo. Al fin y al cabo, Gallus utilizaba con absoluta corrección tanto el inglés como el húngaro. Rendíos. Se trataba de un asunto del que nunca habéis oído hablar. El problema residía en otro lado. Era algo muy distinto.

”Yo también tardé algún tiempo en percatarme de ello. Lo comprendí poco a poco. Atendedme. La primera oración del texto inglés original rezaba: “Brillaban las treinta y seis ventanas del destartalado palacio azotado por la tempestad. Arriba, en la primera planta, cuatro arañas de cristal esparcían su suntuosa luz…”. Gallus

lo había traducido así: “Brillaban las doce ventanas del destartalado palacio azotado por la tempestad. Arriba, en la primera planta, dos arañas de cristal esparcían su suntuosa luz…”. Continué leyendo con los ojos redondos. En la tercera página el novelista inglés escribía: “El conde Vitsislavo sacó su abultada cartera con una sonrisa sarcástica y le arrojó la suma solicitada, mil quinientas libras…”. El traductor húngaro lo interpretaba así: “El conde Vitsislavo sacó su abultada cartera con una sonrisa sarcástica y le arrojó la suma solicitada, ciento cincuenta libras…”. Para entonces ya me rondaba una sospecha nefasta que en los minutos siguientes, desafortunadamente, se vio confirmada. Más abajo leí: “La condesa Eleonora estaba sentada en uno de los rincones de la sala de baile. Lucía un vestido de noche y antiguas alhajas de la familia: una diadema con diamantes que había heredado de su tatarabuela, la esposa del príncipe electo alemán; sobre sus senos de cisne brillaba opalino un collar de perlas, y sus dedos estaban casi rígidos a causa de las sortijas de brillantes, zafiros y esmeraldas que llevaba…”. Para mi enorme pasmo, en el manuscrito en húngaro el fragmento anterior aparecía de la siguiente forma: “La condesa Eleonora estaba sentada en uno de los rincones de la sala de baile”. Y ahí terminaba. De la diadema de diamantes, el collar de perlas, las sortijas de brillantes, zafiros y esmeraldas no se hacía mención alguna.

”¿Comprendéis ahora lo que hizo aquel desgraciado y mísero traductor? Sencillamente sisó las joyas familiares de la condesa Eleonora y con el mismo e imperdonable atrevimiento le arrebató la cartera al conde Vitsislavo, dejándole sólo ciento cincuenta de sus mil quinientas libras; asimismo, sustrajo dos de las cuatro arañas de cristal de la sala de baile y se llevó veinticuatro de las treinta y seis ventanas del destartalado palacio azotado por la tempestad. Todo me daba vueltas. Mi consternación llegó a su punto culminante cuando comprobé, sin lugar a dudas, que la rapacería de mi protegido era una constante en toda la obra. Conforme avanzaba, la pluma del traductor empobrecía a los protagonistas que acababa de conocer, violando la inalienable santidad de su propiedad privada, sin respetar bienes muebles ni inmuebles. Operaba con distintos métodos. Por lo común, los objetos de valor desaparecían sin dejar el menor rastro. Las alfombras, las cajas fuertes y la platería

descritas en el texto original, con la intención de elevar la calidad literaria del mismo, se esfumaban por completo en el proceso de traducción al húngaro. Otras veces, Gallus se limitaba a hurtar una porción de ellos, la mitad o las dos terceras partes. Si alguien ordenaba al criado que subiese cinco maletas al tren, el solo aludía a dos y omitía alevosamente las otras tres. Para mí lo más decepcionante (pues revelaba mala intención y falta de honor) fue que en más de una ocasión mi amigo reemplazó los metales nobles y las piedras preciosas por materiales sin valor y de calidad mediocre: el platino por hojalata, el oro por cobre, el diamante por cristal de Bohemia o vidrio.

”Me despedí del editor con la cara larga. Para satisfacer mi curiosidad le pedí el manuscrito y el texto inglés original. Así pues, estimulado por el enigma real de la novela de detectives, proseguí mis pesquisas en casa y elabore un inventario preciso de los objetos robados. Trabajé sin cesar desde la una de la tarde hasta las seis y media de la madrugada. En total, nuestro compañero descarriado se había apropiado indebida e ilegalmente de 1 579 251 libras esterlinas, 177 sortijas de oro, 945 collares de perlas, 181 relojes de bolsillo, 309 pendientes y 435 maletas, por no hablar de las tierras, los bosques, los pastos y los palacios de príncipes y barones, amén de otros objetos más corrientes, como pañuelos, mondadientes y campanillas, cuya enumeración resultaría agotadora y probablemente baladí.

”¿Dónde había guardado Gallus todos estos bienes muebles e inmuebles que al fin y al cabo sólo existían sobre el papel, en el imperio de la imaginación? ¿Cuál era el objetivo de su latrocinio? Dilucidarlo nos tomaría largo tiempo, de manera que no insisto. Pero todo ello me convenció de que no se había curado de su enfermedad o vicio pecaminoso, de que no cabía abrigar esperanza alguna de recuperación ni valía la pena que los miembros honrados de la sociedad le brindasen su apoyo. Yo, indignado moralmente, le retiré el mío. Lo abandoné a su suerte. Desde entonces no he tenido noticia de él».

# 15

*Donde Pataki se muestra profundamente preocupado por su hijo, y Esti por su nuevo poema.*

Una noche de invierno, Kornél Esti se encontraba en el despacho escribiendo una carta a su editor. Su pluma se deslizaba sobre el papel a gran velocidad. De repente, se percató de que algo desviaba su atención de las oraciones. Oyó unas voces:

*¿Por qué escruto la oscuridad?*
*¿Por qué oigo alejarse*
*los planetas vagabundos,*
*por qué vislumbro la luz aventurera*
*de las estrellas en la lejanía…?*

Apartó la carta y anotó estas palabras. Luego esperó, para ver si esto fructificaba de alguna manera o —como ocurría a menudo— el telégrafo celestial se averiaba, como si a lo lejos se hubiese producido algún desperfecto en el aparato emisor.

Sin embargo, esta vez las palabras fluían, se completaban y se conferían significado unas a otras. Esti aguzó los oídos. Percibió nuevas voces. Clavó los ojos en la cortina verde que cubría la ventana. A través de ella entrevió el cielo estrellado.

Estuvo largo rato tomando apuntes, sin orden ni concierto. En realidad no se enteró de lo que expresaban aquellas palabras sino al final.

Él mismo se asombró.

Lo leyó varias veces. En medio del poema tachó tres versos. Al

instante los escribió de nuevo. Allí no faltaba ni sobraba una letra. El poema quedaba bien tal como estaba.

Esti sacó la máquina de escribir y lo pasó a limpio.

Cuando tecleaba las últimas líneas, sonó el timbre de la puerta. La doncella anuncio la visita de Pataki.

—¡Hola! —le gritó Esti desde la silla sin mirarlo siquiera. Siéntate. Enseguida estoy contigo.

Pataki permaneció en la penumbra. No se le distinguían las facciones.

Él contemplaba a Esti, que estaba frente al escritorio, con el cabello despeinado bajo la luz dorada de la lámpara de pie, envuelto en humo de tabaco, tecleando sin cesar.

Pataki no se sentó. Seguía de pie.

Últimamente, Esti se encontraba raras veces con Pataki.

Le sorprendió su aparición. Pero no lo comentó; estaba demasiado ocupado. Seguía golpeteando las teclas. Una vez escrito su nombre, tiró del papel para sacarlo del rodillo.

—Estaba escribiendo un poema —le informó a su amigo. ¿Te lo leo? Son dos páginas a máquina.

Pataki se sentó en una butaca en el extremo opuesto de la habitación. Esti articulaba con todo cuidado, para que cada palabra del poema quedase bien clara:

*¿Por qué escruto la oscuridad?*
*¿Por qué oigo alejarse*
*los planetas vagabundos…?*

El poema presentaba una amplia trayectoria ascendente, trazada con pulso firme, y luego decaía lenta y mansamente. Al leerlo le gustó aún más a Kornél. Estaba convencido de que se trataba de una obra inmortal y de que, años después, recordaría con emoción aquella noche de invierno, en la que lo había compuesto a partir de la nada. La parte final, en la que el poema alcanzaba su clímax —se reducía a unas cuantas interjecciones y exclamaciones—, lo complació especialmente.

Dejó caer el manuscrito sobre el escritorio.

—Es bonito —opinó Pataki tras una pequeña pausa, desde la oscuridad.

—¿Te gusta? —lo interrogó Esti, porque en cuanto alguien lo halagaba lo asaltaban las dudas. ¿Te gusta de verdad?

—Mucho —contestó Pataki.

Se levantó de la butaca. Entró, despacio, en el círculo de luz de la lámpara de pie. Asió ambas manos de Esti.

—Oye, he venido a verte porque nunca había estado tan cerca del suicidio —le confió ceremoniosamente.

—¿Cómo? —saltó Esti alarmado.

—Lacika —balbució Pataki. Lacika.

Esti encendió la bombilla del techo. Advirtió que su amigo estaba cadavérico y que le temblaba todo el cuerpo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. ¿Qué le ha pasado?

—Lo operan dentro de una hora.

—¿De qué?

—De apendicitis.

—¡Pero si eso no es nada! Siéntate, Elek, siéntate aquí. No seas necio. ¿Quieres que te traiga un vaso de agua?

Pataki bebió un sorbo.

—Ay —gimió—, esto es el final. Sé que es el final. Pero ya no me sentía capaz de pasar un minuto más en el hospital. Lo ingresamos esta tarde. Ahora están preparando al pobrecito. No me atrevía ni a mirarlo. Su madre se ha quedado a su lado. El coche me espera en la calle. Enseguida regreso allí.

—¿Desde cuándo está enfermo?

—Pues te lo cuento. Vamos a ver, ¿cómo fue? Se tapó el rostro con las manos blancas y sudorosas. Lacika llevaba ya una semana quejándose de que le dolía el estómago. Repetía una y otra vez que le dolía el estómago. Supusimos que se trataba de una indigestión navideña. Ya sabes, lo típico: durante las fiestas había comido mucho. Así que le aplicamos los cuidados habituales en esos casos: purgante, ayuno y demás. Pero no mejoró. Esta mañana vomitó. Rápidamente llamamos a Rátcz, luego también a Vargha, luego al profesor, a Elzász. Y resulta que es apendicitis. Lo van a operar a las nueve.

—Vamos. ¿Sólo eso?

—Pero tiene fiebre. Treinta y nueve coma dos grados. Una fiebre tan alta indica que hay acumulación de pus.

—La fiebre es muy común en los enfermos de apendicitis.

—Lo que tememos es que tenga el apéndice perforado.

—Eso produce escalofríos. ¿Ha tenido escalofríos? Pues ya lo ves. No exageres. No hay perforación.

—¿Tú crees que no?

—Por supuesto.

—Pero le pondrán anestesia general.

—Diles que lo operen con anestesia local.

—No es posible. Ahí está precisamente el problema. Según Elzász, no se puede.

—Pues entonces le pondrán anestesia general.

—Lo malo es que tiene el corazón débil. Desde que contrajo la escarlatina tiene el corazón débil y se cansa muy fácilmente. Incluso está exento de las clases de gimnasia. Ay, si a este niño le pasa algo yo me muero. ¿Me entiendes? No sobreviviré a él ni un instante.

—¿Cuantos años tiene?

—Nueve.

—¿Nueve? Entonces ya es mayorcito. Elzász opera incluso a niños de dos y tres años, y nunca han surgido complicaciones con ninguno. Además, los niños poseen una fuerza vital incomparable. Esas células tiernas, esos tejidos nuevos y rebosantes de vida salen ilesos de enfermedades que harían perecer a adultos fuertes. Puedes estar completamente tranquilo. Le sacaran el apéndice sin el menor problema. Dentro de una semana ya estará corriendo por ahí. Mañana, no: hoy mismo, dentro de hora y media, te reirás de todo esto. Los dos nos reiremos.

Pataki se calmó. Después de liberarse de sus miedos, se sintió vacío, paseando la vista, atontado, por el cálido despacho.

—Inaudito —murmuró Esti de repente y torció el gesto. Inaudito. Y yo aquí, aburriéndote.

—¿Aburriéndome? ¿Con que?

—Con esta basura.

—¿Con qué basura?

—Con el poema.

—Ah. No me aburrías.

—Claro que sí. Mientras tú te consumías de ansiedad (debo reiterar que sin razón alguna), yo, mi querido amigo, te importunaba con la última creación de mi mente. Es infernal, realmente infernal.

—No. Créeme que hasta me ha sentado bien escucharlo. Al menos me he distraído un poco.

—¿Has podido prestar atención?

—Sí, he podido.

—¿Te ha llamado la atención?

—Claro.

—¿Puedes ser más específico?

—Bueno, me ha parecido excelente. Un poema significativo.

—¿Sólo significativo?

—Muy significativo.

—Mira, no pretendo chantajearte para que me halagues. Ya sabes que eso es algo que siempre he aborrecido. Pero necesito que me des tu opinión con toda sinceridad. Cada vez que escribo algo, pienso que es la mejor de mis obras, que tiene que ser así. A ti, seguramente, te pasará lo mismo. Luego, poco a poco, me acostumbro a su existencia, empieza a cansarme, me invade la incertidumbre de si ha valido la pena invertir en ello tanto esfuerzo. Además, nuestra profesión está tan desprestigiada… ¿A quién diablos le interesa que nos duela la cabeza, cuando a todo el mundo le duele? Así que dime la verdad.

—Ya te he dicho que es estupendo.

—En cuanto a la primera parte, yo también estoy seguro de ello. «¿Por qué veo la luz aventurera…?». Esto es inspiración, pura inspiración. Pero más adelante, en la parte central, me ha dado la impresión antes, al leerlo, de que algo fallaba.

—¿Dónde?

—En la parte donde se acortan los versos. ¿No te acuerdas? «Carbúnculo ardiente…». ¿No te parece poco convincente? ¿No es ampuloso y grandilocuente? ¿No hay allí un corte demasiado brusco?

—No hay ningún corte.

—¿Tú crees?

—Sí, sí.

—Dime, Elek, y en su conjunto, tal como lo has oído, ¿no peca un poco de retórico?

—¿Que si es retórico? A mí en realidad me gusta la impetuosidad, y en cuanto a lo retórico, no lo descarto en absoluto de la poesía.

—Te entiendo. Pero yo odio de todo corazón las composiciones demasiado retóricas. Eso no es poesía sino confitería. Se sincero, con toda libertad. Prefiero romperlo todo y no volver a escribir un solo verso si esto es retórico.

—Siempre interpretas mal lo que te digo. No, no es retórico. Y qué bonito es el final. «Vivir, vivir». Es espléndido. Ya verás, a los demás también les gustará. ¿Se lo has mostrado ya a Werner?

—Aún no.

—Pues muéstraselo. Le va a encantar. Lo conozco. Seguro que lo publicará en la primera página, con letra Garamond y espaciado doble. Tendrá un éxito arrollador, más que cualquier otra cosa que hayas escrito. Es una obra maestra, una verdadera obra maestra.

Esti agitaba en la mano las hojas mecanografiadas. Pataki sacó el reloj de bolsillo.

—Las nueve menos diez.

—Voy contigo.

Subieron al coche que aguardaba ante el edificio. Circularon por calles nevadas y oscuras. El padre se preguntaba si su hijo sobreviviría. El poeta se preguntaba si su poema sobreviviría.

—Si tiene pus, podría gangrenarse —gimió Pataki en una de las curvas.

Esti asintió con la cabeza.

Más tarde fue el quien habló:

—En la parte central tacharé esos tres versos. Así el poema quedará más sencillo.

Pataki le dio la razón.

Luego ambos guardaron silencio.

Los dos pensaban lo siguiente del otro:

«Qué mezquino, qué egoísta».

Al llegar al hospital, Pataki subió corriendo a la primera planta, con Esti a la zaga.

Lacika, a quien ya le habían puesto una inyección de morfina, estaba medio dormido. Lo llevaban sobre una camilla alta y estrecha al quirófano brillantemente iluminado.

# 16

*Donde Elinger lo salva del agua, y él, por su parte, tira a Elinger al agua.*

Los bañistas siempre llegaban a nado hasta el centro del río, por donde pasaba el barco procedente de Viena, y se mecían, chillando, sobre las enormes olas que éste levantaba. Por las tardes, Esti se tendía en bañador a la orilla y contemplaba a la alegre compañía con envidia. Si bien nadaba mejor que cualquiera, también poseía una imaginación más fértil que cualquier otra persona. Por eso mismo era cobarde.

Una vez decidió que, pasara lo que pasase, nadaría hasta la margen opuesta.

Se lanzó al agua y avanzó con potentes brazadas. En un abrir y cerrar de ojos, se encontraba a medio camino. Allí se detuvo por unos instantes. Empezó a analizar su estado. No resollaba, su corazón latía con normalidad. Habría aguantado un buen rato más. No obstante, cayó en la cuenta de que no estaba atemorizado, y esta idea, la de no estar atemorizado, lo asustó tanto que enseguida entró en pánico.

Se dispuso a regresar. Sin embargo, la ribera de la que había partido se le antojaba ahora más lejana que la opuesta. Así pues, siguió adelante. Por allí las aguas eran extrañas, frías y profundas. Un calambre le atenazó la pierna izquierda. Cuando extendió la derecha, también notó una contracción dolorosa en los músculos de ésta. Quería flotar de espaldas, como acostumbraba, pero se revolvía frenéticamente. Giró, se hundió, tragó un poco de agua, emergió por un momento, y luego, enredado en los oscuros velos que tiraban de él hacia el fondo, se sumergió más y más. Agitaba los brazos con desesperación.

Unas personas que estaban en tierra se percataron de ello. Gritaron que alguien se estaba ahogando en medio del río.

Un joven vestido con un bañador azul, que estaba apoyado en la barandilla de la casa de baño, ya se había tirado al agua y nadaba hacia él a gran velocidad.

Llegó a tiempo.

Esti acababa de asomar la cabeza a la superficie. Su salvador lo agarró de la larga cabellera y lo arrastró hasta la orilla.

Allí Esti no tardó en recobrar el conocimiento.

Al abrir los párpados, primero vio el cielo, luego la arena, luego a la gente que estaba allí parada, y la luz del sol reverberaba en sus cuerpos desnudos, como si fueran de plata. Un caballero igualmente desprovisto de ropa, que llevaba gafas oscuras, estaba arrodillado junto a él, tomándole el pulso. Seguramente era un médico.

Los curiosos que se habían congregado en torno a él no apartaban la vista del joven de bañador azul, quien —según dedujo Esti— le había salvado de las garras de la muerte ante la atenta mirada del excitado publico.

El joven se le acercó y le tendió la mano.

—Elinger —se presentó.

—Esti —respondió Kornél.

—Oh, maestro —exclamó el joven con modestia—, ¿quién no conoce al maestro?

Esti intentó comportarse como un personaje a quien «todo el mundo conoce».

Estaba azorado.

Hasta ese momento, había recibido muchas cosas: de niño le habían regalado un precioso álbum de sellos; luego, para la confirmación, un anillo de oro; más tarde le habían dedicado algunas críticas halagadoras, incluso había ganado un premio de la Academia, pero nunca había recibido tanto a la vez de una sola persona. Sólo de su madre y padre juntos, hacía ya mucho tiempo.

Aquel desconocido le había devuelto la vida. Si esa tarde, por algún motivo, no hubiese ido a bañarse, o si cuando la desgracia se cernía sobre Esti se le hubiese ocurrido encender un cigarrillo en vez de zambullirse sin demora, entonces él yacería ahora entre los peces, en el lecho del río… en un lugar desconocido… quien sabe dónde… Sí, sin duda alguna había vuelto a nacer. Había venido al

mundo por segunda vez, a los treinta y dos años de edad.

Se puso de pie y estrechó emocionado la mano del joven.

—Gracias —musitó.

—Oh, no ha sido nada.

—Gracias —repitió Esti, como si se hallara ante alguien que le hubiese dado fuego en la calle. Insatisfecho por su falta de expresividad, lo intentó de nuevo, esta vez enfatizando su sentimiento con el tono de voz—: Gracias.

—No ha sido nada.

«¿Salvarme la vida no ha sido nada?», pensó Esti.

—Lo que usted ha hecho es formidable —le aseguró. Heroico. Humano.

—Me halaga usted.

—No tengo palabras, de verdad… No se qué decir —tartamudeaba Esti.

El joven le aferró la otra mano y le sacudió calurosamente las dos juntas.

—Ha sido un placer —aseveró el joven.

—Tras un suceso así deberíamos conocernos un poco. No sé si dispondrá de tiempo.

—De todo el que quiera, maestro.

—¿Hoy? No, hoy no. Mañana. Le invito a tomar un café en mi casa. O, espere, mejor quedamos por la noche, en la terraza del Glasgow. A las nueve de la noche.

—Será un gran honor.

—Entonces, ¿le veré allí?

—Sin falta.

—Hasta la vista, pues.

—Hasta la vista.

El joven se inclinó. Esti le apretó los mojados hombros y se alejó. A la altura de las casetas, se volvió hacia él y lo saludó varias veces con la mano.

A las nueve en punto subió a la terraza del Glasgow. Buscó al joven con la mirada. No lo avistaba por ninguna parte. Sentados a las mesas, ante los ventiladores eléctricos, se refrescaban caballeros solitarios que bebían coctel de frutas en compañía femenina.

A las nueve y media de la noche empezó a inquietarse. Su alma necesitaba este encuentro. Le habría dolido que, por algún

malentendido, no llegara a encontrarse con su mayor benefactor. Llamó a los camareros uno por uno para preguntarles por el señor Elinger.

Entonces reparó en que ni siquiera era capaz de describirlo. Sólo se acordaba de que llevaba un bañador azul y de que en la boca le brillaba un diente de oro.

Por fin, en las inmediaciones del ascensor, junto a las macetas que flanqueaban la puerta por la que los camareros entraban y salían, se fijó en alguien que esperaba con humildad, de espaldas a los comensales.

—Perdón, ¿el señor Elinger?

—Sí.

—Ah, entonces, ¿estaba usted aquí? ¿Desde cuándo?

—Desde las ocho y media.

—¿No me ha visto?

—Sí, lo vi.

—Entonces, ¿por qué no se ha acercado a mi mesa?

—Temía molestarle, maestro.

—Pero qué cosas. Ni siquiera le he reconocido. Es, sin duda, muy curioso. Amigo, querido amigo, siéntese. Aquí, aquí. No se preocupe, el camarero se encargara de traer sus cosas.

Esti le sacaba media cabeza a Elinger, que era más delgado, menos musculoso. El joven llevaba el cabello rubio tirando a rojizo peinado con raya en medio. Iba vestido con un traje blanco de verano, cinturón y corbata de seda.

Esti le estudió el rostro. Así que éste era él. Así era un héroe, un héroe de verdad. Kornél lo observaba detenidamente, con devoción. La frente estrecha de Elinger denotaba firmeza y determinación. En aquel hombre palpitaba la vida, la vida real que Esti había abandonado por mor de la literatura. A éste le inquietaba pensar en todas las almas interesantes que vivían ocultas sin que el mundo supiera de su existencia; llegó a la conclusión de que le convenía relacionarse más con la gente. Lo que le cautivaba de Elinger era sobre todo su llaneza, esa gran sencillez inalcanzable para él, pues ya desde la cuna era complejo y complicado.

—Antes de nada, comamos algo —propuso con desenvoltura. Tengo hambre, un hambre de lobo. Espero que usted también.

—No, he merendado hace poco.

—Qué pena —comentó Esti distraído, y echó una ojeada a la carta. Una verdadera lastima. Pero algo cenará, ¿no? Camarero: ¿qué tienen? Perca, de entrada. Guisantes, muy bien. Pollo empanado, ensalada de pepino. Tarta. Fresas con nata. Excelente. ¿De beber? Cerveza para empezar, luego vino. De Badacsony. Agua mineral. Tráigame un poco de todo —agregó con frivolidad.

Elinger estaba sentado frente a él con la vista baja, como si le remordiera la conciencia.

La terraza reflejaba la intensa luz de las lámparas eléctricas hacia el cielo sofocante. Abajo, en medio de unas tinieblas africanas, descansaba la ciudad, con sus casas y sus puentes polvorientos. No se divisaba más que la tenue línea luminosa del Danubio.

—Desabróchese la camisa —le aconsejó Esti. Sigue haciendo un calor infernal. Yo me he pasado todo el día escribiendo sin ropa. Sólo llevaba puesta la pluma estilográfica.

Elinger permanecía mudo.

Esti posó la mano sobre la suya y le dijo con un interés cálido:

—Ahora cuénteme algo sobre su vida. ¿A qué se dedica?

—Soy funcionario —contestó el joven en voz baja.

—¿Dónde?

—En la Primera Compañía Petrolera Húngara.

—Ya ve —murmuró Esti sin saber muy bien por qué—, ya ve. ¿Está casado?

—No.

—Yo tampoco —dijo Esti lanzando una carcajada hacia el firmamento, que en aquella terraza estaba un poco más cerca de él.

—Mi vida —continuó Elinger, con aire misterioso y grave— es una verdadera tragedia. Se llevó los dedos a las encías anémicas, sobre el diente de oro. Perdí a mi padre cuando era muy pequeño. No contaba ni tres años. Mi pobre madre enviudó con cinco hijos a los que hubo de mantener con el trabajo de sus manos.

«Todo esto es material en bruto —pensó Esti—, sin interés y sin contenido. Sólo está dotado de interés y contenido lo que también posee forma».

—Gracias a Dios —prosiguió Elinger—, desde entonces todos hemos llegado a buen puerto. Mis hermanas encontraron maridos solventes. Yo conseguí un empleo modesto. No tengo motivos para

quejarme.

Los dos comieron con apetito. Elinger había relatado la historia de su vida, y ya nada le quedaba por contar. Esti intentaba inyectar algo de éter a la agonizante conversación. Le preguntó a Elinger cuándo y dónde había aprendido a nadar así de bien. El joven contestó con una objetividad lacónica. Acto seguido, se sumió en un silencio turbado.

Después de las fresas, les sirvieron champán francés en un cubo lleno de hielo.

—Bebamos —lo animó Esti. Bebamos. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y uno.

—Entonces yo soy más viejo. Si me permites…

Al final de la cena, Esti anunció:

—En cualquier momento, para cualquier cosa que necesites, estoy a tu disposición. Lo digo en serio, no de dientes afuera, como otros. Me refiero a que ahora, en este instante, o mañana, o dentro de un año, o dentro de veinte, mientras viva, podrás contar conmigo. Y con todo lo que tengo. Te lo digo con el corazón en la mano. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí. Siempre te estaré agradecido.

—Me abrumas.

—No, no. Sin ti, no cabe duda de que hoy no estaría cenando aquí. Así que ven a verme a casa en cuanto puedas.

A la hora de pagar, Elinger hizo ademan de sacar la billetera.

—No faltaba más —protestó Esti. No dejes de visitarme —insistió. Llámame antes. ¿Tienes papel y lápiz?

Elinger anotó el numero de teléfono de Esti y le dictó a su vez el de la Primera Compañía Petrolera Húngara.

«¿Para qué lo habré apuntado? —se preguntó Esti, pensativo, al despedirse de él. Bueno, no está de más. Quizá lo telefonee la próxima vez que me ahogue».

Durante mucho tiempo, conservó el papel con el numero de teléfono sobre el escritorio, luego lo extravió. Nunca lo llamó. Elinger tampoco se puso en contacto con él. Durante largos meses no dio señales de vida.

No obstante, Esti pensaba a menudo en él.

Por lo general, cuando esperamos largamente a una persona, ésta se deja caer en nuestra casa cuando nos estamos afeitando, o

cuando estamos enfadados porque hemos roto un disco recién comprado, o cuando estamos arrancándonos una espina del dedo y aún no nos hemos lavado la sangre de las manos. Las circunstancias de la vida nunca permiten que los reencuentros se desarrollen de la manera solemne y majestuosa en que deberían producirse.

Antes de Navidad cayó una helada muy fuerte. La mente de Esti estaba ocupada en asuntos totalmente ajenos al río y los ahogamientos. Eran las once y media de la mañana del domingo. Estaba preparándose para la función de la una.

Fue entonces cuando le anunciaron la llegada de Elinger.

—Me alegro de que por fin hayas venido —exclamó. ¿Cómo estás, Elinger?

—Yo bien —respondió Elinger—, pero mi madre está enferma. De gravedad. La semana pasada la ingresaron en el hospital con un derrame cerebral. Te agradecería si…

—¿Cuanto te hace falta?

—Doscientos *pengös*.

—¿Doscientos *pengös*? Ahora no los llevo encima. Aquí tienes ciento cincuenta. Mañana te mando otros cincuenta a tu casa.

Esti le envió el resto del dinero esa misma noche, consciente de que se trataba de una deuda de honor que debía saldar. Al fin y al cabo, Elinger le había concedido la vida en forma de crédito, y éste había devengado tantos o más intereses desde entonces.

Más adelante, mientras duró la enfermedad de la madre, Esti le entregó a Elinger cantidades más o menos cuantiosas que en total sumaban otros doscientos *pengös*, luego, después del entierro de la madre, desembolsó trescientos cincuenta más, para lo que hubo de pedir un préstamo.

A partir de entonces, Elinger acudía asiduamente a su casa. Con algún pretexto le sacaba sumas insignificantes que ni merecen ser mencionadas. Unas veces veinte *pengös*, otras, sólo cinco.

Esti pagaba de buen grado y, cuando Elinger se marchaba, respiraba aliviado. No aguantaba su presencia, sus encías anémicas, el diente de oro y sus frases, que sonaban como un martilleo monótono.

«Pero si este tipo —se decía Esti al apercibirse de la realidad— es uno de los mayores idiotas del mundo. Nadie más habría sido capaz de salvarme. Si llega a ser un hombre más inteligente,

seguramente deja que me ahogue».

En cierta ocasión, al llegar a casa de madrugada, encontró a Elinger sentado en su despacho.

—Imagínate —le notifico éste con jovialidad—, me han echado de la oficina. Sin ninguna indemnización. Desde el primero del mes tampoco tengo casa. Se me ha ocurrido pasar aquí la noche y dormir en tu casa. Si me lo permites, claro.

—Naturalmente —contestó Esti, y le tendió un camisón limpio. Puedes dormir aquí en el sofá.

Sin embargo, al día siguiente lo interrogó:

—¿Qué piensas hacer ahora?

—No lo sé. Era un empleo deplorable. Me pasaba allí, garabateando, desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la tarde. Por ciento veinte cochinos *pengös*. En realidad no valía la pena.

—Tienes que conseguir algo mejor —señaló Esti.

Tras andar de aca para allá durante varios días, Elinger le comunicó alicaído que no había encontrado trabajo.

—No te desesperes —lo consoló Esti. Mientras no encuentres un empleo decente, puedes vivir en mi casa. Te daré también dinero para tus gastos, a principios de cada mes.

Elinger era un muchacho callado y humilde. Lo acompañaba a los círculos literarios a almorzar o cenar, y ocasionalmente también a los ensayos. En casa se tumbaba en el sofá, desmadejado. Aparentemente había agotado por completo sus energías al salvarle el pellejo.

A Esti sólo le incomodaba una cosa.

Cuando se sentaba a escribir y pugnaba por concentrarse, torturado, con el rostro crispado, el joven se colocaba frente a él y lo contemplaba con curiosidad, como a un animal exótico metido en una jaula.

—Elinger —dijo Esti tirando la pluma sobre la mesa—, yo te aprecio mucho, pero te ruego por el amor de Dios que no me mires. Soy incapaz de escribir si me estás mirando. Haz el favor de irte a la otra habitación.

Convivieron de este modo durante varios meses sin mayores incidentes. Elinger se instaló en su casa. En Semana Santa se gastó el dinero de bolsillo de todo el mes en un pulverizador de perfume

dotado con un tubo de goma y un mecanismo novedoso, y roció con él a todas sus amigas[17]. En sus ratos libres hojeaba una revista de teatro, con una atención extraordinaria.

Cierto día le mostro a Esti un ejemplar en cuya portada aparecía la imagen de una actriz de cine.

—Fíjate, ésta entiende —afirmó.

—¿Qué entiende? —inquirió Esti con severidad.

—Pues una cosa y otra, cochinadas —contestó Elinger, guiñándole el ojo con picardía.

Esti perdió los estribos. Se marchó furioso y se encerró en su despacho.

«Esto es el colmo —pensó. Admito que me salvó la vida. Pero la cuestión es ¿para quién la salvo, para si mismo o para mí? Si las cosas continúan por ese camino, renunciaré a mi vida, se la expediré por correo, como muestra gratuita sin valor, para que haga con ella lo que mejor le parezca. Además, según la ley, a quien encuentra un objeto perdido y lo devuelve honradamente a su legítimo dueño sólo le corresponde un diez por ciento de su valor. Este diez por ciento ya se lo he pagado con creces en forma de dinero, tiempo y tranquilidad. Ya no le debo nada».

Adoptó medidas drásticas en el acto.

—Elinger —dijo—, las cosas no pueden seguir así. Tienes que independizarte, Elinger. Yo te apoyo, pero salir adelante depende sólo de ti. Trabaja, Elinger. Ánimo, Elinger.

Elinger estaba cabizbajo. Sus ojos reflejaban un profundo reproche.

Sin embargo, siguió tumbado en el sofá, siguió leyendo la revista de teatro, siguió frecuentando los ensayos para los que los secretarios ya le mandaban entradas, como a los parientes de las peluqueras, los sastres y los ginecólogos del teatro. Y los meses transcurrían.

Una noche de diciembre, los dos caminaban juntos hacia casa por la orilla del Danubio, en Buda.

Elinger se interesaba por la vida privada de las actrices, deseoso por saber su edad, con quien estaban casadas, cuantos hijos tenían y quienes se habían divorciado últimamente. Esti, que solía sufrir ataques de ira cuando se tocaban estos temas en su presencia, le respondía, humillado.

—Oye —soltó Elinger de repente—, he escrito un poema.

—No me digas.

—¿Te lo recito?

—Recítamelo.

—*Mi Vida* —empezó, y, tras una pausa para indicar la mayúscula, añadió—: así se titula. ¿Que te parece?

Lo declamó lentamente, con mucha emoción. Era un poema malo y largo.

Esti agachó la cabeza. Reflexionaba sobre lo absurdo de la situación: ¿qué había en común entre ese tipo asqueroso y él? Dirigió la vista al río que discurría entre escarpadas margenes, con las turbias aguas salpicadas de témpanos de hielo.

«¿Y si lo tiro al agua?», pensó.

Pero no se limitó a pensarlo. Unos instantes después, ya lo había tirado al agua.

Echó a correr.

# 17

## *Donde Dani Ürögi le hace una breve visita*

Dani Ürögi se presentó en su casa a las siete de la tarde.

Desgraciadamente, son ya muy pocos los que saben quién es. Todavía vive. Es oficinista en una fábrica de adoquines, pero como ocupación adicional se dedica a impartir clases de *bridge* a damas. Ahora apenas escribe. Antaño, por el contrario, escribía profusamente y se hablaba mucho de él.

En aquellos tiempos, cuando las cafeterías de Budapest no se clasificaban por la lista de precios ni por la calidad del café o de los embutidos, sino exclusivamente por su orientación «literaria», él también solía sentarse en el balcón barroco del café Nueva York, con el rostro blanquecino, como una estrella pálida pero cada vez más resplandeciente del firmamento literario.

Compuso un soneto famoso, un poema bien corto y sin rima, en el que la palabra «muerte» aparecía nada menos que en treinta y siete ocasiones, siempre con connotaciones distintas, cada vez más sorprendentes e impactantes. Compuso asimismo una rima, una rima bien larga —de trece sílabas—, la rima más lograda que jamás se haya escrito.

No obstante, bastó que estallaran la guerra mundial y unas cuantas revoluciones, que en el globo terrestre murieran veinte millones de personas —unos en el campo de batalla, otros de gripe española—, que unos cuantos reyes perdieran su trono y que varios bancos mundiales y algunos países quebraran, para que la gente borrase de su memoria todos estos poemas y también al poeta, como si nunca hubieran existido.

Kornél Esti no es así de desagradecido. Él no olvida nada de lo que ha sucedido en la vida. Él se acuerda de todo lo realmente

importante.

En cuanto oye que ha llegado el invitado, que tan poco se prodiga, se le ilumina el rostro. Ciertamente, ha pasado períodos de varios años sin verlo. Pero se regocija cada vez que se reencuentra con él. En esas ocasiones se encienden de nuevo las luces de colores de su juventud, en la lejanía, tras la fronda de los restaurantes veraniegos y las cortinas deshilachadas de los teatros.

Dani Ürögi está pálido y calvo. Ya no brilla como una estrella, sino sólo como una luna descolorida y menguante, en el negro nubarrón de la crisis económica mundial. Pasea la vista en derredor, afligido. Siempre ha sido un hombre muy afligido. No obstante, ahora, tras cumplir los cuarenta, con el peso de los años, su aflicción se ha tornado aún más honda.

—¿Te molesto? —pregunta.

—Qué va —replica Esti.

—¿Seguro?

—Ya te lo he dicho.

—No me quedaré mucho tiempo —añade con seriedad.

—Vamos, por favor. Me alegro de que estes aquí. Ponte cómodo. Enciende un pitillo, Dani. Toma, aquí tienes.

Dani se sienta. Enciende un pitillo. Pero tan pronto como la llama de la cerilla empieza a bailar sobre sus dedos, él mira a Esti, tira el fósforo al cenicero, luego también el cigarrillo y se pone en pie de un salto.

—Te estoy molestando —asevera con voz tranquila pero resuelta.

—Tonterías.

—Pues si, te estoy molestando.

—¿Por qué ibas a molestarme?

—Lo noto.

—¿En qué lo notas?

—En todo. Sobre todo en tus ojos. Esa mirada no es habitual en ti. Ahora tus ojos centellean de forma artificial, como si los hubieras conectado a un circuito eléctrico. Eso no es natural. Tampoco es natural esa sonrisa de anfitrión, afectuosa, confortadora, que dibujas en tus labios en mi honor. No es natural (nada natural) la entonación con que me aseguras que no te molesto.

—Qué bobada —responde Esti, encogiéndose de hombros.

¿Preferirías que se me pegaran los párpados y bostezara? Estate tranquilo. Si te digo «no me molestas», eso sólo significa que no me molestas, ni más ni menos. Si me molestaras, te diría «me molestas», lo que significaría precisamente eso, que me molestas. ¿Me entiendes ya? ¿Te ha quedado claro? Vamos, ¿por qué no respondes?

—¿No me mientes? ¿De verdad?

—Te doy mi palabra.

—Júramelo.

—Te lo juro.

Esti pide café, una jarra entera, y lo vierte en vasos de agua, tal como hacían antaño.

Dani vuelve a tomar asiento. Se queda callado durante un rato. Luego se suelta a hablar. Le cuenta que esta noche preciosa iluminada por la luna paseaba por aquí, por las colinas de Buda, pero eso no viene a cuento, cuando de repente se acordó de su amigo y decidió dejarse caer por su casa, llamar a su puerta, pero esto tampoco viene a cuento: quiere pedirle un favor que le expondrá más adelante.

Sus frases avanzan traqueteando entre mil dudas y reflexiones, como las ruedas de un tren que baja chirriando por una empinada pendiente. En medio de una de ellas se interrumpe. No llega a terminarla. Se queda con la boca abierta. En sus ojos zigzaguea la sospecha. De nuevo se levanta de golpe, apunta con su índice a Esti y constata en tono acusador:

—Estabas trabajando.

—¿Yo? No.

—Sí, estabas trabajando —repite ceremonioso, como un fiscal. Ahora estoy aquí molestándote, entreteniéndote, y mientras tú, en tu fuero interno (y con toda razón), me estás mandando al cuerno.

—No tenía la menor intención de trabajar.

—¿Estás diciendo la verdad, Kornél? —pregunta Dani, sonriendo como quien ha pillado en una mentira a un niño algo travieso y, con la tensa sonrisa petrificada en el rostro como una máscara, amenaza a su amigo con un dedo encorvado. Kornél, Kornél, no me mientas.

—No te estoy mintiendo —se defiende Esti. Llevo una semana sin poder trabajar. Detesto todos los trabajos, empezando por el

mío. Lo que estoy garabateando ahora me parece tan deplorable que si mis enemigos y detractores se enteraran de lo poco que valoro mi talento, pasarían de discutir conmigo a ponerse de mi parte, para finalmente jurarme amistad hasta la tumba. Hoy tampoco he hecho más que caminar de un lado a otro, aburrido. Abrigaba la esperanza de que alguno de mis acreedores me hiciera una llamada telefónica para entretenerme un rato, pero ni siquiera ellos se han acordado de mí. Después, me han venido ganas de atrapar moscas, pero en mi casa no hay ni eso. Entonces, con el fin de distraerme, me he puesto a bostezar. Cuando uno está muy hastiado, eso sirve de distracción. He estado unas dos horas bostezando. Pero los bostezos también han terminado por aburrirme. Entonces lo he dejado y he permanecido sentado en la butaca donde ahora me ves, dejando pasar el tiempo, esperando envejecer unas horas, para acercarme unos centímetros más a la tumba. Entiéndeme: en esos momentos la idea de que llamara a la puerta de mi casa un fastidioso conocido cuya máxima ocurrencia a lo largo de las últimas décadas ha sido tildar a su esposa como «mi requerida esposa», o bien un desconocido que me pidiera prestados bajo palabra de honor cien *pengös* para devolvérmelos en un plazo de diez meses, o un escritor incomprendido ansioso por leerme la novela que está escribiendo me hubiera hecho más que feliz, pero la idea de que me visitaras tú, Dani, cuya compañía siempre anhelo, compañero de mis viejos años de mendigo, de mi gloria vagabunda, hermano mío de tinta y de fiebres, me hubiera llevado al éxtasis. De hecho, la posibilidad misma se me habría antojado tan remota, tan ilusoria que ni me atrevía a soñar con ella. Perdóname, no me interrumpas, ahora estoy hablando yo. Por lo que respecta a mi plan de trabajo para hoy, estoy libre, estoy a tu disposición hasta las nueve, dos horas enteras: hasta entonces podemos quedarnos aquí bebiendo café, charlando o en silencio. Luego me gustaría dar un paseo, pues hoy todavía no he salido de este cuchitril. Si no tienes inconveniente, voy contigo, te acompaño hasta tu casa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Dani suspira con alivio, toma un trago de café. Vuelve a referirse a las condiciones de su visita, a las colinas de Buda, que no vienen a cuento, a la idea que lo ha traído hasta Esti, que tampoco viene a

cuento, y a la petición que le dará a conocer enseguida, pero con la que de momento no piensa cansarlo, porque sólo le interesa a él mismo. Como a Esti no le incumbe, de momento, tampoco viene a cuento. De improviso, Dani se calla. Algo le viene a la mente.

—De todas formas, sólo pretendía estar aquí unos minutos. Ya lo sé, ya lo sé. Tú eres muy amable conmigo, pero es que tú eres amable con todo el mundo. «No hay que tomarse en serio toda invitación amable». Como mucho, me quedaré unos siete u ocho minutos. ¿He dicho siete u ocho? Me quedaré sólo siete minutos. Siete minutos exactos. ¿Dónde está tu reloj de bolsillo?

—¿Para qué?

—Por favor, colócalo sobre la mesa. Yo también pondré el mío. Así. Gracias. Dios sabe por qué, pero estoy más tranquilo si veo la hora. O sea que, cuando el minutero llegue aquí (mira, aquí), yo ya no estaré en tu casa, y tú te quedarás tranquilo. «Por fin se ha ido», pensarás, y podrás hacer, amigo mío, lo que te plazca. Pero prométeme que me avisarás. Tan pronto como transcurra el tiempo de gracia (llamémoslo así), ponte de pie y di, literalmente, lo siguiente: «Dani, amigo mío, ha sido un placer verte, pero mayor placer me causa no verte, así que vete a hacer gárgaras y no me des más la lata.» Sí. Échame a la calle. O ni siquiera digas eso, simplemente mírame. Basta con que me mires, no es necesario que lo hagas con irritación, sino con normalidad, como me estás mirando ahora. Pero te aseguro que no habrá necesidad de ello, porque dentro de siete minutos (perdón, mejor dicho, dentro de seis minutos, porque ya ha pasado uno) me habré evaporado, y en este cuarto ya sólo flotará mi insoportable recuerdo.

—Escúchame, desquiciado —le contestó Esti con la afabilidad derivada de los muchos años de íntima amistad. Yo no quiero que te vayas de aquí, lo que quiero es que te quedes. Pero si te empeñas en que sean siete minutos (o seis minutos), lo acepto, con una condición. Mientras estés en mi casa, no seas suspicaz, no te turbes, no te disculpes: al contrario, siéntete como en tu casa. Vamos, dime, ¿qué es lo que quieres? Luego hablamos. ¿Cómo? Descuida. Sí, sí. Haré lo que me pides. En el segundo en que empieces a aburrirme, yo, sin vacilar, sin mirarte siquiera, de una manera o de otra, me levantaré, te agarraré por el cuello de la camisa y te pondré de patitas en la calle, incluso, si así lo deseas, en las escaleras te

propinaré un puntapié. Espero que esto te tranquilice.

Dani acoge con gran alborozo la promesa de sacrificio desinteresado de su amigo. Con fuerzas renovadas, apura su café. Pero ¿cuánto durara el efecto de esta inyección calmante? Sólo uno o dos minutos. Luego vuelta a empezar y habrá que serenarlo nuevamente. En arranques cada vez más agudos de culpa y mala conciencia, Dani se justifica, alega que no suele robar el tiempo a la gente que aprecia el tiempo y acto seguido recapacita, se debate, presenta una y otra vez sus excusas y disculpas anteriores, luego procede a responder a los argumentos y objeciones de Esti, pero como quiere citarlos todos, a ser posible al pie de la letra, y no se acuerda de las palabras exactas, se desazona, baja la vista, se restriega la frente sudorosa.

Esti escucha sus digresiones, sus paréntesis, sus rodeos, sus salidas de tono, sus referencias y las referencias a las referencias. De vez en cuando, mira agotado al techo y consulta el reloj de bolsillo que ha depositado sobre la mesa, delante de si. Marca las nueve, las nueve y media. Entonces, lentamente y con cierta solemnidad se pone de pie. Empieza a hablar, primero en voz baja, luego cada vez más alto:

—Mira, querido amigo. Me has pedido que te avise cuando hayan transcurrido seis minutos. Te comunico que los seis minutos ya han pasado, hace mucho tiempo. Ahora, según el horario de Europa Central, son exactamente las nueve y cuarenta y dos minutos. Pronto serán las diez menos cuarto, de lo que puedes deducir que llevas dos horas y tres cuartos en mi casa y, sin embargo, no has conseguido construir una sola oración decente ni te has animado a explicarme a qué diablos debo el honor de tu visita. Dani, ten en cuenta que yo también soy un ser humano, yo también tengo mis límites. ¿Que si me entretienes? Me entretienes sobremanera. ¿Que si me aburres? Me aburres infinitamente. No existen palabras para describir lo mucho que me aburres. Hace un rato has tenido la amabilidad de aconsejarme sobre el modo de echarte en cuanto llegara el momento oportuno y, con lo quisquilloso que eres, hasta me has facilitado la fórmula adecuada para el caso. Esos términos que yo he estado calibrando cuidadosamente habrían expresado con mayor o menor fidelidad mis sentimientos, pero sólo los que albergaba una hora después de

tu llegada, a eso de las ocho. He de confesar que a las ocho y media ya acariciaba la idea de mezclar una porción de cianuro en tu café para envenenarte. Después, alrededor de las nueve, mientras tú continuabas divagando aquí, he pensado en sacar la pistola con tambor de seis balas y pegarte un par de tiros. Como ya habrás comprendido, la situación ha cambiado ligeramente. La fórmula que me has sugerido es ahora demasiado blanda, dadas las circunstancias. No me sirve, te la devuelvo, haz con ella lo que quieras. En este momento necesitaría algo más sustancioso y contundente, una avalancha altisonante de injurias y maldiciones, al lado de las cuales las blasfemias de los héroes de Shakespeare parecieran piropos. A pesar de todo, he renunciado a exterminarte, ya sea con veneno, a tiros o con palabras, porque te considero un gusano tan lastimoso que ni eso te mereces. Así, en voz baja, como amigo, te pido que te largues de aquí. Lárgate ahora mismo. ¿Me has entendido? Vete al diablo. No estoy bromeando, te lo juro, vete a la porra, quiero perder de vista tu cara para siempre; que nunca más se te ocurra aparecer por aquí, estoy hasta la coronilla de ti, me aburres, me aburres, destilas pura amargura, eres salsa de amargura…

De tanto gritar, Esti enronquece. Los labios se le tuercen, resopla de rabia. Tira con violencia la jarra que está sobre la mesa, el recipiente se hace añicos, y el líquido negro que contiene empapa la alfombra persa de seda blanca.

Dani prorrumpe en carcajadas. Se ríe, feliz y relajado. Es ahora cuando comprende al fin que en esta casa es bien recibido y no harta a nadie. Se acomoda, enciende un pitillo, y se le suelta la lengua.

Expone los motivos de su visita.

Su petición es sencilla, sumamente sencilla, en realidad.

Pide un favor, un enorme favor, que evidentemente sólo será enorme para él, aunque quizá para el que se lo conceda sólo sea un gran favor o un favor importante, si bien también es posible que sea una minucia. En cualquier caso, aclara de antemano a su amigo que es libre de rechazar la petición, y que es innecesario que rehuse con palabras; bastará con que le dirija una mirada, o incluso con que se quede callado: él lo entenderá y no lo tomará a mal, y la amistad que los une permanecerá inalterada, igual que hasta ahora, como si

nada hubiera ocurrido: en pocas palabras, está interesado en el último número de la revista neoactivista-simultaneísta-expresionista *Momentos y monumentos*, es eso lo que le quiere pedir prestado por veinticuatro horas exactas, con la promesa de que, una vez transcurridas las veinticuatro horas, él mismo le devolverá la revista en un estado impecable; por otra parte, claro está, si Esti no se la ha leído aún o si, aunque ya se la ha leído, desea releer algún artículo, o al menos repasarla u hojearla, conservarla o regalársela a alguien, o si lo asalta la más leve sospecha de que él no es de fiar y puede perder, dañar o vender el ejemplar a un librero o cometer Dios sabe qué fechoría inenarrable e indefinible con él, entonces él no aceptara el favor por mucho que Esti insista, desistirá automáticamente de su empeño, su petición perderá toda validez y Esti deberá olvidarse de todo el asunto.

Dani termina esta oración, en realidad mucho más agotadora —en toda la extensión de la palabra— de lo que aparece aquí, a las once y dos minutos.

Esti entonces se acerca a la papelera y rebusca en ella hasta dar con el ejemplar más reciente y sin abrir de *Momentos y monumentos*. Dani se lo agradece, aprovecha para precisar algunos puntos poco claros y se pone en marcha. Esti lo acompaña hasta las escaleras. En eso también se demoran un rato. Cuando Esti cierra la puerta principal, con llave y pestillo, y regresa a su habitación, su reloj marca las doce horas diecisiete minutos.

# 18

*Donde el héroe brinda una conmovedora descripción de un viaje en un tranvía corriente y se despide del lector.*

«—El viento rugía —relata Kornél Esti. La oscuridad, el frío y la noche me azotaban y arañaban la cara con sus heladas garras.

”Se me había puesto la nariz púrpura, las manos moradas, las uñas azuladas. Los ojos me lagrimeaban, como si llorara o como si se derritiera en mi interior la vida solidificada en un bloque de hielo. Negras callejuelas bostezaban en torno a mí.

”Yo aguardaba allí, de pie, golpeando con los pies el asfalto duro como la roca e intentando calentarme las uñas con el aliento. Al final metí los dedos entumecidos en los bolsillos del abrigo.

”Por fin, en la lejanía, atisbé a través de la niebla el brillo amarillento de los ojos del tranvía.

”El vehículo efectuó un giro pronunciado y se detuvo ante mí, chirriando sobre los raíles.

”Me disponía a subir, pero no bien extendí la mano hacia la barandilla, unas voces hostiles me gritaron: “Está lleno”. De las escalerillas colgaban racimos de pasajeros. Dentro, en una lúgubre penumbra apenas iluminada por una única bombilla de filamento metálico que despedía una luz rojiza, se hacinaban seres vivos, hombres, mujeres, algunas de ellas con niños en brazos.

”Vacilé por un instante. Luego, movido por una decisión repentina, subí de un salto. No era momento para andarse con remilgos. Estaba aterido y me castañeaban los dientes. Además, también me corría prisa, debía llegar puntual a mi destino y me esperaba un largo trayecto.

”En un primer momento mi situación era más que desesperada.

Me agarré al racimo humano, convirtiéndome así en una más de sus bayas invisibles. Pasamos traqueteando bajo puentes y atravesamos túneles a una velocidad tan salvaje que si me hubiese soltado, habría muerto en el acto. De vez en cuando mi espalda rozaba un muro, una valla de tablas de madera, el tronco de un árbol. Estaba jugándome la vida.

”Más que el peligro, me angustiaba saber que me odiaba cada uno de los restantes pasajeros. Arriba, los que estaban en la plataforma, se reían de mí; abajo, los de la escalerilla, las personas a las que me había unido el destino, sin duda habrían suspirado aliviados si los hubiese librado de mi excéntrica presencia cayéndome y rompiéndome la crisma.

”Tardé mucho en llegar hasta la plataforma. Conseguí abrirme paso hasta el borde. Al menos ya pisaba suelo firme. Con las dos manos me así con fuerza al bastidor exterior del vagón. Ya no temía salir despedido.

”Cierto que la opinión general volvió a cebarse en mí, y de forma por demás virulenta. Abajo ya se habían acostumbrado más o menos a mí. Tras aceptar mi existencia, como un triste hecho, se habían fundido conmigo y habían dejado de prestarme atención. Arriba, sin embargo, era el último de los invasores, el más reciente de los enemigos. Todos se aliaron contra mí y expresaron su animadversión común hacia mí, unos abierta y otros encubiertamente, unos en voz alta y otros en susurros, unos con blasfemias, otros con insultos graciosos o con comentarios soeces. No ocultaban en absoluto que preferirían que me encontrara a dos metros bajo tierra a que estuviese allí entre ellos.

”A pesar de todo, no abandoné la lucha. “Resiste —me animaba a mí mismo. Resiste las adversidades sin claudicar”.

”La perseverancia dio su fruto. Alcancé una de las correas que colgaban del techo y la agarré. Poco después, alguien me empujó. Me precipité hacia delante con tan buena fortuna que logré adentrarme en el vagón. Ya no estaba en las inmediaciones de la salida, sino que me había plantado firmemente en medio del grupo que ocupaba la plataforma. La gente me apretaba y me transmitía calor por todos los lados. Unas veces, la presión era tan fuerte que se me cortaba la respiración. Otras, se me clavaba en el vientre algún objeto, el mango de un paraguas o el canto de un maletín.

”Sin embargo, salvo por estas molestias pasajeras, no tenía motivos para lamentarme.

”Más adelante, mis perspectivas mejoraron aún más.

”La gente iba y venía, subía y bajaba. Ahora que incluso gozaba de cierta libertad para moverme, me desabroché el abrigo con la mano izquierda, me saqué del bolsillo del pantalón el monedero y conseguí satisfacer la solicitud insistente pero hasta entonces infructuosa del cobrador de que le pagase el billete. Qué placentero resultó cumplir con mi deber.

”Luego ocurrió algo que produjo de nuevo cierto revuelo. Se encaramó al tranvía un revisor gordo y respetable que con sus cien kilos casi ocasionó que el vagón rebosara, como una taza de café llena hasta el borde en la que tiran un voluminoso terrón de azúcar. El revisor me pidió el billete. Me vi obligado a desabrocharme el abrigo de nuevo, y con la mano derecha que me quedaba libre rebuscar el monedero que hacía un rato había hundido en el bolsillo izquierdo del pantalón.

”Debo admitir que la suerte me sonrió otra vez. Al excavar el revisor un túnel entre cuerpos vivos en su camino hacia el interior del vagón, una oleada impetuosa de personas me empujó hacia dentro de modo que —al principio no daba crédito a mis ojos— ahora yo también estaba dentro, en el interior del vagón: lo había logrado.

”Mientras, alguien me asestó un golpe en la cabeza, saltaron unos cuantos botones de mi abrigo, pero no estaba yo para ocuparme de esas menudencias. Me enorgullecía enormemente de haber llegado hasta allí. Naturalmente, sentarme era una utopía. Ni siquiera entreveía a la privilegiada comunidad de pasajeros que iban sentados. Los ocultaban a la vista aquellos que viajaban de pie, colgados de las correas, turnándose para posar los pies sobre los demás, así como el miasma impuro formado por la neblina invernal impregnada de alientos con olor a ajo y ácido gástrico y de los vapores viciados que emanaban de la ropa.

”Al contemplar aquella horda de animales encajonados y malolientes, despojados de toda dignidad humana, me invadió tal repulsión que, ya tan cerca de mi meta y de la victoria, me tentó la idea de darme por vencido, de no continuar el viaje.

”En ese momento me fijé en una mujer. Estaba en un rincón

sombrío, apoyada contra la pared; llevaba ropa gastada y un cuello de piel de conejo. Parecía extenuada, triste. Tenía facciones sencillas, una frente mansa y pura, ojos azules.

”Cuando no soportaba más aquella humillación, cuando me dolían las extremidades o se me revolvía el estómago, entonces entre los harapos, entre aquellas jetas propias de animales, en el aire nauseabundo, la buscaba a ella, jugando al escondite tras las cabezas y los sombreros. La mayor parte del tiempo, ella iba abstraída. No obstante, en una ocasión, nuestras miradas se cruzaron. Desde ese momento, ella no me evitó. Se me figuraba que ella también pensaba lo mismo que yo, como si me leyese la mente y compartiese mi opinión sobre el tranvía y todo lo que nos rodeaba. Esto me consoló.

”Con su permiso tácito, yo la miraba a los ojos, como miran los enfermos la llamita eléctrica azul que de noche se enciende en las salas de hospital, para que los que sufren no se sientan solos y abandonados del todo.

”Fue gracias a ella, sólo a ella, que no perdí definitivamente las ganas de luchar.

”Un cuarto de hora más tarde se desocupó a mi lado un hueco en el banco que unas barras de cobre dividían en cuatro asientos. En un primer momento sólo había espacio suficiente para apoyar un muslo y dejar las piernas flotando en el aire. Los que estaban sentados en torno a mí eran unos burgueses horribles, enfundados en sus gruesos abrigos de piel e instalados en sus privilegios conquistados, sin la menor intención de transigir un ápice. Yo me conformaba con lo poco que había conseguido. No reivindicaba más. Fingía no reparar en su lamentable soberbia. Me comportaba como un saco, pues sabía que la gente aborrece instintivamente a las personas y que le cuesta menos perdonar a un saco que a una persona.

”Así fue. En cuanto advirtieron mi indiferencia y que era un don nadie que no contaba para nada, se apartaron ligeramente y me cedieron una pequeña porción del espacio que me correspondía. Más adelante ya habría asientos entre los que elegir.

”Unas paradas más adelante me procuré uno junto a la ventanilla. Me acomodé y eché una ojeada alrededor. Antes de nada, busqué a la mujer de ojos azules, pero ya no estaba allí.

Seguramente se había bajado mientras yo estaba ocupado librando mi fiera batalla por la supervivencia. La había perdido para siempre.

”Suspiré. Me volví hacia la ventanilla cubierta de flores de escarcha, pero sólo veía las farolas, la nieve cochambrosa, las puertas cerradas, oscuras e implacables.

”Exhalé otro suspiro, luego bostecé, para distraerme de mi abatimiento. Constaté que “había luchado y había triunfado”. Había alcanzado todo lo alcanzable. En un tranvía, ¿qué más cabía desear que un cómodo asiento junto a la ventanilla? Cavilando, casi con satisfacción, repasé cada instante de la encarnizada lucha, el asalto inicial, en el que tomé posesión del tranvía, la tortura de la escalerilla, el combate cuerpo a cuerpo en la plataforma, la atmósfera y el ambiente irrespirables que reinaban en el interior del vagón. Me reproché mi pusilanimidad, que por poco me había llevado a desistir de mi empeño, a echarme atrás en el último instante. Contemplé los hilachos del abrigo, único vestigio de los botones perdidos, como un guerrero que estudia sus heridas. A todo el mundo le toca —sentenciaban, con la experiencia sosegada de un sabio—; sólo hay que esperar que a uno le llegue su turno. En la vida terrenal las recompensas no se reparten con facilidad, pero al final, a pesar de todo, recibimos nuestra parte.

”Entonces me invadió el deseo de celebrar mi victoria. Estaba a punto de estirar mis piernas dormidas, para por fin relajarme y descansar, libre y feliz, cuando el cobrador se acercó a la ventanilla, hizo girar el indicador de dirección y gritó: “Ultima parada”.

”Sonreí. Me apeé sin prisas».

DEZSÖ KOSTOLÁNYI (Szabadka, 1885-Budapest, 1936), uno de los mayores escritores de la literatura húngara del siglo XX, fue narrador, poeta, traductor, ensayista y periodista. Estudió filosofía en Viena y lengua y literatura húngara y alemana en Budapest; fue fundador de la prestigiosa revista *Nyugat*, se relacionó con los intelectuales más importantes de su época y presidio el PEN Club húngaro. Traductor de Shakespeare, Wilde, Rilke, Goethe, Baudelaire, Verlaine y Maupassant, entre otros grandes autores.

Publicó poesía (*Las quejas del niño pobre*, 1910; *Las quejas del hombre*, 1924, y *Cálculo*, 1935), ensayo, relatos, novela (*Alondra*, 1924; *La cometa dorada*, 1925; *Ana la dulce*, 1926 y *Nerón, el poeta sangriento*, 1922, con prólogo de Thomás Mann). Su obra le valió la admiración de muchos autores posteriores a él, entre ellos, Sándor Márai.

# Notas

[1] Kassa: ciudad histórica húngara que desde la firma del Tratado de Trianon (1920), salvo por un breve período, durante la Segunda Guerra Mundial, ha pertenecido a Eslovaquia con el nombre de Kosice. (N. *de la* T.) <<

[2] Kolozsvar: ciudad histórica húngara que, desde que se firmo el Tratado de Trianon, salvo por un breve período de la Segunda Guerra Mundial, forma parte de Rumania con el nombre de Cluj Napoca. (N. *de la* T.). <<

[3] Primero de abril: en Hungría el primero de abril se conoce como «el día de los locos», y la gente acostumbra gastarse bromás. (N. *de la* T.). <<

[4] Sándor Petöfi: uno de los mayores poetas húngaros, nacido en 1823 y fallecido en 1849. El suceso citado se produjo el 15 de marzo de 1848, cuando Petöfi declamo su famoso poema Nemzeti dal (Canto nacional) ante miles de manifestantes frente el Museo Nacional. Ese día comenzó la revolución húngara. (N. *de la* T.). <<

[5] Fiume: actualmente Rijeka, Croacia. Fiume fue el único puerto marítimo húngaro. Hasta 1920, parte de Croacia estaba integrada en el reino de Hungría. (N. *de la* T.). <<

[6] guzla: instrumento musical tradicional eslavo, muy popular sobre todo entre los eslavos del sur, principalmente serbios y croatas. (N. *de la* T.). <<

[7] Rippl-Ronai: el pintor Jozsef Rippl-Ronai
(1861-1927)
es considerado el mejor pintor húngaro del postimpresionismo. (N. *de la* T.). < <

[8] Benczúr: el pintor Gyula Benczúr
(1844-1920)
fue la figura más destacada de la pintura académica húngara. (N. *de la* T.). <<

[9] Jeno Komjáthy: poeta nacido en 1858 y fallecido en 1895, autor de poemas de carácter filosófico. (N. *de la* T.). < <

[10] Max Nordau: periodista y ensayista austriaco. (N. *de la* T.). <<

[11] La tragedia del hombre: obra filosófica de Imre Madach (1823-1864)
. (N. *de la* T.). < <

[12] Pengö: moneda húngara de curso legal entre 1927 y 1946. (N. *de la* T.). < <

[13] Batalla de Mohacs: batalla librada en el sur de Hungría en 1526, en la que los turcos derrotaron a los húngaros y con ello quedó allanado el camino para la conquista de todo el país. En Hungría se recuerda como una de las mayores tragedias nacionales. (N. *de la* T.). <<

[14] Kéknyelü: vino blanco tradicional de Hungría. (N. *de la* T.). <<

[15] Csárdás: baile tradicional húngaro. (N. *de la* T.). <<

[16] Bikavér: famoso vino tinto húngaro, producido en la región de Eger, en la zona nororiental del país. (N. *de la* T.). <<

[17] El Lunes de Pascua se acostumbra a «regar» a las chicas, que a cambio entregan pequeños regalos a los chicos. El agua que se utilizaba para ello originalmente se reemplazo en tiempos más modernos por agua de colonia. (N. *de la* T.). <<